



**DESTINOS DE LO ABYECTO EN RELACIÓN AL CUERPO EN LA OBRA DE
SIGMUND FREUD**

TESIS PRESENTADA POR

María Pilar Palacios Álamos

A LA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Para optar al grado de Doctora en Psicología

Profesor guía: Dr. Rodrigo de la Fabián Albagli

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

**Santiago, Chile
2020**

Resumen

La presente es una investigación que versa sobre lo abyecto y el cuerpo en la obra de Sigmund Freud, en particular respecto a tres modalidades de cuerpo que fueron identificadas y conceptualizadas en la revisión, a saber: *Yo corporal unificado*, *Cuerpo de la Genitalidad* y *Cuerpo de la Diferencia sexual*.

Su objetivo principal consiste en analizar las características, destinos y tratamiento de las dimensiones abyectas respecto del cuerpo en los fundamentos teóricos-clínicos del psicoanálisis freudiano, tarea construida en base a la hipótesis de investigación, que denuncia una tendencia a la unificación y jerarquización presente a la hora de pensar la conformación de cuerpos en su teorización. Ésta se pone en evidencia en la teoría, en el hecho particular de que para cada uno de los cuerpos (ideales) delimitados, se concibe una estructuración y materialización en base a diversos elementos que deben ser reunidos, estructura que se soporta en una jerarquización y organización de lo heterogéneo. No obstante, es la misma clínica la que enseña a Freud que dicha unificación nunca es total, permaneciendo siempre un resto que ha de expulsarse y excluirse para no amenazar la arquitectura corporal. Dicho resto corresponde a lo que se ha conceptualizado como “abyecto” y en el contexto de esta investigación asume diferentes figuras, dependiendo de la modalidad de cuerpo a la que remita. Así, para el yo corporal unificado, se encuentra el autoerotismo y el narcisismo primario; para el cuerpo de la genitalidad se encuentra el abyecto de la parcialidad y finalmente para el cuerpo de la diferencia sexual, se constituye el cuerpo femenino como el abyecto que pone en riesgo la constitución de la totalidad del cuerpo masculino, ideal de la diferencia sexual.

Para poder llevar a cabo el objetivo general, se adoptó una estrategia metodológica influida por la hermenéutica crítica, realizándose una selección de bibliografía acorde al objeto de estudio, tomándose como material empírico (texto) una amplia selección de la obra freudiana, la que fue leída, analizada e interpretada acorde a un contexto de autores que permitieron complejizar y enriquecer proceso realizado.

Finalmente se realizó una discusión en términos de la posición freudiana respecto a la tensión entre unificación y multiplicidad, a las consecuencias clínicas, éticas y políticas que tiene la teoría freudiana en su manera de tratar con los abyectos de sus modos de comprensión el cuerpo, Con la finalidad de dejar situadas interrogantes que permitan revisar los sentidos establecidos en relación con aquello que no logra unificarse respecto al cuerpo en psicoanálisis; de aquello puede incluso ser disidente. y que por el mismo motivo se ve movilizado hacia la opacidad, la exclusión, la patologización. Lo anterior con una pretensión ética de no ser complacientes ante cualquier tipo de ideal que se imponga en la clínica y con un interés marcadamente político de trabajar a contracorriente de cualquier forma de dominación en Psicoanálisis, sobre todo en la misma escena clínica.

ABSTRACT

This research concerns the abject and the body in Sigmund Freud's work, particularly regarding three modalities of the body that were identified and conceptualized in the review, namely: Unified Body Ego, Body of the Genitality and Body of Sexual Difference.

This thesis intends to analyze the characteristics, destinies, and treatment of the abject dimensions of the body in the theoretical-clinical basis of Freudian's psychoanalysis, a task undertaken on the basis of this research, which reveals a tendency to unification and hierarchization present in the way bodies are understood in his work. This is shown in the theory, in the fact that for each of the "ideal" bodies, a process about structuring and materialization is conceived on the basis of various elements that must be gathered together, a structure that is supported by a hierarchization and organization of the heterogeneous. However, is the clinic that shows that this unification is never completed, that is to say, there is always a remainder that must be expelled and excluded so as not to threaten the bodily architecture. This remainder belongs to what has been conceptualized as "abject" and within this investigation, it assumes various figures, depending on the modality of the body to which it refers. Thus, for the unified body ego, there is autoeroticism and primary narcissism; for the body of genitality there is the abject of partiality and finally, for the body of sexual difference, the female body is constituted as the abject that puts at risk the constitution of the entire male body, the ideal of sexual difference.

To achieve the general objective, there was adopted a methodological strategy influenced by critical hermeneutics, selecting bibliography according to the object of study, taking as empirical material (this is, the text) a wide selection of the Freudian work, which was read, analyzed and interpreted according to a context of authors that allowed enriching the research process.

Finally, a discussion was held in terms of the Freudian position regarding the tension between unification and multiplicity, the clinical, ethical and political consequences that Freudian theory has in its way of dealing with the abject in its ways of understanding the body. With the purpose of situating questions that allow us to review the established meanings in relation to that which fails to unify with respect to the body in psychoanalysis; of that which can even be dissident, and which for the same reason is mobilized towards opacity, exclusion, pathologization. This has an ethical pretension, which aims at not being complacent with ideals that may be imposed in the clinic and with a markedly political interest in working against any form of domination in Psychoanalysis, especially in the clinical scene itself.

Agradecimientos

Quisiera agradecer en primer lugar a mis padres, quienes me dieron amor y mi educación, fomentando el interés por el estudio, la lectura y la docencia. En particular a mi padre, con quien compartimos muchas discusiones e incluso textos de psicoanálisis.

Agradezco a mis hermanas que me han acompañado en este recorrido y me han apoyado siempre en los proyectos que he emprendido.

A Rodrigo de la Fabián, por dirigir mi trabajo y confiar en que podría terminar este proyecto.

A María Fossatti, gran amiga a quien admiro mucho y sólo puedo decir, que sin su gran inteligencia, aguante y generosidad, no hubiese podido finalizar este trabajo.

A Paula Sáez, quien me transmitió el amor por la clínica, por siempre confiar en que las cosas que comienzo las puedo terminar, por confiar en mi trabajo, valorarlo y reconocerlo con cariño.

A Beatriz Santos por orientar mi trabajo en Paris, porque creyó en mi hipótesis, la apoyó y siempre ha motivado mi trabajo académico.

A mis amigos de Francia, en particular a Melina Cothros, por su apoyo y generosidad tanto en el plano intelectual como en la gran amistad que nos une desde el 2014.

A Macarena Silva, porque gracias a sus palabras y a nuestros diálogos en distintos espacios, siempre he sabido que si algo te hace decaer en algún momento, siempre se puede volver a la vida.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	13
OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN.....	26
HIPÓTESIS DE TRABAJO.....	27
MARCO METODOLÓGICO.....	28
CAPÍTULO 1: LO ABYECTO.....	35
LOS PROCESOS DE ADQUISICIÓN DEL LENGUAJE: LO SEMIÓTICO Y LO TÉTICO.....	36
LA ABYECCIÓN Y LO ABYECTO.....	40
LO ABYECTO Y EL CUERPO: UNA PISTA RESPECTO DEL TEXTO FREUDIANO.....	44
CAPÍTULO 2: UNA TEORÍA DEL PADECER CORPORAL.....	46
LA CONVERSIÓN ANTES DE 1905.....	47
<i>La revuelta anatómica de la histeria</i>	47
<i>La conversión y la reversibilidad somato- psíquica</i>	52
<i>Conversión y etiología sexual infantil</i>	62
CAPÍTULO 3: TRES ENSAYOS DE TEORÍA SEXUAL: EL INICIO DE UNA TEORÍA DE LOS CUERPOS UNIFICADOS.....	76
PUNTUALIZACIONES SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LOS ‘TRES ENSAYOS’.....	78
<i>Primer ensayo: Las aberraciones sexuales</i>	81
<i>Segundo ensayo: La sexualidad infantil</i>	89
<i>Tercer ensayo: La metamorfosis de la pubertad</i>	96
LOS CUERPOS UNIFICADOS Y LOS TRES ENSAYOS DE TEORÍA SEXUAL.....	103
<i>Yo corporal unificado</i>	103
<i>Cuerpo de la genitalidad</i>	108
<i>Cuerpo de la diferencia sexual</i>	113
<i>Puntualizaciones finales sobre los cuerpos y los Tres ensayos</i>	115
CAPÍTULO 4: LOS CUERPOS UNIFICADOS FREUDIANOS Y SUS ABYECTOS.....	118
EL YO CORPORAL UNIFICADO: DE LA ANARQUÍA A LA UNIDAD.....	118
<i>Constitución del yo como unidad</i>	121
<i>Los abyectos y abyecciones del yo corporal</i>	132
<i>La represión originaria y la identificación primaria, dos eslabones entre autoerotismo y narcicismo</i>	140
<i>La irreversibilidad del retorno del caos y de la contemplación eterna de Narciso</i>	163
CUERPO DE LA GENITALIDAD: LA HOMOGENIZACIÓN DE LO PARCIAL.....	179
<i>Organizaciones pregenitales</i>	182
CUERPO DE LA DIFERENCIA SEXUAL.....	222

CONCLUSIONES	249
¿TRES CUERPOS O UN SOLO CUERPO?	249
LA PROBLEMÁTICA DE LA MULTIPLICIDAD FRENTE AL FANTASMA DE UNIFICACIÓN FREUDIANO ..	253
LA ETERNA RECICLABILIDAD DEL RESTO	259
NORMATIVIDAD. LOS ABYECTOS Y EL MARGEN, POSIBILIDADES DE TRANSFORMACIÓN. EL GRAN	
ABYECTO DEL PSICOANÁLISIS	263
BIBLIOGRAFÍA	275

Introducción

¿Existe un mapa geográfico de los cuerpos en el pensamiento freudiano?

¿Posee el psicoanalista una brújula desde donde puede orientarse hacia elementos predecibles en la constitución de los cuerpos y sus destinos? ¿Qué implicancias tiene una respuesta positiva o negativa a la pregunta anterior?

En el contexto actual de la lucha por el reconocimiento de derechos de ciudadanía a grupos que han sido destinados a los márgenes de la sociedad, por su desajuste corporal a lo establecido por la “*normalidad*” como es el caso por ejemplo, de comunidad trans- la pregunta por la concepción normativa de la construcción de cuerpos en psicoanálisis es no sólo necesaria, sino que imprescindible.

El psicoanálisis trabaja con el padecer del sujeto, con el sufrimiento que conlleva inevitablemente el hecho de vivir entre y con otros. Del mismo modo, se compromete al acompañamiento del sujeto en su trágico destino que en la misma vida que recorre, está poblado de muerte. Una praxis ética, implica interrogarse por las condiciones de producción de un dispositivo de escucha, en este caso el analítico. Implica también cuestionar los presupuestos que pueden dar origen a cualquier tipo de dominación o sometimiento sobre otros. Implica asimismo dirigirse hoy, política y clínicamente, a los lugares que se han definido por expulsión y repulsa de parte de la estructura social, lugares *abyectos* que han sido excluidos y maltratados; para poder pensar en las posibilidades, en las habilitaciones y no únicamente en las clausuras y limitaciones.

En este escenario, la pregunta por el cuerpo toma protagonismo, puesto que éste corresponde al soporte material, imaginario, ficticio, simbólico y carnal de la existencia. Es allí donde se inscribe de distintas maneras la experiencia y desde donde se instala la dimensión del deseo que va a diferenciar al animal del humano. Desde este lugar, la dimensión abyecta de los cuerpos en psicoanálisis radica en aquello que debe excluirse para dar paso a una geografía corporal y del deseo al sujeto. La ficción de dicha geografía se inaugura con el descubrimiento del cuerpo histórico por parte de Sigmund Freud, acto revolucionario que tomó en consideración aquello que no estaba dentro de los mapas anatómicos, pero que no obstante, podría explicar una determinada historia y sobre todo un determinado sufrir o padecer.

Los postulados teóricos que los analistas llevan consigo al establecerse en su oficio, en la escena analítica, son directamente herederos de la teorización freudiana y su conceptualización sobre el destino, movimientos y trayectorias pulsionales de un sujeto, los que en primera y última instancia, corresponden a la dimensión del cuerpo y el deseo que atraviesa su materialidad.

La presente investigación se sitúa en el marco de la interrogación enunciada al inicio, que incorpora en sí la dimensión teórica, clínica, ética y política, a saber: *¿Posee el analista un mapa y una brújula desde donde puede orientarse hacia elementos predecibles en la constitución de los cuerpos y sus destinos?*

Podría señalarse que por el hecho de situarse en un corpus teórico determinado, el analista tiene un cierto saber sobre el cuerpo, no obstante, no sobre todos los cuerpos. No sobre la singularidad de cada cuerpo. Sin embargo, el saber teórico es algo inherente a la

formación psicoanalítica y si desde ahí se concibe un cuerpo como predecible y como estructurable bajo ciertas normas fijas que establecen la posibilidad de mapear la inteligibilidad de un cuerpo, esto tendrá consecuencias fundamentales a la hora de reflexionar acerca de la cura y su dirección. *¿Cómo hacer para que el saber sobre los cuerpos no se imponga como un ideal normativo en la escucha?*

Para responder dicha pregunta, es necesario interrogarse si el Psicoanálisis posee en primer término, un ideal sobre el cuerpo. Para ello, hay que examinar las bases, la construcción freudiana de los cuerpos. La hipótesis del escrito que sigue a continuación señala que a pesar de toda la innovación y aportes a la concepción del cuerpo en psicoanálisis, a partir de 1905, con la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual*, a la vez que se propone el concepto más heterogéneo en psicoanálisis, la pulsión, comienzan simultáneamente a perfilarse tipos de construcción de cuerpo basados en un ideal, el de la unificación, donde aquello que no se ajusta, lo abyecto, es desterrado y se le da un destino particular: exclusión, patologización, mistificación.

Para ir a explorar dicha hipótesis se desarrolló un recorrido particular. En primer lugar, se utilizó y definió la concepción de lo *abyecto* desde la teoría de Julia Kristeva, puesto que se considera que es un operador que permitirá el análisis del texto freudiano que se decidió interrogar. A partir de aquí, se introdujo cuál sería el escenario de la producción de dicho ideal unificante y se trabajó en la concepción inicial de cuerpo en Freud y el cambio de paradigma que representa el texto de los *Tres ensayos de Teoría sexual*, que permite en su desarrollo y trabajo posterior, evidenciar los movimientos en el pensamiento freudiano y su puesta en marcha en el terreno de los cuerpos.

Se distinguieron en este contexto, tres modalidades de concebir el cuerpo, cada una sometida a las pretensiones de la unificación. Dichas modalidades son: el *yo corporal unificado*, *el cuerpo de la genitalidad* y *el cuerpo masculino*. Cada uno de estos encarna una manera de jerarquizar la pulsión para organizar una estructura corporal resistente a la multiplicidad y a lo heterogéneo, materia que constituye su abyecto.

En la segunda parte del escrito se trabajó en la revisión de la obra freudiana de cada una de estas modalidades de cuerpo, así como la discusión y análisis respecto de sus abyectos. Fue imprescindible la incorporación de autores que trabajaban dichas dimensiones, así como de autores en los cuales la hipótesis de la presente investigación podía sostenerse y generar una reflexión que significase un aporte para la clínica y política del cuerpo en psicoanálisis.

A partir de lo anterior, se discutió en relación a las implicancias de los destinos de lo abyecto y de la lógica utilizada para pensar los cuerpos; se analiza críticamente también, la pretensión unificatoria de éstos y se proyecta finalmente la reflexión en una interrogación ética que pueda otorgar posibilidades de escucha a las formas de habitar los cuerpos que hoy desafían y ponen en jaque las estructuras psicoanalíticas, de modo de poder aportar en la lógica del reconocimiento de subjetividades y corporalidades que no pueden dar cuenta de su materialidad en términos de la carta de navegación freudiana que Freud *sí trazó*.

Lo anterior no implicó demonizar al Freud, sino que reconocer en primer lugar, una limitación contextual en términos de escenario de escritura del texto analítico fundacional. Implicó hacer el ejercicio de recordar las normas que sustentan la praxis y e

intentar de algún modo acercarse a la posibilidad de hacerse cargo, hoy, a 115 años de la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual* de las nuevas formas de padecer, de las nuevas formas de existir, conceptualizar y habitar lo corporal.

Problema de investigación

En el contexto actual, han aparecido nuevas y múltiples formas de habitar y modificar los cuerpos; abundan discusiones sobre su naturaleza y transformaciones, proliferan las reflexiones que avalen, se opongan o problematicen este momento en que la ciencia y la tecnología han poblado el campo de intervenciones en y sobre el tejido y arquitectura corporal. Modificaciones orientadas, ya sea a dar respuesta a los ideales de perfección en la sociedad contemporánea o a rebelarse asimismo contra éstos, en este escenario donde las imágenes han alcanzado un protagonismo inusitado que termina saturando y diseminando la dimensión corporal. (Hogle, 2011; Kristeva, 1995)

Difícil de circunscribir, el cuerpo en su extensión niega la posibilidad de determinar una especificidad ontológica, por más que se intente encontrar una (Butler, 2008). De este modo, hablar de cuerpo remite a múltiples y disímiles categorías como las subjetividad, individuo, y otros significantes que intentan circunscribir en un léxico determinado la idea y materia corporal.

No existe “la” definición de cuerpo, ni un único autor que se autorice a enunciarla. En referencia a esto, Judith Butler, filósofa exponente del espacio y teorización *queer*, al interrogarse sobre el problema del cuerpo, señala:

Il y a un corps, il y a des corps. On peut et même on doit précisément parler de cette façon ; on a raison de le faire. Mais des questions demeurent : qui a

le droit de dire « il y a » ? Dans quelles circonstances le dit-on ? Et y a-t-il un « corps » comme tel, ou le corps est-il toujours formé et anticipé relativement à des normes culturelles et à leurs fantasmes ?

[Hay un cuerpo, hay cuerpos. Podemos, e incluso debemos hablar precisamente de esta manera; tenemos razón para hacerlo. Pero aún persisten interrogantes: ¿Quién tiene el derecho de decir “hay”? ¿En qué circunstancias lo decimos? Y: ¿Existe un “cuerpo” como tal, o el cuerpo está siempre formado y anticipado relativamente a normas culturales y a sus fantasmas?](Butler in Duverger & Hoquet, 2011 p.74)

Estas preguntas tienen sus condiciones de posibilidad en la articulación de dos niveles: el primero, da cuenta de múltiples cambios de estatuto del cuerpo en el curso de los últimos treinta años, cambios originados en base a demandas de grupos y colectivos, (por ejemplo, grupos LGTBIQ+, grupos de usuarios de sistemas de salud, grupos que luchan por los derechos de la mujer y la igualdad de género, entre otros) que lo han situado en la palestra del debate político y teórico. Un segundo nivel, se constituye como efecto de dichas transformaciones y su repercusión sobre los discursos que refieren al cuerpo. Al respecto, Schilling (2005) refiere que este efecto de proliferación discursiva, a su vez implicaría mayores posibilidades de alterar los cuerpos, lo que conlleva recursivamente a una diseminación de saber acerca de éstos, así como la instalación de una incertidumbre en relación a lo que sería un “cuerpo individual”.

Cuerpos modificados, intervenidos, saturados, cortados y reunidos. Cuerpos que vienen a construir nuevas formas de subjetividad en el marco de los ideales sociales antes ya mencionados. Cuerpos normalizados en un proceso que cambia a medida que los ideales se deconstruyen, organizándose otros nuevos. Ideales que responden a y que

constituyen nuevas (y antiguas) matrices de nominación y exclusión. Ahí donde lo que no se ajusta al ideal, sobra. (Banerjee, 2011)

En el marco de las Ciencias Humanas, particularmente en los saberes psi, el Psicoanálisis, desde sus inicios se ha proclamado estudioso y fundador de un nuevo saber sobre el cuerpo. La introducción de la dimensión pulsional crea una nueva topología y geografía corporal, dando inteligibilidad y legitimando aquello que para la medicina era (y permanece aún) inexplicable. Es el punto de partida de una vasta producción teórica, de una nueva legalidad, una técnica y una ética que aluden directamente a lo corporal, puesto que no hay cura psicoanalítica que no pase directamente por el cuerpo. (Fuentes, 2016)

Para el Psicoanálisis, el cuerpo alude a la dimensión deseante (libidinal) de la experiencia humana. De este modo, no es reductible ni a la dimensión orgánica (propia de la necesidad), ni a la dimensión físico-evolutiva (physis), propia del crecimiento y la adaptación. Asimismo, no se equipara a la noción de soma, vale decir, no refiere a aquello que se comprende como mera oposición a lo psíquico. (Assoun, 1997)

Circunscribir el cuerpo al campo del deseo, implica un esfuerzo por brindarle un estatuto que no responda a los parámetros de lo natural, sino al territorio subjetivo (sexualidad) y transindividual de la experiencia humana. Para Freud, la noción de cuerpo remite al trayecto pulsional recorrido por cada sujeto en función de la búsqueda por la satisfacción y los desvíos que se imponen ante ésta por acción de la represión.

En este contexto, en el proceso de revisión de la obra freudiana, se aprecia un giro respecto a la concepción de cuerpo de los inicios del psicoanálisis, cuyo acento está

puesto en correlación somato -psíquica, en particular, en la búsqueda y confirmación de una etiología sexual del padecer neurótico. El movimiento se contempla a partir de la publicación de *Tres ensayos de Teoría sexual* (1905) – con el ingreso de la pulsión como concepto y junto con ella, de una dimensión que parece ser indisoluble a la construcción del cuerpo en Freud: **la tendencia a la unificación**. Tomando esto en consideración, es posible encontrar una teorización acerca de niveles de organización corporal susceptibles de ser pensados en términos de logros o conquistas. Éstos se materializan en el camino trazado en el desarrollo de la libido, que daría paso a que elementos heterogéneos sean integrados, circunscritos y ordenados en un marco de unificación que les de un soporte, los vuelva codificables y los habilite en tanto cuerpo para su reconocimiento, reproducción y sujeción al lazo social.

Sin embargo, la habilitación de un cuerpo unificado, produce un costo e instala una relación problemática con el origen (o tiempo primero necesario para pensar una constitución corporal). De esta manera, para que un cuerpo pueda construirse, ha de negar a la vez, su heterogeneidad originaria en un movimiento de unificación o totalización. Dicha unificación nunca es total, por lo que siempre habrá un resto que produce un desfase entre dicho heterogéneo y su forma: *lo abyecto*, cuyas manifestaciones son el motor de la investigación desde el nacimiento mismo del psicoanálisis.

La concepción de cuerpos unificados posterior a 1905, a la que llamaremos “*Teoría de los cuerpos unificados*” es el punto problemático que funda esta investigación. Una teoría que viene a poner en aprietos a la heterogeneidad de la pulsión, aquella fuerza que los recorre y los funda, sin embargo, a la que se pretende someter o

domeñar para poder llevar a cabo de una manera adecuada el proceso constructivo, más bien modelador de cuerpos erigidos bajo las coordenadas de la unificación y la jerarquización.

Sobre la base de este par, unificación/inadecuación corporal se situó esta investigación, que versó particularmente sobre tres cuerpos en la obra de Freud (**yo corporal unificado/ cuerpo de la genitalidad/ cuerpo masculino**) y sobre aquella dimensión que excede a cada uno de ellos, no ajustándose a las operaciones unificadoras: *lo abyecto*.

Así, el *Yo corporal unificado* va a constituir el primer logro en el tránsito de desarrollo de la libido, puesto que el yo no existe de entrada, sino que se constituye a partir de un estado anárquico donde las pulsiones se satisfacerían cada una por su cuenta (Freud, 1914/2010). Este estado de fragmentación, el autoerotismo, debe abandonarse radicalmente (abyectarse) para dar paso al narcisismo. Así, si en el autoerotismo había anarquía pulsional, en el narcisismo primario se da la convergencia de las pulsiones parciales en algo común: el yo, que es tomado como objeto de la libido narcisista. (Laplanche & Pontalis, 1999)

Para su desarrollo final, el yo ha de alejarse del narcisismo primario. Esto ocurre a través del desplazamiento de la libido hacia un ideal que se impone desde el exterior. Dicho narcisismo primario asumirá el estatuto de un momento que el yo nostálgicamente se esforzará en recobrar (Freud, 1914/2010). Ambos estados, autoerotismo y narcisismo primario deben ser afectados por distintas operaciones para renunciar a una modalidad que es ineficaz e incompatible con la vida.

En este pasaje, el desarrollo del yo en tanto objeto (que posibilita el narcisismo secundario) trae consigo el encuentro con la alteridad, en un escenario de renunciaciones que posibilitan la vivencia de un cuerpo propio, vivencia que ha superado el placer de órgano fragmentado del autoerotismo y que ha unificado la experiencia de sí y del otro en uno: el yo; el que más adelante, en “El yo y el Ello” (1923) será nombrado como una esencia cuerpo.

No obstante, la unificación yoico-corporal se ve amenazada con la reaparición de lo heterogéneo, vale decir, del autoerotismo en tanto resto. Abyecto constitutivo pero riesgoso en virtud de sus consecuencias, entre las que se cuentan en primer lugar el desvío de la pulsión sexual en su camino hacia la genitalidad y la preservación de la especie; y en segundo lugar, graves alteraciones de la vida sexual y modos de enfermar (en particular, psicosis).

Posteriormente, la operación de la castración será el pivote ordenador que permitirá hablar del segundo y tercer cuerpo: el *cuerpo de la genitalidad* (primado de la genitalidad) y el *cuerpo de la diferencia sexual* (cuerpo masculino). Esta operación se pone en obra para subordinar el imperio de la parcialidad pulsional, dando paso a un primer orden en el primado del falo; lo que permite que luego de la pubertad se instale el primado genital, que conduce finalmente a la reproducción.

Si se hubiese seguido un criterio cronológico (en términos de ciclo vital), tomando como referencia el camino trazado teóricamente por Freud respecto al desarrollo de la libido, debería haberse tratado en primer lugar en esta investigación, el cuerpo de la diferencia sexual-masculino, para luego pasar al de la genitalidad como producto final.

Sin embargo, se invirtió didácticamente el orden de presentación, puesto que estos cuerpos se sitúan en niveles distintos, siendo el cuerpo de la genitalidad una unificación lógica de la *parcialidad* en tanto abyecto (en concordancia con la superación del *yo corporal unificado* respecto a la fragmentación autoerótica) y el cuerpo masculino se postula como un cuerpo ideal, prisma a través del cual va a ser mirado su abyecto (el cuerpo femenino).

En el cuerpo de la genitalidad, por efecto de la operación de la castración se han jerarquizado y subordinado las parcialidades hacia su reunión en el primado genital (sin olvidar por supuesto, que este orden está al servicio de la reproducción). Antes de esta homogenización de la satisfacción, la libido se va estableciendo en las llamadas *fases de la organización pregenital*: oral, anal, fálica y finalmente genital, sede de la síntesis pulsional.

En otro registro, si bien íntimamente ligado al cuerpo de la genitalidad y a la subordinación de la parcialidad a la operación de la castración, el cuerpo de la diferencia sexual-masculino se funda como prototipo de claridad (en contraste al continente negro de lo femenino), de la posesión, sede del ideal fálico y la potencia; cuerpo cuyo abyecto femenino, ha de ser ubicado en la opacidad, sacralizado o mistificado.

El cuerpo femenino es la amenaza por excelencia a la unificación de un cuerpo que ha sido marcado por un significante, que transfiere inteligibilidad a cualquier cuerpo bajo el criterio de la presencia y de la ausencia, existiendo sólo un referente: el falo. Éste en tanto soporte que engloba y representa el ideal unificador corporal freudiano en dos dimensiones, una dimensión que Deleuze ha llamado “falo de coordinación”, dimensión

que en palabras de Žižek aludiría a “(...) una figura a la que el sujeto se refiere a fin de coordinar las zonas erógenas en la totalidad de un cuerpo unificado” (Žižek, 2006 p.111) y el “falo de la castración” que sería en sí mismo el significante fálico de la diferencia. Se aprecia que la primera dimensión aludiría a la unificación propia del yo corporal unificado y que la segunda a aquellos mecanismos unificatorios vinculados con el cuerpo de la genitalidad y la diferencia sexual.

Ahora bien, se ha hecho referencia a tres modos de concebir los cuerpos en la obra freudiana: dos (yo corporal unificado/ cuerpo de la genitalidad) en un nivel de análisis donde la unificación se presenta como un segundo tiempo que deja atrás un abyecto constitutivo-originario que de todos modos pulsa y amenaza con reaparecer. Un tercer cuerpo (masculino) que se constituye como modelo de una diferencia, como ideal bajo el cual el cuerpo femenino queda como abyecto.

Se ha señalado además, que para cada una de las modalidades de cuerpo es posible identificar una dimensión abyecta que hace reaparecer y reactualiza lo heterogéneo, en una inadecuación respecto de las leyes de unificación y la totalización. En relación al *yo cuerpo*, se encuentra el cuerpo fragmentado del autoerotismo; fragmentación que, si se conserva, queda relegada al ámbito de la psicosis (en la actualidad, los “estados límites” son una manifestación de la fragilidad yoica con consecuencias directas sobre el cuerpo). En un segundo nivel, el *cuerpo de la genitalidad* evidencia su abyecto en cuerpos que no someterían su goce al primado genital y lo condensan en la parcialidad: quedando situados bajo una lógica de lo patológico, en primer lugar, de la neurosis, pero por sobre todo de lo perverso. (Freud, 1905/2010b) Otra dimensión de la castración radica en el

establecimiento de la diferencia sexual, donde el cuerpo masculino se vuelve el paradigma de la forma y las coordenadas fálicas. Del lado de la mujer, el cuerpo no se ceñirá nunca al ideal totalizador del Fallo; es más, porta consigo un agujero creador de un gran enigma, quedando relegada a la histeria la resolución de esta pregunta.

Se reitera en este lugar la existencia de un impasse, puesto que a pesar que Freud funda psicoanálisis gracias al reconocimiento de lo heterogéneo en relación al cuerpo homogenizado y codificado de la medicina, habría en su teoría una insistencia en buscar la unificación, quedando finalmente dicha dimensión reducida a la circunscripción del Uno.

En el marco de dicha insistencia/obsesión unificadora del psicoanálisis, lo abyecto respecto del cuerpo corre el riesgo de que en su inadecuación e imposibilidad de ser totalizado, sea excluido desconociendo su carácter móvil y productivo.

Desde este lugar se articula la hipótesis de esta investigación, a saber:

Pese a los aportes que ha brindado el psicoanálisis freudiano al abordaje y tratamiento de los cuerpos, éste opera con tipos ideales de cuerpos constituidos en base a operaciones de unificación y jerarquización, donde la (potencial) aparición de lo abyecto se presenta como amenaza para la estabilidad y funcionamiento de la organización corporal. Los cuerpos alterados por lo abyecto son excluidos y como consecuencia, serían relegados a espacios de desvalorización, patologización o bien a concepciones enigmáticas o incluso místicas.

Judith Butler ha sido una autora central en la problematización contemporánea acerca de lo abyecto, y su labor se ha concentrado en denunciar, explicar y hacerse cargo

sobre, de y en la exclusión de ciertos cuerpos que no coinciden con el ideal. Ligando el problema del sexo al cuerpo, a la materialidad y la insistencia, señala que la materia de los cuerpos es indisociable de las normas reguladoras que los gobiernan. Queda sujeto el cuerpo a lo normativo, y lo normativo a su vez con lo reiterativo, con lo productivo de la inteligibilidad, quedando, no obstante, un residuo que es expulsado de la matriz de producción corporal.

La situation est celle d'un chiasme dans laquelle le langage- y compris ses normes, formes et constructions internes- participe à cet acte de fabriquer le corps, mais le corps même n'est jamais tout à fait capturé ou épuisé par ces efforts pour le « faire ». Le corps, en ce sens, prend bien forme mais il reste quelque chose d'extérieur à la forme même, ce qui exige la relance constante du processus de formation. [La situación es la de un quiasma en el cual el lenguaje- ahí comprendidas sus normas, formas y construcciones internas- participa en este acto de fabricar el cuerpo, pero el cuerpo mismo no está nunca totalmente capturado o agotado por esos esfuerzos para “hacerlo”. El cuerpo, en ese sentido, toma forma, pero algo queda, exterior a la forma misma, lo que exige la reactivación constante del proceso de formación] (Butler in David-Ménard, 2009 p.215)

Dicho residuo ininteligible, expulsado de la matriz de producción corporal, es para Butler “lo abyecto”, concepto que toma prestado de Julia Kristeva. Esta última nombra lo abyecto justamente como aquella dimensión que ha de repelerse para poder configurar la estabilidad y los límites de lo diferenciable. (Kristeva, 2006)

Teniendo a la vista lo ya señalado, la investigación realizó una exploración sobre la teorización freudiana, que se orientó a rastrear si la exclusión planteada en la hipótesis era el único destino posible de lo abyecto respecto del cuerpo, lo que no podía sino buscarse en el contexto y marco general de las propuestas freudianas. Desde aquí, la

pregunta que guió la investigación es la siguiente: *¿Cuáles son las características y destinos que toma lo abyecto respecto de cada una de las organizaciones corporales (yo corporal unificado/cuerpo de la genitalidad/cuerpo masculino) en el desarrollo de la obra de Freud?* Esta pregunta se acompaña de otras que otorgan un camino metodológico y los objetivos a seguir durante la investigación, éstas son: *¿Cuáles son los momentos en la obra freudiana en que se aborda lo abyecto respecto de cada una de las organizaciones corporales planteadas? ¿Qué tipos de abyectos respecto del cuerpo es posible de identificar en la obra freudiana? ¿Cuáles son las consecuencias clínico-políticas de los destinos de los diversos tipos de abyecto en relación al cuerpo, identificados en la revisión de textos fundamentales de la obra freudiana?*

Estas preguntas cobran sentido en el marco una discusión crítica sobre el estatuto de lo abyecto y su lugar en psicoanálisis.

En este lugar, la conceptualización de lo abyecto permitió ir a preguntarle directamente al texto freudiano acerca de sus cuerpos, sus formas de construcción y las vicisitudes de aquella dimensión que excede en el marco de este proceso.

En términos **metodológicos**, esto se tradujo en el análisis del trayecto y destinos de lo abyecto en relación a estos tres cuerpos en Freud, camino realizado a través de la revisión y análisis exhaustivo de textos fundamentales de su obra. Este material fue sometido a discusión, leído e interpretado, a partir del trabajo con los postulados de autores que emergieron como pertinentes en el proceso de análisis y realización del trabajo de investigación.

La **originalidad** de la presente investigación consistió en presentar una articulación conceptual y un análisis hasta ahora inexistente en la literatura psicoanalítica.

La **relevancia disciplinar** de la investigación se puede ubicar tanto a nivel teórico como clínico. A nivel teórico, es importante señalar que una hipótesis de investigación que considere una mirada crítica frente a la teoría, lleva consigo el interés en la superación de obstáculos de distinta índole, que han impedido su desarrollo en un determinado problema. Entonces, en el caso de este trabajo, la hipótesis crítica respecto al tratamiento de lo negativo en relación al cuerpo en la obra freudiana, no debe sino conducir a la revisión de la formulación y trayecto de éste desde sus bases conceptuales en relación con su contexto histórico.

Esto adquiere alta relevancia, puesto que le otorgó al texto freudiano en su interrogación y análisis, la posibilidad de criticar o justificar los destinos de lo abyecto en relación al cuerpo hipotetizados. Brindó la oportunidad, a partir de la visualización de aciertos y desaciertos, de poder cuestionar, movilizar y eventualmente potenciar elementos de la construcción freudiana sobre los cuerpos y su abyecto, que tal vez no están siendo apreciados.

Esta investigación no tuvo por objetivo hacer una apología a la parcialidad o a la fragmentación, sino que pretendió otorgar la oportunidad a estos cuerpos, de ser reinterrogados y escuchados a la luz análisis del análisis teórico-crítico del tratamiento que Freud le otorgó durante el desarrollo de su obra al abyecto.

En segundo lugar, este trabajo adquirió relevancia a nivel de la **praxis clínica y la dirección de la cura**. Interrogar la teoría freudiana sobre los cuerpos y sus abyectos,

así como su tendencia unificadora representa un ejercicio ético frente a las diferentes formas de padecer. Una clínica que no se interroga por los cuerpos que escucha en el relato de un sujeto, vale decir, que no intenta desnaturalizar tipos ideales, se vuelve complaciente ante éstos, lo que en definitiva termina actuando también como un obstáculo respecto de la aparición de la subjetividad, la que no se muestra sino en lo heterogéneo.

Esta investigación posee también relevancia a nivel político, ya que ir tras lo abyecto respecto del cuerpo en psicoanálisis, implicó tomar una posición y dirigirse a lo que –por su inadecuación respecto de los códigos de unificación corporal- ha sido confinado a la marginalidad, vale decir, hacia aquellos cuerpos que tal como dice Judith Butler: hoy importan menos que otros. (Butler, 2008)

En consecuencia, considerando la dimensión disciplinar y política, así como los aspectos éticos que se implican en ambas, esta investigación pretende contribuir al debate contemporáneo en torno al estatuto de los cuerpos y la discusión sobre sus procesos de legitimación. Revisitar la obra freudiana en el contexto en el que esta investigación se lo plantea, podría implicar un movimiento que permita abordar el padecer de aquellos sujetos que visibilizan la inadecuación respecto de las matrices de construcción y nominación de cuerpos ideales; es también un gesto que pretende sacudir los caminos por los cuales esa inadecuación ha sido tradicionalmente abordada e intentar volverla suelo fértil para reconocer ahí, a lo menos, una pregunta que se abre y no necesariamente un impasse.

Objetivos de investigación

Objetivo general

- Analizar las características, destinos y tratamiento de lo abyecto en relación al cuerpo¹ en la obra de Freud

Objetivos Específicos

- Describir y analizar las características conceptuales sobre lo que puede ser considerado abyecto respecto del cuerpo en textos fundamentales de la obra de Freud.
- Diferenciar tipos de abyección en relación al cuerpo presentes en textos fundamentales de la obra de Freud
- Describir y analizar el tratamiento que otorga Freud a lo abyecto en relación a cada uno de los cuerpos propuestos.
- Analizar las posibilidades, limitaciones y desafíos clínico-políticos que plantean en la actualidad los distintos destinos de lo abyecto en relación al cuerpo en la obra freudiana

¹ Se recuerda al lector que al señalar la expresión “cuerpo en la obra de Freud”, se hace referencia a lo que ha sido circunscrito en el marco de la *Teoría de los cuerpos unificados*, a saber: yo corporal unificado- cuerpo de la genitalidad- cuerpo masculino.

Hipótesis de trabajo

- Pese a los aportes que ha brindado el psicoanálisis freudiano al abordaje y tratamiento de los cuerpos, éste opera con tipos ideales de cuerpos constituidos en base a operaciones de unificación y jerarquización, donde la (potencial) aparición de lo abyecto se presenta como amenaza para la estabilidad y funcionamiento de la organización corporal. Los cuerpos alterados por lo abyecto son excluidos y como consecuencia, serían relegados a espacios de desvalorización, patologización o bien a concepciones enigmáticas o incluso místicas.

Marco metodológico

La presente investigación constituye una tesis monográfica de carácter teórico, en particular, una “Investigación conceptual” sobre Psicoanálisis, la que puede definirse como:

Conceptual research defines itself by its subject matter: namely, psychoanalytic concepts, those tools of language by which we attempt to grasp empirical phenomena—especially clinical phenomena—theoretically. As a working definition I would put it this way: conceptual research is concerned with the systematic investigation of the meanings and uses of psychoanalytic concepts, including their changes, in relation to both clinical and extraclinical contexts. [La investigación conceptual se define por su objeto de estudio: a saber, conceptos psicoanalíticos, instrumentos de lenguaje a través de los cuales intentamos comprender los fenómenos empíricos- específicamente fenómenos clínicos-teóricamente. Como una definición de trabajo lo pondría de este modo: la investigación conceptual está relacionada con la investigación sistemática de los significados y uso de los conceptos psicoanalíticos, incluidos sus cambios, en relación a contextos clínicos y extra-clínicos].(Dreher (2003) p. 109-110 in Leuzinger-Bohleber & Fischmann, 2006 p.1375)

En este caso, se toma como objeto de estudio la conceptualización del cuerpo en la obra de Freud, a partir de una estrategia de lectura y análisis bajo el lente conceptual de la noción de lo abyecto y su posterior interpretación, camino que será relatado más adelante.

En su obra “*Nuevos fundamentos para el Psicoanálisis*”, Jean Laplanche (1989) agrupa cuatro campos en los cuales se desarrolla la experiencia psicoanalítica. Estos son la *clínica*, como espacio por excelencia, el *psicoanálisis exportado*, la *teoría* y la *historia*. Respecto a la teoría, destaca que el hombre es un sujeto “Autoteorizante”, lo que define

inmediatamente una posición epistemológica, puesto que en sus palabras, esta característica quiere decir que “(...)toda verdadera teorización compromete al investigador” (p.102) y además señala que este campo no debe considerarse como disociado o absolutamente aparte del análisis, sino ligado a los demás campos de la experiencia analítica.

En continuidad con lo anterior, Iribarry (2003), refiere que no sólo en la investigación clínica en psicoanálisis se manifiesta la transferencia, sino que también en la investigación teórica y el trabajo de lectura y escucha de documentos, en donde:

(...) O pesquisador psicanalítico é movido por suas impressões transferenciais sobre o texto examinado e fica atento ao desfile dos significantes que o compõem, procurando estabelecer uma teoria em gérmen, uma construção de natureza ficcional (FÉDIDA, 1992), na qual o ensaio metapsicológico é o objetivo final.[El investigador psicoanalítico se mueve por sus impresiones transferenciales sobre el texto examinado y está atento al desfile de los significantes que lo componen, buscando establecer una teoría en germen, una construcción de naturaleza ficcional (Fédida, 1992), en la cual el ensayo metapsicológico es el objetivo final] (Iribarry, 2003 p.127)

Será además la transferencia la que movilizará desde el inicio las preguntas que el investigador se realice, la selección de textos para acompañar o interpretar el material, estando incorporada su subjetividad para trabajar, tal y como señala Dunker (2010) *sobre psicoanálisis*, no *en* psicoanálisis, puesto que si ese fuese el caso estaría la escena analítica puesta como objeto de investigación. (Todesqui & Hashimoto, 2013)

En cuanto al proceso de diseño y puesta en marcha de la investigación pueden diferenciarse fases de trabajo, movilizadas por un interés particular, encontrar en primer lugar una tensión o brecha para construir la pregunta de investigación y en segundo lugar

una estrategia de lectura y análisis coherente a ella; siendo afín a la postura que Butler declara en 2011:

Mi pregunta es sobre todo cómo leer y no tanto cuál método usar. Creo que alguna gente que usa métodos decide la metodología y luego la aplica sobre el objeto, pero considero que eso es ser insensible al objeto. (Butler en Retana, 2011 p.297)

Para lo anterior, en primer lugar, se llevó a cabo una revisión narrativa de la literatura psicoanalítica a partir de distintas bases de datos especializadas en la disciplina, en particular Pep Web (Psychoanalytic Electronic Publishing) y Cairn.Info. Cabe destacar que la revisión narrativa, a diferencia de la sistemática, no busca llenar vacíos o responder preguntas donde existe incertidumbre sino que más bien “(...) actualizar e informar sobre el estado de un tema, transmitir nuevos conocimientos, informar y evaluar la literatura publicada, comparar la información de diferentes fuentes, sustituir los documentos primarios, conocer la tendencia de las investigaciones, entre otras” (Fortich, 2013 p. 2).

El hallazgo más significativo de la revisión fue la recurrencia de dimensiones o corporalidades que no lograban ser abarcadas por la concepción de cuerpo en Psicoanálisis; lo anterior en distintos niveles: Por ejemplo, en un primer nivel, ciertas vivencias del cuerpo inefables relativas al yo, no psicóticas, que tenían relación con un campo informe que no se ofrecía a la representación ni a la simbolización (Le Poulichet, 2013), en un segundo nivel, cuerpos en psicoanálisis que no logran construirse en una circunscripción determinada, como el cuerpo femenino (Irigaray, 2007; Montrelay, 1977). En otro nivel, cuerpos que definitivamente no encajaban ni teóricamente, ni

clínicamente con las matrices teóricas psicoanalíticas, tales como los cuerpos trans y queer (Ayouch, 2016).

En este momento de la construcción del problema se presentaron dos preguntas que trazaron caminos a seguir:

- a) ¿Ocurre este fenómeno en relación al cuerpo en la obra de Freud? ¿Existen dimensiones que no son abarcadas por la concepción (o concepciones) de cuerpo propuestas por el autor?
- b) ¿Existe algún concepto, dimensión o trabajo que permitiese pensar en aquella dimensión que excede, no cabe, encaja con las concepciones de cuerpo trazadas por el psicoanálisis?

La primera pregunta requirió una re-lectura dirigida a una selección de textos de la obra freudiana, encontrándose que a partir del año 1905, en el escrito “*Tres ensayos de teoría sexual*”, Freud perfila tres organizaciones corporales que son desarrolladas durante su obra, para cada una de las cuales existía un pasado constitutivo que necesariamente había que dejar atrás, expulsar o alejar, siendo su aparición amenazante para la integridad corporal. Lo característico de estas organizaciones (que después fueron designadas con los nombres ya expuestos) es que no son simples, sino que son resultado de una expulsión de elementos constitutivos y prima en ellas la unificación y la jerarquización.

La segunda pregunta tuvo respuesta en el marco de una lectura hegeliana del problema, donde se propuso que la dimensión expulsada correspondía a una dimensión negativa que era expulsada para poder dar paso a la afirmación de un cuerpo. Luego de una revisión de autores que trabajan conceptos que aluden a lo negativo en psicoanálisis

(Green, 2006; Missenard, 1991), se llegó finalmente a un concepto proveniente de la producción teórica de Julia Kristeva para dar cuenta de aquello expulsado pero que es necesario para la constitución de un determinado cuerpo: *lo abyecto*.

Con esos elementos sobre el papel, pudo construirse la hipótesis de investigación y diseñar luego un criterio metodológico y lógico pertinente para responder adecuadamente a la pregunta y los objetivos de investigación.

Se definió en primer lugar la obra de Freud como *material empírico* hacia donde se dirigiría la lectura y trabajo del texto. A partir de éste se discutió bajo la clave de análisis a partir del concepto de lo *abyecto* a fin de poder realizar un trabajo de apertura de sentidos del texto freudiano, tomando como contexto los trabajos de autores secundarios que permitirían interpretar.

La presente tesis propuso la utilización de autores secundarios en conjugación con el material freudiano, bajo un influjo metodológico hermenéutico crítico. Lo anterior no quiere decir que la investigación *sea* una investigación hermenéutica, sino que comparte modos de comprender lo que se entenderá por texto y su trabajo de interpretación. Gadamer (1984) en su conferencia “Texto e interpretación”, brinda una propuesta del todo coherente con la pretensión del enfoque que se procura realizar:

En todo caso, hay que señalar que sólo al plantearse el concepto de «interpretación» se presenta el de «texto» como algo central en la estructura de la lingüística; lo propio del texto consiste en que sólo se presenta a la comprensión en el contexto de la interpretación, apareciendo a su luz como una realidad dada. (Gadamer, 1984 p. 24)

De este modo, en concordancia con lo anterior y como ya se ha mencionado arriba, con “texto” se alude en este escrito a la selección de escritos fundamentales de la obra freudiana y con “contexto” referimos al material teórico que permite comprender, leer e interpretar dicho texto. El camino a seguir en términos del procedimiento y vínculo con la hipótesis investigativa, también guarda coherencia con los lineamientos planteados por Gadamer:

En un sentido similar, el intérprete de un texto indaga lo que hay propiamente en él. Esta indagación podrá tener siempre una respuesta no exenta de prejuicios y de parcialidad, pues el que pregunta busca una confirmación directa de sus hipótesis. Pero en esa remisión a lo que hay en el texto, éste se presenta como el firme punto de referencia frente a la cuestionabilidad, a la arbitrariedad o, al menos, frente a la pluralidad de posibilidades interpretativas que apuntan a él. (Ibíd., p. 25)

Ahora, la columna vertebral para la selección de los textos freudianos, y en este sentido, una de las principales herramientas metodológicas, se constituyó alrededor del texto: *Tres Ensayos de Teoría sexual* (1905) publicado en 1905, pero reformulado en cinco ocasiones durante el desarrollo de la vida y teoría de Freud. Este texto significa un testimonio riquísimo de los movimientos de la teorización freudiana sobre las tres organizaciones de cuerpo planteadas; y en cada una de sus modificaciones, notas al pie, comentarios, borramientos, es posible encontrar siempre una clave de lectura respecto a los debates a los que el autor se enfrentaba y los nuevos conceptos que enriquecen, amplían e iluminan las concepciones de cuerpo freudianas y el tratamiento de lo abyecto. La revisión de este escrito permitió seleccionar la mayoría de los textos principales para

ir a la consecución del primer objetivo específico: analizar las características, destinos y tratamiento de lo abyecto en relación al cuerpo en la obra de Freud.

La organización de la información obtenida como resultado del análisis, se llevó a cabo de la siguiente manera:

- Para cada una de las tres modalidades de cuerpo propuesta, se desarrolló un análisis tomando un criterio cronológico/temático en torno al desarrollo de la obra de Freud.
- Se distinguieron operaciones de abyección correspondientes a mecanismos que aseguran la expulsión o alejamiento por parte del cuerpo unificado de la dimensión de lo heterogéneo; las que fueron desarrolladas ya sea, in situ, en cada cuerpo, o en forma transversal a lo largo del escrito.
- Se describieron y analizaron los abyectos propios a cada cuerpo, y el tratamiento que Freud les otorga en el contexto de su obra.

Finalmente, se realizó una discusión crítica acerca de los resultados obtenidos, con miras a ofrecer ciertas claves interpretativas y propuestas de apertura en respecto al material freudiano, tomando en cuenta las posibilidades, limitaciones y desafíos clínico políticos que plantean en la actualidad las consecuencias del tratamiento de lo abyecto en la obra freudiana.

Capítulo 1: Lo abyecto

El tue-tué dicen que es un espíritu que se apodera de la cabeza de una persona y que a veces sale a volar. La persona no controla ese espíritu, porque cuando quiere volar, la persona comienza a sentirse enferma.

Extracto de Narración “El tue-tue”, Amalia Mejía en *Relatos Mapuche* (Huenún, 2008)

Este capítulo tiene por objetivo presentar el concepto de lo abyecto, a partir de la teorización de Julia Kristeva, de modo de poder contar con las coordenadas necesarias para utilizarlo como operador de análisis respecto de los modos de comprensión del cuerpo en la obra freudiana, puesto que permite problematizar la tendencia a la unificación que se ha hipotetizado y que se desarrollará en adelante.

El término *abyecto* procede del latín *abjectus*, que significa ‘bajo, humilde’. A su vez, éste término deriva de *abjicere*, que quiere decir ‘echar abajo’, lo que finalmente remite a *jacere* que significa ‘arrojar’ (Corominas, 1987). El Diccionario francés Littré señala como primera acepción que abyecto significa: “Que es rechazado o digno de serlo; y por consecuente, vil, despreciable”. (Littré, n.d. definición 1)

Desde las coordenadas de lo rechazado, lo arrojado y lo bajo; Julia Kristeva, psicoanalista belga radicada en Francia, toma el concepto de lo abyecto de la definición del escritor francés Georges Bataille. Este último en su texto “*La abyección y las formas miserables*”(1970), trabaja el concepto desde una perspectiva sociológica, a partir de la dimensión de la exclusión y la repulsión, señalando: “(...) La abyección humana resulta de la incapacidad material de evitar el contacto de cosas abyectas: no es sino la abyección de cosas comunicadas a los hombres que las afectan” (Bataille, 1970 p.219). Además,

refiere que las cosas abyectas pueden definirse negativamente en calidad de objetos del acto imperativo de exclusión.

Kristeva toma esta definición y la trabaja en una articulación entre la lingüística y el psicoanálisis. En este contexto, cabe destacar que ella se consagra desde el inicio de su obra al estudio de los procesos de significación y la constitución subjetiva. Al respecto, señalará que para que en el sujeto estos procesos puedan llevarse a cabo, distintos elementos han de negarse y repudiarse en pos de dar paso a algo nuevo. El proceso de significación da cuenta de la capacidad del ser humano para separarse del cuerpo de la madre, hacerse un cuerpo propio y de una capacidad simbólica que le permita habitar el mundo (Lechte, 2013).

Para poder hacer referencia a la abyección, es primordial remitirse a algunos conceptos centrales de la obra de Kristeva, que ponen de manifiesto los supuestos teóricos involucrados en la explicación de los procesos de significación y simbolización, así como su contraparte en los procesos de abyección/rechazo. En este sentido, se hará un recorrido en primer lugar por los conceptos que conciernen a dos registros implicados en los procesos de significación: *lo semiótico* y *lo tético*. Éstos permiten comprender la lógica de producción del resto abyecto y su estatuto frente a la operación de repulsa.

Los procesos de adquisición del lenguaje: lo semiótico y lo tético

En su libro “La Revolución del lenguaje poético”(1974), Kristeva desarrolla un análisis exhaustivo -a partir de la lingüística, de la filosofía y del psicoanálisis- de la poesía (en particular la de Mallarmé y Lautréamont) y su relación con el goce de la

transformación del código del lenguaje. Esta conexión de la lingüística y el Psicoanálisis, la justifica situando a este último en tanto praxis, estudio y campo de la vida psíquica y el inconsciente, crucial para el abordaje de los procesos de significación (Kristeva, 1974).

Kristeva plantea una teoría del ‘sujeto en proceso’, refiriendo que éste debe oponerse a una concepción de ‘yo’ tal como la que se considera y trabaja en la Filosofía trascendental (Moi, 1988). En esta teoría, el lenguaje se concibe dentro de la estructura del orden simbólico y a la vez heterogéneo. De este modo, el núcleo de esta estructura, vale decir, el “sujeto en proceso”, está estructurado por la ley simbólica que tiene por resultado la homogenización de diversos componentes, pero tiene el potencial de ser subversivo a ella.

Esta capacidad, a la vez virtual y material de los sujetos para subvertir el orden simbólico, proviene de una intrusión radical de impulsos corporales tempranos del tiempo de lo preedípico, desde donde se operaría – a partir de los planteamientos de la autora- en el registro de lo semiótico.

Ahora bien, este registro da cuenta de impulsos primarios presentes desde el inicio de la vida subjetiva, los que serían fundamentalmente orales y anales; heterogéneos y a la vez contrarios (por ejemplo: vida/muerte – expulsión/incorporación). En este momento, el niño, que tendría el estatuto de un “pre-sujeto”, se experimentaría a sí mismo como un conjunto de pasiones y capacidades corporales múltiples, discontinuas y fragmentadas. Sólo en el vínculo con la madre, más bien, con el cuerpo de ésta, ese fluir heterogéneo comienza a ordenarse paulatinamente, en el interior de un marco social en el que la madre se sitúa (Kristeva, 1974).

Así, aquellos impulsos primarios y heterogéneos desembocarían en una estructura que Kristeva (1974) denominará '*chora*' (expresión que viene del griego, que quiere decir espacio cerrado, matriz), que Platón define en el Timeo en términos de una entidad invisible e informe que recibe todas las cosas, participa misteriosamente de lo inteligible, y es sumamente incomprensible.

La *chora* semiótica denota el flujo pulsional del vínculo íntimo con la madre y la autora la define en términos de una totalidad no expresiva que está constituida por dichas pulsiones, sus movimientos y estancamientos en una motilidad que es simultáneamente agitada y reglamentada (Kristeva, 1974).

Esta totalidad semiótica en movimiento, es concebida como un continuum que tiene una relación directa con aquellos aspectos somáticos, rítmicos y tonales del lenguaje, que se encuentran excluidos de la representación, como por ejemplo, tonos y volúmenes de expresión, silencios, pautas rítmicas del habla, sonidos, entre otros (Kristeva, 1974, p. 43).

Sin embargo, independiente de ser una totalidad, la *chora* semiótica no tiene unidad ni identidad. Esta articulación no cumple con los principios filosóficos ni de identidad ni de no contradicción. Pese a esto, no deja de estar sometida a una reglamentación diferente a la de la ley simbólica, en el marco de un ordenamiento efímero que conjuga provisoriamente las discontinuidades y las relanza infinitamente.

En el proceso de significación, el continuum semiótico debe necesariamente fraccionarse con el objetivo de producir significado. Esto desemboca en una nueva fase, la *thesis* (o registro de lo tético), que va a habilitar al sujeto para realización de juicios de

atribución y diferencias, por lo tanto, de significado a la infinita heterogeneidad de la chora. La autora menciona que como este registro correspondería al dominio del juicio, sería estaría en el terreno de la *proposición* y la *posición*: “No hay signo que no sea tético, y todo signo es ya una “proposición” en germen, atribuyendo un significante a un objeto a través de una “cópula” que hará función de significado” (Elliot, 1995 p.285).

El momento del Estadio del espejo sería el primer paso hacia lo tético, ya que va a permitir progresivamente la constitución de los objetos, los que luego van a independizarse de la chora semiótica, lo que termina finalmente de realizarse en las dinámicas unificantes propias del Complejo de Edipo (Kristeva,1999).

Una vez que el sujeto ha ingresado adecuadamente en el orden simbólico/tético, la chora semiótica comienza a percibirse solamente como una presión impulsiva que continúa ejerciendo un influjo difuso sobre los fundamentos de la subjetividad. En este escenario, es importante subrayar el hecho de que lo tético no sería una represión de la chora sino que, como ya se señaló, una posición, en la cual la dimensión semiótica siempre implícita, articula los desplazamientos libidinales en ritmos tonales, discontinuidades y silencios (Kristeva, 1986).

Dichos impulsos semióticos en el tránsito hacia lo tético, dejan huella en el sujeto (al que, como ya se mencionó, Kristeva llama *Sujeto-en-proceso*) y constituyen nuestra única vía de acceso a lo arcaico, incluso a la memoria de la especie o a los mapas neuronales bioenergéticos.

Lo semiótico entonces, estaría vinculado al cuerpo de la madre, mientras que el registro de lo simbólico se articula al sujeto a través de la ley del padre. Y aunque lo

semiótico se relaciona a la fase y madre preedípica, Kristeva, reconociendo la influencia de Melanie Klein, menciona que la madre reúne en sí masculinidad y feminidad.

Sin duda, es posible notar que son operaciones que organizan, unifican y ordenan, las que van dejando lo semiótico atrás, sepultándolo, para dar privilegio al signo. Lo semiótico es aquello que ha de negarse para posibilitar la separación del cuerpo de la madre. Así, ha de constituirse en un primer momento, un “yo” y en un segundo momento -vía castración-, un ser que goza bajo el primado genital, siendo el falo el supra signo que coloniza el cuerpo masculino en su presencia y al femenino de todos modos en su ausencia simbólica y su privación real. Decimos entonces que lo semiótico ha de abyectarse, rechazarse, repulsarse, en pos de que el sujeto pueda constituirse como tal y sexuado, inscrito al lazo social y habilitado para vivir.

La abyección y lo abyecto

En el año 1980, Julia Kristeva dedica un libro a la cuestión de lo abyecto (“Pouvoirs de l’horreur”), cuyo título ha sido traducido al español como “Poderes de la perversión”. En este trabajo, se postulan dos acepciones que se utilizarán para analizar, en esta investigación, el material de la obra freudiana: abyección y abyecto.

La abyección se define como un movimiento y acción arcaica (pre-simbólica y pre-imaginaria) de rechazo y separación en la estructuración más temprana de la subjetividad. Corresponde al momento más inestable en el proceso de maduración del sujeto y remite fundamentalmente a la separación del cuerpo de la madre. Bajo esta clave,

es correcto hablar de la ‘abyección del cuerpo de la madre’, donde “yo”(moi) se (me) abyecta (abyecto) también para poder ser.

Kristeva describe la abyección como un proceso brusco de rechazo:

Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo no tolerable, de lo pensable. (Kristeva, 2006 p. 7)

Otra acepción de lo abyecto tiene relación con la ambigüedad, en relación con esto indica: “Frontera sin duda, la abyección es ante todo ambigüedad, porque aún cuando se aleja, separa al sujeto de aquello que lo amenaza – al contrario, lo denuncia en continuo peligro” (Ibíd., p.18).

A su vez, Sara Beardsworth (2004) concibe -siguiendo el argumento de Kristeva- la abyección como un movimiento de defensa contra la no diferenciación, que intenta establecer un límite frágil adentro/afuera. A partir de aquí, la abyección del cuerpo de la madre expresaría una capacidad semiótica de convertir el continente materno en un “espacio” materno a partir del cual el sujeto se debe separar (Beardsworth, 2004).

Se aprecia entonces como la abyección implica una actividad de rechazo y repulsión, arcada, donde lo abyecto es aquello que se rechaza, el objeto caído (sin ser el objeto pequeño a, refiere Kristeva), radicalmente un excluido que paradójicamente tiene una tremenda fuerza de atracción (Kristeva, 2006). Abyecto que confronta con lo imposible y sigue a la vez presente, abyecto que amenaza y que tiene la potencia de hacer sucumbir cualquier estructura: “Esos humores, esta impureza, esta mierda, son aquello

que la vida apenas soporta y con esfuerzo. Me encuentro en los límites de mi condición de viviente. De esos límites se desprende mi cuerpo como viviente” (Kristeva, 2006 p.10).

Kristeva plantea tres categorías de abyecto: la comida, los residuos corporales y los signos de la diferencia sexual. Sin embargo, lo abyecto permearía otros ámbitos, revelándose como un mecanismo esencial para el control y mantenimiento del orden simbólico.

Entonces, lo abyecto se define precisamente como algo rechazado, de lo que uno no se separa, una forma de extrañeza imaginaria de la que se toma distancia y que simultáneamente llama y atrae. Siempre con la potencialidad de aparecer y sumergir al sujeto (Kristeva, 2006).

Aunque los ejemplos que se dan respecto a lo abyecto se ubican en su mayoría o en los procesos y productos de excreción, Kristeva aclara lo particular de lo abyecto:

No es por lo tanto la ausencia de limpieza o de salud lo que vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden. Aquello que no respeta los límites, los lugares, las reglas. La complicidad, lo ambiguo, lo mixto. (Kristeva, 2006 p. 11)

Los componentes de lo semiótico, lo más arcaico del sujeto han de abyectarse para poder instalar una fractura necesaria para la edificación de lo simbólico. Sin embargo, como ya se ha indicado, lo que es rechazado tiene un potencial agitador, que en palabras de Kristeva , no deja de desafiar al amo, en el caso freudiano, el amo de la unificación corporal.

Reiterando, lo abyecto es aquella dimensión de lo que hay que separarse para soportar la unificación, cuyo representante por excelencia es la identidad. Hay en

Kristeva, de todos modos, algo así como una ‘conciencia del sujeto respecto a su propio origen abyecto’; puesto que refiere que pese a que lo abyecto pulveriza y atrae al mismo tiempo al sujeto, éste, cansado de reconocerse fuera de sí, encuentra finalmente la dimensión de lo imposible en su ser: que no es otro que siendo abyecto.

Kristeva aclara que, aunque pudiese realizarse un símil de lo abyecto con lo ominoso (en tanto aquello familiar que se vuelve enteramente ajeno y extraño), éstos son esencialmente diferentes, puesto que cualquier tipo de proceso de abyección, (distinto para la autora a la represión, a la denegación y a la forclusión) se construye sobre el no reconocimiento de sus próximos. Así, nada le sería familiar ni memorable en ningún sentido. No obstante, de un modo paradójal, lo abyecto mismo se constituye – en palabras de la autora- en una tierra del olvido constantemente recordada (Kristeva, 2006).

En lo que refiere a la hipótesis de investigación, decimos que lo abyecto, lo arrojado, lo excluido, corresponderá entonces a aquello que: “(...) jamás es lo uno, ni homogéneo, ni totalizable, sino esencialmente divisible, plegable, catastrófico” (Kristeva, 2006 p.16).

Lo abyecto entonces nos conduce a nuestra pre-historia en tanto cuerpos, nos enfrenta a aquello que se ha de dejar atrás en lo infantil para poder constituirse cuerpo adulto funcional y unificado. Es desde este lugar que lo abyecto es emparentado a la perversión por Kristeva, puesto que no abandona ni asumiría prohibición ni interdicción, sino que la desvía y la descamina, corrompiéndola.

En base a lo anterior, el terreno de lo abyecto se instituye como un espacio contra el que la simbolización pone en evidencia su límite. Ahí donde el orden simbólico se

esfuerzo por borrar toda huella que confronte a lo ambivalente, con la finalidad de preservarse a sí mismo. Coulombe (2012), al respecto señala que todo lo que recuerda la contingencia del orden simbólico, aquello que da cuenta del gran cruce de fronteras, sean los de la identidad o de una regla, es abyecto.

Lo abyecto y el cuerpo: una pista respecto del texto freudiano

Por lo que refiere al cuerpo, Kristeva en “Poderes de la perversión” (2006) comenta algunos pasajes del Levítico que conciernen a la lepra, al cuerpo materno, a la menstruación. Al respecto señala:

El cuerpo no debe conservar huella alguna de su deuda con la naturaleza.

Debe ser limpio (*propre*) para ser plenamente simbólico. Para que esto quede confirmado, no debería soportar más herida que aquella de la circuncisión, equivalente de la separación sexual y/o de la madre.

(Kristeva, 2006 p.136)

En este sentido, con relación a la hipótesis de investigación y tal como se ha mencionado anteriormente, cualquier huella de esa deuda con la naturaleza, constituiría un signo de pertenencia a lo no simbólico. De este modo, lo abyecto se ubica en lo distinto pero cercano al sujeto y su cuerpo, tanto como para asustarlo y amenazar su integridad.

Ahora bien, como se señaló al inicio de la investigación, la *Teoría de los cuerpos unificados* posterior a 1905 en Freud, reenvía a la cuestión de la unificación y la organización, así como a la construcción de un origen que ha de ser necesariamente repelido para constituirse en un abyecto que persiste durante toda la vida. En este

contexto, no cabe sino preguntarse *¿Existe algo que defina lo abyecto? ¿Es algo concreto? ¿Fantasmático? ¿Material?*

La escritora Silvana Mandolessi (2012) refiere, junto a Kristeva, que lo abyecto no es un objeto. Aclara también que no es la madre, tampoco una parte del cuerpo propio, ni una sustancia (leche, sangre, excrementos), sino que una “(...) entidad indiferenciada que señala la frontera indecible entre yo y otro o entre alteridad e identidad” (p.68). Lo anterior, permitiría referirse a una multiplicidad de figuras de lo abyecto que van a exceder la dimensión de la formación temprana del sujeto. De esta manera, pese a que lo abyecto no es un objeto definido, se figurabiliza en objetos o dimensiones distintas que vienen a desafiar el establecimiento de límites precisos.

En el marco de la presente investigación, a partir de la segunda parte, se analizará cada una de las figuras de lo abyecto y los mecanismos de abyección con respecto a los modos de comprensión del cuerpo en Freud. Se dirá, *“para cada cuerpo su abyecto”*. Figuras que si aparecen, producen efectos que no son inocuos para el cuerpo unificado, para el goce, incluso para el destino de la especie.

Para poder desembocar en el análisis de la *Teoría de los cuerpos unificados* y sus abyectos, cuyas figuras ubicamos en 1905, se ha de interrogar previamente la concepción de cuerpo con la que Freud opera en el tiempo previo a la publicación de los Tres ensayos. En el siguiente capítulo se hará un recorrido que permite conceptualizar problemáticas importantes que resumen la dinámica en relación a lo corporal desde los albores del psicoanálisis hasta la fecha ya mencionada en cuestión.

Capítulo 2: Una teoría del padecer corporal

El gesto freudiano respecto al padecer histérico marca una revolución topológica frente a la hegemonía de la medicina sobre el cuerpo. Situando lo sexual como punto de comprensión de la vida anímica y el padecer, se sustituye la hipótesis que consideraba la lesión anatómica como índice de enfermedad y causa de dolor, por la de un territorio configurado por los trayectos y rodeos históricos de un sujeto, ahí donde el componente psíquico en dichos rodeos se encuentra, apuntala, o bifurca con el plano de lo somático, lo que según su definición tradicional (RAE) significaría “parte material o corpórea de un ser animado” (Real Academia Española, 2020, definición 1).

De este modo, el Psicoanálisis comienza a mapear un cuerpo que padece, cuerpo rebelde, que, sin embargo, pese a su impredecibilidad y singularidad, encuentra un camino hacia la inteligibilidad. A partir de este cuadro inaugural, el inconsciente y su desciframiento/producción en la escena analítica se presenta como un marco de interpelación de este cuerpo y a su vez de legitimación. En el presente capítulo se realizará un recorrido del argumento freudiano a partir de dos problemáticas: la *conversión* y la *neurosis de angustia*. Se considera que estos dos ejes permiten pensar una primera teoría acerca de cuerpo, a saber, una Teoría del padecer corporal, con el foco puesto la interacción psique soma; explicación previa a la que según la hipótesis de investigación será, a partir de 1905 la *Teoría de los cuerpos unificados*.

La conversión antes de 1905

La conversión histérica en Freud no implica necesariamente el descubrimiento de un nuevo cuerpo. Más bien, es el cuerpo conversivo/construido de la histérica el que asombra a Freud y en el cual este último encuentra la rebeldía propia del inconsciente. Su encuentro y estudio con Charcot (1885-6), así como la puesta en espectáculo de ese gran padecimiento incontrolable, además del trabajo y posterior separación de Breuer; otorgan el sello al primer momento de su investigación y van marcando una transición que deja entrever un desplazamiento respecto a la herencia de la tradición y la semiología médica basada en el paradigma de la mirada.

Para iniciar el recorrido respecto a la cuestión de la conversión en Freud, de modo didáctico se distinguirán tres ejes en su obra, anteriores a 1905:

- La revuelta anatómica de la histeria
- La conversión y la reversibilidad somato-psíquica
- Conversión y etiología sexual infantil

Cada uno de estos ejes se desarrolla en virtud de una pregunta que lo atraviesa y de conceptos/eje que dan cuenta de la discusión planteada en el período, para finalizar en las implicancias en la discusión planteada en el presente capítulo.

La revuelta anatómica de la histeria

En el presente apartado se incluirán los trabajos iniciales de Freud a partir de su encuentro y enseñanza con Charcot en París (1885-6) hasta el año 1893, donde se sitúa el inicio de la publicación de los *“Estudios sobre la histeria”*. La pregunta que recorre este

período se relaciona con la búsqueda de la etiología de este padecer y se basa en la sorpresa provocada por la relación equívoca del cuerpo histérico con la anatomía médica, que según varios autores sitúa el punto de partida de la originalidad freudiana (David-Ménard, 2014; Fernandes, 2011; Leibson, 2018).

Entre 1886 y 1888, Freud traerá a la discusión, dos conceptos asimilados en su paso por París y heredados de la tradición charcotiana, a saber, los *estigmas histéricos*, que hacen referencia a signos somáticos característicos de esta neurosis (Freud, 1888) y las *zonas histerógenas*, aquellas regiones del cuerpo que son calificadas como dolorosas por el enfermo, sede de fenómenos sensitivos particulares y cuya excitación provoca reacciones similares a las del placer sexual, pudiendo llegar al ataque histérico (Laplanche & Pontalis, 1999).

Estos dos términos ponen de manifiesto la predominancia que le otorga Freud, desde el comienzo de sus estudios, al ámbito de lo somático vinculado al dominio de lo sexual en la neurosis histérica; ahí donde el espectáculo otorga una superficie sensible, excitable y enigmática -la de lo visible sin correlato anatómico en el sistema nervioso- cuya causa ha de investigarse. En su escrito “La histeria” (1888) Freud indica:

Otro carácter, importante en extremo, de las afecciones histéricas es que de ningún modo ofrecen un reflejo de la constelación anatómica del sistema nervioso. Se puede decir que, acerca de la doctrina sobre la estructura del sistema nervioso, la histeria ignora tanto como nosotros mismos antes que la conociéramos. (Freud, 1888/2001 p.53)

Pocos años más tarde, en “*Un caso de curación por hipnosis*” (1892), Freud comienza a dar cuenta de la búsqueda incesante de hipótesis más sistematizadas acerca

de los mecanismos psíquicos de la enfermedad histérica, su manifestación corporal y los ensayos de una terapéutica. Propone una conjunción entre representaciones (o diseños) y afecto de expectativa para explicar la contracción de la neurosis y refuerza el carácter diferencial de la histeria respecto de otras afecciones en discusión en la época (en particular de la neurastenia), indicando que, puesto que en la histeria habría una inclinación a disociar estos componentes, cuando la representación es contrastante, va a subsistir como separada y al momento de ejecutar el diseño, éste se objetiva por inervación corporal.

Su trabajo “*Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*” (1893), contiene escritos de 1888 (parte I, II y III) y otro que estaría datado de 1893 (parte IV). Es por esta razón que se le ubica en la línea divisoria entre los trabajos neurológicos y psicológicos de Freud. Se ha seleccionado este escrito para ser tratado en esta discusión, ya que – como se apreciará más adelante– Freud recalca en más de una oportunidad que la anatomía del sistema nervioso no explica, de modo alguno, ni la fenomenología, ni la etiología de la histeria .

En las primeras tres partes de este trabajo, se describen patologías neurológicas y se propone como un diagnóstico diferencial para ellas a la “parálisis histérica”, que se ubicará en una esfera intermedia entre las parálisis de proyección y las parálisis de representación², no obstante, más cercana al segundo tipo de afecciones:

² Freud distingue dos tipos de parálisis motrices. Bajo un criterio anatómico, las primeras serían las parálisis *perifero espinales* y las segundas, parálisis *cerebrales*. Clínicamente la primera es una parálisis que ocurre de manera circunscrita y focal (*parálisis détaillée*) y la segunda se manifiesta con gran defecto motriz (*en masse*). Correlativamente, tomando en cuenta la estructura del sistema nervioso, Freud llama a las primeras, *parálisis de proyección*, y a las segundas, *parálisis de representación* (Freud, 1893/2001).

Asaz a menudo, se ha atribuido a la histeria la facultad de simular las afecciones nerviosas orgánicas más diversas. Se trata de saber si, de una manera más precisa, simula los caracteres de las dos clases de parálisis orgánicas, si hay parálisis histéricas de proyección y parálisis histéricas de representación, como en la sintomatología orgánica. Aquí se destaca un primer hecho importante: la histeria nunca simula las parálisis perifero-espinales o de proyección; las parálisis histéricas comparten solamente los caracteres de las parálisis orgánicas de representación. (Freud, 1893/2001a p.199)

Esta parálisis sería más sistematizada que la de causa cerebral, tendría además una intensidad excesiva y se acompañaría de perturbaciones en la sensibilidad en mayor frecuencia que las orgánicas, presentando además una imposibilidad para ser explicada por la anatomía cerebral. Como se señaló anteriormente, en este escrito, el autor da fuerza a la idea de la “anatomía vulgar” del cuerpo histérico. A continuación, algunas citas a que ilustran lo anterior:

Puesto que sólo puede haber una sola anatomía cerebral verdadera, y puesto que ella se expresa en los caracteres clínicos de las parálisis cerebrales, es evidentemente imposible que esta anatomía pueda explicar los rasgos distintivos de la parálisis histérica. Por esta razón no es lícito extraer, respecto de la anatomía cerebral, conclusiones basadas sobre la sintomatología de estas parálisis. (Freud, 1893/2001a p.205)

Yo afirmo, por el contrario, que la lesión de las parálisis histéricas debe ser por completo independiente de la anatomía del sistema nervioso, puesto que la histeria se comporta en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera, o como si no tuviera noticia alguna de ella. (Freud, 1893/2001a p.206)

Toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan: la pierna es la pierna, hasta la inserción de la cadera; el brazo es la extremidad superior tal como se dibuja bajo los vestidos. (Freud, 1893/2001a p.206)

En la cuarta parte de este trabajo, Freud argumenta que la lesión histérica es una alteración de índole funcional y representacional (por ejemplo “una alteración de la representación de la idea de brazo”), que pone en evidencia una inaccesibilidad de la concepción del órgano o función para las asociaciones del yo consciente, y que tendría su origen en una fijación de esa concepción en el marco de asociaciones “subconscientes” - término que utiliza en dicho momento- al recuerdo de un trauma, que debe ser eliminado ya sea por una reacción motriz adecuada o por una elaboración psíquica consciente.

Este primer eje de recorrido en torno a la *revuelta anatómica* de la histeria, se vuelve necesario para poder plantear, en el siguiente apartado, el concepto de *conversión* (propuesto en 1894 en “Las neuropsicosis de defensa”), teniendo como fundamento lo ya esbozado arriba, una corporalidad histérica que tiene las siguientes características:

- No se ajusta a las leyes de la anatomía descrita por la medicina.
- Enferma en el contexto de una trama de asociaciones y mecanismos que ponen en juego un dominio respecto del cual el sujeto, más bien el yo, no tiene un control consciente.
- Es sensible a factores psíquicos y ambientales provenientes de un trauma, término al cual ya se hace alusión (sin mayor profundización), dado que la cuarta parte del texto data de julio de 1893, habiéndose ya publicado la “*Comunicación preliminar*” en enero de dicho año.

En el siguiente eje se describirá cómo la histeria va comprendiéndose bajo el alero de la defensa, particularmente a partir de la conversión.

La conversión y la reversibilidad somato- psíquica

Tal como su nombre lo indica, el presente eje problematiza el estatuto de la conversión en tanto defensa que pone en evidencia una tensión entre lo psíquico y lo somático. La pregunta que aborda, se sitúa en los modos de interacción de estos dos factores con respecto al enfermar histérico. Así, es posible apreciar, cronológicamente, cómo desde los supuestos iniciales contruidos con Breuer, la teoría psicoanalítica experimenta transformaciones progresivas hasta radicalizarse la posición freudiana en la concepción de *conversión* y luego de *solicitud somática*, escogida aquí para ilustrar el protagonismo que otorga Freud, en este momento de su trabajo, a la interacción ya mencionada.

En la “Comunicación Preliminar” de “*Estudios sobre la Histeria*”(1893)- se menciona por primera vez el verbo ‘reprimir’. Luego en el artículo “*Las neuropsicosis de defensa*” (1894), se propondrá la ‘conversión’ en términos de transposición de lo psíquico a lo corporal; lo que en palabras de Hugo Rojas (1990): “(...) le servirá como modelo para plantear las distintas modalidades en que puede tramitarse el afecto patológicamente divorciado de la representación” (p. 35). En los escritos de este primer tiempo, queda claro que la conversión será entonces una capacidad que la neurosis obsesiva no posee.

La *Comunicación preliminar* inicia con la analogía entre la neurosis traumática y la histeria corriente, justificándose en ésta la extensión del concepto al de “histeria traumática” (Freud & Breuer, 1893). Esta discusión introduce un tópico esencial en la teoría psicoanalítica: el trauma. Al respecto, los autores señalan:

En calidad de tal obrará toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico; y, desde luego, de la sensibilidad de la persona afectada (así como de otra condición, que mencionaremos más adelante) dependerá que la vivencia se haga valer como trauma. (Freud & Breuer, 1893/2010 p.31)

Agregan que, en la neurosis histérica en vez de un gran trauma, también es posible encontrar varios traumas parciales que al sumarse producen un efecto traumático mayor. El trauma, además, conlleva una dimensión prospectiva que puede causar estragos— a modo de un cuerpo extraño— mucho tiempo después de su intrusión.

Freud y Breuer describen su trabajo como una terapéutica del trauma, cuando luego de la hipnosis, por la vía de la palabra, se despierta el recuerdo del momento en que se ocasionó el evento traumático, reviviendo (y ligando) de este modo el afecto acompañante en su descripción. La dimensión del recuerdo se hace presente declarándose que el histérico padece en su mayor parte de reminiscencias (Freud & Breuer, 1893/2010).

Las reacciones al trauma ocasionador son cruciales para callar o atenuar un recuerdo. Si la reacción es suficiente en términos de la magnitud del suceso, desaparece gran parte del afecto. Se hablará entonces de reacción catártica si se responde adecuadamente ante el trauma a través de la acción; y si ésta no está presente y el lenguaje

es el medio para reaccionar, se habla entonces de abreacción. (Freud & Breuer, 1893/2010)

Sin embargo, si la reacción se ve sofocada, el afecto permanecerá conectado al recuerdo. En este contexto se distinguen dos grupos: El primero compuesto por sujetos que se ven impedidos a reaccionar, ya que la naturaleza del trauma excluye una reacción posible, también puesto que diversas circunstancias se lo imposibilitaron o porque eran asuntos que el enfermo “(...) quería olvidar y por eso adrede las reprimió {desalojó} de su pensar consciente, las inhibió y sofocó” (Freud & Breuer, 1893/2010). Se puede apreciar aquí que la idea de represión aparece de un modo particular, puesto que pudiese parecer que estaría relacionada con la esfera volitiva, más que con la dimensión inconsciente, como será considerada en los años posteriores.

El segundo grupo no tendría que ver con el contenido del recuerdo, sino que con los estados psíquicos en que las vivencias traumáticas ocurrieron, por ejemplo, estados de terror que no permiten una reacción adecuada.

Los autores (particularmente Breuer) señalarán además que la histeria no emerge sino en un terreno fértil para su desarrollo: los estados hipnoides y la correspondiente escisión de conciencia. Laplanche y Pontalis (1999) refieren que en este texto se realiza una discusión respecto del valor patógeno de estos estados- que obtienen su nombre por su similitud al estado alcanzado en la hipnosis- respecto del trauma. Lo relevante para la presente discusión sobre la conversión es que, si bien aún no se nombra como tal, Freud y Breuer, al hacer referencia a la trayectoria típica de una histeria, indican que un contenido de representación se forma primeramente en los estados hipnoides y cuando ha

tomado fuerza se apodera de la inervación corporal del enfermo, produciendo síntomas permanentes y ataques.

No obstante, la teoría de los estados hipnoides va perdiendo validez en el trabajo exclusivamente freudiano y se va imponiendo la idea de la conversión como mecanismo propio del enfermar histérico; es por esto que se hará una digresión hacia un escrito de 1894, antes de proseguir con la selección respecto de “Estudios sobre la histeria”.

El ensayo “*Las neuropsicosis de defensa*”(1894), recalca la necesidad de modificar parte de la propuesta de la teoría sobre la histeria, poniendo el foco en que existirían otros tipos de histeria -además de la histeria hipnoide- en que la escisión de conciencia no sería primaria. Se postula de este modo, la Histeria de retención, sin embargo, Freud se va a centrar en la denominada “Histeria de defensa” o “adquirida”. Esta última se caracteriza porque el yo debe protegerse y tratar como “non arrivée” a una representación inconciliable para éste, convirtiendo la representación intensa, en una débil, quitándole el afecto. Así, dicha representación débil no exigirá mayor trabajo asociativo, pero la suma de excitación que se apartó de ella, debe aplicarse en otro uso ¿Cuál es este empleo?

Es en este escrito donde Freud propone la *conversión* como una capacidad y una defensa primordial cuando refiere: “En la histeria, el modo de volver inocua la representación inconciliable es trasponer *{umsetzen}* a lo corporal la suma de excitación, para lo cual yo propondría el nombre de conversión” (Freud, 1894/2010 p.50). Luego señalará que ésta puede ser total o parcial y tendrá su efecto “(...) en aquella inervación

motriz o sensorial que mantenga un nexo, más íntimo o más laxo, con la vivencia traumática” (Íbid. P. 51).

La histeria representa un estado donde la distribución de la excitación se debilita porque la trasposición a lo corporal o conversión conduce a la persona a ataques histéricos. De manera que el método catártico tendrá su utilidad en una reconducción de lo corporal a lo psíquico, mediante un trabajo de pensamiento y de descarga por medio del habla.

Lo planteado en este escrito, es fundamental para la discusión propuesta en este apartado y, sobre todo, en referencia a las hipótesis con la que se trabajó en la investigación, una de las cuales señala que, antes de 1905 y la publicación de los “Tres ensayos de teoría sexual”, la mirada freudiana está puesta en la interacción psique-soma y no en una teoría sobre cuerpos unificados . En efecto, notamos cómo la ocasión de la enfermedad y su mecanismo, así como el tratamiento sitúa en polos con vías reversibles a lo psíquico y lo somático; tal como se verá más adelante en parte del análisis del caso de Elisabeth Von R.

Monique David Ménard, se consagra a la problemática de la conversión en su obra “Corps et langage en psychanalyse” (2014) y refiere que la dualidad psique-soma – más que una huella de una mutación epistemológica- deja al psicoanálisis en un impasse epistemológico reduccionista y engeuece a Freud en la comprensión de la neurosis: “Il apparaît, d’ailleurs, que el terme “psychique” est un terme confus, qui est forgé pour désigner ce qui n’est pas organique et qui renvoie à ce qu’on a coutume d’appeler la pensée” [Aparece, por cierto, que el término “psíquico” es un término confuso, forjado

para designar eso que no es orgánico y que reenvía a lo que estamos acostumbrados de llamar pensamiento] (David-Ménard, 2014 p. 29).

El problema de la conversión ha aparecido como la asociación entre la visibilidad somática del padecer con un evento traumático, que permitiría hipotetizar una génesis y que saldría a la luz gracias al método freudiano de la asociación libre, con las marcas ya descubiertas, junto a Charcot, respecto de la sugestión y favorecidas por el método catártico de Breuer. Entonces, como se señaló anteriormente, Freud enunciará que al cuerpo es trasladada una suma de excitación junto a una representación que es incompatible: “El sujeto ha querido destruir esa representación intolerable y sólo consigue darle vida corporal, otro terreno, al afecto que la acompañaba” (Orozco, 2012 p.148).

David-Ménard (2014) indica que la dualidad psique-soma, pese a que pone de relieve la causación sexual del padecer histérico, borra los efectos discursivos de dicho sufrimiento y monopoliza la primera discusión freudiana. Efectos discursivos que el mismo Freud había venido enunciando en sus escritos y que, posteriormente, plasmará en su intercambio epistolar con Fliess, a quien le entrega, en 1897, su famosa afirmación “ya no creo en mi neurótica”; marcando así el momento en que otorga a la fantasía y al discurso un lugar preponderante sobre la dimensión factual, en la comprensión del componente sexual que atraviesa el cuerpo histérico.

Para David- Ménard (2014), será el caso de Elisabeth Von R y sus desarrollos, el que irá poniendo de manifiesto distintas dimensiones del cuerpo que cuestionarán la noción asociativa de la conversión. Pero no será hasta 1908, particularmente en sus

“Apreciaciones generales sobre el ataque histérico”, cuando Freud incorpore un nuevo eje: la dimensión de la pantomima del goce sexual en el síntoma. (David-Ménard, 2014)

Siguiendo el argumento de David-Ménard, se hará referencia al caso de Elisabeth Von R., puesto que interroga a Freud acerca de las conexiones causales entre manifestaciones fisiológicas y componentes psíquicos, en una exploración médica que va en búsqueda de una linealidad siempre conflictiva que se interrumpe por la aparición de diversos elementos; el primero de ellos, el dolor. ¿Cómo explicar la aparición de dicho dolor?

Freud responde a esta pregunta señalando que la conversión (el dolor de piernas y dificultad para caminar) está operando con el fin de la defensa. De hecho, cataloga la afección de Elisabeth como una histeria de defensa.

Es en este momento donde se pone en juego un punto al que ya se hizo alusión al principio de este capítulo, las zonas histerógenas. Elisabeth comenta a Freud que los dolores partían del mismo lugar del muslo derecho donde todas las mañanas descansaba la pierna del padre mientras ella le cambiaba sus vendajes. A juicio de Freud esto correspondería a la génesis de una zona histerógena, con lo que ésta trae consigo, a saber, la estimulación y excitación virtual de la región corporal.

David-Ménard (2014) señala que la primera respuesta freudiana en este caso es plantear la conversión como el paso de un dolor del alma a un dolor del cuerpo. Cuando Elisabeth, señala que su amor por un hombre entra en conflicto con sus tareas de cuidadora de su padre, Freud tilda ese conflicto como ‘psíquico’ y el dolor se vuelve -por poco tiempo- un elemento que permite homogeneizar los órdenes de lo psíquico y lo

somático en una especie de transubstanciación. (David-Ménard, 2014) Vemos cómo la teoría del padecer corporal – incluso con el descubrimiento de la sobredeterminación del síntoma- va tomando un tinte que reafirma la interacción reversible (pero no proporcional) entre los campos de lo psíquico y lo somático.

No obstante, el mismo dolor es el pivote de la aparición de otro orden de realidad más allá de la dualidad psique-soma. Éste tomaba la escena analítica y se exacerbaba al dominar a la enferma cuando ella estaba *ad portas* de expresar algo importante. Al respecto, David-Ménard señala que Freud comienza a servirse del dolor como una brújula, y cambia de sentido, destacando, por sobre el conflicto entre lo psíquico y lo orgánico-fisiológico: “la historia homogénea y aún inacabada de un cuerpo de dolor y de placer: el dolor es aquí más bien la puesta en actividad de un cuerpo que no puede decirse” (David-Ménard, 2014 p.60).

Además del dolor, en el caso de Elisabeth Von R., otro factor comienza a manifestarse, a saber, el paso de la atención freudiana hacia las posiciones del cuerpo de la enferma cuando experimenta y comunica el malestar. Esto a partir del *acting- in* de ésta en una sesión en que, escuchando la voz de un hombre, cree haber percibido la voz de su cuñado, de quien ella se sentía atraída. David Ménard (2014) señala que esto sería decisivo para que, sin saberlo, se instale en el pensamiento freudiano un quiebre epistemológico que se orientaría más allá de la dimensión psico-fisiológica y comenzaría, poco a poco, a desplazar la noción de la conversión asociativa a una noción de conversión simbólica que permitiría poner de relieve la dimensión del goce y del fantasma. En referencia a esto, Freud escribe:

Había conseguido ahorrarse la dolorosa certidumbre de que amaba al marido de su hermana creándose a cambio unos dolores corporales, y en los momentos en que esa certidumbre pretendía imponérsele (durante el paseo con él, en aquella ensoñación matinal, en el baño, ante el lecho de la hermana) habían sido generados aquellos dolores por una lograda conversión a lo somático.(Freud & Breuer, 1893/2010 p.37-8)

Se aprecia en David-Ménard, un intento por rescatar a Freud de la tendencia a la dualidad reversible ya mencionada. Sin embargo, casi en la totalidad de su obra, cuando Freud habla de la neurosis, mantendrá de algún modo (aunque sea tenue) la dualidad asociacionista psíquico-somática en su teorización.

Como ya se afirmó arriba, existe un concepto que ilustra de modo justo la pregunta que ha inaugurado el presente eje, este concepto es “solicitud somática”, presentado por Freud en el relato del análisis de Dora (1901/1905), pero ya esbozado en “*Estudios sobre la histeria*” (1893) cuando plantea la existencia de una “proclividad” en el cuerpo para desarrollar un síntoma.

La **solicitud somática** (*Somalisches Entgegenkommen*), refiere a una transacción que, se produce debido a un proceso normal o patológico en relación con un órgano, y sucede cuando está asociado a un valor, un significado o sentido psíquico que va a alojarse ahí. Freud le dará a este concepto un carácter fundamental,

Hasta donde yo alcanzo a verlo, todo síntoma histérico requiere de la contribución de las dos partes. No puede producirse sin cierta solicitud {transacción} somática brindada por un proceso normal o patológico en el interior de un órgano del cuerpo, o relativo a ese órgano. (Freud, 1905/2010b p.37)

Con esto Freud responde a la pregunta por el mecanismo referente a la fijación del síntoma en determinado lugar/función del cuerpo y puede hipotetizar así las causas en la historia del sujeto, en sus trayectos y activaciones somáticas.

Solicitud somática en alemán es “*somalisches Entgegenkommen*”. Ha sido traducido en español como “solicitud somática”, en inglés como “somatic compliance”, en francés como “*complaisance somatique*”. No deja de sorprender que estos términos conllevan una tendencia u ofrecimiento del cuerpo-órgano para que venga a él lo psíquico a alojarse. Y es en lo que se piensa cada vez que este concepto se evoca. No obstante, en alemán el significante “*Entgegenkommen*” además de significar complacencia o buena voluntad refiere también a “*ir al encuentro*”, y a una tercera acepción (referente al tránsito) no menos importante que sería “*venir de frente*” o “*ir en contra*” (Langenscheidt, 2002 def. 1,2 y 3).

Tal vez esta tercera acepción del vocablo alemán pudiese invitar a desplazarnos hacia una relación algo más dinámica que aquella a la cual se vincula tradicionalmente a la solicitud somática, se hablaría entonces de una relación donde no sólo hay complacencia sino que hay choque. En la cual, por ejemplo, no sólo se esperaría el alojamiento del síntoma, sino que se iría al encuentro de éste. No obstante, se dinamice o no, este concepto da cuenta de la cristalización del foco puesto por Freud -en el período previo a la publicación de los “*Tres ensayos de Teoría sexual*”(1905) - sobre la interacción somato- psíquica, la ponderación de estos factores en el enfermar, su posibilidad de tratamiento y sus fuentes de origen.

En el siguiente eje se pretende ilustrar otro elemento la teoría del padecer corporal previa a 1905: la relación entre sexualidad infantil y conversión histérica. Relación distinta a la de los inicios del Psicoanálisis y cada vez más cercana a los términos que serán planteados en la “Teoría de los cuerpos unificados”.

Conversión y etiología sexual infantil

Los dos ejes anteriores acentuaron aspectos que permitieron reconstruir de algún modo el trayecto freudiano respecto a la problemática de la conversión en el escenario de la interacción psique-soma. La presente sección, se centrará en el desglose y especificación freudiana en relación a la etiología sexual a la base del mecanismo conversivo en la histeria. Dicho especificador representa un rasgo rupturista y fundamental en la teoría psicoanalítica, a saber, la inclusión de las experiencias vividas en el contexto de la primera infancia dentro del dominio de lo sexual. Para poner esto a la vista, se escogieron textos entre 1895 y 1897, que posibilitaron el trabajo de la pregunta que articula trauma sexual, primera infancia y correlato somático de la enfermedad histérica.

Se tomó en primer lugar la parte II del “*Proyecto de Psicología para neurólogos*” (1895), respecto a la compulsión histérica, que, a diferencia de la compulsión neurótica simple, sería incomprensible, no resoluble por el trabajo del pensar e incongruente en su ensambladura. Por tanto, su resolución se lleva a cabo volviéndola comprensible a través del método catártico. Lo relevante del texto para este eje es - además de señalar al ‘yo’ como agente de la defensa- el remarque de la etiología sexual infantil a la base de esta

compulsión, la que estaría comandada por un afecto displacentero que impone así la puesta en marcha de la represión en el funcionamiento psíquico:

En primer lugar, la represión atañe por entero a unas representaciones que al yo le despiertan un afecto penoso (displacer); en segundo lugar son unas representaciones provenientes de la vida sexual. (Freud, 1895/2010d p.397)

Lo anterior se pone de manifiesto en el “*Proyecto de psicología*”, en el apartado sobre la *protón- pseudos histérica*, en el cual, Freud tomará como objeto de análisis el caso Emma- mujer con la compulsión de no poder acudir sola a una tienda-, que lo lleva a plantear un especial encuentro con asociaciones de recuerdos que finalmente dan cuenta de un trauma sexual, cuyo efecto ocurre retroactivamente (*après- coup*): “Dondequiera se descubre que es reprimido un recuerdo que sólo con efecto retardado {*nachträglich*} ha devenido trauma” (Freud, 1895/2001, pág. 403).

Si bien desde el inicio de su teorización Freud plantea la centralidad del factor sexual en la histeria, es a partir de 1895 cuando va a consolidar su tesis sobre esta etiología, poniendo énfasis en su origen infantil y su redescubrimiento en la vida puberal.

El *Manuscrito K* – datado de enero de 1896- menciona dos condiciones necesarias para que sobrevenga una neurosis de defensa (y entre ellas la histeria): que la ocasión sea de índole sexual y que además sea previa a la madurez sexual. A diferencia de la neurosis de angustia, la trayectoria de la “Neurosis de represión”, como Freud la nombra, tendría en primer lugar una vivencia traumática prematura o una serie de éstas, que ha(n) de reprimirse. No obstante, finalmente si es que sobreviene la enfermedad neurótica, las representaciones reprimidas retornan y en la disputa entre ellas y el yo se forman los síntomas propios de la afección. (Freud, 1896/2010d)

El caso de la histeria presupone una vivencia primaria displacentera pasiva, razón por la cual Freud refiere una cierta predilección por el sexo femenino en ésta, dada su “pasividad sexual natura”. Es llamativo que en este escrito se destaca que la vivencia no debe ser en una época muy temprana, puesto que si así fuese, sólo se producirían representaciones obsesivas. De este modo, apreciamos cómo va perfilándose una cierta evolución que, posterior a 1905, tendrá directa relación con lo que se llamará “el desarrollo de la libido”, bajo las coordenadas de la jerarquía y la unificación.

Lo anterior se especifica aún más en *“Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”* (1896), texto en el que, entre varios temas, se abordan cambios respecto a la naturaleza del trauma. De ahí que, para la histeria, los traumas deben advenir en dos tiempos: primero, como una experiencia infantil – sin poder dilucidar el período con claridad- con irritación efectiva de los genitales y procesos semejantes al coito que, en sí misma, no es traumática; luego, en la madurez sexual, a partir de una segunda experiencia, la cual retroactivamente, resignificará como traumática la experiencia infantil.

Es importante resaltar el desplazamiento teórico-clínico que se realiza en este escrito: se pasa de la capacidad o aptitud para la conversión como explicación causal para la histeria, hacia lo que Freud nominará como “el efecto póstumo del trauma sexual infantil” (Freud, 1896/1991 p.167).

Siguiendo la línea argumentativa del trabajo anterior, el texto “La etiología de la histeria” (1896) señala:

Formulo entonces esta tesis: en la base de todo caso de histeria se encuentran una o varias vivencias – reproducibles por el trabajo analítico, no obstante que el intervalo pueda alcanzar decenios- de experiencia sexual prematura, y pertenecientes a la tempranísima niñez. (Freud, 1896/1991 p.202)

En relación a lo anterior y tomando como base su casuística, Freud refiere que los casos en que la tesis antes expuesta se pondría en juego podrían dividirse en tres:

- Atentados únicos o abusos aislados por parte de adultos o extraños sin consentimiento, con el terror como secuela concomitante.
- Los más numerosos corresponden a casos donde las personas al cuidado del niño lo introducen en el comercio sexual y mantienen una relación amorosa por años
- Relaciones infantiles genuinas entre dos niños de sexo diferente, en su mayoría hermanos, continuando hasta pasada la pubertad.

Pese a que Freud alude que aún no posee elementos para brindar una hipótesis exhaustiva de todos los factores etiológicos presentes en la histeria, sí puede señalar, en primer lugar, que el estallido de la histeria se deja reconducir muy regularmente a un conflicto psíquico, vale decir, una representación inconciliable para el yo (Freud, 1896).

Sucede pues, que hasta 1896 la experiencia sexual prematura tendría carácter de realidad y en el año 1897 tomará otro carácter, luego que en la *Carta 69*, Freud le señala a Fliess que ya no cree más en su neurótica, lo que va a representar un cambio sustancial en la teoría de la seducción, tomando suma relevancia la fantasía, para producir de este modo síntomas conversivos. Esto implica una reorganización del modelo freudiano del trauma y la técnica, asimismo del padecer corporal. Tanto la realidad como la fantasía

producen traumas psíquicos que se alojan y convierten en una corporalidad enferma, excesiva y espectacular.

En función de lo ya expuesto, se aprecia cómo se extiende el campo de lo sexual en el cuerpo de la histeria, incorporando el encuentro- choque precoz del infante (pasivo) con una dimensión traumática que no es capaz de elaborar/simbolizar y que sólo es vivenciada retroactivamente, una vez que dicha experiencia ha hecho estragos en el cuerpo en la época de la madurez sexual. Aparece el tiempo de lo infantil como un terreno donde una intrusión real o virtual/fantaseada, produce un conflicto psíquico intolerable, conflicto que funda y hace codificable - al convertir en síntoma aquello que no puede conciliarse- al cuerpo histérico.

En síntesis, se ha trabajado el concepto de conversión para poder explicitar una concepción de cuerpo presente – como ya se mencionó- desde el inicio del Psicoanálisis. Es fundamental pensar la serie de movimientos que performan la patología histérica en el correr de los años y los desarrollos freudianos; desde la somatización y la conversión asociativa basada más que nada en un acto diagnóstico que intenta diferenciarse de las filas de la neurología, situando un más allá; hasta una radicalización de la escena inconsciente cuando el problema del dolor reenvía a una multiplicidad de posibilidades que no son capaces de ser representadas en una única pantomima.

La concepción de la etiología sexual traumática en su conjugación en dos tiempos, finalmente pone de manifiesto, el hecho de que en la histeria no es posible la correlación entre un dolor psíquico y una localización anatómica cerebral, sin embargo, sí existe una relación con la materialidad del cuerpo, ahí donde ese dolor se ha convertido en un

síntoma que entrelaza lo psíquico y lo somático, involucrando directamente al sujeto y su más temprana historia.

En la próxima sección del presente capítulo se trabajará en relación a otro tópico ligado a la problemática psique- soma: las *neurosis de angustia* en tanto albergan la pregunta por la etiología de un cuadro neurótico que adolece de dicha relación; y será Freud quien indique que la respuesta ha de buscarse en el plano de lo físico (1896) y directamente en relación a prácticas ligadas a lo sexual, en términos ya sea de un empobrecimiento o de una excitación desorbitante.

2. El circuito somático: Las neurosis de angustia

La teorización sobre la neurosis de angustia comienza desde los inicios del psicoanálisis y es posible ubicarla - al igual que el problema de la conversión- en los manuscritos que Freud dirige a Fliess. Ésta se extiende principalmente entre los años 1892-1895, intervalo de tiempo respecto del cual el psicoanalista francés Jean Laplanche (1988/2012) en su libro “Problemáticas I: La Angustia” comenta que se realizaría una producción paralela en dos planos: el primero, acerca de la “capitalización de su experiencia anterior”, particularmente sobre el trabajo acerca de la Histeria; y, el segundo, en referencia a su actividad clínica y terapéutica, donde se describen padecimientos cuya etiología y forma de funcionamiento psíquico no seguirían el modelo de la defensa, sino que se ubicarían en otro circuito, uno somático, que es de índole cuantitativa (Laplanche, 2012).

Como se ha señalado arriba, en el presente apartado se dará cuenta de este recorrido para mostrar otra arista del trabajo preliminar de Freud centrada en la interacción psique-soma, anterior a lo que hemos llamado “*Teoría de los cuerpos unificados*”.

La primera tarea que emprende Freud al respecto es preguntarse acerca del origen de la *Neurosis de angustia*, término presente ya en el Manuscrito A (1892). De este modo, en el Manuscrito E, que data de 1984, señala:

Esto es muy asombroso pero puede tener el sentido de que la fuente de la angustia no ha de buscarse dentro de lo psíquico. Por tanto, se sitúa en lo físico, lo que produce la angustia es un factor físico de la vida sexual. (Freud, 1894/1991b p.229)

Esta definición encarna la instalación de una explicación teórica y un método de tratamiento. Puesto que, si bien en este escrito se enfatiza que la neurosis de angustia tiene etiología sexual, ésta no sería del orden de la causación traumática de la histeria, sino que ha de buscarse en una estasis donde la tensión sexual se acumula. Refiere así la hipótesis que será la idea fuerza en todos sus escritos acerca de la neurosis de angustia, a saber, que en ésta existe una tensión física que se ve imposibilitada de “ir por el camino de lo psíquico”, razón por la cual permanece en la vía misma de lo físico (Freud, 1894/2001).

Tiempo después, en una reflexión inscrita en una preocupación nosológica, se publica el artículo “*Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de <<neurosis de angustia>>*” (1895) que viene a intentar justificar causalmente (siguiendo la idea fuerza planteada en el Manuscrito E) la separación entre

la neurastenia y la neurosis de angustia, que ya se había planteado en 1893 (Manuscrito B).

En este artículo Freud define claramente el cuadro: “Llamo <<neurosis de angustia>> a este complejo de síntomas porque todos sus componentes se pueden agrupar en derredor del síntoma principal de la angustia; cada uno de ellos posee una determinada relación con la angustia” (Freud, 1895/2001 p. 92).

En la neurosis de angustia existiría entonces un complejo sintomático, en el cual se agrupan los siguientes elementos: irritabilidad general, expectativa angustiada, pudiendo llegar el enfermo a experimentar un ataque de angustia y existiendo otras formas de manifestación que serán conceptualizadas como los “*equivalentes somáticos de la angustia*”. Este conjunto sindromático tendría su etiología en prácticas sexuales frustráneas, que producen una acumulación de excitación y una mudanza de ésta en angustia, sin admitir ningún tipo de derivación psíquica (Freud, 1895/2001). Este tópico es tratado particularmente en la segunda parte de este escrito, en la cual Freud amplía lo ya señalado en el Manuscrito E, indicando tipologías de angustia situadas en sujetos y tiempos de vida particulares: por ejemplo, angustia virginal o de los adolescentes, angustia de las recién casadas, angustia en señoras cuyo marido presenta eyaculación precoz, o donde el marido practica el coitus interruptus, entre otras.

En el apartado “*Esbozos para una teoría de la neurosis de angustia*” (1895), Freud intenta situar algunos puntos que expliquen el mecanismo de contracción de la neurosis de angustia. En primer lugar, refiere que tal vez se trata de una acumulación de excitación, hipótesis, que según Hugo Rojas (1990) “(...) deriva directamente del carácter

de los factores etiológicos encontrados en la indagación de la vida sexual de los pacientes: coitus interruptus y abstinencia voluntaria e involuntaria” (pág. 45). En segundo lugar, nuevamente enfatiza el hecho de que la fenomenología de este padecer no se tramita en la esfera de lo psíquico (Freud, 1895/2001). En tercer y último lugar destaca que, en variados casos, esta neurosis se conjuga con un aminoramiento de la libido sexual (placer psíquico). Resulta lógico que, a partir de esto, concluya que el mecanismo de esta afección deba buscarse en su desviación de lo psíquico hacia la excitación sexual somática, expresándose en reacciones que no serían adecuadas.

Posteriormente realiza un examen de las condiciones etiológicas anteriormente nombradas (angustia virginal, etc.) y se interroga por la causa a partir de la cual el sistema nervioso en circunstancias de insuficiencia psíquica cae en angustia. A lo que responde:

La psique cae en el afecto de la angustia cuando se siente incapaz para tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) que se avecina desde afuera, cae en la neurosis de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) endógenamente generada. (Freud, 1895/2001, pág. 112)

Esta puntualización reenvía a la idea de circuito que titula este apartado, con el predominio de una concepción cuantitativa, independiente de la historia y las inscripciones singulares del sujeto. En estas neurosis no se ubica un conflicto psíquico, puesto que lo somático no llega a procesarse desde ahí. Puede decirse “todo ocurre en el cuerpo”, siendo más precisos señalamos que “todo ocurre en el soma”, juicio sostenido sobre la distinción entre excitación sexual y libido como elemento diferencial para el diagnóstico de las neurosis (Rojas, 1990).

En julio de 1895, Freud publica un escrito que se titula “*A propósito de las críticas a la <<neurosis de angustia>>*”, en el que responde a señalamientos realizados por Lowenfeld, psiquiatra alemán. Destaca de este escrito la vehemencia con la que se refiere a la ausencia de conflicto psíquico en la neurosis de angustia. En particular, propone una ecuación etiológica, en la que se conjugarían varios factores. En primer término, las *condiciones*, que remiten a elementos que, si están ausentes, el efecto nunca se produce. Sin embargo, no pueden producir el efecto por sí solas, sino que precisan de una causa específica, la cual siempre debe estar presente en la realización del efecto.

Otro factor serían las *causas concurrentes*, que no necesariamente deben estar en todos los casos (Freud, 1895/2001a). En este sentido, señala – en una lógica médica- que la predisposición hereditaria, sería la condición más relevante en la neurosis de angustia, no obstante, no indispensable, ya que estaría ausente en casos denominados “límite”. Asimismo, indica que el factor sexual específico sería comprobable en la mayor parte de los casos, pero no sobreviene por separado de la predisposición hereditaria, sino que vienen en conjunto y son complementarios. Se hablaría entonces de una insuficiencia psíquica para poder dominar la tensión sexual somática (Freud, 1895/2001a). Insuficiencia, que ya hemos referido, da cuenta del circuito somático en el que esta neurosis se encuentra circunscrita.

Ahora bien, independiente de la complementariedad enunciada en el párrafo anterior, Freud invita a buscar particularmente el *factor sexual específico*, donde se ubicaría el interés terapéutico, ya que la herencia por sí sola, no es capaz de producir una

neurosis de angustia: “sino que espera hasta que se verifique una medida suficiente del influjo nocivo sexual específico” (Freud, 1895/2001a, pág. 137).

Para finalizar este texto, Freud recapitula sus ideas anteriores y distingue tres ejes, siendo el primero la *contracción de la neurosis*, la que deriva de un factor cuantitativo del sistema nervioso, idea que se nombrará más adelante en su obra como *principio de constancia*. De esta manera, lo que pueda mantener a este factor bajo cierto umbral o lo restrinja hasta ese lugar, tendrá eficiencia terapéutica (Freud, 1895/2001a). El segundo eje es el *alcance de la neurosis*, que depende directamente del lastre hereditario de ésta, el que actúa como un multiplicador. Y, finalmente, ubica la *forma* que cobra la neurosis, determinada por el factor etiológico específico proveniente de la vida sexual (Freud, 1895/2001a).

Es posible referir que, en la conceptualización de las neurosis de angustia, éstas escapan a la formación tradicional del síntoma señalada por Freud en relación a los mecanismos del yo/defensor. La angustia aparece como un afecto desmedido, que desorganiza y que no responde a un procesamiento psíquico como se puede apreciar en la teoría asociacionista de la conversión.³

Recapitulando los puntos anteriores, es relevante mencionar que Freud reconoce entonces dos modelos etiológicos para pensar la neurosis. En primer lugar la neurosis de angustia, relacionada a las prácticas sexuales (actuales) incompletas, sin implicar el pasado ni conflicto psíquico; y en segundo lugar el modelo de las *psiconeurosis*, donde

³ No debe olvidarse que, posteriormente, la conceptualización de la neurosis de angustia, si bien no es abandonada por Freud, pierde algo de interés, quedando esto de manifiesto en su enlace con los mecanismos represivos en el análisis del caso del Pequeño Hans.

se pone en juego la sexualidad bajo el alero del deseo inconsciente y la represión. Ambas versiones en relación a la angustia, una de tipo somática y la otra de carácter psíquico, que lo van a acompañar a lo largo de su autoanálisis y, como ya se señaló, más adelante, cuando continúe sus intentos por defender su concepto (Pizarro, 2014).

Conversión y angustia, son dos ejes relevantes para dar cuenta de un debate que es heredado por disciplinas como la psicosomática. Como se mencionó al inicio, estos desarrollos corresponden a un período conceptual previo a la introducción del concepto de pulsión, y van siendo progresivamente marcados por la idea de aparato anímico en el desarrollo de la primera tópica, que siguen supuestos biologicistas y mecanicistas y, si bien lo modifica, conserva en algún punto la estructura del arco reflejo. Cualquier manifestación somática, viene necesariamente a interrogar un circuito lineal y a intentar ubicar en qué parte de este circuito se encuentra la falla. El cuerpo que se puede encontrar detrás de la teoría de la conversión y de la angustia, es sin duda un cuerpo – en palabras de Freud y subrayadas por Monique David-Ménard (2014)- de placer-displacer y angustia, no obstante, tendrán que pasar años para que el placer (y su más allá) cobren plena relevancia en la explicación del padecer.

La teoría asociativa de la conversión trae consigo justamente esa marca, la de convertir, transformar, construir una nueva geografía que necesita ser explicada por otras leyes que no son las conocidas, son las leyes de lo psíquico, de la singularidad, pero sin una característica que sólo permitirá posteriormente el concepto ya mencionado de pulsión: *la marca de la organización y su contraparte destructiva*. Destructividad que lleva la violencia de la repetición y de aquello que no logra zanjarse bajo ningún esfuerzo

de traducción, destructividad que no lleva no la marca de lo orgánico, sino que de lo inorgánico, destructividad que complejiza cualquier dualidad. La teoría asociativa de la conversión es un piso que pone de manifiesto la necesidad de pensar un cuerpo que se organiza y que excluye, sin embargo, es algo que no es posible pedirle a Freud en este momento teórico de su obra, así como socio-político.

El cuerpo freudiano de la conversión es un escenario para pensar en una teoría de la neurosis, es el cuerpo que permite postular desde el inicio al sujeto del inconsciente y sus modos de aparición en la vida patológica y normal. No obstante, es un cuerpo que toma como patrón – del cual se desvía- al cuerpo del modelo médico con sus localizaciones anatómicas y sus circuitos fisiológicos. Es un cuerpo al cual llegan los efectos traumáticos de lo psíquico y lo performan en un síntoma, que en la mayoría de los casos es susceptible de ser visto.

Por su parte, el concepto de “neurosis de angustia”, logra poner de manifiesto el potencial de la desorganización bajo la figura del ataque o el acceso de angustia, como también suele llamársele. Sin embargo, la desorganización ocurre en un plano puramente somático. **No existe una teoría psicoanalítica sobre el cuerpo unificado en la conceptualización de las Neurosis de angustia.** Sí hay teoría sobre el padecer corporal adquirido en la actualidad, que pone énfasis en lo somático; pero faltan las coordenadas para poder pensar la experiencia del cuerpo como siendo atravesado por los trayectos particulares de la vida subjetiva. Nuevamente, es un ítem que no es posible de ser solicitado a Freud en esta época, y que será presentado una vez que se instala la idea del *desarrollo de la libido*, lo que es correlativo al concepto de pulsión. El cuerpo de la

neurosis de angustia es un cuerpo que dialoga con la disciplina psicopatológica, con la sexología y en la actualidad con la (medicina) psicosomática, reduciendo en gran parte al padecer a un componente puramente somático, fallido que respondería a tendencias inscritas en el desarrollo filogenético.

Situarse exclusivamente en la perspectiva del psique-soma para comprender el sufrimiento corporal y psíquico, cobra sentido en la medida en que lo sexual es puesto como un factor etiológico dinámico. Lo sexual en psicoanálisis es en nuestros días impensable sin el concepto de pulsión, de transformación, de apertura y clausura, de ligazón y de destrucción, e irreductible a una polaridad donde cada uno de sus extremos compite por ganar primacía a la hora de pensar en el padecer de un sujeto.

Tal y como se ha mencionado desde el inicio de este trabajo, la concepción de cuerpo relativa a las operaciones de unificación y jerarquización, sólo es posible de ser hipotetizada en un escenario donde esté en marcha el concepto de pulsión. Noción que extiende el terreno de la sexualidad y que se define por primera vez en el texto que guió el camino conceptual de la investigación: los *“Tres ensayos de teoría sexual”*. Por su valor teórico y metodológico en tanto “carta de navegación” del texto freudiano, se trabajará acerca de este conjunto de ensayos en el siguiente capítulo.

Capítulo 3: Tres ensayos de teoría sexual: el inicio de una teoría de los cuerpos unificados

Se nos propone como meta del análisis redondear al yo y darle la forma esférica en que habrá integrado definitivamente todos sus estados disgregados, fragmentarios, sus miembros esparcidos, sus etapas pregenitales, sus pulsiones parciales, pandemónium de sus ego fragmentados e innumerables. Carrera del ego triunfante: tantos ego, tantos objetos.

Lacan, J. (2001) El Seminario. Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica. Paidós: Buenos Aires.

Como ya se ha señalado, el escrito “*Tres ensayos de teoría sexual*” (1905) sirvió como mapa del trabajo respecto de lo que se ha nombrado como ‘*Teoría de los cuerpos unificados*’ puesto que es en éste donde Freud plantea el concepto de pulsión, desanimalizando la sexualidad, radicalizándola más allá de una teoría del padecer somático y además, conduciendo sus orígenes claramente al campo de la infancia, para estudiar así lo que será prototípico de la vida adulta.

Bajo esta concepción, el presente capítulo pretende, en primer lugar, presentar de forma descriptiva y sucinta la estructura de los *Tres ensayos*, y en segundo lugar, ilustrar – en el marco del mismo texto- la presencia de los tres modos de comprender los cuerpos unificados. Durante el desarrollo del capítulo, se precisarán aspectos históricos y metodológicos del escrito mismo, para finalmente reflexionar en torno al modo particular de composición de los cuerpos postulados, con el objetivo de abrir camino al análisis de lo abyecto respecto de los cuerpos unificados.

Lo anterior, puesto que la revisión cronológica de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), permite rastrear una doble orientación en el pensamiento freudiano: Por una parte, la apertura a lo heterogéneo, presente ya en los albores del psicoanálisis y

reafirmada por la introducción del concepto de pulsión y, por otra parte, de modo paradójal, una tendencia unificadora en la manera de concebir y jerarquizar el cuerpo y sus modalidades de goce.

De este modo, *“Tres Ensayos de Teoría sexual”* deviene hito y testimonio para situar la gestación de una teoría sobre el cuerpo bajo las coordenadas de la jerarquía y la organización. Ésta comprendería tres modos de concebir el cuerpo en tanto construido a partir de logros y conquistas, donde elementos diversos y múltiples son finalmente jerarquizados, integrados, circunscritos y ordenados en un marco de estabilidad que les dé un soporte, los vuelva codificables y los habilite para su reconocimiento, reproducción y sujeción al lazo social. Estas tres modalidades de cuerpo, como ya se ha aludido anteriormente, han sido agrupadas bajo el nombre de: ***“yo corporal unificado”*** – ***“cuerpo de la genitalidad”*** y ***“cuerpo de la diferencia sexual”***.

Para cada una de estas modalidades, esta teoría necesita una materia prima originaria que ha de ser modificada, negada y abyectada, para que los cuerpos puedan organizarse y jerarquizarse. En este proceso, al mismo tiempo que imagina un origen, lo expulsa y lo vuelve potencialmente amenazante para la estructura de lo construido.

Para ser justos con el texto freudiano, es relevante destacar que éste no es un texto fijo, sino que sufre cuatro reediciones que desembocan en el escrito al que accedemos hoy en día. En este contexto, la hipótesis de la presente investigación cobra sentido sólo si se toman en cuenta dichos movimientos escriturales; puesto que, a medida que avanza el tiempo, y particularmente en el año 1915, con las adiciones al escrito del concepto de narcisismo y de organización genital, el texto toma un color normativo -del que habría

carecido en la edición original (1905)- que imprime a la idea de cuerpo, la marca de la organización y la unificación, permitiendo así la identificación de las tres modalidades de comprensión del cuerpo ya mencionadas.

Para iniciar el trayecto por esta obra, en el apartado siguiente se realizará un recorrido sintético por cada uno de los ‘Tres ensayos’, destacando aquellos conceptos y dominios teóricos relevantes para la hipótesis de trabajo y desarrollo de la investigación.

Puntualizaciones sobre la evolución de los ‘Tres ensayos’.

Como ya se mencionó, “*Tres ensayos de teoría sexual*” sufrió modificaciones entre 1905 y 1924; las que han sido trabajadas por diversos autores, quienes recorren la evolución del texto hasta llegar a la versión final. Se tomarán los trabajos de tres psicoanalistas: Mónica Guimarães, Philippe Van Haute, y José Gutiérrez-Terrazas, para poder dar cuenta de aquello que se cambia o se pierde en las modificaciones de este texto.

Antes que nada, es importante destacar que según estos autores, la primera edición de los *Tres Ensayos* (1905) no incorporaría la perspectiva evolutiva que llevaría a una concepción normativa de la sexualidad

Monica Guimarães (1995) y Phillippe Van Haute (2005) sostendrán la hipótesis de un carácter abierto y no jerarquizado respecto de la sexualidad en la mayor parte de la versión original del texto, principalmente en base a la concepción de pulsión que se introduce y sostiene en esta edición.

No será entonces sino en las últimas versiones de los ‘*Tres Ensayos*’ donde se incorpora el componente evolutivo a la cuestión de la sexualidad, siendo el escrito del

año 1924 (última modificación) un texto distinto al inicial, lo que a juicio de los autores, generaría la pérdida de la riqueza interpretativa de la primera versión y se desplazaría hacia una concepción de la sexualidad de naturaleza endógena y biologizante (Guimarães, 1995).

En este contexto, se ha descrito la primera versión del texto como una “obra abierta”, donde los diferentes supuestos de la pulsión sexual, que incluso pueden ser contradictorios entre sí, son presentados sin pretensión de una síntesis conclusiva (Guimarães, 1995).

No obstante, el texto de 1905 presentaría en su composición una fractura interna respecto a la concepción de la sexualidad; puesto que destaca, en el último ensayo, un carácter normativo respecto de los dos primeros:

A partir da análise exclusiva da primeira edição (1905), observamos uma verdadeira ruptura entre as orientações do primeiro e segundo ensaios em relação à do terceiro. Enquanto nos primeiros a sexualidade é apresentada essencialmente em seus aspectos perversos e polimórficos, no terceiro tais aspectos tendem a desaparecer, dando lugar a uma espécie de teleologia extrínseca a ela mesma, em que o prazer se vê substituído pelo fim reprodutivo. [A partir del análisis exclusivo de la primera edición (1905) observamos una verdadera ruptura entre las orientaciones del primero y el segundo ensayo en relación al tercero. En cuanto en los primeros la sexualidad es presentada esencialmente en sus aspectos perversos y polimorfos, en el tercero tales aspectos tienden a desaparecer, dando lugar a una especie de teleología extrínseca a ella misma, en que el placer se ve sustituido por el fin reproductivo]. (Guimarães, 1995, p. 83)

Fue de suma importancia para la investigación, la toma de conocimiento de esta “fractura interna”, ya que permite ilustrar la pugna entre la sexualidad no funcional (Van

Haute, 2016), la no jerarquización de la pulsión (primer y segundo ensayo) y la tendencia a la unificación, manifestada en una concepción de desarrollo de la pulsión donde se subordinan las zonas erógenas a la genital, poniéndose finalmente al servicio de la función de la reproducción (Tercer ensayo). Guimarães refiere:

É como se houvesse, em particular nessa primeira edição de 1905, uma ruptura entre a orientação dada ao primeiro e ao segundo ensaio, de um lado, e ao terceiro, de outro, na medida em que no último, diferentemente dos primeiros, a sexualidade aparece associada a um certo finalismo organicista, ao mesmo tempo em que se pode identificar um retorno às concepções clássicas de normatividade. [Es como si hubiese, en particular en esa primera edición de 1905 una ruptura entre la orientación dada al primer y al segundo ensayo, por un lado, y al tercero, por el otro, en la medida que, en el último, diferentemente de los dos primeros, la sexualidad aparece asociada a un cierto finalismo organicista, al mismo tiempo en que se puede identificar un retorno a las concepciones clásicas de normatividad]. (Guimarães, 1995, p. 72)

Si bien esta fractura entre los dos primeros ensayos y el tercero se mantendría en el tiempo, la lectura del texto modificado con posterioridad diluiría dicha fractura, ampliando la normatividad al escrito completo, ya que, en palabras de Guimarães (1995):

(...)em nome de uma espécie de finalismo evolutivo, esboça-se cada vez com maior intensidade uma tendência a amenizar o “caráter aberrante” da sexualidade. Tendência que pode ser identificada, por exemplo, no momento em que começa a surgir a idéia de uma organização bem definida da sexualidade infantil (oral, anal e genital-fálica), cujo “estadismo” (a delimitação de estágios sucessivos) em nada se assemelha aos aspectos polimórficos e dispersos, tais como foram apresentados originalmente em 1905. [En nombre de una especie de finalismo evolutivo, se esboza cada vez con mayor intensidad una tendencia a amenizar el “carácter aberrante” de la sexualidad. Tendencia que puede ser identificada, por ejemplo, en el momento

en que comienza a surgir la idea de una organización bien definida de la sexualidad infantil (oral, anal y genital-fálica), cuyo “estadismo” (la delimitación de estadios sucesivos) en nada se asemeja a los aspectos polimórficos y dispersos, tales como fueron presentados originalmente en 1905]. (p.83)

Desde esta perspectiva, sería conveniente aclarar que, bajo la luz de la primera versión del texto, no sería posible postular un cuerpo con características de organización y unificación. Tal vez sí serían cuerpos que podrían comenzar a dibujarse en miras a una organización (sobre todo en el marco del tercer ensayo sobre “*La Metamorfosis de la Pubertad*”), pero que, no obstante, sólo pueden hipotetizarse o rastrearse considerando la evolución del texto en sus versiones posteriores; particularmente la versión del año 1915.

A continuación, se procederá con la síntesis de cada uno de los ensayos, remarcando aspectos principales para luego insertar preguntas de discusión respecto de cada una de las modalidades de cuerpo propuestas en la investigación.

Primer ensayo: Las aberraciones sexuales.

Si bien Laplanche (1993), señala que en este ensayo no hay intención de originalidad, puesto que se dialoga y se traen al escrito, en sus mismos términos, concepciones sexológico/médicas conocidas en la época; tomando en cuenta los efectos que tuvo esta propuesta en los círculos médicos, intelectuales y sociales de la época, así como las ideas que es posible extraer de ésta, se puede afirmar que, el primer ensayo, es paradigmático para pensar la sexualidad en términos freudianos.

Aunque se realizará un recorrido sucinto por la estructura del ensayo, es importante mencionar que los ejes que para esta investigación toman relevancia son, siguiendo al autor, en primer lugar, la cuestión de la inversión (por su corolario respecto del objeto), en segundo lugar, el trabajo respecto de la perversión (por su estrecha relación a la parcialidad y las consecuencias para el cuerpo de la genitalidad), en tercer lugar, las hipótesis sobre la neurosis (en tanto negativo de la perversión) y finalmente el abordaje directo de la dimensión de la parcialidad y la satisfacción.

Este ensayo se inicia diferenciándose de la llamada ‘opinión popular’, que no sería simplemente la del sentido común, sino que la de teóricos, sexólogos y psiquiatras renombrados en la época, tales como Krafft-Ebing, Ellis, Moll, entre otros. De este modo, propone pensar las aberraciones sexuales en términos de desviaciones respecto del objeto y la meta de la pulsión sexual. Por cuanto cabe al objeto, plantea directamente la problemática de la inversión (homosexualidad). En este escenario, descarta la hipótesis decimonónica que la considera una afección degenerativa y recurre a la bisexualidad psíquica para poder pensarla. Lo más importante de este movimiento radica en cómo concibe al objeto de la pulsión, significación que acompañará los escritos freudianos en toda su obra. A saber, esto refiere al desajuste entre objeto y pulsión:

La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión y objeto sexual no hay sino una soldadura, que correríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto (...) Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste. (Freud, 1905/2010f p.137)

En segundo lugar, retoma la cuestión del objeto a través del apartado de *'personas genésicamente inmaduras y animales como objetos sexuales'*, donde la rebaja del objeto sexual enseña nuevamente el frágil enlace entre objeto y pulsión sexual, puesto que habría varias condiciones donde el primero pasa a segundo plano, debiendo entonces existir a juicio de Freud, algo más importante para explicar esta particular modalidad de goce.

Davidson (2004) refiere que, la afirmación freudiana del mero carácter de soldadura entre pulsión sexual y objeto, es un golpe devastador a toda la estructura de la psicopatología sexual del siglo XIX: “Si el objeto no es interno al instinto, no puede haber significado clínico-patológico intrínseco en el hecho de que el instinto pueda llegar a vincularse a un objeto invertido” (Davidson, 2004 p.129).

Además, destaca el hecho de que la pulsión no tendría ningún vínculo indisoluble o especial con algún objeto particular, por lo cual se concluye necesariamente que la supuesta “desviación” de la inversión sería simplemente una diferencia (Davidson, 2004).

Lionel Le Corre (2017) en su libro “La homosexualidad de Freud” indica lo clave que fue la propuesta freudiana respecto de la inversión de la mano de la bisexualidad (que él lee a partir de la homosexualidad). Al respecto señala que postulando que existe un componente homosexual en la pulsión sexual, se deconstruyen radicalmente todos los intentos de esencialización del hecho homosexual, hayan sido éstos formulados ya sea por los representantes del discurso homosexual erudito o por quienes sostienen la hipótesis hereditaria que deduce el vicio de “hombres infames” de una herencia muy marcada (Le Corre, 2017 p. 62).

En relación con lo anterior, Le Corre (2017) relata un episodio en que Freud, poco después de la publicación de los ‘Tres Ensayos de teoría sexual’ (1905) se refiere en la revista “Die Zeit” sobre un caso de pedofilia, diferenciando ésta con la homosexualidad y abogando por toda despenalización de ésta:

Il y a ici du courage – et un sens du marketing avant l’heure – car cette prise de parole de Freud a lieu après la parution des Trois Essais sur la vie sexuelle qui fit scandale. Freud contribue au débat public viennois sur l’homosexualité en notant qu’elle n’est ni un crime ni une maladie, mais une affaire privée qui ne devrait pas faire l’objet de poursuite judiciaire [Aquí hay coraje – en un sentido de marketing anticipado- puesto que esta toma de palabra de Freud ocurre después de la publicación de Tres ensayos sobre la vida sexual que hizo escándalo. Freud contribuye al debate público vienés sobre la homosexualidad notando que no es ni un crimen ni una enfermedad, sino un asunto privado que no debería ser objeto de persecución judicial]. (Le Corre, 2017 p. 52)

Esto es pertinente de enfatizar, puesto que excluye a la inversión- al menos en el terreno del primero de los ‘Tres ensayos’- del campo de lo patológico.

Volviendo a la estructura del texto, se continuará con el abordaje de las desviaciones sobre la **meta sexual**. Este punto comienza con la definición de lo que sería un acto sexual normal, a saber, la unión de los genitales que tiene por meta el coito, aliviando tensión y extinguiendo temporalmente la pulsión sexual. Sin embargo, Freud refiere que incluso en el acto sexual más ‘normal’ se esbozan aberraciones que han sido denominadas perversiones (Freud, 1905/2010). Éstas serían prácticas intermedias que conllevan placer en sí mismas y que tienen por finalidad conducir a la meta sexual final.

La perversión será un tópico primordial en este ensayo. y el autor la dividirá en dos grupos, siendo el primero el de las *'transgresiones anatómicas'* y el segundo el de las *'demoras en la relación intermediaria con el objeto sexual'* en tanto retrasan la meta sexual definitiva.

Siguiendo la estructura del escrito, respecto a las *'Transgresiones anatómicas'*, Freud inicia con la sobreestimación del objeto sexual, como “(...) lo que apenas tolera la restricción de la meta sexual a la unión de los genitales y contribuye a elevar quehaceres relativos a otras partes del cuerpo a la condición de metas sexuales” (Freud, 1905/2010f). Continúa luego con el uso sexual de la mucosa de los labios y la boca, lo que le permite derivar a la dimensión del asco, en tanto dique para la libido en el camino hacia la satisfacción y su definición como criterio que permite incluso clasificar goces o no perversos.

Luego se refiere al uso sexual del orificio anal, siendo también la ausencia de asco lo que pone el sello de perversión a esta utilización. Posteriormente, plantea la significatividad de otros lugares del cuerpo, lo que es sustancial para la discusión respecto a la parcialidad y la primacía de lo genital, puesto que señala que existen lugares del cuerpo, como la mucosa bucal y anal, que exigen ser tratados como genitales (Freud, 1905/2010f). Esta utilización se justifica con el desarrollo de la pulsión sexual y corresponde para Freud en su satisfacción a síntomas patológicos.

Para concluir el apartado de las transgresiones anatómicas, el autor se refiere al problema del *fetichismo* (sustituto inapropiado del objeto sexual), siendo el fetiche generalmente una parte del cuerpo humano apropiada al fin sexual o un objeto inanimado

que tiene cierto vínculo con la persona sexual. Hay que mencionar que, en el año 1915, Freud señala que la aspiración al fetiche sería patológica, cuando reemplaza la meta sexual normal, pasando a ser objeto un sexual en sí mismo.

Posteriormente Freud discute también lo que serán las *Fijaciones de metas sexuales provisionales*, y desarrolla dos pares de opuestos: El primero, “tocar y mirar”, donde el placer de ver sería perversión cuando se centra únicamente en la visión de los genitales, cuando se acompaña además de la supresión del asco o cuando suplanta la meta sexual normal en vez de tomar su lugar como placer preliminar (Freud, 1905/2010f p.153). Respecto al segundo par: “sadismo- masoquismo”, el primer componente remite a un factor agresivo de la pulsión sexual, que se autonomiza, exagera y se desplaza a un rol principal. Por su parte, el segundo es visto como una transformación del sadismo. Lo medular de este punto es que se concluye reiterando la función del pudor, asco y vergüenza, que tomarían el papel de resistencias que se oponen al libre camino de la libido.

Como penúltimo ítem de discusión, el autor se refiere a la pulsión sexual en los neuróticos. En este lugar, menciona que los síntomas psiconeuróticos no están derivados de la pulsión sexual normal, sino que serían conversiones de pulsiones perversas que no han podido exteriorizarse adecuadamente. Asimismo, señala que la pulsión sexual de los neuróticos permite discriminar todas las aberraciones de la vida sexual normal como manifestaciones de lo patológico (Freud, 1905/2010). Sin duda esta afirmación es relevante para el presente trabajo, señalándose así que la neurosis sería el negativo de la perversión. Afirmación que se comprende en virtud de lo anterior, y que bajo el prisma

de análisis de la investigación, podría decirse que tanto perversión como neurosis son destinos de lo abyecto respecto al cuerpo de la genitalidad en tanto construcción lograda de un cuerpo.

Finalizando este ítem, Freud introduce una idea fundamental para su propuesta: el papel que tienen las *pulsiones parciales*, que sería sobresaliente en la formación del síntoma, presentándose en pares de opuestos. Aquí remite al placer de ver y la exhibición, y la pulsión de crueldad que se organiza activa y pasivamente. Esta última con un papel importante para comprender sintomatología neurótica y procesos tales como por ejemplo, la mudanza del amor en odio, mociones tiernas a hostiles, entre otras (Freud, 1905/2010).

Como último punto de este primer ensayo se ubica uno de las consideraciones más fundamentales del escrito, a saber – en el apartado titulado *Pulsiones parciales y zonas erógenas*- con la introducción de la definición del concepto de pulsión:

Por <<pulsión>> podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {Repräsentanz} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del <<estímulo>>, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, <<pulsión>> es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. (Freud, 2010f p. 153)

El psicoanalista francés, Cristophe Dejours (2007) señala que, en esta definición, tanto cuerpo, alma, como representante psíquico, tienen un estatuto ontológico. La pulsión sería entonces un ser psíquico y no psíquico a la vez encargada de representar en a nivel alma lo que, del cuerpo, es capaz de llegar hasta ella (Dejours, 2007).

Freud indica que la pulsión no posee ninguna cualidad y que además se le considera como una exigencia de trabajo para la vida anímica. Al respecto, Dejours

(2007) comenta que, de esta definición freudiana en tres niveles (cuerpo, alma, trabajo), se desprende la pregunta de por qué el “trabajo” es ubicado en una posición cardinal respecto de la pulsión, siendo que no se ha elaborado como un concepto metapsicológico. Para Dejours (2007) no hay en Freud ni teoría sobre el cuerpo ni sobre el trabajo. Este cuestionamiento lleva por corolario la interrogante sobre el estatuto del cuerpo en esta manera de situar la pulsión en los ‘Tres ensayos’.

Dejours refiere además que, en este capítulo se brinda una definición biológica del cuerpo, que va a contrastar con el desarrollo del texto, donde se pondrá en juego otra dimensión de éste, que va más allá de lo puramente biológico en sentido estricto (Dejours, 2007) y donde, siguiendo la hipótesis de investigación, el cuerpo se relaciona directamente a la pulsión, presentando un carácter paradójico: por una parte, la fuerza del trabajo que pulsa y se abre a la heterogeneidad del goce; y, por otra, la misma pulsión que, en sus recorridos, circunscribe, jerarquiza, organiza y habilita al cuerpo para sobrevivir en el marco de la cultura y la sociedad.

Otro concepto clave propuesto en este ensayo es el de *zonas erógenas* (publicado por primera vez en este texto y presente ya en el intercambio epistolar con Fliess) que arrancan del órgano afectado por la excitación sexual. En términos del padecer neurótico, éstas tendrían mayor relación visible con la histeria, apareciendo como subrogados de los genitales. No obstante, en la neurosis obsesiva y la paranoia, también se pondrían en juego, en la crueldad y el placer de ver, zonas del cuerpo que se independizan de éste, transformándose en mucosas, es decir, en zonas erógenas por excelencia (Freud, 1905/2010f).

Freud se interroga acerca de la aparente preponderancia de la sexualidad perversa en el campo de las neurosis, y luego de señalar que en casi todos los casos es colateral (puesto que en la mayor parte de las veces la psiconeurosis se adquiere posterior a la pubertad), refiere finalmente que aún no se ha investigado si la disposición perversa se corresponde con un modo especial con la elección de la neurosis (Freud, 1905/2010f).

Como cierre de este apartado, Freud entrega una pista que es la que se seguirá durante la mayor parte de la investigación, pues marca e hipotetiza la presencia de un elemento innato en la base de los perversos, no obstante, lo amplía a algo innato en todos los hombres, por más fluctuaciones que sufra. Esta afirmación es cardinal para pensar lo abyecto en relación al cuerpo en términos del yo corporal unificado y del cuerpo de la genitalidad, puesto que señala que existirían raíces innatas de la pulsión sexual, que vienen dadas en la constitución misma y han de rastrearse en la infancia, que deberían organizarse y jerarquizarse, pudiendo sofocarse (reprimirse) adecuadamente, dando origen a una ‘vida sexual normal’, medianamente, dando origen a sintomatología neurótica, ya que lo abyecto “se interpone” en el camino de esta sofocación. Habiendo señalado esto, quedan sentadas las bases para dar paso al segundo ensayo: *La sexualidad infantil*.

Segundo ensayo: La sexualidad infantil

Este ensayo condensa gran cantidad de preguntas que guiaron la elección de textos y el camino de esta investigación. El recorrido a realizar en este apartado pondrá

particular acento en los siguientes temas: las *exteriorizaciones y características de la sexualidad infantil*, la *disposición perversa polimorfa* y las *organizaciones pregenitales*.

Freud inicia este ensayo haciendo referencia a la creencia tradicional que afirma que la sexualidad adviene luego de la pubertad. Comienza entonces aludiendo a la amnesia infantil, fenómeno en el que los adultos no tendrían recuerdo de sus primeros momentos sexuales. Esta amnesia sería similar a la de los neuróticos, que apartaría dichos momentos de la conciencia. Es así como el autor establece un nexo causal entre la amnesia infantil y la histérica, refiriendo que la segunda no sería plausible sin la primera. A este respecto, Quinodoz, en su libro “Leer a Freud” indica:

Pour Freud, tant l’oubli de l’amnésie infantile que l’oubli de l’amnésie hystérique ont pour cause le refoulement : de même que l’hystérique refoule les pulsions sexuelles liées à la séduction, de même l’adulte maintient à l’écart de sa conscience les débuts de sa vie sexuelle lorsqu’il était enfant. [Para Freud, tanto el olvido de la amnesia infantil, como el olvido de la amnesia histérica tienen por causa la represión: así como la histérica reprime las pulsiones sexuales ligadas a la seducción, el adulto mantiene alejado de la conciencia los inicios de su vida sexual cuando él era un niño]. (Quinodoz, 2004 p.80)

El primer ítem de este ensayo se titula *El período de latencia infantil y sus rupturas* y comienza mencionando que el recién nacido trae consigo gérmenes de mociones sexuales que continúan en desarrollo, los que sin embargo van siendo sofocados progresivamente. Esta operación de sofocación toma protagonismo en el período de latencia, donde se establecen los poderes anímicos que van a presentarse luego como inhibiciones sexuales. Estos aluden al ya mencionado asco, también a la vergüenza y a reclamos ideales en el plano de lo estético y lo moral (Freud, 1905/2010f).

Posteriormente, Freud enseña que, en el transcurso del período de latencia, existen desvíos de la energía sexual hacia nuevos fines; donde pueden ubicarse la sublimación y la formación reactiva. Mas, lo anterior no es algo continuo ni constante, sino que, en la ruta hacia la pubertad, experimenta rupturas de vez en cuando, en las que la pulsión sexual hace irrupción (Freud,1905/2010f).

El segundo ítem de este ensayo, *Las exteriorizaciones de la sexualidad infantil*, representa un punto de anclaje para poder pensar acerca de lo abyecto en cada uno de los modos de comprensión del cuerpo que se han propuesto; ya que trata sobre la dimensión constitutiva de la vida humana y del cuerpo, que tiene la necesidad de ordenarse para “bien” existir como tal. Tomando como modelo el *chupeteo*, se enuncian las características fundamentales de la sexualidad infantil y la pulsión sexual: En primer lugar, nace apuntalada a las funciones de la vida (como la nutrición, la excreción, por ejemplo), autonomizándose luego en la obtención del placer a partir de la repetición; en segundo lugar, es autoerótica, es decir, no está dirigida a otra persona, sino que se satisface en el cuerpo propio (Freud,1905/2010f).

Como última característica, se menciona que su meta está bajo el imperio de una zona erógena, tema que corresponde al tercer ítem de este ensayo: La meta de la sexualidad infantil.

Las zonas erógenas se definen como “(...) un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad”(Freud,1905/2010f p.166). Se ha planteado que existirían zonas erógenas privilegiadas o predestinadas. No obstante, la propiedad erógena no se ve limitada a ellas,

sino que puede extenderse o ligarse a cualquier otra zona o mucosa del cuerpo que pueda cumplir la meta de la sexualidad, a saber: la producción de satisfacción por medio de la estimulación de la zona erógena elegida. Es en este contexto donde Freud refiere la premisa de que para que exista la necesidad de satisfacción, ésta tiene que ya haberse experimentado previamente. Dicho momento es hipotetizado por el autor como una primera vivencia de satisfacción que comandará finalmente todas las búsquedas y reencuentros imposibles con el objeto.

En el apartado siguiente titulado, '*Las exteriorizaciones sexuales masturbatorias*', el autor explica que en la infancia las pulsiones sexuales tienen un carácter principalmente onanista. De aquí se desprenden tanto las exteriorizaciones orales y anales, como también las actividades relacionadas con la micción y, finalmente, la actividad genital misma. Respecto a este punto, en el año 1915, se agrega al escrito una distinción de tres fases de la masturbación infantil, siendo la primera la del *período de lactancia*; que si no desaparece puede causar una gran perturbación en el desarrollo del sujeto. La segunda fase sería la que se desarrolla entre *el tercer y cuarto año de vida*, que puede continuar sin interrumpirse o ser sofocada. Es una actividad que deja huellas sustanciales en la memoria que serán importantes luego tanto en la vida 'sana' o en la enfermedad. La tercera fase, generalmente la más conocida, es la *masturbación en la etapa de la pubertad*.

Ahora bien, toda la actividad sexual infantil responde a una disposición que el niño trae consigo, una *aptitud*- señalará Freud- para practicar transgresiones y para gozar de una forma que conoce al inicio poca resistencia, puesto que aún los diques no se han

erigido como tales para poder sofocarla. Es la *disposición perversa polimorfa*, respecto a la cual Quinodoz (2004) comenta:

L'expression « prédisposition perverse » signifie que les différentes parties du corps du jeune enfant présentent dès le début de la vie une sensibilité particulièrement forte à l'érotisation, en attendant que les zones érogènes soient soumises à l'organisation génitale destinée à unifier la sexualité. Quant au terme « polymorphe », il souligne la grande diversité des zones érogènes susceptibles d'être éveillées précocement à l'excitation sexuelle. L'existence d'une prédisposition perverse polymorphe chez le jeune enfant a permis à Freud d'expliquer le fait qu'une perversion organisée, telle qu'on la rencontre chez l'adulte, résulte de la persistance d'une composante partielle de la sexualité infantile qui est restée fixée à un stade précoce du développement psychosexuel. [La expresión 'predisposición perversa' significa que las diferentes partes del cuerpo del joven infante presentan desde el inicio de la vida una sensibilidad particularmente fuerte a la erotización, en espera de que las zonas erógenas se sometan a la organización genital destinada a unificar la sexualidad. En cuanto al término 'polimorfo', destaca la gran diversidad de zonas erógenas susceptibles de ser despertadas precozmente por la excitación sexual. La existencia de una predisposición perverso polimorfa en el niño ha permitido a Freud explicar el hecho de que una perversión organizada, tal como la encontramos en el adulto, resulta de la persistencia de un componente parcial de la sexualidad infantil que ha permanecido fijado a un estadio precoz del desarrollo psicosexual]. (Quinodoz, 2004 p. 81)

La disposición perverso polimorfa agrupa los abyectos corporales correspondientes al autoerotismo y la parcialidad, y al mismo tiempo pone en evidencia que la construcción de la sexualidad 'normal' (genital), implica una serie de pasos y detenciones. En palabras de Davidson (2004), la sexualidad que conocemos como genital se fabrica y no es un dato propio de la especie.

Posterior a la exposición de la disposición perverso polimorfa, Freud, en la sección dedicada a *la Investigación sexual infantil*, alude a que paralelamente al desarrollo sexual del niño, comienza la actividad investigativa de éste, la que corresponde a la pulsión de saber, que no sería un componente elemental entre las pulsiones y tampoco se subrogaría exclusivamente a la sexualidad. La investigación en el infante se pone en juego con la pregunta más importante de su época: *¿De dónde vienen los niños?* Es así como en este texto se esbozan las que en 1908 son sistematizadas como *Teorías Sexuales infantiles*. Así, se deja entrever la atribución universal del pene tanto para niña como para el varón, y diversas teorías del nacimiento, tales como que el niño nace del pecho, del ombligo, entre otras. (Freud, 1905/2010e, p. 193)

Como sexto ítem, se desarrolla una sección que, – como se verá más adelante- no está presente en su totalidad en la primera edición de los ‘Tres ensayos’. Este versa sobre las *Fases del desarrollo de la organización sexual*; que tiene como hito relevante la adición en 1915 del concepto de una organización de la libido en diversos estadios que se suceden y superponen, correspondiente cada uno de estos al primado de ciertas zonas erógenas (Quinodoz, 2014). La primera organización descrita es la *oral canibálica*, en la cual la actividad sexual aún no se ha separado de la nutrición, no se conoce polaridad alguna y la meta es la incorporación (que más tarde devendrá en identificación). La segunda organización que se describe es la *sádico anal*, donde ya se distinguen opuestos (activo- pasivo), su actividad se produce por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo y su órgano de meta pasiva es la mucosa erógena del intestino.

Freud recalca que paralelo a esta organización existen otras pulsiones parciales que funcionan de modo autoerótico.

El año 1923 se agrega otra organización pregenital, que será sustancial para poder situar el cuerpo de la diferencia sexual. Ésta es la *organización fálica*, en la que la polaridad ya no es activo- pasivo sino que fálico-castrado. Es importante mencionar que estas fases no se siguen la una a la otra en términos de “superación”, sino que, si bien hay evolutividad, hay de todos modos simultaneidad en la actividad respecto de los otros núcleos de parcialidad corporal.

El último ítem que Freud desarrolla, dice relación con las *fuentes de la sexualidad infantil*, en el cual se refiere acerca de los distintos rodeos que realiza la pulsión y que producen la satisfacción. De este modo, se interroga acerca del efecto erógeno que ocurre tanto en órganos, músculos, como a través movimientos repetitivos, procesos afectivos, trabajo intelectual, los que procurarán placer, aliviando la tensión en distintas intensidades y circuitos de conexión orientados siempre a la meta de la pulsión: la satisfacción.

Como se ha apreciado, en este ensayo es posible ver plasmados varios puntos que serán trabajados en los siguientes capítulos, con miras de pensar la lógica de lo abyecto respecto a los modos de comprensión de los cuerpos freudianos y sus destinos. Si se pone atención, existen operaciones de abyección, donde lo que es expulsado resulta ser justamente lo constitutivo de la sexualidad infantil, produciéndose una positivización en el producto post-abyección: es como que los cuerpos unificados siempre lo hubiesen sido

y no hubiese reversibilidad alguna para dejar de serlo sin caer en el plano de lo inhabitable o invivable.

A partir de lo anterior, se avanza hacia el tercer ensayo titulado “*La metamorfosis de la pubertad*” y que, como se apreciará más adelante, ha sido catalogado como el más normativo de los *Tres ensayos*.

Tercer ensayo: La metamorfosis de la pubertad.

Este ensayo se inicia, como lo menciona su título, haciendo alusión a la pubertad, momento que da inicio a las modificaciones que llevan al niño a una integración progresiva de las pulsiones parciales, lo que conduce a un cambio de meta sexual. Esto otorgaría funciones a ambos sexos, dándole el carácter de altruista a la pulsión sexual, ya que se pone al servicio de la reproducción (Freud, 1905/2010f).

El primer apartado de este ensayo lleva por título: “*El primado de las zonas genitales y el placer previo*”. En éste, el autor inicia refiriéndose al crecimiento tanto de genitales externos como internos en la pubertad, siendo el desarrollo de los últimos el que genera la capacidad de ‘descarga de productos genésicos’ en el varón y de recibirlos en la mujer, quedando preparada para la gestación de un nuevo ser (Freud, 1905/2010f). Aquí queda a la espera para su utilización un aparato que se pone en funcionamiento de distintas maneras: primero, desde el mundo exterior, vía excitación de las zonas erógenas; segundo, desde el interior del organismo, donde Freud arguye que aún en este plano quedarían elementos por investigar y finalmente en tercer lugar, desde la vida anímica en su calidad de repositorio de impresiones internas y vivencias externas. A través de estos

tres caminos se produciría un estado de excitación sexual, cognoscible por dos signos en particular: uno anímico y el otro somático; que en este momento es equiparado por Freud a lo corporal. En este registro se ubican cambios en los genitales (erección del pene, humectación de la vagina) que lo preparan para la puesta en marcha del acto sexual (Freud, 1905/2010f).

Posterior a esto, se trata el asunto de la excitación sexual y la paradoja respecto de la dinámica placer/ displacer, puesto que tal como señala Freud: “Siempre la tensión producida por los procesos sexuales va acompañada de placer; aún en las alteraciones preparatorias de los genitales puede reconocerse una suerte de sentimiento de satisfacción” (Freud, 1905/2010f p.191).

A continuación, Freud se refiere al mecanismo del *placer previo*, entendido éste como el que se obtiene de la estimulación de las zonas erógenas del cual arranca un incremento de la tensión. Éste tiene por objetivo brindar la energía motriz necesaria para poder llevar a cabo el acto sexual, por consiguiente, la descarga de las sustancias genésicas; lo que provoca el placer último, que es de gran intensidad, es un placer total de satisfacción y suprime temporalmente la tensión de la libido (Freud, 1905/2010f).

Sin embargo, en el punto siguiente Freud advierte que el placer previo trae aparejado peligros, en particular, que éste sea demasiado grande y monopolice el goce en mayor medida que el acto sexual normal; lo que tendría su causa/origen en estadios tempranos de la vida. En razón de esto, indica: “La experiencia nos dice que este perjuicio tiene por condición que la zona erógena respectiva, o la pulsión parcial correspondiente

haya contribuido a la ganancia de placer en medida inhabitual ya en la vida infantil”(Freud, 1905/2010e, p. 193).

En el caso en el que existan factores que cooperen a la fijación pulsional en este placer previo, se produce lo que el autor llama “compulsión refractaria” a la integración de éste en la vida posterior; lo que bajo su experiencia, es el mecanismo de varias perversiones: “(...) que consisten en la demora en actos preparatorios del proceso sexual” (Freud, 1905/2010f). Compulsión que se evita solamente en la integración pulsional bajo la primacía de lo genital; lo que ya parece estar presente a partir de los ocho años, actuando las zonas genitales de manera parecida a la de la adultez, sin embargo, el monto de tensión sexual es menos constante y menos vasto (Freud, 1905/2010f).

El tercer tema de este ensayo, “*La teoría de la libido*” comienza por definir el concepto como “(...) una fuerza susceptible de variaciones cuantitativas, que podrían medir procesos y transposiciones en el ámbito de la excitación sexual” (Freud, 1905/2010e p.198), fuerza de carácter cualitativa y cuyo origen es diverso al de la energía de procesos anímicos en general. Ésta es dicotómica y tiene un subrogado psíquico, la libido yoica, solamente accesible al análisis cuando se dirige a los objetos, se concentra en ellos o los abandona, es decir, cuando se transforma en libido objetal (Freud, 1905/2010e).

Freud describe tres destinos de la libido objetal: puede ser *retirada de los objetos*, *mantenerse fluctuante* en distintos estados de tensión o bien ser *recogida al interior del yo* transformándose nuevamente en libido yoica o libido narcisista, reservorio desde

donde se emiten las investiduras de objeto y al cual se repliegan nuevamente (Freud, 1905/2010f).

En esta misma línea, se refiere luego a la investidura narcisista libidinal, y señala que alude a un estado originario infantil que se ve ocultado por los movimientos libidinales posteriores, no obstante, éste permanece en el fondo tras ellos (Freud, 1905/2010f). Luego añade que los destinos ya explicados, haciendo alusión sobre todo al último, son relevantes a la hora de explicar por ejemplo perturbaciones psicóticas profundas.

Se aprecia en el narcisismo primario un momento constitutivo del que hay que tomar distancia, en pos de la formación de la unidad del yo (Freud, 1914/2010). Representacionalmente, en el escrito de los *Tres ensayos de Teoría sexual*, Freud ficciona un narcisismo que debe ocultarse, para fines de esta investigación se dice que, en cierto nivel, necesita abyectar (vía alejamiento) dicho narcisismo para pensar lo que posteriormente será el *yo corporal unificado*.

Como cuarto tópico a tratar, Freud sitúa la *diferenciación entre el hombre y la mujer*. En este lugar, menciona que en las disposiciones masculinas y femeninas son reconocibles ya en la niñez, consolidándose en mayor medida en la pubertad. Describe posteriormente la situación de la niña pequeña, en quien a su juicio el desarrollo de los díques se presentaría antes y con menos resistencia, siendo al parecer mayor en ella la inclinación a la represión sexual (Freud, 1905/ 2010g). No obstante, después aduce que la activación autoerótica de las zonas erógenas no es distinta en la niñez entre sexos, lo que elimina una diferencia como la que se establece después de la pubertad. En este

contexto, se refiere a una tesis aparejada a la de la bisexualidad, que lo acompaña durante toda su obra y es que la sexualidad de la niña tiene al inicio un carácter eminentemente masculino, que su actividad masturbatoria se realiza con el análogo del pene (clítoris) que ha de reprimirse para que la niña devenga mujer. Esto conducirá a Freud a tomar al varón como un modelo de más fácil acceso para plantear problemas primordiales del psicoanálisis (el Complejo de Edipo, por ejemplo), quedando situada la mujer en un lugar secundario, pasivo, oscuro, continente negro, entre otras denominaciones que la dejan en un lugar místico e inaccesible para su abordaje.

Como apartado final de este ensayo se encuentra la cuestión del *hallazgo de objeto*, que comienza con la idea de que en la pubertad se afianza la primacía de lo genital, y el varón adquiere, por la erección del pene, la meta de penetrar en una cavidad del cuerpo que excite la zona genital. Esto tiene un correlato psíquico que es la consumación del hallazgo de objeto (Freud, 1905/2010f).

Posteriormente Freud trabaja la elección de objeto, a partir de la hipótesis de la primera vivencia de satisfacción, donde la satisfacción que se encontraba fuera del cuerpo propio se pierde, pasando posteriormente por el autoerotismo, para luego de la fase de latencia, intentar restablecer la relación originaria, de la que no se escapan las elecciones de objeto posteriores: “No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, 1905/2010f p.203).

En el período de lactancia, el bebé aprende a amar a quien lo ayuda, lo asiste en su desvalimiento y responde a la satisfacción de sus necesidades, produciéndose

excitación no sólo por la manipulación del cuerpo propia de quien es cuidador en esta etapa, sino que además desde la ternura, la que señala Freud, también es capaz de despertar la pulsión sexual. En este momento, la ligazón con la persona amada permite comprender los fenómenos de angustia infantil, que responderían a la ausencia de ésta al modo en que lo hace el adulto (angustia que aumenta, menciona el autor, en niños con hipertrofia de la pulsión sexual, que por lo general han sido más mimados); que cuando no puede satisfacer su libido la mudaría en angustia (Freud, 1905/2010f). Continuando con el desarrollo, Freud toma la cuestión de la barrera del incesto y lo ocurrido después de la latencia, sobre todo considerando la importancia que le otorga al rol de lo social y cultural del respeto de esta etapa. Mas un cierto grado de fijación incestuosa siempre estará presente, de hecho, Freud menciona que el primer enamoramiento se haría por apuntalamiento, marcando la vida amorosa posterior, como puede apreciarse en la siguiente cita:

“La inclinación infantil hacia los padres es sin duda la más importante, pero no la única, de las sendas que, renovadas en la pubertad, marcan después el camino a la elección del objeto. Otras semillas del mismo origen permiten al hombre, apuntalándose siempre en su infancia, desarrollar más de una serie sexual y plasmar condiciones totalmente variadas para la elección de objeto” (Freud, 1905/2010f p.208).

Este ensayo finaliza con un tema que va instalando un tinte normativo que contradiría de cierta manera lo señalado por Lionel Le Corre (2017) respecto de la postura freudiana en relación a la homosexualidad. El apartado final de este escrito se titula *‘Prevención de la inversión’* e inicia señalando que una de las tareas de la elección de objeto sería *‘no equivocarse el sexo opuesto’* (Freud, 1905/2010f p.209). Luego, menciona

que en la pubertad existen mociones “descaminadas” respecto a la elección de objeto (heterosexual, por supuesto), pero que esto no provocaría un perjuicio permanente. Y como punto final, cierra su desarrollo con los modos en que la inversión se podría prevenir. Primero, menciona que la fuerza más importante en esta prevención sería la atracción recíproca de los caracteres sexuales opuestos, mas este factor no sería suficiente en sí mismo, sino que requiere factores coadyuvantes, que en el caso del varón radican en la ternura que siente hacia la madre y el amedrentamiento ejercido por la figura paterna, los que lo orientan hacia el otro sexo; y para ambos sexos se instala como elemento, la inhibición ‘autoritativa’ que ejerce la sociedad.

Por lo expresado en los párrafos anteriores, esta síntesis del escrito pone al descubierto una dimensión normativa que se discutirá al final de este capítulo. Sin embargo, ésta, como ya se anunció arriba, no responde al texto siendo tomado como un bloque, sino que tiene que ver con la progresión teórica de la obra freudiana misma, desde donde se van adjuntando ideas y suprimiendo otras a este escrito central de la literatura psicoanalítica.

En la siguiente sección se indicará en qué parte de los Tres ensayos se pueden ubicar las tres modalidades de cuerpo propuestas en el presente trabajo, así como las formas de lo abyecto y operaciones de abyección, que son las que justamente orientaron en su mayoría la búsqueda, selección y análisis de la literatura pertinente para llevar a cabo esta investigación.

Los cuerpos unificados y los Tres ensayos de Teoría sexual.

Como se ha ido desarrollando; en el marco de la evolución de los Tres ensayos de Teoría sexual, es posible identificar la génesis de una teoría nueva sobre el cuerpo en la obra de Freud. Una teoría que, sobre todo a partir de 1915, pone en juego coordenadas de jerarquía y unificación, distintas al conflicto psique-soma imperante en los primeros momentos del psicoanálisis.

A continuación, siguiendo la hipótesis de investigación y a modo de anticipo de lo que se trabajó a partir de los *Tres ensayos* como carta de navegación, se presentarán los antecedentes teóricos encontrados en los tres ensayos, que permiten presentar la idea de tres concepciones de cuerpo unificadas, iniciándose en el contexto de este escrito.

Yo corporal unificado.

El problema del narcisismo es presentado en los “*Tres ensayos de teoría sexual*” en el año 1910, siendo definido como un mecanismo psíquico relevante para pensar la inversión masculina (Laplanche & Pontalis, 1999). No obstante, Guimarães (1995) señala que este término permanece en la oscuridad, lo que se explicaría por el hecho que no existe en la época una concepción que pudiese dar soporte teórico a esta problemática.

La concepción freudiana del yo en tanto esencia- hace referencia a una extensión del primer concepto de yo unificado de Introducción al Narcisismo. Aquí se aprecia al yo – que no existe de entrada- como el primer logro de consolidación en el desarrollo de la libido, constituyéndose a partir de un estado de autoerotismo donde las pulsiones se satisfacerían cada una por su cuenta (Freud, 1914/2010a).

Luego, el yo ha de alejarse del narcisismo primario, lo que ocurre a través del desplazamiento de la libido hacia un ideal que se impone desde el exterior (Durieux & Janin, 2002). Dicho narcisismo primario asumirá el estatuto de un momento que el yo, nostálgicamente, se esforzará en recobrar (Freud, 1914/2010a). Ambos estados, autoerotismo y narcisismo primario, deben sucumbir a operaciones para renunciar a una modalidad que es ineficaz e incompatible con la vida. En el análisis de los ‘Tres ensayos de teoría sexual’ es posible organizar didácticamente la aparición del *Yo corporal unificado* o sus antecedentes según dos categorías (autoerotismo y narcisismo), las que serán ubicadas en el contexto de los tres ensayos, sin necesariamente seguir una progresión cronológica entre ellos.

Autoerotismo como abyecto: entre el objeto, el yo y el cuerpo.

El autoerotismo se ha situado como un primer tiempo arcaico donde la sexualidad infantil aún no conoce el objeto, ni exterior al cuerpo propio ni fantaseado. Además, ha sido conceptualizado como aquel estado que demuestra que la sexualidad infantil puede obtenerse sin recurrir a un objeto exterior ni predeterminado para la pulsión (1993). En el marco de esta concepción, Laplanche se pregunta: “El problema esencial se enuncia: ¿es que no tiene objeto real sino fantasmático, o es que no tiene objeto en absoluto?” (Laplanche, 1993, p. 52).

Freud enfatiza sobre todo en el tercer ensayo, que la sexualidad infantil sería autoerótica (ergo, sin objeto **exterior**), en contraste con la pubertad, en la que habría un

descubrimiento del objeto (Laplanche, 1993). Ahora bien *¿Qué se entenderá por autoerotismo en el marco de los tres ensayos?*

En el segundo ensayo, Freud define el autoerotismo de la siguiente manera:

Destaquemos, como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es autoerótica, para decirlo con una feliz designación introducida por Havelock Ellis [1898]. (Freud, 1905/2010f, p. 164)

A lo largo del desarrollo del texto, es posible distinguir dos tiempos respecto del “surgimiento del autoerotismo”: el primero, según Balestrière (2008) sería el tiempo de presencia de lo “somático” y lo “psíquico”. Desde aquí el autoerotismo se concibe como un segundo tiempo, al que se accede por una primera pérdida, la del seno materno.

En la misma línea, Laplanche (1999), agrega que el autoerotismo sería en este contexto un devenir y no un tiempo originario. Un devenir que implica que la pulsión se separe del instinto, gracias a la pérdida del objeto y a la autonomía que toma respecto de la meta y de la fuente.

Si bien en el segundo ensayo no se hace alusión al yo en tanto instancia unificada, es sabido que el problema del autoerotismo es relevante para pensar esta problemática. Se dejará esbozada una pregunta respecto del lugar del autoerotismo y la abyección que será discutida en el curso de la investigación: *¿Qué tipo de abyecto es el autoerotismo?*

Laplanche y Pontalis (1995) señalan que, al introducir el concepto de *narcisismo* (1910 en adelante), Freud aclara y establece una diferencia relevante: el narcisismo

primario sería producto de una primera unificación, no obstante, el autoerotismo queda ubicado como un estado de anarquía pulsional.⁴

Para efectos del presente desarrollo de investigación, se optará por la primera consideración teórica acerca del autoerotismo, aquella que es diferente al narcisismo primario.

En este contexto ya es posible preguntarse: *¿qué niveles de abyección es posible encontrar respecto al yo corporal unificado?* En el segundo ensayo, no es posible encontrar una respuesta a esta pregunta, sin embargo, se puede hasta aquí (sin considerar el avance de la obra freudiana), hipotetizar como abyecto al autoerotismo en tanto momento (segundo) necesario para poder pensar las investiduras del yo en la posterior elección de objeto sexual. Sin el rechazo-repulsión de este elemento constitutivo de la vida humana, el yo- cuerpo no puede nunca sobrevivir ni unificarse.

Se hará referencia también al narcisismo primario en tanto abyecto, sin embargo, sería otro nivel de abyección que no involucra operación de rechazo de por medio, sino que de alejamiento, necesario para que el yo pueda desarrollarse.

⁴ Cabe destacar que Laplanche y Pontalis advierten un cambio a medida que avanza la obra freudiana: “Más tarde, esta distinción se irá borrando, de manera especial en algunos textos en los que Freud admite la existencia, desde el origen, incluso durante la vida intrauterina, de un estado de <<narcisismo primario>>. El autoerotismo sólo se define entonces como << [...]la actividad sexual de la fase narcisista de la organización libidinal>>” (Freud, 1916 in Laplanche & Pontalis, 1999 p.42).

Dualismo libidinal y narcisismo originario

En el tercer ensayo, Freud agrega, en el año 1915, una sección llamada “La teoría de la libido”, inspirada en las ideas planteadas en ‘*Introducción del narcisismo*’ (1914), las que, a juicio de Gutiérrez (2005) se verían sobreesimplificadas en el desarrollo de esta sección.

Como ya se describió en el apartado del Tercer ensayo, en dicha sección define el concepto de *libido* y se distingue libido yoica y libido objetal, siendo esta última inteligible al trabajo analítico, puesto que se relaciona con los objetos. Dentro de los tres destinos de la libido objetal, destaca para el presente apartado el tercero, en el cual la libido se reúne al interior del yo transformándose en libido narcisista. Desde este lugar teórico, Freud enuncia lo que será una “*investidura libidinal narcisista del yo*” que remitiría a la primera infancia, ocultándose luego de las primeras catexias y permanece de todos modos en el fondo.

Al respecto, Gutiérrez (2005), señala que es sorprendente que Freud no haya adjuntado aquí algún elemento planteado en “*Introducción del narcisismo*”, vale decir, que el narcisismo sería un momento de emergencia del yo a ubicar entre el autoerotismo y la elección de objeto (Gutiérrez, 2005). La forma en que Freud trabaja la investidura narcisista originaria sería más cercana al modelo que se impone ya en 1917, cuando autoerotismo y narcisismo se confunden.

Teniendo en cuenta lo ya señalado arriba, Freud menciona que los destinos de la libido son sustanciales para explicar perturbaciones psicóticas profundas. Sin embargo, refiere que existiría aún una dificultad teórica y práctica, puesto que la disciplina

psicoanalítica no habría tenido aún, un saber acabado acerca de las variaciones de la libido de objeto y su diferenciación con las energías que operan al interior del yo (Freud, 1905/2010f).

Finalmente, sin considerar la confusión posterior a 1917, y si se tiene en cuenta la dimensión del narcisismo primario como un momento intermedio entre el autoerotismo y la conformación del yo, es posible pensar cómo la constitución del yo corporal unificado es un proceso de abyecciones consecutivas que tendrán como producto una unidad acorde a la vida en sociedad y preparada para poder establecer nuevas organizaciones que circunscriban su funcionamiento.

Cuerpo de la genitalidad

El *cuerpo de la genitalidad* ha de agradecer su estatuto de conquista final a la **castración**, operación que ha jerarquizado y subordinado las parcialidades hacia su reunión en el primado genital.

En el año 1915, se incluye en los “*Tres ensayos de teoría sexual*”, un nuevo ítem relevante para la concepción de sexualidad y cuerpo en Freud, a saber: *Las fases del desarrollo de la organización libidinal*, donde se incorpora la idea de una sexualidad infantil desagregable en momentos particulares, que han de organizarse en un tiempo posterior. En este año se plantea la fase oral y anal, para luego en 1924 completarse el cuadro con la incorporación de las fases fálica y genital al escrito.

Estas organizaciones de la libido se concentran bajo la operación de las pulsiones parciales y de zonas erógenas particulares que fragmentan el cuerpo, funcionando de

manera autoerótica. A dichas organizaciones, Freud las llama pregenitales, ya que “las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico”(Freud, 1905/2010f, p. 180).

Freud menciona además, que la sexualidad infantil nace apoyada/apuntalada respecto de las funciones de la necesidad. La cuestión del apuntalamiento (*Anlehnung*) ya ha sido esbozada y nombrada dentro de los caracteres de la sexualidad infantil. No obstante, Laplanche (1993) señala que pese a la importancia que se le ha dado a este tópico en el posfreudismo, Freud no habría dedicado a él ningún artículo en su obra. De hecho, el apuntalamiento, tiene una presencia acotada en la primera versión de los ‘*Tres ensayos de teoría sexual*’ (1905):

La idea de <<pulsión de autoconservación>> no está presente en ningún lado, la autoconservación es puesta por lo general bajo el rubro de la función o de la necesidad, no bajo el de la pulsión. (...) Hallamos la palabra *Anlehnung* una sola vez en nuestra primera edición de los Tres ensayos, a propósito del apuntalamiento de la sexualidad anal en la función de excreción. (Laplanche, 1993, p. 42)

El autor menciona también, que este concepto comenzará a tematizarse entre los años 1910 y 1912, trayendo consigo el riesgo de tomar una vía falsa, donde la autoconservación se vería como paralela a la sexualidad, se calcara sobre ella e inversamente, apreciándose como una instintualización de la pulsión. Lo que sería complejo e imposible en un escenario donde el instinto por sí solo jamás podría satisfacerse autoeróticamente (Laplanche, 1993).

En esta lógica, indica luego que el apuntalamiento conlleva dos tiempos, siendo el primero el de un funcionamiento conjunto de lo biológico/sexual y luego uno en que

toma distancia o “rebota”. A partir de esto, el *autoerotismo* correspondería a dicho “rebote” del apuntalamiento, que inauguraría una sexualidad extendida hacia lo extra-genital más que a lo pre-genital, lo que permite no prejuzgar una secuencia cronológica entre lo pregenital y lo que viene después (Laplanche, 1993). Freud la describe como una sexualidad perversa polimorfa, funcionamiento previo a la instauración de la represión originaria, proceso que marcará un destino diferente al quehacer sexual (Bleichmar, 2012).

El funcionamiento pregenital exclusivo no sería aplicable a la vida cultural, puesto que provocaría displacer y además porque las funciones de reproducción están diferidas. Esto explica la formación y construcción de diques tales como el asco, la vergüenza y la moral (Freud, 1905/2010).

El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena, han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno. (Freud, 1905/2010f p.179)

Esta materia es tratada en el Tercer ensayo, donde se indica que en el contexto de la pubertad se va instalando una nueva meta sexual (aquella del “altruismo de la pulsión”) y “(...) para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de su zona genital” (Freud, 1905/2010f p.189). Lo anterior deja habilitados a ambos sexos para la reproducción: al hombre para la descarga de productos genésicos y, a la mujer, para la recepción de ellos, lo que consuma la elección de objeto.

Se aprecia que esto no sería posible si las pulsiones no se unifican, si los goces parciales del cuerpo no han dejado de funcionar cada uno por su parte para confluir en un mismo goce, el genital. Así como en el yo corporal unificado se conciben como abyectos *autoerotismo y narcisismo primario*? para dar paso a esa modalidad de cuerpo unificada; en el cuerpo de la genitalidad lo abyecto sería la *parcialidad*, que indica ya un modo de organización respecto de distintas zonas erógenas. Se adelantan la operaciones de abyección que dejan atrás la sexualidad infantil son la **represión(es) primordial(es) y la operación de la castración** en el tiempo del Edipo.

¿Qué ocurriría si éste funcionamiento parcial no se ve abyectado? Es decir ¿Qué ocurre si la sexualidad infantil no se abyecta en tanto modo de gozar fragmentadamente?

Al respecto, la psicoanalista Silvia Bleichmar (2012) refiere:

Si los tiempos de la infancia no han producido el sepultamiento de las inscripciones que en ella se producen, del lado de lo originario, vale decir, del inconciente, lo que encontraremos entonces no será remanente de lo infantil, sino una estructuración de otro tipo. (Bleichmar, 2012)

La no abyección sería, en primer lugar, un escenario peligroso para la consecución de la reproducción de la especie. Por la parte de la “normalidad” del acto sexual, si el funcionamiento parcial no se ve limitado, se produce la compulsión refractaria ya mencionada respecto del placer previo. La falla en la abyección además, trae aparejadas inhibiciones y fijaciones complejas que devienen en una estructuración diferente de los sujetos respecto de la norma, donde queda por ejemplo, situado como una consecuencia el funcionamiento neurótico donde lo abyecto retorna como síntoma, y en otro registro pone en evidencia la no abyección por parte de los diques (que imponen operaciones de

abyección) en los sujetos llamados perversos que no se han ajustado a la totalización unificada del goce.

Es importante destacar otra arista de la educación en el desarrollo “normal” de la pulsión sexual, preponderante en la subordinación de la parcialidad hacia la genitalidad. Desde aquí, todo retraso en los procesos educativos, debilita el camino de ésta para “tomar nota de la realidad”, produciéndose las ya mencionadas fijaciones o regresiones, lo que puede inhabilitar al sujeto en el marco de la normatividad sexual y su relación con la reproducción, finalidad tantas veces señalada por Freud.

A partir de este lugar es posible extraer que, en el texto de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), es el *Cuerpo de la genitalidad* el que con más fuerza puede inscribirse en un marco integrador, incluso desde la infancia, y funcional respecto de la sexualidad, al consolidar la elección del objeto:

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consume una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirige a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. He ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual. (Freud, 1905/2010f, p. 181)

Finalmente, se destaca que la fase fálica en la teorización freudiana es el contexto donde se pone en juego el complejo de Edipo; el que si bien, es escasamente mencionado

en notas de los Tres ensayos, se encarna en la mención explícita al complejo de castración y la envidia del pene, finalización para un sexo, inicio para el otro, del escenario edípico donde se estructurará el deseo y así mismo la diferencia sexual. Diferencia que distribuye a los cuerpos en un orden -en palabras de Philippe Van Haute (2017)- heteronormativo, que inaugura un cuerpo paradigma: el masculino, que contiene anatómicamente la sede que coloniza los goces y que permite finalmente la función de la reproducción.

Cuerpo de la diferencia sexual

Es sabido que el Edipo de niño y niña tienen una prehistoria común y un desenlace diferente. El niño en su confrontación con la falta, vía actuación retroactiva de la amenaza de castración, elige salvar su pene y acepta la ley de interdicción, lo que lleva al Edipo al fundamento y produce su sepultación, fundándose un cuerpo que conserva su elección (el pene) y un sujeto que incorpora la ley paterna, instalándose el superyó (Freud, 1905/2010a). El cuerpo masculino se instituye como un modelo para los cuerpos en la diferencia sexual, es un cuerpo que pese a la posibilidad de la pérdida no ha renunciado a su órgano, utilizándolo para los fines que le son impuestos.

La niña sigue otro camino: en ella la *castración consumada* hace que su prehistoria edípica se vaya al fundamento ingresando ella al Edipo (Freud, 1933/2010), desde donde tiene tres destinos posibles descritos por Freud: Inhibición de la sexualidad, Complejo de masculinidad, Devenir de la feminidad. Este último caracterizado por el cambio del objeto de amor, de zona erógena y desplazamiento de la libido a lo largo de la ecuación simbólica pre-figurada pene=hijo.

Como ya se mencionó, complejo de castración y envidia del pene son tematizadas limitadamente en los Tres ensayos. Apreciamos una nota de 1920 donde Freud refiere:

Tenemos derecho a hablar de un complejo de castración también en las mujeres. Tanto los varoncitos como las niñas forman la teoría de que también la mujer tuvo originariamente un pene que perdió por castración. En el individuo de sexo masculino, la convicción finalmente adquirida de que la mujer no posee ningún pene deja a menudo como secuela un permanente menosprecio por el otro sexo. (Freud, 1905/2010f p.177)

El cuerpo masculino en tanto paradigma de la diferencia sexual se problematiza con más detalle en el tercer ensayo, particularmente en el trabajo realizado en el apartado de *'Diferenciación entre el hombre y la mujer'*, la que se alcanzaría después de la pubertad, siendo la sexualidad de la niña en la infancia (y la libido), tomando como premisa la hipótesis de la bisexualidad, de carácter masculino (carácter universal de la libido).

Como ya se enunció, la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino, más aún: si pudiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de "masculino" y "femenino", podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a la ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo que su objeto sea el hombre o la mujer. (Freud, 1905/2010f p.200)

Es esto principalmente lo que a juicio de psicoanalistas ligadas a la reflexión feminista, erige al cuerpo masculino como modelo de la diferencia.

Pour Freud, la libido est identique chez les deux sexes. Bien plus, elle est toujours d'essence mâle. Car c'est le clitoris, partie externe et erectile, par conséquent homologue au pénis, qui es l'organe erotique de la fille. Et quand, au moment de l'Oedipe, celle-ci désire un enfant du père, ce nouvel objet est encore investi d'une valeur phallique: l'enfant n'est autre que le substitut de

l'organe pénien dont la fille se sait alors dépossédée. Ainsi, la sexualité féminine s'élabore-t-elle constamment en fonction de repères phalliques. [Para Freud, la libido es idéntica en los dos sexos. Es más, ella es siempre de esencia masculina. Porque es el clítoris, parte externa y eréctil, por consecuencia homologo al pene, el que es el órgano erótico de la niña. Y cuando, al momento del Edipo, desea un niño del padre, ese nuevo objeto es aun investido de un valor fálico: el niño no es otro que el sustituto del órgano peniano del cual la niña se sabe desposeída. Así, la sexualidad femenina se elabora constantemente en función de coordenadas fálicas]. (Montrelay, 2009 p.57)

El cuerpo masculino queda situado entonces como un patrón (en el amplio sentido de la palabra), quedando lo femenino abyectado de la totalidad, situado del lado de la imperfección que en su aparición horroriza al modelo fálico al que no logra nunca colmar y ubicado también como un enigma oscuro que no se deja traslucir: en ella hay una cavidad que se resiste a ser mirada y descubierta.

Puntualizaciones finales sobre los cuerpos y los Tres ensayos

Con la introducción del concepto de pulsión en los “*Tres Ensayos de teoría sexual*”(1905), es posible situar una nueva teorización sobre el cuerpo. Patricia Porchat (2007) señalará que, en contraste con las ideas precedentes sobre las neurosis:

A partir de los Tres Ensayos para una teoría sexual (1905) el cuerpo pasaría a ser comprendido de forma diferente: un proceso de organización libidinal que es contrario a la inclinación de la naturaleza y se constituye de un modo singular. (Porchat, 2007 p.94)

De este modo, se gesta la que en esta investigación se llamará “*Teoría de los cuerpos unificados*” y que concibe la organización de modos de goce: Partes y

fragmentos que han de unificarse para poder constituir modalidades de un cuerpo que puedan habitar un espacio donde la pulsión ha de ser domeñada. Dentro de esta teoría, es posible describir las tres organizaciones corporales mencionadas (yo corporal unificado, cuerpo de la genitalidad, cuerpo de la diferencia sexual), puesto que atraviesan la obra freudiana, cuyos rasgos y características son rastreables en este texto fundacional; documento que se vuelve finalmente, más que un punto de origen, una carta de navegación que permite recorrer las coordenadas de la unificación corporal como un modelo que permanece hasta hoy para pensar el cuerpo.

Siguiendo la hipótesis de investigación, señalábamos que pensar las coordenadas de la unificación y habilitación corporal, supone para el psicoanálisis una relación problemática con el origen: para que un cuerpo sea afirmado, ha de negarse, simultáneamente, lo heterogéneo en un movimiento de conformación de unidad. Dicha unificación nunca es total, por lo que siempre habrá un resto que produce un desfase entre dicho heterogéneo y su forma, cuyas manifestaciones son el motor de la investigación desde el nacimiento mismo del psicoanálisis.

La incorporación del análisis de Van Haute, Guimarães y Gutiérrez se vuelve fundamental, porque más allá de darle rigor y ubicación temporal a lo que es posible o no afirmar de los Tres ensayos, marca la existencia de momentos menos (o incluso no) normativos o jerarquizados en la teoría freudiana; lo que abre una puerta a pensar otras maneras de constitución corporal. Al parecer la primera versión de los Tres ensayos orienta a pensar un panorama corporal -en términos deleuzianos- menos molar y más molecular. En adelante, se apreciará lo necesario que significó seguir la pista del mapa de

los Tres ensayos en la obra freudiana para estudiar y pensar las consecuencias de la conformación corporal, los destinos de aquello que es negado, así como las posibilidades y limitaciones de los cuerpos que, bajo este dispositivo unificador, no logran habilitarse.

El texto de los Tres ensayos fue un material fértil de análisis, ya que, gracias a sus variados cambios y añadidos, puede ser leído como testimonio de la evolución del pensamiento y corpus freudiano. En este trayecto se pone de manifiesto la pugna entre su esfuerzo por salir de una comprensión normativa de la sexualidad y la tendencia -paradojalmente- unificadora presentada más arriba, que se traduce en los modos de comprensión del cuerpo y sus abyectos que puedan rastrearse y enriquecerse en textos fundamentales de la obra freudiana que serán desarrollados en el presente escrito.

Capítulo 4: Los cuerpos unificados freudianos y sus abyectos

El cuerpo atravesado por la pulsión viene a constituir el cuerpo del Psicoanálisis por excelencia. Un cuerpo que se ha vuelto humano al ser cruzado por la dimensión de la sexualidad y que se constituirá como tal en el enjambre de trayectos subjetivos singulares, en relación consigo mismo y con los otros, partiendo desde la más absoluta dependencia hasta poder encontrarse con el otro (sexo) por elección.

Es un cuerpo que se encuentra en la trama del deseo inconsciente y los intercambios, un cuerpo que goza, que *se goza*, como lo señalará Lacan en el 1972. No obstante, cuando se piensa en el cuerpo, se le evoca por lo general como “uno” y se reserva para su infancia una multiplicidad que va contra las leyes de la organización y por supuesto de la adultez y lo social: la fragmentación, el autoerotismo, la parcialidad, lo irrestricto. Los tres cuerpos que se plantearon para ser trabajados en esta tesis, son esos cuerpos que se plantean como unidad, y aquí se ha de poner el acento en la construcción de dicha unidad y en lo que ésta deja atrás, intentando buscar qué es lo que ocurre con este pasado en el transcurso de la vida subjetiva, así como en la construcción teórica de ésta en la teoría psicoanalítica. Para cada cuerpo, se verán sus operaciones de abyección, sus abyectos y el tratamiento de éstos en el contexto del desarrollo freudiano.

El yo corporal unificado: de la anarquía a la unidad

La cuestión del yo en Freud puede ser comprendida desde un punto de vista tópico – en su relación de dependencia con el ello, superyó y la realidad externa-, desde un punto de vista dinámico – al hacer referencia a su polo defensivo y desde un punto de

vista económico, apareciendo al yo como un factor de ligazón de los procesos psíquicos.

Hugo Rojas (2008) refiere que hay diversas maneras de teorizar acerca del yo, que van desde el yo en su ligazón con la conciencia, hasta el yo en términos de la problemática del narcisismo. Al respecto, Laplanche y Pontalis (1999) señalan que hay autores que intentan diferenciar claramente al yo como *instancia*, por otro lado como *parte de la personalidad* y además en tanto *objeto*, ligado al narcisismo y la elección de objeto. No obstante, indican que una línea de psicoanalistas (Klein, Winnicott, Lacan, entre otros) más que separar dichas dimensiones, han intentado hacer énfasis en procesos y conceptos de modo de poder hacer inteligible al yo considerando el panorama freudiano en su conjunto. Así, la relación entre el yo y la percepción toma un nuevo sentido al pensar al yo no tanto en términos de aparato sino que como formación interna que se origina en percepciones privilegiadas que son parte del mundo interhumano.

La presente investigación se inserta dentro de esta perspectiva, ya que más que intentar separar al yo como instancia, como objeto o como parte de la personalidad, apunta a trabajar un modo de comprensión del cuerpo ligado al yo, que es fundamental para pensar la experiencia humana y la vida relacional.

En este contexto, es un hecho que para el psicoanálisis freudiano, la primera unidad lograda en el contexto de la constitución subjetiva, es el “yo”. Dicho logro instala una consistencia que comienza a brindarle al sujeto una autonomía (aunque ilusoria y alienante, señalará Lacan) en pos de continuar su inscripción en el mundo y la relación con la alteridad.

En la presente sección y los capítulos que la componen, se hará referencia al proceso de constitución, características y abyectos de lo que se ha denominado “*Yo corporal unificado*”. Esta expresión se construye aquí, a partir de dos referencias teóricas:

En primer lugar, se trabajan los desarrollos acerca del narcisismo y sobre todo aquellos que destacan en 1923,- particularmente *Introducción del Narcisismo* (1914) y *El yo y el Ello* (1923)- que el yo es *ante todo* un yo corporal. En segundo lugar, se toma la expresión “yo corporal”⁵, que es un constructo propuesto y utilizado en el marco de la Psicología del Yo por parte de Paul Federn en su trabajo respecto de las psicosis. Ahora bien, aquello que interesa es que Freud y Federn, si bien no son complementarios ni antagónicos, tienen un rasgo común: al caracterizar al yo y su relación con el cuerpo destacan la idea y condición de *unidad*. En pos de diferenciar la concepción de Federn con el trabajo realizado en esta investigación, se agregó el adjetivo “unificado”, con el propósito de enfatizar el estatuto del yo corporal en torno a las coordenadas de la jerarquía y la organización.

⁵ Paul Federn plantea el “sentimiento del Yo corporal” (llamado también por él “Yo corporal”), siendo separado didácticamente del “Yo psíquico”. El yo corporal se define como: “(...) la sensación evidente del propio cuerpo, no sólo de su peso, (como consideraron Schilder y- Hartmann) sino también de su tamaño, extensión y sentido de plenitud. A este sentimiento, que es siempre característico, incluso el más característico de todos-, no le prestamos ninguna atención en absoluto, ni siquiera cuando sufre una perturbación. Sin embargo, una vez que se ha puesto atención sobre un cambio en esta sensación (ej. Después de un estado de fatiga), tanto la persona sana como el paciente, están fácilmente en posición de distinguir y perseguir sus variaciones” (Federn, 1952 p.41). Sus escritos definen al yo como una continuidad psíquica duradera del cuerpo y psique, lo describen ante todo como una *unidad psicosomática*, la integración y unificación de las funciones psíquico-corporales en una nueva entidad.

Se compone de esta manera uno de los modos de comprender el cuerpo en esta investigación el que tendrá entonces tres características esenciales:

- 1) Se produce bajo las leyes de la unificación, constituyendo la primera de éstas el narcisismo, y termina su desarrollo con la operación de la castración.
- 2) Se comprende bajo la lógica de la jerarquización pulsional, a diferencia del autoerotismo que, como se describirá más adelante, es entendido en términos de anarquía.
- 3) Conlleva necesariamente la relación con un otro.

Se iniciará la exposición, realizando un recorrido a partir de los trabajos freudianos acerca del “narcisismo” hasta llegar a la idea yo en tanto “esencia-cuerpo” planteada por Freud en 1923 en “El yo y el ello”. Luego, se puntualizará y analizará la problemática del autoerotismo en tanto abyecto que amenazaría la unidad yoico corporal, así como también las operaciones de abyección, las que serán desarrolladas más adelante: represión primordial y la identificación.

Finalmente, en otro nivel de abyección, se analizará el estatuto del narcisismo primario respecto del proceso unificador del yo y su relación con los objetos.

Constitución del yo como unidad

Los desarrollos teóricos acerca del desarrollo del yo son una piedra angular de lo que será la teorización psicoanalítica acerca de la constitución subjetiva. Pensar al yo bajo las coordenadas de la unificación, significa suponer una base/plataforma para que se

instale luego la segunda gran operación que jerarquiza y totaliza un cuerpo, a saber, la castración.

Uno de los primeros términos que brotan al hablar de yo, en el contexto de la unificación, será el de “*narcisismo*”. Éste aparece por primera vez publicado en el año 1911⁶, en el escrito freudiano acerca del caso Schreber, donde se propondrá como un estadio normal de la evolución de la libido, entendida aquí como una energía pulsional que parte del cuerpo e irá hacia la investidura objetal:

Indagaciones recientes [1910] nos han llamado la atención sobre un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto. Se lo ha designado «Narzissismus»; prefiero la designación «Narzissmus», no tan correcta tal vez, pero más breve y menos malsonante. Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza {zusammenfassen} en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena. Una fase así, mediadora entre autoerotismo y elección de objeto, es quizá de rigor en el caso normal; parece que numerosas personas demoran en ella un tiempo insólitamente largo, y que de ese estado es mucho lo que queda pendiente para ulteriores fases del desarrollo. (Freud, 1911/2010f p.56)

En la misma lógica de síntesis mencionada en la cita anterior, en el año 1914, en el clásico texto “*Introducción del Narcisismo*”, se utiliza este concepto para dar cuenta de una primera investidura yoica en que el yo es tomado como objeto e investido totalmente. Para hacer referencia a esto, Freud parte de la concepción de “*narcisismo*” del

⁶ No olvidar que en Tres ensayos, pese a que es publicado en 1905, el problema del narcisismo es una enmienda posterior (1915)

psiquiatra alemán Paul Näcke quien lo definía del siguiente modo : "Un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mimó, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción" (Freud, 1914/2010c p.71).

Será precisamente en este texto donde el narcisismo tomará otro color, el de *estado* en el proceso de constitución y desarrollo yoico, adquiriendo su lugar en psicoanálisis como un elemento central y estructurante de la vida y lógica pulsional, puesto que le permitirá al ‘cachorro humano’ devenir sujeto de deseo. De este modo, se ubicará al yo como el núcleo a partir del cual se produce en una trama de movimientos unificantes que se iniciarían en un estadio inicial, el *autoerotismo*, término mencionado por Freud desde los comienzos de su producción teórica.

Este proceso de constitución del yo, se realiza en el marco de una sucesión de eventos, a los cuales hace referencia Laplanche (2001) cuando señala:

¿Qué comprobamos en Freud? Una genealogía que se puede trazar así, y que después se hará compleja: autoerotismo, narcisismo, elección de objeto. Es una genealogía-cronológica, es una genealogía de sucesión; no se puede tergiversar pretendiendo que se trata de un falso tiempo o de una génesis mítica: es claramente una continuación de otra como se proponen estas tres posiciones. (Laplanche, 2001, p. 77)

No obstante, Laplanche (1970, 1989) a su vez, refiere que el autoerotismo no es en absoluto primario. Así (y en referencia a los *Tres ensayos*) refiere:

Las resonancias de un texto como éste difieren mucho de la gran fábula según la cual el autoerotismo es el estado de ausencia primaria y total de objeto, estado a partir del cual habría que *encontrar* un objeto: el

autoerotismo es, al contrario, un segundo tiempo, un tiempo de pérdida del objeto. (Laplanche, 2001b p.31)

Lo anterior alude al planteamiento freudiano que indica que, luego de la pérdida del objeto materno, la pulsión sexual pasa a ser autoerótica. Dicho momento marcaría en adelante la exclusividad de la pulsión sexual en la dinámica de la satisfacción. Desde esta perspectiva, Laplanche refiere además:

Dentro de esta secuencia (autoerotismo, narcisismo, elección de objeto), que nosotros procuramos reducir a lo esencial, no se trata entonces de todo el individuo sino de su vida sexual, del objeto sexual y de la pulsión sexual. Esta vida sexual se destaca sobre el fondo de una vida o de una relación no sexual que la preexiste: es la vida de la necesidad, de la cual va a separarse. (Laplanche, 2001 p.117)

Una de las características del autoerotismo es la *anarquía pulsional*, vale decir, el movimiento pulsional sin ordenamiento ni jerarquización alguna. Esta anarquía es la que el narcisismo primario tiene como propósito unificar.

Para el apoyo de la hipótesis de un estado narcisista en la genealogía del yo, Freud se ubica en conceptualización clínica acerca de la parafrenia – entendida en el contexto de estasis libidinal, en sujetos que retiran su libido de personas y cosas del mundo exterior sin sustitución en la fantasía- afección en la cual su fenomenología permite pensar en un repliegue libidinal sobre el yo en un estado de narcisismo secundario patológico. Esto le da pie para suponer que sus efectos no son una creación nueva, sino que corresponden a una amplificación y despliegue de un estado anterior: “Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un

narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias” (Freud 1914/2010c, p. 73).

En razón a lo ya planteado y sabiendo que el narcisismo primario no está desde el inicio, sino que constituye una primera unidad que sigue al autoerotismo en aras de la constitución del yo, surge la pregunta: *¿Cómo se consolida esta primera unificación?* Al respecto, Freud (1914) señala:

Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya. (Freud, 1914/2010c p.74)

Siguiendo a Laplanche (2001), es posible pensar en plural dicha nueva acción psíquica, puesto que se pueden rastrear distintos momentos y mecanismos para conceptualizarla, los que pueden ser paralelos o tener un orden predefinido.

Ahora bien, en tal sentido, Lina Balestrière (2008) refiere que este nuevo acto sería un proceso unificador que conlleva el pasaje del plural de las pulsiones autoeróticas a lo singular del narcisismo.

Hugo Rojas (2008) y François Villa (2006), señalan que la naturaleza de dicha acción psíquica no queda del todo clara en el texto freudiano de 1914. Ambos mencionan además que será en *“Duelo y Melancolía”* (1917) donde podrá entreverse que dicho acto psíquico correspondería a la *identificación primaria*, cuya base sería la incorporación, la que corresponde finalmente la posterior **identificación** de “algo” del otro que no es el yo. Otro que a su vez es necesario que lo haya investido (Freud, 1914/2010c). Nueva acción

psíquica donde el narcisismo de los padres es fundamental y estructurante respecto de la construcción del yo y del cuerpo.

Siguiendo el argumento de Villa (2006), Freud, en *“Duelo y Melancolía”* (1917), trata el problema de la identificación y la describe como el “(...) primer modo, ambivalente en su expresión, como el yo distingue a un objeto. Querría incorporárselo, en verdad, por la vía de la devoración, de acuerdo con la fase oral o canibálica del desarrollo libidinal”(Freud, 2001b p.247).

Luego de esta descripción, será posible la comprensión del mecanismo de organización narcisista a partir de tales “incorporaciones” con propósito unificador. En esta línea, aquello que se incorpora sería un objeto o rasgos de él. Y éste es un proceso que sólo se posibilita, como se indica en el párrafo anterior, gracias al lugar que le otorgan los padres al niño como centro y núcleo de la creación, en términos freudianos: “His majesty the baby”.

El narcisismo de los padres es entonces un pivote para la incorporación de aquel “deseo” parental que posibilita la conformación posterior de un yo. De esta manera, el desarrollo del yo tiene relación con aquel objeto originariamente incorporado en virtud de una instancia que ya ha sido mencionada en 1914, el *ideal del yo*, que designaría una formación intrapsíquica que sirve de referencia al yo para apreciar sus realizaciones efectivas.

Lo anterior se especifica aún más en *“Psicología de las masas y análisis del yo”* (Freud, 1921/2010f), texto en cual Freud dedica un apartado completo a la cuestión de la identificación, remarcando que ésta es la forma más originaria del lazo afectivo con el

objeto y que además sustituye a una relación libidinosa del objeto por vía de la regresión (por medio de la introyección del objeto en el yo). El objeto en ésta (a diferencia del enamoramiento) se ha perdido o resignado para volver a erigirse al interior del yo.

Es en este escrito que Freud distingue más patentemente la función del *ideal del yo*, que permitiría explicar la cuestión de la búsqueda y el enamoramiento, y como se verá luego, de aquel resto de la materia yoica que nunca lograría alcanzar al ideal unificante del narcisismo primario en pos de la constitución del yo, siendo dicho resto el autoerotismo.

Ahora bien, se ha indicado que la identificación sería aquella nueva acción psíquica que posibilita un primer movimiento unificante. No obstante, autores como Bleichmar (2012), Balestrière (2008), entre otros; refieren que dicha nueva acción psíquica correspondería a la *represión originaria o primordial* (o más bien, siguiendo la lógica de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), una de “las represiones primordiales”), donde el proceso de contrainvestidura es el mecanismo para hacer referencia al paso del autoerotismo a la unidad narcisística. Este mecanismo y su operación, se desarrollará más adelante, cuando se aborde la problemática de la abyección y los mecanismos para ésta en referencia al *yo corporal unificado*.

Ahora bien, volviendo al texto de 1914, es posible destacar argumentos adicionales a los clínicos (tales como el ya brindado acerca de la parafrenia), que Freud menciona para apoyar sus hipótesis sobre problema del narcisismo primario, a saber: el pensamiento mágico de los pueblos primitivos y la omnipotencia propia del pensamiento del niño. Será a partir de estos dos elementos, que Freud plantea la hipótesis de una

investidura originaria libidinal del yo, la que será luego cedida a los objetos: “empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite”(Freud, 1914/2010c p. 73).

Penot (2009) refiere que la frase anterior sintetiza un punto de vista que Freud conservará hasta el fin de su producción teórica. Freud concibe un sentimiento primario de sí, que luego secundariamente se dirige a los objetos exteriores. Además, señala que la investidura o narcisismo primario, como ya se ha mencionado, implica como protagonista al Otro que puede investirlo para permitir sus procesos de subjetivación:

Porque lo que es ante todo una necesidad vital para el lactante, es la de experimentarse investido por su entorno primario. Sería entonces más justo decir que el recién nacido necesita sentirse investido para poder luego invertir al otro...E investirse a sí mismo. (Penot, 2009 p.489)

Al referirse al narcisismo primario y su investidura particular, Freud realizará, por primera vez, la distinción entre libido yoica y libido objetal (1914) y señalará que son inversamente proporcionales respecto a la dimensión del gasto y empobrecimiento.

Mas adelante, agrega algunos aspectos respecto del autoerotismo, más bien los desarrolla en el texto “*Pulsiones y destinos de pulsión*” (1915) . En este artículo, señala que el narcisismo sería un estado de satisfacción en el *propio cuerpo* y lo autoerótico la *posibilidad* de satisfacción. (1915/2001). En relación a este tópico y a la temática de esta investigación, es posible señalar que ésta es una primera experiencia unificada del cuerpo, en vías de constitución del yo corporal, que ya adquiere un nuevo estatuto.

Aunque Freud plantea una relación preliminar entre el yo y el cuerpo con la teoría del narcisismo; al introducir la segunda tópica se da fuerza a esta ligazón, lo que se pone

ya de manifiesto, como se ha mencionado en varias ocasiones, en 1923 con la publicación de su obra *“El yo y el ello”*, escrito en el que señala que el yo ha sido concebido como la representación de una organización coherente, vinculada con la conciencia y gobernando también el acceso a la motilidad. A partir del análisis del yo y su rol en el proceso de represión, Freud muestra que éste tiene una dimensión inconsciente, diferente de lo reprimido, pero que se comporta como tal.

Además del control que se le asigna al yo sobre el acceso a la motilidad, se postula que desde el cuerpo propio y, especialmente, desde su superficie, pueden partir tanto percepciones internas como externas, otorgando al cuerpo una relevancia en relación con la génesis del yo y sus particularidades. Incluso se plantea que, a partir del dolor, se adquiere noticia de los órganos y, por ende, de la representación del cuerpo propio.

En concordancia con lo anterior, Roghes (2006) señala que el yo estaría ensamblado al cuerpo: “sabiendo que el yo puede situarse a horcajadas entre lo inconsciente y lo consciente y lo consciente dibuja su estatuto fundamental de Yo corporal” haciendo referencia al escrito *“El yo y el ello”*, en el que Freud (1923) concluye que “el yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie” (Freud, 1923/2008 p.26) es decir, deriva de sensaciones corporales, básicamente de las que parten de la superficie corporal. En este sentido, cabe considerar al yo como “la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico” (p. 26) De esta manera, se plantea el papel del yo corporal como un “límite” entre el afuera y el adentro, con un rol relacional entre ambos.

En este escenario surge la pregunta: *¿Qué quiere significar Freud cuando habla de superficie?* Roghes (2013), refiere que una *superficie* es el lugar donde las cosas se vuelven sensibles. Es igualmente un lugar de separación adentro/afuera, abajo/ arriba. Así, la superficie separa y une dos espacios, convirtiéndose en una función de interfaz donde se encuentran e imbrican las pulsiones.

Birman (2006), refiere al respecto que la afirmación, “*el yo es ante todo corporal*”, enfatiza el hecho de que en la teorización freudiana existe una formulación esencial que indica que los distintos territorios del cuerpo siempre se constituyen en interrelación con las formas de subjetivación temprana.

Teniendo a la vista lo anterior, se puede señalar que las partes o fragmentos de cuerpo en un estado autoerótico inicial, en virtud de movimientos libidinales, adquieren, tras un camino de organización, el estatuto de “*yo corporal unificado*”. Producto nuevo habilitado a partir de materia prima que, en la jerga del reciclaje, es “*tratada*”, *yo corporal unificado* pensado en términos de superficie proyectada por el yo, en estrecha relación con la materia del cuerpo en tanto instancia gozante. Es importante destacar que la unidad del yo es necesaria para la experiencia de la separación *yo- cuerpo unificado/ otro* (en tanto otro yo corporal unificado).

En base a lo ya mencionado, se puede señalar que el pensamiento freudiano precisa de la unidad del yo para poder pensar movimientos posteriores, más bien, para instalar una primera gran unificación que será sede de identificaciones posteriores y de otros unificadores, como la castración.

Espinoza et al. (2014), señalan que es fundamental recordar que las operaciones de constitución del yo no tienen una cronología temporal: “En este sentido, el yo y el narcisismo demarcan una operación instituyente pero de ningún modo es un desarrollo producido por etapas sucesivas siguiendo un modelo secuencial, como propuso después Karl Abraham” (Espinoza et al., 2014 p.78).

En base a lo ya desarrollado y en relación a lo mencionado en el capítulo acerca de los “*Tres ensayos de teoría sexual*” (1905), se ha situado al *yo corporal unificado* en el contexto de un proceso que deja atrás y presenta un abyecto directo: ***el autoerotismo***. En este sentido, puesto que autoerotismo tiene un funcionamiento anárquico, se constituye en un abyecto que se ve excretado (pero que permanece de todos modos) al nunca alcanzar la unificación ideal del narcisismo primario.

En otro nivel de abyección que como se adelantó, no corresponde a la expulsión sino al alejamiento, se encuentra el *narcisismo primario*, en su encuentro con el yo post edípico (como se señalará más adelante, respecto al ideal del yo y el yo ideal). Freud refiere en 1914: “El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo”(1914). Como todo abyecto, su retorno o permanencia constituye una amenaza al desarrollo yoico que conduce a la elección de objeto.

En síntesis, es posible comprender el tránsito al yo corporal unificado bajo las siguientes premisas:

1. Pérdida del objeto (seno) materno y satisfacción ligada a éste, lo que genera que la pulsión devenga autoerótica.

2. El autoerotismo se constituye como un tiempo de *perdida del objeto*. Pese a la satisfacción que se obtiene de las partes del cuerpo propio, es un período donde existe caos y anarquía pulsional.
3. El narcisismo viene a recubrir al autoerotismo y se sostiene desde el narcisismo de los padres, implica completud de una investidura donde el yo se inviste como objeto, sin existir frontera yo/no yo .
4. El *yo corporal unificado* se y consolida una vez que se toma distancia de dicho narcisismo.

En los siguientes apartados se caracterizará a los abyectos del yo corporal unificado y los procesos de abyección implicados, así como describir el peligro que representa la irrupción de dichos abyectos en la vida psíquica, sexual y social del sujeto.

Los abyectos y abyecciones del yo corporal

Lo abyecto puede ser entendido como el lado oscuro del narcisismo; es precisamente lo que Narciso no querría haber visto mientras miraba su estanque. Lo abyecto es el lodo del estanque de Narciso
(Lechte, 2013)

La cita anterior corresponde a un libro de John Lecthe titulado: “Julia Kristeva”, en el cual se refiere a lo abyecto en distintas dimensiones. En el contexto de esta investigación, cobra sentido la metáfora del “*lodo del estanque*”. Lodo abyecto del autoerotismo del que nada quiere saberse, que ha de ser revestido en un intento de

totalización que pueda organizar de este modo su anarquía y jerarquizar su dinámica en la unidad yoica narcisista, para luego dar paso a la elección de objeto en la adultez.

Cualquier factor problemático que se presente en este trayecto, traerá consigo consecuencias importantes para el sujeto, y, en la obra freudiana, varias problemáticas quedarán enlazadas a fallas en los mecanismos unificatorios, procesos de representación y simbolización; lo que acarrea una forma de ligazón característica con el autoerotismo que irrumpe en la relación a la alteridad y al propio cuerpo en distintos niveles.

En el presente capítulo se realizará un recorrido particular. Si bien los tópicos que se trabajarán (autoerotismo, represión originaria, identificación, narcisismo primario) se encuentran íntimamente ligados y no son estrictamente separables; se les desagregará algo forzosamente en apartados que van a permitir identificar fallas y defectos en los procesos de abyección, lo que derivará posteriormente en un apartado final que particularizará los destinos de lo abyecto respecto del *yo corporal unificado*, ahí donde la abyección es deficiente.

El Autoerotismo⁷ : un abyecto nunca totalizable

De acuerdo a la mitología griega, previo a la existencia del mundo, sólo había *Caos*, evocado por los griegos como “una especie de neblina opaca en que todas las fronteras se confunden. En lo más hondo de la Tierra vuelve a encontrarse este aspecto caótico inicial”(Vernant, 2000 p.16).

⁷ En relación al yo corporal, el abyecto del autoerotismo refiere a un momento. Más adelante, se hará mención al “funcionamiento autoerótico” como una de las características de la parcialidad, abyecto del cuerpo de la genitalidad.

Fondo caótico del autoerotismo que amenaza la estructura de la tierra. Mismo fondo ilimitado desde donde va a emerger el yo limitado y en relación con los objetos, *el yo corporal unificado*. Neblina que ha de abyectarse para no perder el suelo de la Tierra, base desde donde luego aparecerá *Eros*.

El presente apartado tiene por objetivo caracterizar el autoerotismo en tanto abyecto del *yo corporal unificado*. Autoerotismo que, si bien es constitutivo, se ha de negar por medio de la unificación y recubrimiento narcisista. En cualquier proceso de negación siempre existe un residuo que se resiste a dicha organización y se mantiene siempre ahí, en potencia de convertirse en una amenaza para la unidad yoica en su constitución temprana misma y en la posteridad. Desde este lugar, su condición de abyección se afirma en términos de Kristeva (2016) y Ritondale (2016), puesto que lo abyecto se define como aquello que se rechaza, sobra, se excreta o se resiste a la inclusión y una vez así, permanece velado con una potencialidad de llamar, atraer y aparecer con un componente que asusta al sujeto respecto a su propia coherencia y consistencia.

El autoerotismo, en tanto momento que condensa el replegamiento de la libido hacia el interior, será luego sucedido por el momento/estado de narcisismo primario, el que se instala como el primer momento unificante y organizador respecto la experiencia pulsional del autoerotismo, su caos y su fragmentación.

Sin embargo, el autoerotismo excede la circunscripción del narcisismo primario, quedando como un remanente que no es abarcable por el todo unificante. Cabe aclarar que— bajo esta lógica— al hacer referencia al *yo corporal unificado*, no se pretende jamás que no exista conexión alguna durante la vida adulta con el goce autoerótico, es más, se

considera parte de la vida sexual y economía libidinal de un sujeto. No obstante, en la obra freudiana, el autoerotismo en tanto abyecto se instala como amenaza cuando por distintos motivos (económicos, dinámicos) pone en riesgo la integridad yoica, la elección de objeto, el intercambio sexual con el otro, la inscripción del sujeto al lazo social y cuando su excreción y retorno no permite el trayecto pulsional hacia la genitalidad.

Respecto al desarrollo conceptual del autoerotismo, se tomará la concepción de éste en la obra freudiana entre 1899 y 1917, puesto que es a partir de ese año que éste comienza a ser utilizado frecuentemente como sinónimo de narcisismo, distinción que en esta investigación es fundamental de realizar.

Ahora bien, ya en 1899, en la carta 125 a Fliess, Freud destaca que el autoerotismo sería un estrato inferior de lo sexual, que ha renunciado a una meta sexual y reclama una satisfacción local. Señala además que si bien después se releva por el autoerotismo (homo y hetero), siempre continúa como una corriente particular. En esta carta, sitúa a la paranoia como un retroceso que fragmenta (a diferencia de la histeria que unificaría), un retorno de la corriente autoerótica que es proyectada hacia las otras personas.

A su vez, en *‘Tres ensayos de teoría sexual’* (Freud, 1905/2010f) se refiere a éste en primer lugar en términos de *actividad*, en particular, la actividad sexual de los primeros momentos del desarrollo pulsional, que encuentra la satisfacción en el cuerpo propio sin estar dirigida la pulsión a otro objeto/persona.

Esto presenta un problema en torno a lo que se puede llamar cuerpo bajo las coordenadas de la unificación en la obra freudiana. *¿Por qué Freud habla de “cuerpo propio” en relación al autoerotismo? ¿No es necesario un yo para hablar de lo propio?*

Podría decirse, en sentido estricto, que en el autoerotismo se ponen en juego “partes del cuerpo”, aún no ensamblado bajo las coordenadas de la unificación y la satisfacción.

En dichas partes del cuerpo se despliegan pulsiones parciales que se vieron animadas en un inicio por las necesidades básicas, con el correlato de placer experimentado, lo que el bebé intentará siempre repetir. El autoerotismo en tanto estado – como ya se ha explicado- no es primario, y tiene su base en una relación anterior con el objeto materno. De este modo, se inaugura con la pérdida del imago del seno materno, dando comienzo en el sujeto- a partir del replegamiento de la pulsión sobre sí mismo – a la psicosexualidad.

Balestrière (2008) refiere que, a partir de 1910, se comienza a hacer referencia al autoerotismo como un sustantivo, poniéndose en este momento en juego la polaridad entre lo placentero y lo indiferenciado (no entre placer-displacer). El mundo exterior (en tanto perturbación de la homeostasis), no tendría relación aún con lo displacentero, (dado el supuesto de la respuesta alucinatoria inmediata al aumento de la tensión). De esta manera, los objetos (aún no diferenciados como una exterioridad) surgen sólo si son buenos para el yo, entendiendo por “bondad del objeto” su posibilidad de servir a la obtención de una ganancia de placer (disminución de la tensión interna).

A diferencia del narcisismo primario, en que el yo como unidad es investido libidinalmente, en el autoerotismo “las pulsiones sexuales se satisfacen de manera anárquica, independientes unas de las otras”(Laplanche & Pontalis, 1999 p.229). En relación a la especificidad del autoerotismo, Laplanche y Pontalis (1999) mencionan cuatro características de éste: En primer lugar, existe *satisfacción in situ*, en el mismo

lugar del cuerpo donde la excitación se produce (placer de órgano). En segundo lugar, dicha satisfacción *no es unificada*: “(...) no remite a otros órganos, ni, con mayor razón, al conjunto del cuerpo, sino que se agota allí donde ella nace; es la imagen de un polípero de placeres” (p.75). En tercer lugar, no tiene objeto exterior. Como cuarto aspecto, Laplanche señala que no es posible definir la actividad autoerótica sin mencionar al fantasma.

Existe controversia respecto del objeto en el autoerotismo. Siguiendo también a Laplanche (2001), dicha controversia se polariza entre quienes afirman un estado autoerótico absolutamente anobjetal (por ejemplo, Abraham) , y quienes afirman que es posible encontrar un objeto propio del tiempo autoerótico (por ejemplo, Balint). La manera del autor de salir de dicha encrucijada es concebir el autoerotismo no en términos de ausencia ni de presencia de objeto sino que de *pérdida del objeto sexual*. Objeto que ha de intentar encontrarse luego en el narcisismo, particularmente en el yo en tanto objeto investido y posteriormente elegirse en el período post-puberal.

Volviendo a la serie temporal de los textos freudianos, en “*La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*” (Freud, 1908/ 2008), es posible encontrar un primer destino del autoerotismo como abyecto del yo corporal, puesto que tendría consecuencias negativas en la vida del sujeto, si es que la educación no es capaz de limitarlo: “(...) porque la permanencia en él haría que la pulsión sexual no se pudiera gobernar ni valorizar en el futuro” (p.169). Es por esto que la pulsión ha de encontrarse con los diferentes diques que la encaucen en su camino, lo que dice relación en gran parte con la educación. Interesante, pues Freud agrega en 1915 una nota a “*Tres ensayos de Teoría*

sexual” (1905 [1915]), donde refiere que el desarrollo sexual trae consigo una especie de conocimiento histórico previo de la aparición de los diques y las inhibiciones, que se activa por influencias externas, entre las que se cuenta la educación, no obstante podría surgir sin necesidad de ésta.

No sólo la continuidad de la vida sexual y la valoración de la pulsión sexual se verían amenazadas con el autoerotismo. En el año 1911 en “*Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber)*”, Freud, al diferenciar la paranoia de la *dementia praecox*, señala que en ésta última existe una regresión de la libido hasta el autoerotismo infantil provocando la fragmentación del mundo interno. Luego, en “*La predisposición a la neurosis obsesiva*” (1913) se refiere a una fijación en el autoerotismo como determinante para el desencadenamiento de la psicosis paranoica y esquizofrénica (llamada por Freud ‘parafrenia’):

Ahora bien, estas afecciones que afloran últimas han resultado las primeras asequibles a nuestra búsqueda de las predisposiciones que desembocan en la elección de neurosis. Los caracteres, que ambas comparten, de la manía de grandeza, el extrañamiento del mundo de los objetos y la dificultad de la transferencia nos han constreñido a inferir que la fijación que predispone a ellas ha de buscarse en un estadio del desarrollo libidinal anterior al establecimiento de la elección de objeto, vale decir, en la fase del autoerotismo y del narcisismo. Por tanto, estas formas de contraer enfermedad, de tan tardía emergencia, se remontan a inhibiciones y fijaciones muy tempranas. (Freud, 1913/2008b p.338)

En palabras de Ugarte (2005): “En la psicosis nos encontraríamos con un autoerotismo fragmentario como frenesí de la excitación o con un autoerotismo que

testimonias de una actividad de órgano que no puede ser significada como placer sexual y tiende a ser abolida con comportamiento «extravagantes»” (p. 179).

La psicosis y sus perturbaciones serían el destino más grave producto de deficiencias respecto a las operaciones de abyección, afectando directamente al *yo corporal unificado*. Sintéticamente, es posible afirmar que en el caso de la paranoia, se hipotetiza principalmente en una fijación al narcisismo que provoca regresión, siendo el delirio sería un intento de restitución. No así en el caso de la demencia precoz (parafrenia) donde la regresión llega hasta la liquidación del amor de objeto y el autoerotismo infantil, momento donde ha de pensarse la fijación predisponente para esta forma patológica. (Freud, 1917/2010b) Respecto de la melancolía, en ésta, la libido retorna al narcisismo, concentrándose la libido en el yo y estableciéndose una identificación con el objeto abandonado (1917/2010b).

En la 21ª conferencia: *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales* (Freud, 1917/2008a), se refiere al destino que debe tener el autoerotismo en el curso del desarrollo. Al respecto señala:

El resto del desarrollo tiene, expuesto de la manera más sucinta, dos metas: en primer lugar, abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único. (Freud, 1917/2008ª p.300)

La referencia anterior es fundamental, ya que puede leerse bajo las claves de la abyección y la unificación. El autoerotismo ha de ser abandonado en pos de la elección

de objeto, hito que implica que el desarrollo del yo corporal unificado ha tenido éxito. Si esto no ocurre, se aprecian las consecuencias ya antes mencionadas.

Ahora bien, *¿Cómo ha de abyectarse el autoerotismo?* Por medio de operaciones que producen repulsa e incorporación: la *represión originaria* y la *identificación primaria*. Operaciones fundantes que se dirigen al desarrollo del *yo corporal unificado*, que incorpora siempre la dimensión de la alteridad.

La represión originaria y la identificación primaria, dos eslabones entre autoerotismo y narcicismo

Guerra de los Dioses. Las potencias divinas están en combate. En ese escenario, Zeus lanza su rayo, los Hecatonquiros van hacia los Titanes y el mundo se revierte al estado caótico, donde las montañas se desploman, el cielo se desploma, en ese estado primordial de desorden original, cuando nada tenía forma.

Para la mitología griega, el movimiento de Zeus produce un retorno *reversible* al caos original, desde donde se rehace un mundo ordenado a partir de la destrucción. No ocurre lo mismo con el psiquismo y el yo. Un regreso de tal radicalidad al autoerotismo, no permite comenzar nuevamente de un modo ordenado. Se ingresa al mundo de la fragmentación y la anarquía, ahí donde no es posible la reunión y la síntesis.

Para no retornar radicalmente al caos inicial, han de ponerse operaciones de abyección en marcha que lo limiten y permitan salir de él. La primera dirigida a establecer una repulsa fundamental a dicho estado (*represión originaria*) y la segunda orientada a la reunión, la incorporación y la inscripción en la historia de la humanidad (*Identificación*

primaria). Ambos mecanismos han de explicarse en el presente capítulo. Mecanismos de abyección, rechazo y totalización. De supervivencia y salvación.

La represión originaria

Noëlle McAfee (2004) refiere, parafraseando a Kristeva, que la abyección es un proceso que implica movimientos de expulsión, eliminación, rechazo, con el fin de definir los límites de la subjetividad. Destaca además que aquello que se abyecta de algún modo puede atormentar la subjetividad, amenazando con desentrañar lo que se ha construido. En estas coordenadas, se ubica a la *represión originaria* como un proceso de *abyección* respecto del *autoerotismo* en tanto *abyecto*. Aquello que pondrá en peligro la integridad yoica serán fallas a nivel de este mecanismo teniendo como consecuencia un yo corporal con defectos en su unificación y un desborde pulsional.

Dicho lo anterior, en el presente capítulo se expondrá el recorrido freudiano acerca la represión originaria, complementándolo con otras lecturas, para ir analizando su acción sobre el autoerotismo y el tratamiento que se le da como materia prima del yo corporal unificado.

En el contexto de los *Escritos metapsicológicos*, en el año 1915 en “**La represión**”, Freud explica las bases de ésta, refiriendo que no sería una defensa presente desde el origen, y señala: “(...) no puede engendrarse antes de que se haya establecido una separación nítida entre actividad conciente y actividad inconciente del alma, y su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella” (Freud, 1915/2008d p.142).

En este mismo artículo, Freud distingue dos etapas para la represión, siendo la primera, la *Represión primordial u originaria*, prototipo del inconsciente, donde “la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica (agencia representante- representación) de la pulsión se le deniega la admisión a lo consciente”(1915/2008d). A partir de esto se produce una fijación, quedando la representación en cuestión ligada permanentemente a la pulsión.

La segunda fase que Freud distingue para la represión, corresponde a la *Represión propiamente dicha*, que parte del yo y va a operar sobre “retoños psíquicos de la agencia representante reprimida” (Freud, 1915/2008d) que por algún motivo han entrado en contacto con ella, por lo que siguen el mismo camino que la represión primordial. Es por esto que Freud llama a la represión propiamente dicha, un “esfuerzo de dar caza”.

En esta fase ya se encuentran en función dos operaciones que -paradojalmente- cooperan entre sí, la *atracción y la repulsión*, la primera desde lo inconsciente y la segunda desde lo consciente. Freud menciona que si no hubiese una operación primordial, estas fuerzas no podrían ejercer acción alguna. (Freud, 1926/2010c)

Respecto al contenido de lo reprimido primordial, Balestrière (2008) menciona que Freud no lo especifica, puesto que su fin sería el de situar el fundamento sobre el cual edificar la metapsicología, y no es ni será nunca realmente la exploración de ese mismo fundamento.

En otro de sus escritos metapsicológicos, “*Lo inconsciente*” (1915), Freud puntualiza que el mecanismo de la represión originaria es la *contrainvestidura*, que puede ser comprendida como aquel proceso que permite al preconscious forjar una defensa

contra las representaciones primariamente inconciliables. De igual manera, refiere dicho mecanismo viene a representar el gasto de esta operación, asegurando a su vez su permanencia.

Balestrière (2008) define la contrainvestidura como “la desviación de la investidura de la representación hacia otra que se opone a ella” (p.118) y pone de manifiesto una paradoja acerca del agente de operación, haciendo referencia directa al yo (agente de la represión), al preguntarse *¿Cómo aquello que aún no adviene, produce aquello que está adviniendo?* Ante esta interrogante, la psicoanalista señala que Freud no otorgaría respuesta. En la presente investigación, más adelante, al desarrollar la relación entre la represión originaria y el narcisismo se abordará este tópico.

Hasta este momento, la conceptualización freudiana ha situado la represión originaria como un mecanismo único y puntual que dará paso a diferenciaciones tópicas en el aparato psíquico y consecuencias importantes en su dinamismo.

No obstante, aquello que interesa para la hipótesis de investigación es posible encontrarlo en el pasaje hacia la pluralidad de la represión originaria en Freud, particularmente en su artículo “*Inhibición, síntoma y angustia*” (1926). En este texto, al desplegar la temática de los mecanismos inhibitorios, señalará que éstos afectan al yo en términos de limitaciones; mientras que, los síntomas, emergen como extranjeros para el yo, sin poder describirse como un proceso que suceda dentro del yo o que le ocurra al yo (Freud, 1926/2010c).

Es aquí cuando se enlaza la problemática de la represión, cuyo agente sería el yo, al indicar Freud que las represiones (secundarias) con las que se encuentra en la clínica,

los esfuerzos de *dar caza*, presupondrían cada una, diversas represiones primordiales {*Urverdrangungen*} anteriores que influyen en la situación reciente. Al respecto, Rechter (2012) señala que esto es una novedad que replantea el problema de la represión originaria, puesto que ya no es posible de ser situado como un proceso único y circunscrito, sino que se consideran en un marco de multiplicidad.

Desde este lugar, si se piensa en plural las represiones primordiales, la primera sería la que permitirá el paso del autoerotismo al narcisismo. Al respecto, Mazeran et al. (2014) apoyan esta hipótesis y señalan:

La operación primordial de expulsión, que desencadena el juicio de existencia de lo “real como exterior al sujeto” y que podemos asimilar al tiempo de la proyección originaria, se efectúa bajo la presión de una necesidad vital que tiende al alivio de las tensiones, pero también, como hemos visto, en una resistencia del sistema autoerótico, cuya insuficiencia reguladora viene a significar el fin del mundo y que se empobrece en la conrainvestidura necesaria para tapar esta primera ruptura. (p.75)

De esta manera, se puede señalar que esta operación de abyección, sería condición inicial para la constitución del *yo corporal unificado*. Bleichmar (2012), refiere que esta operación de represión originaria, debería considerarse un proceso histórico sin carácter mítico y cuya función sería la de sepultar el autoerotismo. Ugarte (2003), en intertexto con la lectura de Bleichmar, refiere que cuando se reprime el autoerotismo en pos de reconocer el amor materno, van a conformarse los objetos de amor; y así la represión originaria marcaría este tiempo de pasaje del autoerotismo al narcisismo.

Especificando lo anterior, la represión originaria que conrainviste el autoerotismo, implica el abandono de una modalidad de satisfacción sexual totalmente

incompatible con la vida del cuerpo unificado. No obstante, dicha modalidad no se borra, permanece en el fondo y si la operación de abyección falla en cualquier grado, retorna causando estragos en la estructura y funcionamiento del yo corporal unificado.

En este momento, se impone la reflexión sobre el agente de esta operación. *¿Cómo podemos suponer entonces una represión originaria sin pensar en un agente claro, ya que, tal como se menciona en la cita anterior “el acto lo hace agente”?* Es en este momento donde se puede señalar que la represión originaria sigue la fórmula del après-coup, el que en palabras de Chervet (2009) corresponde al “(...) resultado temporal y manifiesto de un trabajo psíquico latente e intemporal, y el proceso mismo de ese trabajo” (p. 1363). En esta misma línea, Balestrière (2008) intenta responder la pregunta sobre la represión primordial, el agente y su relación con el yo:

Cet acte, nous avons cru le reconnaître dans une opération fondamentale de négation, qui fait que quelque chose se trouve avoir une fonction qui le définira, après-coup, comme moi. Cette « nouvelle action psychique » ne peut donc qu’être l’acte princeps, le refoulement originaire, qui spécifie le moi comme son agent.[Este acto, creímos reconocerlo en una operación fundamental de negación, que hace que cualquier cosa que la sucede tiene una función que la define, après-coup, como yo. Esta “*nueva acción psíquica*” no puede sino ser el acto príncipes, la represión originaria, que especifica al yo como su agente]. (Balestrière, 2008 p.220)

De esta manera, la represión originaria es una operación que “se realiza” para poder instalar luego procesos unificatorios que culminan en la castración. En palabras de Osvaldo Delgado (2016):

La represión primaria es un nombre de la castración estructural, no de la castración como complejo de castración en el Edipo – o sea, la amenaza sobre

el miembro y la problemática de las consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica-. Es gracias a esa castración estructural, a ese imposible, a ese representante psíquico que no se puede recuperar, que puedo hablar de complejo de castración y de Edipo, porque si no, estamos en la psicosis. (Delgado, 2016 p. 156)

Así, se está frente a una operación que sólo puede ser concebible retroactivamente, por sus efectos o por sus defectos. En consonancia con lo anterior, en la actualidad, diversos autores, como Bleichmar (2008), Rizzuto (2016), entre otros, señalan que dichos defectos en la represión originaria pueden ser visualizados en patologías van más allá de lo neurótico; casos fronterizos, que presentarían dificultades en el establecimiento de la identidad y la relación a la alteridad, preservándose aspectos de la sexualidad autoerótica que, como bien se mencionó, no son acordes a la vida sexual y social adulta.

En la misma línea y respecto de lo ya esbozado respecto de la psicosis, es posible ubicar la *parafrenia* como un destino de lo abyecto que comporta una regresión al autoerotismo. En el texto freudiano se le nombra primero como *demencia precoz*, denominación bleuleriana del cuadro, entidad mórbida que tendría defectos de índole similar a un proceso demencial, no obstante, casi siempre de inicio en la adolescencia. Luego, se hace referencia a ella en términos kraepelinianos como *esquizofrenia*, sin embargo, Freud señala que tampoco es tan preciso, a no ser que se evoque en todo momento el origen etimológico de la palabra (mente escindida). En su lugar, propone utilizar el término de *Parafrenia*, por su similitud con la *paranoia* e incluyendo de algún modo la *hebefrenia* (Florence, 1984).

La parafrenia implica un defecto estructural en la capacidad de simbolización y metaforización, efectos propios de la represión originaria. Sales (2006) señala que en virtud de fallas en la instalación de la represión originaria, pudiese incluso sugerirse una predisposición a psicosis esquizofrénicas, predominantemente desorganizadas y deficitarias y dificultad para la restitución delirante. Evidencia de un retorno al Caos primordial sin reconstrucción posible, un eterno hundirse en la neblina y la confusión del goce de lo indiferenciado, indefectiblemente condenado a un lugar donde las coordenadas de lo habitable no se presentan. Una existencia en la fragmentación, ahí donde la unificación es paradigma.

En función de lo planteado al inicio de este apartado, corresponde ahora hablar acerca de la segunda lectura ofrecida para la “nueva acción psíquica” que da paso al narcisismo, a saber, la *identificación primaria*, que se anuda en Freud directamente a la cuestión del yo ideal.

Resulta sumamente difícil separar *represión originaria e identificación primaria*, ya que parecen ser operaciones simultáneas de abyección en un mismo proceso, cuyos resultados, como ya se ha desarrollado, se conocen retroactivamente. No obstante, Jean Florence, en su libro “*L’identification dans la théorie freudienne*”(1984), va un poco más allá, ubicándolas en un mismo plano al señalar lo siguiente: “La represión primaria es un modo primario de renuncia al modo autoerótico de investidura; es una identificación del yo que lo determina de entrada como cautivo de otro que él “es”: el padre-ideal” (Florence, 1984, para. 212).

Dicho lo anterior, se continuará la exposición haciendo referencia el problema de la identificación primaria, que trae consigo la cuestión del ideal y del narcisismo; analizando y leyendo en conjunto este desarrollo a partir de la clave de lo abyecto.

La identificación primaria, el narcisismo primario y la formación del ideal

Con el fin de comprender los fundamentos de la *identificación primaria* en tanto mecanismo de abyección, se revisará primero el mecanismo identificatorio en general y sus características en los principales textos freudianos que lo abordan.

La identificación es un concepto fundamental para el Psicoanálisis, puesto que se pone de manifiesto en todas las operaciones involucradas en la constitución y el despliegue de la subjetividad. Laplanche y Pontalis (1999) la definen en su *Diccionario de Psicoanálisis*, como un “Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones” (p.184).

De acuerdo al trabajo freudiano, es posible distinguir principalmente dos tipos de identificación; la del tipo histérica y la identificación en su relación con el yo (que incluiría la identificación narcisista y la melancólica).

Respecto a la *identificación histérica*, cabe señalar que las primeras alusiones al concepto de identificación, se pueden encontrar en las cartas de Freud a W. Fliess. En la *Carta 53* (1896), *58* (1897) y en el Manuscrito anexo a la carta 61, (1897), liga esta

operación a la represión y sobre todo, la sitúa en el terreno de la imitación, utilizándose de forma indistinta con ésta.

En el Manuscrito N (1897), escribe acerca de los impulsos hostiles de los hijos hacia los padres y refiere que conforme avanza la edad de éstos, la hostilidad se atenúa, puesto que aparece la idea de la vejez o incluso de su muerte, en cuyo duelo correspondiente, puede aparecer un mecanismo identificatorio manifestado en un “*castigarse históricamente*” por medio de retribución, con los mismos aspectos y estados de enfermedad que ellos han sufrido. Se esboza aquí una primera relación entre la identificación y el duelo, que Freud desarrollará en 1915 en “*Duelo y Melancolía*” (1915 [1917]).

En la “*Interpretación de los sueños*” (1899), Freud señala que la identificación es un mecanismo esencial en la producción de los síntomas histéricos. Agrega que podría pensarse como un sinónimo de la *imitación histérica*, sin embargo, aclara: “(...) la identificación no es simple imitación, sino apropiación sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un «igual que» y se refiere a algo común que permanece en lo inconciente” (Freud, 1899/2008a p.168).

En esta misma obra, incluirá la identificación como uno de los medios de figuración del sueño en términos de la semejanza, concordancia y continuidad; que reúnen en una unidad distintos tipos de material. Conforme a lo anterior y en contexto del sueño, puntualiza que la identificación consiste en que una de las personas que están unidas por un rasgo común, alcanzan a ser figuradas en el contenido manifiesto del sueño en una persona, mientras que las demás parecerían sofocadas para él. Esta única persona

es la que va a entrar al sueño en todas las situaciones que se deriven de ella o de las personas encubiertas (Freud 1899/2008a)

En función de lo planteado, Freud agrega además que la identificación en el sueño y en la neurosis serían procesos similares. Destaca de esto la idea de la **reunión** de elementos que ya estaban presentes, construyendo un nuevo producto, en cuyo análisis se podrán seguir/tejer los hilos del inconsciente.

Múltiples identificaciones históricas son analizadas en *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (Freud, 1905/2010b) . Al respecto Pierre Chauvel (2002), señala que éstas condensarían conflictos edípicos y deseos incestuosos. Freud retoma esta discusión en *Psicología de las masas y análisis del yo (1921)*, cuando re agrupa diversos tipos de identificación.

Ahora bien, respecto a la identificación ligada al yo y el objeto, será en el segundo ensayo de “*Tres ensayos de teoría sexual*” en el que se aborda la organización pregenital oral cuya meta es la *incorporación*. Aquí, se esboza un aspecto fundamental de la *identificación*, al afirmarse que la primera (incorporación) sería el prototipo para la segunda⁸:

Una primera organización sexual pregenital es la oral o, si se prefiere, canibálica. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la incorporación del objeto, el

⁸ Siendo nuevamente fieles al trabajo freudiano, es fundamental aclarar que ésta idea no se agrega sino hasta 1915 en una de las adiciones realizadas por Freud a este escrito. Tal como se verá más adelante, esta adición se realiza luego de la publicación tanto de “Tótem y Tabú” y de “Introducción al narcisismo”.

paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante (Freud, 1905/2010f p.180)

Tomando la referencia anterior, Jean Florence (1984) afirma que la incorporación funciona en dos regímenes: el *alimentario* y el *sexual*, siendo el último más difícil de precisar y caracterizar. Sin embargo, agrega que esto puede aclararse si se considera el aspecto canibólico de la incorporación, en el cual amar (primariamente) aludiría a devorar o incorporar al objeto. En relación a esto, refiere que si el amor queda marcado por la oralidad, la identificación surge como una elaboración psíquica de la sexualidad oral: viniendo a oralizar o canibalizar al objeto de amor.

La incorporación oral-canibólica toma relevancia en “*Tótem y Tabú*” (1913) particularmente en la hipótesis de la *Horda primordial (Urhorde)* y el asesinato del Padre primordial (*Urvater*), devorado por los hijos/hermanos en el *banquete totémico*, fiesta sacrificial donde se concretaría la identificación, adquiriendo cada hijo algo de su fuerza. No obstante, puesto que el padre además de odiado era también el arquetipo de admiración, se produce entonces un acentuado sentimiento de culpa, que vuelve al muerto más fuerte que en vida. A partir de aquí, se fundan dos tabúes fundamentales del totemismo, coincidentes con los dos deseos reprimidos del Complejo de Edipo (Freud, 1921/2010d).

Años más tarde, la clínica y los fenómenos de autorreproche que ocurren en el melancólico, conducen a Freud a un examen más profundo de la relación del yo con el objeto. A partir de esto, se describe una serie: Primero, existe una relación con el objeto, luego sobreviene la pérdida del objeto y posteriormente una identificación con el objeto

perdido. Será en este momento, en el escrito “Duelo y Melancolía” (1917) cuando Freud escribe la frase reproducida incansablemente en textos que tratan sobre este padecer yoico: “La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado”(Freud, 1917/2001b p. 246)

La identificación en la melancolía constituye una regresión hacia el narcisismo originario, ergo, la identificación narcisista sustituye al lazo de amor produciéndose de ese modo una afección narcisista.

En 1921, como ya se ha señalado, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud dedica un apartado a la temática de la identificación (capítulo VII). En éste, la define como la exteriorización más temprana de una ligazón afectiva con otra persona, cuyo papel es primordial en la prehistoria del Complejo de Edipo.

Es importante subrayar que Freud se refiere sólo al proceso que ocurre en el niño. En este contexto, explica que el varoncito tiene interés en ser como su padre, lo que implica tomarlo como *ideal (identificación primaria)*. Paralelo a esta identificación, el varoncito invertiría a la madre según el tipo apuntalamiento, ya descrito en *Introducción al narcisismo*. Ambos lazos coexisten sin perturbarse, luego confluyen y nace así el Complejo de Edipo, escenario donde se pone de manifiesto la naturaleza ambivalente de la identificación al padre, que sería un retoño de la fase oral y la devoración del objeto, operación propia de dicha organización (Freud, 1921/2010d).

En este mismo escrito, Freud, planteando el ejemplo de una niña que padece del mismo síntoma que alguna vez tuvo su madre, se refiere al mecanismo de formación de

síntoma histérico, y distingue tres modalidades: En primer lugar, una identificación en la misma modalidad que la del Complejo de Edipo (*Has querido ser tu madre, ahora lo eres, al menos en el sufrimiento*), en segundo lugar, aquella en la cual el síntoma es igual al de la persona amada, como ocurre en el caso Dora. Cabe destacar que Freud va precisar que en estas identificaciones parciales (que tomarían sólo un rasgo del objeto), es el yo el que copia tanto a la persona no amada y en otro a la persona amada.

Un tercer tipo de formación de síntoma vía identificación, es aquella en la cual se prescinde de la relación de objeto con la persona a la que se copia: la “*infección psíquica*”, que consiste en identificación justificada en poder o querer estar en la misma situación. Lo anterior no correspondería a *empatía*, puesto que esta última sería secundaria a la identificación. En su lugar, Freud indica que la identificación puede surgir producto de cualquier comunidad que llegue a percibirse con alguien que no es objeto de las pulsiones sexuales. Añade además que, mientras más significativa sea dicha esa comunidad, será más exitosa la identificación, pudiendo corresponder al comienzo de una nueva ligazón (Freud, 1921/2010d).

Las tres modalidades de formación de síntoma corresponden a identificaciones *parciales*, puesto que reposan sobre un rasgo del objeto y corresponden y *secundarias* a la elección de objeto, ergo, implicadas en la dimensión del *tener*. Este es el punto que las distingue de la *identificación primaria*, ya que esta última tendría una aspiración totalitaria vinculada a la dimensión del *ser*. En palabras de Florence (1984), esta identificación apunta a igualar o incluso reemplazar el *Vorbild*⁹.

⁹ Modelo

Posteriormente, Freud revisa las identificaciones melancólicas y señala que éstas muestran al yo dividido en dos fragmentos, uno que ha introyectado al objeto perdido por regresión narcisista de la investidura sexual y el otro que arroja furia sobre el primero. Este último es el *ideal del yo*, que tendría las funciones de la conciencia moral, censura onírica e influye principalmente en la represión. He aquí, lo que según Florence (1984) correspondería a la singularidad de la melancolía: aquel desafortunado y tortuoso clivaje del yo.

Ahora bien, a juicio de Balestrière (2008) este texto además de profundizar de un modo más sistemático sobre la problemática de la identificación, realiza un aporte decisivo a la teoría psicoanalítica, puesto que en ella faltaba una fórmula que no estuviese alojada exclusivamente en el modelo melancólico. Refiere:

(...) Il manquait, en effet, une formule pour que le processus d'identification ne soit pas entièrement aspiré par le modèle théorique de l'identification mélancolique. Pour ce faire, il fallait penser un processus qui fabrique de l'être sans passer par l'avoir ; il fallait penser un processus qui fonde le sujet sans passer par les objets ; l'avoir et le rapport à l'objet étant l'espace propre de l'identification mélancolique. Ce processus est une relation originaire d'être (*sein*) qui vise le père comme idéal, lien (*Bindung*) qui fonde le « sujet du moi » (*Subjekt des Ichs*) [Era necesario pensar un proceso que fabrique el ser sin pasar por el tener, era necesario pensar en un proceso que fundase al sujeto sin pasar por los objetos, siendo el tener y la relación al objeto el espacio propio de la identificación melancólica. Este proceso es una relación originaria de ser (*sein*) que apunta al padre como ideal, lazo (*Bindung*) que funda al “sujeto del yo” (*Subjekt des Ichs*)] (Balestriere, 2008 p.242)

En este nivel se localiza la *identificación primordial*, lazo de carácter ambivalente, anterior a toda elección de objeto sexual, que remite al Padre de la prehistoria personal, y se define como un deseo de *ser* como él, modelo admirado, ideal:

Es fácil expresar en una fórmula el distingo entre una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener. La diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo. La primera ligazón ya es posible, por tanto, antes de toda elección sexual de objeto. En lo metapsicológico es más difícil presentar esta diferencia gráficamente. Sólo se discierne que la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como «modelo».
(Korman, 2017 p. 125)

Aunque la temática del ideal del yo será planteada más adelante, es central adelantar que el ideal que se menciona en este momento es *el ideal del “sujeto del yo”*. La identificación primaria tendrá como resultado la génesis del yo y del *“ideal del yo”*, heredero del narcisismo primario.

Acorde con lo anterior, la identificación primaria, en ese deseo de ser, pretende una apropiación del ideal (padre) que actúa enfrentándose al autoerotismo, pero al mismo tiempo utilizando su energía para formar una Gestalt, el yo.

Ser como el Padre. Aquel de la prehistoria personal. Aquel que según una nota incorporada en *“El yo y el ello”* (1923), serían “los progenitores”, puesto que previo a la diferencia sexual, padre y madre no serían percibidos como diferentes. El Padre de la prehistoria personal, el de la Horda primordial. Tal como señala Korman (2017), dicho padre sería el primer eslabón de una cadena transgeneracional que atravesando las sucesivas descendencias, ha llegado a nuestros días. De ese modo, cada

aro de ese encadenamiento –cada padre– recibió un legado y lo transmitió, a su vez, a su(s) hijo(s). Así, la identificación primaria iría transmitiendo a todo recién nacido el capital simbólico acumulado durante siglos por la humanidad.

Cabe destacar que el Padre que es puesto en juego en la identificación primaria será finalmente el Padre (muerto) de la madre, y los residuos edípicos de ésta, vendrán a darle al niño un lugar desde donde sostener su propia existencia. (Lacan, 2008) Es posible, entonces, señalar que la identificación primaria sería una identificación imaginaria al falo de la madre, produciendo de ese modo, un narcisismo fálico (*ser el falo de la madre*).

La teorización lacaniana sobre los tiempos del Edipo, que se trabajará en relación al cuerpo de la genitalidad, ayudará a iluminar este problema, así como la hipótesis de la presente tesis, puesto que esta primera identificación al falo de la madre debe pasar de la dimensión del ser a aquella del *tener*, en pos de la significación del falo, la unificación de los goces corporales y la diferencia de los sexos.

En virtud de lo ya señalado; represión originaria e identificación primaria son dos vertientes freudianas consideradas para el nacimiento del yo. La primera de ellas va a ser entendida en términos de una repulsión que viene a situar una primera inscripción psíquica, en la efracción tópica de consciente e inconsciente (Florence, 1984a). Por otra parte, tal como se ha trabajado, la identificación primaria va a situarse en términos de un *deseo de ser*, que no implica rechazo y que se lleva a cabo de manera inmediata sin pasar por el objeto. No obstante, pese a que no hay rechazo si genera división: aquella entre el yo y la instancia ideal o “ideal del yo”.

Se ha recorrido y puntualizado respecto a estas dos operaciones que constituirían aquella *nueva acción psíquica* que había que agregar al autoerotismo para que el narcisismo pudiese constituirse. Dos movimientos de abyección, el primero en la repulsión y el segundo poniendo en acto la tendencia a unificar y totalizar los residuos a partir de la identificación al Padre de la historia personal. Ambos transcurren en la formación de un estado y momento particular, el *narcisismo primario*. Se recuerda que podría señalarse que el narcisismo primario sería posterior (si es que pudiese abordarse desde una perspectiva diacrónica) a la nueva acción psíquica. Nadie dice aquello. Sólo se señala la necesaria añadidura de ésta(s). Será desde el *après-coup*, desde donde se puede inteligir la reunión de elementos en una unidad yoica que se inviste a sí misma. Se ha triunfado sobre el caos original y se ha edificado (en el mejor de los casos) una unidad que en este tiempo originario, parece bastarse a sí misma. Es en este momento donde cobran importancia dos conceptos: *narcisismo primario e ideal del yo*.

La pretendida unidad que no supone agujero: el problema del narcisismo primario

Hijo de la ninfa Liríope y del dios del Cefiso, Narciso.

Tiresias, al ser consultado por la ninfa, predice que su hijo Narciso “viviría hasta viejo si no se contemplaba a sí mismo”. De enorme belleza permaneció insensible al amor. Las doncellas por él despreciadas piden una venganza al cielo, siendo escuchadas por Némesis, quien hace que un día caluroso, Narciso se incline sobre una fuente pues tenía sed. Allí ve la imagen de su rostro y su belleza, se enamora inmediatamente de él y

permaneciendo inalterable frente al resto del mundo, se deja morir, sobre su imagen (Grimal, 1989).

Con la puesta en marcha de las operaciones de abyección, se ha desencadenado la generación de una unidad, el *narcisismo primario*. Freud (1914) refiere que este estado narcisista no es observable con facilidad, pero se comprueba por inferencia retrospectiva realizada desde un momento/lugar posterior. En la adultez, patología (neurosis narcisistas, hipocondría enfermedad orgánica) y “enfermedad amorosa” son vías de entrada a partir de las cuales se presupone este estado de completud.

Respecto al narcisismo primario y su relación con el cuerpo Michelle Montrelay (2009) explica:

Le narcissisme primaire ébauche le modèle d'un premier objet d'amour qui est le corps propre. L'unicité- la cohérence qu'il prête à cet objet- pourra, plus tard seulement, s'étendre aux objets de la réalité (...) Trois formes d'amour de “soi- même” se succèdent: l'auto-érotisme, ou jouissance qu'une partie du corps prend à soi-même (l'ensemble du corps n'existe pas, celui-ci est divisé, morcelé en territoires pulsionnels “partiels”); le narcissisme primaire, où le corps propre se constitue come objet unique; le narcissisme secondaire, où l'objet n'est plus un organe, ni même un ensemble d'organes, mais le moi, c'est-à-dire un système de liaison de représentations entre elles. [El narcisismo primario bosqueja el modelo de un primer objeto de amor que es el cuerpo propio. La unicidad – la coherencia que presta a ese objeto- podrá, más tarde, solamente, extenderse a los objetos de la realidad. (...) Se suceden tres formas de amor de “sí mismo”: el autoerotismo, o goce que una parte del cuerpo toma a sí mismo (el conjunto del cuerpo no existe, éste está dividido, fragmentado en territorios pulsionales “parciales”); el narcisismo primario, en el cual el cuerpo propio se constituye como objeto único; el narcisismo secundario, donde el objeto no es más un órgano, ni tampoco un conjunto de órganos, sino

el yo, es decir, un sistema de ligazón entre representaciones]. (Montrelay, 2009, p. 44)

El cuerpo es concebido entonces, como primer objeto unitario bosquejado en el amor a sí mismo del yo de los orígenes, el cual es producto de una atribución al niño por parte de los padres- incluso antes de nacer- de toda una suerte de potencialidades y perfecciones, olvidando sus defectos y carencias. Atribución unificante, que le otorga un lugar, y donde todo lo que pudiese coartar dichas bondades debe cancelarse para que él sea de este modo el centro de la creación.

Una completitud que no supone agujero. Todo aquello de lo que podría carecer el bebé, es recubierto con el velo del ideal parental, que conduce a que en este primer momento el niño, si bien ha ingresado ya en el juego de lo simbólico, se sienta pleno y rodeado de perfecciones. Un Yo ideal completo en virtudes y potencialidades. Gerez (2014) señala que ante dichas perfecciones, la ley simbólica se detiene, no habría restricciones ni nada que pueda restarle atributos excelsos a “ *Su majestad el bebé*”.

De este modo, el yo ideal sería una fuente de proyección, que viene a apoyarse en una ilusión de completitud que luego ha de desvanecerse, y cuyo destino será la represión por efecto de la castración.(Gerez, 2014). Freud pone énfasis, en 1914, en el hecho de que el hombre no quiere privarse de la satisfacción narcisista de antaño, y como no puede mantenerla, intenta recobrarla en la nueva forma del *ideal del yo*, heredero del narcisismo originario.

Hasta aquí se ha señalado que en este escenario de la problemática del narcisismo infantil, producto del narcisismo de los padres y su relación al ideal; el *ideal del yo* estaría definido como un tipo particular de relación al Padre de la prehistoria personal, el cual,

como se mencionó anteriormente, corresponde al deseo de la madre y se relaciona a su propio Edipo.

Este ideal del yo se convertirá en la base a partir de la cual, el sujeto podrá medir la distancia entre su yo actual y el ideal. Esta medida no la ofrece el yo ideal.

Tal y como se mencionó en el apartado sobre la identificación, el escrito *Psicología de las masas y análisis del yo (1921)* permite problematizar la condición del *ideal del yo* como una formación diferenciada del yo, que va a posibilitar la explicación del enamoramiento, la relación con el hipnotizador y con el líder de una masa o grupo, cuando el sujeto ubica en una persona ajena en el lugar de su ideal del yo. (Laplanche & Pontalis, 1999)

De este modo, el funcionamiento de la masa va a depender en alto grado de el grado de correspondencia o de comunidad entre los ideales del yo, el que se ofrece como don, para a la vez poder identificarse en un colectivo. Esta explicación de la conformación del ideal de la masa, sirve de guía (y gráfica) para poder comprender la naturaleza de las identificaciones en las cuales no hay relación de objeto previa alguna.

Ahora bien, en *El yo y el ello (1923)* Freud trabajará el *ideal del yo* en conjunción con la *instancia superyoica*, la cual termina absorbiendo al primero, puesto que se agrega el hecho de que éste, además de ser producto de la primera identificación, sería heredero del Complejo de Edipo. En relación a esto, Balestrière (2008) comenta:

Or, idéal du moi et surmoi constituant, pour ainsi dire, l'épine dorsale de ce complexe paternel, en tant que « première identification au père de la préhistoire personnelle » et en tant qu'identification (au père pour le garçon) résolutive du complexe d'Œdipe. On comprend, dès lors, que Freud n'ait pas

fait preuve d'un soin particulier dans l'emploi terminologique de ces deux termes : la question du père les traverse tous deux de part en part. [Ahora bien, ideal del yo y superyó constituyen, por así decirlo, la espina dorsal del complejo paternal, en tanto que “*primera identificación al padre de la historia personal*” y en tanto identificación (al padre para el varoncito) resolutive del Complejo de Edipo. Comprendemos entonces, que Freud no cuida particularmente el empleo terminológico de estos dos términos: la cuestión del padre atraviesa los dos de parte a parte]. (Balestrière, 2008, p. 255)

Florence (1984) en su obra dedicada a la Identificación en la Teoría freudiana, afirma que a su juicio sí debiese existir una distinción clara entre estas dos instancias, la primera (ideal del yo) como “deseo de ser” y la segunda como heredera de procesos identificatorios más complejos que incluyen dicho *deseo de ser*, pero además la ley de interdicción “*Así como el padre no te es lícito ser*”.

La conjunción entre la identificación primaria, la represión originaria y la investidura e identificación (no diferenciables) en el narcisismo, dan cuenta del surgimiento de una nueva formación, en el clivaje que deslinda el yo de ésta, el ideal del yo. En adelante, ese ideal irá fortaleciéndose con las voces críticas de padres, maestros y educadores e irá construyendo de un modo cada vez más fuerte un delta entre lo que se es y lo que se debiese ser. Ideal que será fundamental en futuras identificaciones y padeceres (por ejemplo en la melancolía).

El ideal del yo corresponderá a la interiorización que producirá poco a poco el alejamiento del narcisismo primario, necesario, como señala Freud, para la constitución del yo.

A partir de la lógica de las operaciones de abyección, es posible, en síntesis, señalar que para poder pensar al *yo corporal unificado* como un producto que ha de habitar el mundo y relacionarse con la alteridad, el sujeto ha de neutralizar el autoerotismo vía represión originaria. Operación que el sujeto padece, puesto que no es “el yo” su agente, sino que finalmente la instancia ideal lo sería. Tampoco podría ubicarse directamente como agente en la identificación primaria, puesto que el yo, totalmente investido, es sostenido por narcisismo de los padres, lo que le permite olvidar así su origen fragmentario y caótico. Se recalca entonces la necesidad del Otro para poder dar cuerpo y forma a este organismo yoico en la identificación. Por más alienante que sea.

El narcisismo primario corresponde a una primera superación totalizadora de este problema, no obstante, Narciso es por esencia indiferente del amor del otro, y si se contempla y admira permanentemente a sí mismo, morirá. Se podría pensar que la estructura unificante del narcisismo ha sido un éxito en la abyección del autoerotismo. Sin embargo, esta unificación es un recubrimiento que ha obturado la falta en una ilusión de completitud con la madre y la metáfora de su deseo, habitando imaginariamente el lugar de falo.

Si la madre vehiculiza adecuadamente la palabra del padre, podrán irse posibilitando las condiciones para instalar otra operación que introduzca la dimensión de la falta en la estructura narcisista originaria, y dicha operación será la operación de la *castración*, que se trabajará en el siguiente apartado, con relación al cuerpo de la *genitalidad*. Por lo pronto, es posible afirmar entonces, que este *yo corporal unificado*, hasta ahora, queda en estrecha conexión con el producto que ha de formarse a partir de la

organización correspondiente al primado genital, puesto que sin organización genital (más bien, fálica), el niño no es capaz de salir de la cápsula narcisista que lo envuelve, ergo, no es capaz de amar, buscar y ofrecer su falta al otro en el encuentro cuerpo a cuerpo con éste.

La irreversibilidad del retorno del caos y de la contemplación eterna de Narciso

El *yo corporal unificado* puede ser pensado como un *neo-producto*, que tiene una historia específica, en la cual su materia prima ha sido idealmente abyectada con el objetivo de poder sostener al yo, y de este modo poder crear las condiciones para una relación lo más armoniosa con el mundo social.

West-Pavlov (2009) señala que lo abyecto lo constituyen “Todas las formas de fluidez, viscosidad, estados intermedios, que me recuerdan que en mi pasado lejano pre-subjetivo, Yo, antes de ser Yo, no fui Yo, fundido con otro” (2009, p. 69)

El autoerotismo como abyecto en la obra de Freud se impone como un resabio horroroso y fluidificante, frente al yo corporal unificado. Se convierte de este modo, en una amenaza a la característica fundamental de este cuerpo unificado, a saber, su integración y capacidad de relación con el otro. Bajo esta lógica, un retorno al autoerotismo en estado puro o al narcisismo originario, puede ser aniquilante para la subjetividad, una vuelta a la fusión, a lo indiferenciado. Triunfo de la pulsión de muerte en la desligazón y del retorno a lo inanimado.

Ahora bien, se ha de pensar no solamente en el retorno (o regresión) como proceso que origina un padecer, sino en niveles de permanencia (fijación) en el momento/tiempo

del autoerotismo. Es así como se ha mencionado que el sujeto ha de conocer los diques de la represión para poder abyectar adecuadamente este momento de fragmentación y anarquía pulsional. En este sentido, cualquier dificultad o falla en la instalación de la represión originaria y /o en la realización de la identificación primordial, producirán, conforme al fantasma de la unificación freudiano respecto de los cuerpos, efectos complicados en distintas dimensiones, tanto en la integridad yoica como en la elección de objeto. En esta investigación, se hará referencia a aquellos que tienen relación directa con la integridad yoica.

Bajo esta lógica, en la obra freudiana es posible distinguir principalmente tres tipos de alteración que afectan la integridad o no permiten la estructuración adecuada del *yo corporal unificado*, a saber, la *Paranoia*, *Parafrenia* y *Melancolía*, reunidas todas bajo el alero de la psicosis. Al respecto Martínez Cantarero (2005) señala: “Del período autoerótico no quedan más tarde, apenas síntomas, si no es en la psicosis. En estos casos, la expresión sintomática vendría como los gestos estereotipados del catatónico, rockings de los esquizofrénicos y otras estereotipias de los autistas” (p. 198)

A continuación, se procederá a revisar los tres modos principales de psicosis descritos en la obra freudiana, intercalándolo con reflexiones respecto de su condición de destino de lo abyecto. En primer lugar, la paranoia, primera en aparecer en la conceptualización freudiana respecto de las afecciones del yo, luego, la parafrenia, en tanto entidad mórbida diferencial y con efectos más devastadores que la primera y finalmente una patología de la identificación, a saber, la melancolía, donde el objeto viene

a ensombrecer al yo, obturándolo y poniendo en entredicho, su relación a sí mismo y a los otros.

Paranoia

Respecto de la *paranoia*, ésta ha sido definida como una psicosis de tipo *crónica*, que se caracteriza por la presencia de un delirio más o menos sistematizado, sin ausencia de déficit cognitivo y generalmente sin deterioro (Laplanche & Pontalis, 1999).

En el año 1911, en el análisis del caso de Schreber (quien había publicado sus memorias en el año 1903), Freud describe la paranoia fuertemente ligada al fantasma de la homosexualidad; formulado en términos “Yo [un varón] lo amo [a un varón]”. Esto implicaría una fantasía sobre elección de objeto, basada en la imposibilidad narcisista de separarse de sus genitales y aceptar la castración.

No obstante, Vincent (2009) refiere que en su conceptualización destaca la problemática de la represión y la deficiencia en su puesta en obra en esta patología. El autor, siguiendo a Freud, explica lo anterior respecto a los tres tiempos descritos para este mecanismo:

El primer tiempo, aquel de la **fijación**, en la cual una pulsión permanecería inmovilizada en un estadio infantil. Es en este momento en el cual se sitúa la predisposición a la enfermedad, pudiendo determinar su curso y evolución clínica, evidenciada por una parte en la cancelación de relaciones con el objeto y el repliegue libidinal sobre el yo y por otra, en una proyección de catástrofe interna (Vincent, 2009).

El segundo tiempo, **la represión propiamente dicha**, e indica el rechazo del yo por aceptar la pulsión, ubicándose en este tiempo la homosexualidad (Vincent, 2009).

El tercer tiempo corresponde al **retorno de lo reprimido**, donde se manifiesta el intento de restitución o curación por medio del delirio a partir del mecanismo de la **proyección**:

El delirio como retorno lo reprimido, se concibe como consecuencia de un "compromiso general" de todas las fuerzas implicadas, cuyo objetivo es identificar un único objeto que subsista en la enfermedad, a saber, el perseguidor (...) El delirio es la consecuencia de la represión pero a su vez es la manifestación de su falla. No es entonces una defensa, como en las psiconeurosis, sino el producto de un combate que es también la falla de una formación de compromiso. (Vincent, 2009, p. 73)

Mijolla-Mellor (2019) refiere que la hipótesis que liga la homosexualidad a la paranoia y que sitúa su momento de fijación libidinal entre el autoerotismo, el narcisismo y homosexualidad en su época produjo bastante polémica y hoy en día resulta también criticada, sobre todo por la atribución moralizante de ésta. No obstante, Lombardi & Alomo (2012) explican que estas hipótesis son sólo de índole teórica (no psicopatológica) y que se comprende si se considera la dimensión de la elección de objeto, porque:

(...) antes de llegar a la elección de un objeto diferente de sí mismo, hay un período al que Freud caracteriza como un estadio de la homosexualidad normal, ya que se trataría de un tramo del camino hacia la elección de objeto en la constitución normal del psiquismo. En este período, el individuo tiende a ubicar el objeto en otras personas, pero- dice Freud- a condición de que tengan genitales similares a los propios. Al respecto, comenta que las teorías sexuales infantiles le dan sustento a este tipo de elección, ya que ellas

atribuyen el mismo tipo de genitales para todos. (Lombardi & Alomo, 2012 p. 95)

Tal y como lo señala Freud en 1911, si bien se puede distinguir clínicamente entre paranoia y parafrenia (demencia precoz), entre ambas habría sólo diferencia de grados. (Freud, 1911/2010j) No obstante, dichos grados corresponderían a niveles de organización y, en la paranoia se puede apreciar un nivel mayor de organización que en la parafrenia, puesto que el punto de fijación de la libido en ésta es en el narcisismo (a diferencia del autoerotismo en la segunda); por lo tanto, se conserva la unidad yoica y el mecanismo de abyección que se ve truncado, debiese ubicarse entre el narcisismo primario y la elección de objeto, que está dado principalmente por la identificación primaria (que recuérdese, sigue un modelo fálico). En este sentido el mecanismo de la paranoia será la proyección siguiendo un pensamiento “razonante” (Alvarez, 1995).

Aquello que se pone en riesgo con la fijación intensa, el retorno y aparición ahí de lo abyecto (narcisismo), no constituye la integridad yoica como tal en términos de perder unidad, pero sí lo es la conexión la alteridad, que ha sufrido mediante la proyección, una inversión desde el amor hacia el odio del otro, quien se ha tornado en perseguidor. De esta manera, un sujeto que se relaciona desde una dinámica que ha trastocado de tal manera las relaciones con el Otro, no puede sino quedar en los márgenes de la vida social e intentar ser corregido. Ahí donde el delirio no duda. Ahí donde si no duda, no piensa, ni es.

La parafrenia

En la segunda parte de *“Introducción del Narcisismo”* (1914), Freud inicia su exposición señalando la imposibilidad de examen directo del narcisismo primario, no obstante, refiere que la vía privilegiada para ingresar en su examen sería a partir del estudio de las parafrenias, incluyendo acá tanto paranoia como demencia precoz. En el mismo texto, Freud aclara que la demencia precoz es la parafrenia propiamente dicha. Vincent (2009) al respecto señala que esta denominación cambiará en el año 1915 por el término de *psiconeurosis narcisistas* y luego en el año 1916 por el de *neurosis narcisistas*.

Lo fundamental de éstas es que conforman una patología propia del yo, a diferencia de la neurosis histérica y obsesiva que corresponden a una patología del objeto.

En particular, respecto de la esquizofrenia, es importante recordar el contexto en el que Freud discute acerca de esta patología, así como lo que señalan sus interlocutores. Ha de recordarse que el término de *Demencia precoz* fue introducido en 1896 por Kraepelin, para dar cuenta de este cuadro de inicio temprano, que implica una división del mundo interno y externo, con el concomitante extrañamiento de la realidad y los objetos.

Para Freud, este concepto produjo amplia resistencia, no así la denominación que se realiza del cuadro por parte de la Escuela de Zurich, en particular por parte de *Bleuler*, quien será el que acuñará el concepto de Esquizofrenia en el año 1908 y con quien mantuvo un intercambio epistolar de gran riqueza, tanto a nivel teórico como personal. Sin embargo, de esta escuela, con quien Freud mantendrá mayor contacto será con Jung

y con Abraham, quienes serán parte de sus más fieles discípulos y en sus escritos¹⁰, utilizan varias referencias de los escritos psicoanalíticos de la época, hasta construir una historia de interacción teórica no exenta de dificultades, lo que había comenzado a ocurrir, sobre todo después de la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual*, lo que abre toda una discusión acerca de la represión y el lugar del autoerotismo en la esquizofrenia (Mijolla-Mellor, 2019).

También en el contexto del análisis del padecer de Schreber (1911), Freud se había referido al punto débil de la paranoia y de la esquizofrenia; para la primera, una fijación en el narcisismo (y su correlativa regresión), y para la segunda la fijación al autoerotismo, en su fragmentación y anarquía.

Respecto a ésta, señala que a diferencia de la paranoia, no triunfaría en este caso la reconstrucción (de un delirio), sino que la represión (fallida), y como ya se señaló, enfatiza que se liquida el amor de objeto y se regresa al autoerotismo infantil.

Si bien, a partir de aquí, retoma en varios textos el tema de la parafrenia (en términos de esquizofrenia), nunca realiza una descripción teórica acabada como lo hace con la paranoia. Es más, en *Introducción del narcisismo* (1914), refiere, por ejemplo, que no pretende explicar ni entrar a cabalidad en ésta, sino que solamente utilizarla como un medio para poder justificar la introducción del narcisismo (Freud, 1914/2010).

Posterior a la publicación del texto anterior, Freud escribió a Abraham acerca de este tópico y afirma que en la Demencia precoz, la represión altera primero el lenguaje,

¹⁰ Psicología de la demencia precoz (1907)

y las somete al proceso primario bajo las leyes de la condensación y el desplazamiento (Freud/Abraham 1907-1926).

A partir de 1915, Freud comienza a incluir en sus escritos metapsicológicos sin mayor profundización la problemática de la demencia precoz, lo que no obstante, legitima el concepto al cual se había opuesto. Particularmente, en *Lo inconsciente (1915)*, va a señalar que al fracasar la represión y la censura psíquica se produce una interferencia indeseada de contenidos inconscientes, sin disfraz alguno, en contenidos conscientes (Sales, 2006).

En este mismo texto, aludiendo a consideraciones psicopatológicas señalará entonces la alteración del lenguaje (ya conocida en el contexto de la descripción fenomenológica), el que describirá como *rebuscado*, *amanerado*, y va a desorganizarse de tal manera que dejará colar la ausencia de estructura propia de la fragmentación autoerótica.

Finalmente, Freud destacará en varias ocasiones las dos alteraciones principales de la esquizofrenia que son importantes de repetir, el retiro de la investidura de objeto y cancelación de la relación con éstos, incluso en la fantasía y una regresión al momento autoerótico, lo que lo inhabilitará para dar cuenta de sí mismo en términos de un *yo-corporal unificado*.

La Melancolía

Al igual que con la gran mayoría de los tópicos mencionados en esta investigación, Freud mencionará la melancolía tempranamente en su obra, en el contexto de sus manuscritos y del intercambio de cartas con W. Fliess.

En el *Manuscrito E* (1894), Freud va a nombrar la afección melancólica respecto de la angustia (en términos somáticos), haciéndolas equivaler de algún modo, no obstante, el melancólico desde lo psíquico. Se le define de este modo, como un sujeto anestésico que no ha tenido necesidad física, sino una añoranza por amor en su forma psíquica, lo que al acumularse tendría como efecto la producción de la melancolía.

Posteriormente, en el *Manuscrito G. La Melancolía* (1895), Freud nuevamente va a referirse a la anestesia característica del melancólico, como agente provocador de su padecer, el que concibe como una inhibición, empobrecimiento pulsional, recogimiento dentro de lo psíquico.

Luego, como se señaló antes, en el *Manuscrito N* (1897), Freud se referirá a los impulsos hostiles contra los padres que muchas veces no pueden ser exteriorizados, sobre todo, pensando en términos de su posible duelo y las consecuencias de la no manifestación de éste.

Ya en el terreno de la obra donde se cristalizan los supuestos sobre la melancolía, a saber: “*Duelo y melancolía*” (1917) Freud va a establecer diferencias entre el duelo en tanto reacción a la pérdida y la melancolía en términos de una identificación patológica.

El duelo va a involucrar, en primer lugar, una pérdida real de un objeto, aquel se ha ido y el sujeto se enfrenta a su más absoluta irreversibilidad. El rasgo más distintivo entre duelo y melancolía será, según Freud *la pérdida del sentimiento de sí*.

El melancólico, arrastra la miseria de su ser y se siente como un desecho, aquello que es verbalizado en el autorreproche constante, y autodenigraciones que llegan incluso a una expectativa de autocastigo (Freud, 1917/2001b).

En este contexto, la melancolía tendría tres características principales, a saber, se desarrolla frente a la pérdida del objeto, con ambivalencia respecto de éste y provoca una regresión narcisista de libido al yo. Se expresa así el componente fundamental de toda psicosis freudiana, el replegamiento de la libido sobre el yo.

Aquello que interesa en para los fines de la presente investigación, se relaciona con la particularidad de la identificación melancólica, puesto que el melancólico “(...)establece una identificación con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado” (Freud, 1917/2001b p.246).

De este modo, mediante identificación el yo se transforma en un objeto que no es digno, que se ha disminuido y menoscabado, y al cual se juzga con todo el rigor de aquella instancia que describimos fue resultado de la identificación primaria: el *ideal del yo*. Posterior a 1923, sería posible señalar que será el superyó el que realice dichas reclamaciones y críticas.

Sin embargo esa rabia que se dirige al yo, finalmente es una ira, crítica, reproche, ambivalencia respecto al objeto que ha monopolizado la identificación, recubriendo el yo y cerrando la posibilidad de cualquier intercambio.

Recapitulando, a partir de la descripción de los tres cuadros anteriores, es posible referirse a la abyección, la que ya se ha ido perfilando al hablar del autoerotismo y narcisismo. Las similitudes entre estos son, en primer lugar, la regresión libidinal, en segundo lugar, la fijación en un estado anterior y primario en el desarrollo de la libido y en particular:

(...) la imposibilidad de proceder por sustitución de objeto como en las neurosis de transferencia, sino al contrario, por proliferación, por una parte de esa “instancia que vigila”, que Freud llamará más tarde Superyó, bajo la forma de autorreproches en la melancolía o de “voz” en la paranoia o en la esquizofrenia. (Vincent, 2009, p. 90)

Cuando, por diversos motivos, la libido regresa al autoerotismo, privilegiando una fijación favorecida por operaciones de abyección fallidas, la integridad yoico-corporal unificada se ve alterada por completo en la **parafrenia**. Se recalca la ligazón entre estas tres palabras (yo/corporal/unificado) puesto que es esta articulación la que padece. Vivir en anarquía y fragmentación pulsional, no permite ni representarse ni investir el propio cuerpo ni el de otros. De ese modo, no hay límite entre las producciones propias y las del mundo, vinculándose a la emergencia de fenómenos elementales. Ahí donde no hay yo, el otro se puede volver controlable, manejable, envuelto en un automatismo que finalmente coloniza su mundo. No es posible afirmar con certeza, cuál es la dinámica que se da en la vida de un sujeto que padece un cuadro esquizomorfo, sin embargo, respetando

el momento freudiano; la regresión de la libido ha llegado a tierras primarias y se ha vuelto irreversible.

Se destacó que en la **paranoia** habría un grado menor de afectación de la articulación yo-corporal-unificado, no obstante, como se destacó, ésta es una afección *crónica* que tiene efectos duraderos sobre la personalidad. En esta afección, entonces, se está frente a una fijación narcisista, abyecto del cual finalmente fue imposible el alejamiento, razón por la cual la transferencia se ve impedida, por una falla en lo que Freud llamará segundo momento de la represión o *represión propiamente dicha* (Mazzuca, 2001). Es interesante cómo Freud en el año 1908 recalca que todas aquellas alteraciones que producen delirios respecto del *cuerpo*, son casos de paranoia (Monnier, 2017).

Al cuerpo del paranoico *le* pasa efectivamente algo, ha perdido toda autonomía del yo respecto del respeto de los límites corporales y su representación externa e interna. El daño ficcional en el cuerpo, tan real para la paranoia, debe completarse incorporando en una construcción, yoica, que ha de llamarse delirio. El delirio no es una construcción intersubjetiva, sino que más bien intrasubjetiva frente al daño o potencial por parte de algún ente diferenciado o indiferenciado que se ha transformado en perseguidor a partir del mecanismo de la proyección. Monnier refiere: “El delirio paranoico es un fracaso de la proyección, ya que la investidura se realiza en el campo de los complejos. La paranoia pura es un fracaso de la abyección/represión que vale como un éxito de la proyección” (Monnier, 2017 p. 39).

Vincent (2009) refiere que en Freud, la melancolía sería producto de una *fisura* en el muro del narcisismo. Fisura, no fracaso, lo que abriría una puerta a que, en intercrisis, cuando la melancolía logra restitución *ad integrum*, pueda pensarse la realización de un trabajo analítico.

La melancolía sufre una pérdida en torno al objeto. El melancólico, de este modo, sabe que ha perdido, mas no aquello que ha perdido. La afección del objeto conduce, como ya se mencionó, a que el sujeto trate al yo como ha tratado al objeto. De este modo el delirio del melancólico se establece como un delirio de empequeñecimiento, en contrapunto con el de la paranoia (grandeza).

A diferencia de las neurosis, la falla en los procesos de abyección en la melancolía, conducen a que el replegamiento de la libido se retire, al igual que en toda psicosis, sobre el yo, el cual es, por identificación *aplastado por el objeto*, sin existir, a diferencia de una identificación “normal”, ninguna posibilidad de elaboración.

Es importante señalar no puede sostenerse que la melancolía sea un producto de la irrupción de un abyecto narcisista, sólo se está en condiciones de señalar que la identificación primaria no es lo mismo que la identificación melancólica, ya que la segunda pasa necesariamente por un objeto. Sin embargo, en esta última se encuentra la eterna contemplación de narciso en sí mismo frente a su objeto, que al no saber distinguirse, puede llevar a un cierre respecto del amor, ergo, a la muerte.

Ahora bien ¿qué es lo que ocurre con estas afecciones donde lo abyecto de algún u otro modo hace su aparición? Como se ha señalado, existe una irreversibilidad (a

excepción de la melancolía en período intercrítico) respecto del establecimiento de la relación de objeto. O ésta ha quedado detenida (paranoia), fragmentada (parafrenia), o gravemente amenazada (melancolía). Dicha irreversibilidad, se traduce, siguiendo la hipótesis de investigación en una repulsión de la economía libidinal en el psicoanálisis. Las patologías psicóticas son abyectadas de la teoría psicoanalítica.

Psicosis y exclusión

La exclusión ha sido el destino que hipotetiza para el abyecto tanto del autoerotismo como del narcisismo cuando aparece de un modo que amenaza la corporalidad unificada yoica. Es un destino obvio, puesto que cualquier acción de repulsión conlleva necesariamente excluir lo abyectado, sin embargo, la psicosis queda en Freud marginada en lo que refiere incluso a la técnica analítica, puesto a la imposibilidad del establecimiento adecuado de la transferencia.

Una primera dimensión a nivel psicoanalítico del terreno de las psicosis será la **imposibilidad de establecer lazos transferenciales**. Si se piensa teóricamente bajo las coordenadas freudianas, en el caso de la paranoia, no habría una *transferencia*, donde existe una reedición sobre el analista, sino que por ejemplo, en el caso Schreber, habría una proyección. Cabe destacar que en su momento, Freud tuvo detractores respecto de esto, por ejemplo, Sabina Spielrein (1911), quien habla de transferencia de Schreber hacia la figura de Fleschig. No obstante, es una sola persona, mujer además; en un escenario

donde la teoría a cargo de un maestro, se encontraba en gestación, ergo, poco ofrecida a la duda.

Asimismo, a nivel de la parafrenia, la fragmentación de la regresión autoerótica y el repliegue libidinal que se agrega, no permitiría ni constituir una representación del yo propio capaz de investir otro objeto o transferir a la persona de Otro, lo que necesariamente la expulsa del diván.

Es sintomático que, el caso más importante de Freud para el trabajo con la psicosis, es el análisis de los escritos de Schreber, no de la terapéutica analítica con él. La psicosis pasa a ser objeto de estudio, de la que se podrán deleitar los analistas, colegir ciertos mecanismos y funcionamiento aplicables a lo normal.

En sus escritos técnicos, particularmente en Consejos al Médico sobre el tratamiento psicoanalítico, Freud (1912) llama al médico a descartar la patología psicótica antes de aceptar a un paciente en análisis.

Ahora bien, desarrollos postfreudianos han señalado la posibilidad de trabajo analítico y terapéutico con psicóticos, tal es el caso de Melanie Klein, por ejemplo, quien hará referencia a fallas en el establecimiento de ésta a partir de la posición esquizo-paranoide (1928), lo que provocaría el establecimiento, a diferencia de Freud, de una transferencia masiva, con la que ha de trabajarse en el *aquí y el ahora*.

No obstante, retornemos a la teoría freudiana, afirmando: el establecimiento de la transferencia requiere necesariamente de la unificación yoico corporal del paciente. Este es un requisito que se le exige al sujeto y que le permitirá dar cuenta de una cierta

identidad. Para el psicoanálisis, el psicótico queda de algún modo destinado a vivir la existencia errante que lo mantuvo en la naturaleza o en su defecto, al encierro en el manicomio en un monólogo eterno con aquellos que al igual que él no pueden transferir, pero sí se pueden corregir.

Se enfatiza la idea de hacer referencia constante al contexto histórico freudiano, donde la psicopatología clásica, particularmente la escuela de Zurich se encuentra desarrollando y definiendo los criterios que posteriormente, sobre todo, con la influencia de Kraepelin, definirán las psicosis en los manuales estadísticos que perduran hasta la actualidad.

En la actualidad, tomando en cuenta los desarrollos actuales sobre las psicosis, y las lecturas realizadas sobre los mecanismos a la base (por ejemplo, el mecanismo de las suplencias), esta crítica no sería válida, puesto que hoy en día se han diseñado distintos tipos de encuadre analítico para el trabajo con la psicosis, el acompañamiento terapéutico, el trabajo en psicoterapia, entre otros. Manifestándose que al contrario de lo que creía Freud, el psicótico padece de su masiva transferencia (Czermak, 1980)

Ahora bien, esta situación de exclusión en la obra freudiana estaría en cierto modo “superada”, sin embargo, es un gesto cardinal mostrar cómo todo lo que no tiene un límite adecuado, y que no logra constituir un corpus unificado, comienza a quedar de a poco fuera del alero de la comprensión y propuesta innovadora psicoanalítica. Es como que se produjese un punto de detención sin retorno. A diferencia de lo que ocurrió en su momento con la neurosis histérica, que trajo la más amplia fertilidad para poder comenzar

a pensar un cuerpo que tuviera otras leyes distintas a las del discurso médico. Discurso médico al que se le ofrece, desde el marco freudiano, al psicótico.

Cuerpo de la genitalidad: la homogenización de lo parcial

Una vez que Zeus triunfa en la guerra sobre los gigantes, su reinado se encuentra seguro. Los dioses que han luchado con él conservarán su lugar. En la parte inferior, en el tártaro o en el Hades, se encuentran los dioses vencidos, en cierto modo, fuera del juego y del cosmos. El mundo se ha jerarquizado, existiendo en el éste además, los hombres y los animales.

La guerra entre los dioses y ha sido generada por la castración de Urano por parte de Cronos, quien vino con este acto, a poner fin al goce irrestricto del incesto de éste con su propia madre y doble (Gea). (Grimal, 1989)

Paradójicamente, el ordenamiento de la sexualidad irrestricta es necesaria para pensar la vida subjetiva en Psicoanálisis. No es posible en ésta concebir un goce donde no haya jerarquía ni organización corporal, puesto que pone en riesgo al sujeto, la preservación de la especie, incluso la paz y el orden social. Como ya se ha adelantado, será la *castración* la que pondrá las bases para fundar el cuerpo de la genitalidad, donde el goce principal se ha reunido sobre la utilización del genital masculino que penetra y del femenino que recibe. Todas las modalidades de goce expresadas en el desarrollo, han de ser sofocadas, *reprimidas* en pos de poder jerarquizar y ordenar un cuerpo, que si bien, ya no es caótico, tal como en el momento del autoerotismo, sí conserva un funcionamiento autoerótico y su característica principal es la parcialidad.

Todo esto no podría ser pensable sin la consideración de la sexualidad infantil, uno de los grandes tópicos que introduce el Psicoanálisis en la palestra de la discusión médica de la época. Sexualidad infantil que, como se mencionó en el capítulo sobre los “*Tres ensayos de teoría sexual*”(1905), nace apuntalada en funciones vitales del cuerpo, es autoerótica y su meta se relaciona directamente a la actividad de una zona erógena.

Propuesta innovadora en una época en la cual la sexualidad era concebida de forma exclusiva en la vida adulta, ligada a la genitalidad y a fines reproductivos. De esta manera, la consideración de una sexualidad infantil independiente de estos fines, pone en evidencia que, para el psicoanálisis, lo sexual no se agota en lo genital, sino que

comprende múltiples goces enlazados a pulsiones parciales y localizaciones corporales.

En relación a este punto, Freud señala en “*Más allá del principio del placer*” (1920)

El psicoanálisis, que no podía prescindir de alguna hipótesis acerca de las pulsiones, se atuvo al comienzo a la diferenciación popular cuyo paradigma es la frase «por hambre y por amor». Así, al menos, no incurrió en una nueva arbitrariedad. Y ello permitió avanzar un buen trecho en el análisis de las psiconeurosis. El concepto de «sexualidad» —y con él, el de pulsión sexual— no pudo menos que extenderse a muchas cosas que no se subordinaban a la función de reproducción, lo que provocó gran escándalo en una sociedad rígida, respetable o meramente hipócrita. (Freud, 1920/2008e p. 50)

La sexualidad infantil es un terreno cardinal para explicar posteriormente la vida sexual “normal”, la diferencia de los sexos y las configuraciones patológicas (psicosis, neurosis, perversión). La existencia de una sexualidad infantil revela que la sexualidad adulta es una *composición* que tiene como base una disposición múltiple, que Freud llama *perversa polimorfa*.

Disposición que indica que toda niña y niño al inicio de su vida y hasta un determinado momento, dispone de la actividad autoerótica de las pulsiones parciales que vienen a colonizar partes del cuerpo bajo la primacía de una zona erógena determinada, cuya meta es el *placer de órgano*. Una materia prima corporal que poco a poco comenzará a organizarse, con varios movimientos de abyección implicados, intentando desechar restos inutilizables y jerarquizándose hasta unificar goces, en primer lugar, bajo el primado *fálico*, y luego, el primado *genital*, que habilita al cuerpo para el encuentro sexual y la reproducción de la especie.

Dicho lo anterior, se puede señalar que el cuerpo que finalmente unifica los goces, es el que se llamará en el contexto de la presente tesis “*Cuerpo de la genitalidad*”, un cuerpo que se ha construido mediante operaciones de expulsión y unificación (represiones primordiales, castración), siendo su abyecto la *parcialidad* de lo pregenital, entendido en contexto del trayecto y organización de la libido.

En primer lugar, se explicará el concepto de “*organizaciones pregenitales*” y se describirá cada una de ellas. Entre éstas se intercalará y hará referencia a las operaciones de unificación y a la vez de abyección ya nombradas; para luego discutir en torno a la parcialidad (abyecto) y los destinos de su potencial reaparición amenazante, que se traducen principalmente en dos: neurosis (histérica y obsesiva) y perversión.

Organizaciones pregenitales

Retornando al texto de “*Tres ensayos de teoría sexual*” (1905) y sus modificaciones; es pertinente referirse al hecho de que en la primera versión, solamente existe un modo de organización sexual, el genital, contrapuesto a la sexualidad infantil, la que a su vez implica el funcionamiento autoerótico en tanto modo de satisfacción. El término “*organización pregenital*”, se incorpora en este escrito en el año 1915, luego de haber sido propuesto en el año 1913 en “*La predisposición a la neurosis obsesiva*”.

Será en este último texto donde Freud vincula esta neurosis a la fase anal- sádica, que estaría a la base de ella.

En este momento, se considera que la neurosis histérica tiene su predisposición en la organización *genital*, en la cual estarían reunidas todas las pulsiones a diferencia de las

organizaciones *pre-genitales*, que actuarían bajo la multiplicidad y la fuerza de las pulsiones parciales,

Será en el año 1915, cuando también se añadirá al texto de los *Tres ensayos*, la fase oral y en 1924, cuando se introduce la fase fálica; luego de haberse publicado en 1923 el texto “*La organización genital infantil*”, donde esta organización es propuesta por primera vez.

Si bien Freud menciona en diversos textos las “organizaciones pregenitales” o el “orden sexual pregenital”, éstas no son definidas sino hasta 1917 en 21ª Conferencia: “*Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*”, en la que se indica:

Ahora podemos indicar la conformación de la vida sexual del niño antes de que se instaure el primado de los genitales; este se prepara en la primera época infantil, la anterior al período de latencia, y se organiza de manera duradera a partir de la pubertad. En esta prehistoria hay una suerte de organización laxa que llamaremos pregenital (p.298)

En este momento, poco se ha descrito de la dinámica entre las distintas organizaciones. La conferencia se centra principalmente en la organización sádico anal y sus consecuencias.

En 1923, Freud se refiere nuevamente a esta sucesión (sin incorporarse aún la fase fálica) referente al desarrollo de la libido en el artículo “*Psicoanálisis*”. Sin duda, una de las explicaciones sintéticas más claras acerca de la problemática de parcialidad y la genitalidad, puesto que aborda los siguientes puntos claves para una mejor comprensión de la tendencia unificación respecto del cuerpo: primero, la pulsión y su descomposición en pulsiones parciales singulares que han de reunirse, centrarse, en el curso del desarrollo.

Segundo, explica la sucesión de estadios de organización pregenital oral, anal y genital con sus zonas erógenas predominantes y las oposiciones que se ponen en juego. Y, tercero, se plantea lo que sería el desarrollo *normal* y ciertos tropiezos que tendría la pulsión (fijaciones) que, podría señalarse, no permitieron una totalización adecuada y retornan en el desarrollo de neurosis y perversiones.

Posteriormente en *La organización genital infantil* (1923) se agrega una organización decisiva para que el cuerpo pueda aspirar a la unificación bajo el primado genital. Esta es la *Fase fálica*, donde el par de opuestos ya no es activo/pasivo, como en la organización sádico-anal, sino que es fálico/castrado. Escenario donde se conjugan la investigación sexual infantil, las creencias, teorías y eventual desconocimiento sobre el genital propio y el materno, así como la significación de esto a partir de una operación que viene a otorgar una primera gran regulación de los goces, así como la prohibición de los dos grandes crímenes de la humanidad, el parricidio y el incesto. Esta operación es la *castración*, y se pone en obra en un escenario de satisfacción, miradas y posiciones, *el Complejo de Edipo*, dando como resultado definitivo el alejamiento del yo del narcisismo, una geografía normativa de los cuerpos y preparará el terreno para el despliegue de la genitalidad en un ordenamiento y jerarquía de los sexos.

En *Inhibición síntoma y angustia* (1926) Freud, al abordar la problemática de la angustia, se refiere en particular a la angustia de castración, en primer lugar, como motor de la represión y mostrando su primacía sobre las modalidades de angustia previas, vinculadas a las organizaciones pre-genitales más primitivas. En éstas, la castración en tanto operación se vuelve representable en sus pérdidas, a saber, la pérdida del pecho

materno que se vivencia a partir del destete y la separación respecto del contenido de los intestinos.

A continuación se hará referencia a cada una de las organizaciones pregenitales y sus elementos característicos, haciendo especial énfasis en los mecanismos de abyección, sus posibilidades y limitaciones en el curso del desarrollo libidinal, para luego poder trabajar la parcialidad en tanto resto abyecto del cuerpo a edificarse a saber “*el cuerpo de la genitalidad*”. Es fundamental recordar, en primer lugar, que Freud utiliza tanto el término de fase como de organización, utilizándose más esta última a partir de 1913. En segundo lugar, tal y como se señaló en el capítulo sobre “*Tres ensayos de teoría sexual*”, las fases se suceden y se superponen. No se liquidan ni se extinguen, razón por la cual se pueden encontrar resabios de éstas en cualquier momento del desarrollo.

La fase oral

Esta fase corresponde a la primera organización pregenital, cuyo resto exteriorizado sería el chupeteo (Freud, 1905). En ésta la pulsión sexual se satisface por apuntalamiento sobre la función vital de la nutrición. Esta asociación es fundamental, puesto que lo sexual se autonomiza posteriormente, produciéndose satisfacción no en torno a la necesidad solamente sino que un placer en la actividad de la succión (tal y como lo había mencionado el Dr. Lindler previamente) y el paso del flujo de la leche, placer que Freud califica de sexual, tal es lo que indica Freud (1933) en la Conferencia 32 “*Angustia y vida pulsional*” :

Llamamos oral a la primera de estas fases pregenitales porque, en correspondencia con el modo en que el lactante es alimentado, la zona erógena de la boca domina también lo que es lícito llamar la actividad sexual de este período de la vida. (Freud, 1933/2010a p.91)

La autonomización ya mencionada ocurre cuando el lactante se ve obligado a renunciar al seno materno, lo pierde, deviniendo así la pulsión, autoerótica. Independiente de esta transformación, la meta de esta fase es la ya trabajada *incorporación*, aquel modelo o prototipo a partir del cual se edificará la identificación¹¹ (Freud, 1905/2010).

La incorporación tiene múltiples funciones para el bebé; la alimentación y la asimilación de caracteres o rasgos del otro en sí. Respecto a esto, Freud pone énfasis en el adjetivo “canibático” para referirse a este proceso, en el que amar, es devorar al objeto, y donde, tal como se señala en *El yo y el ello* (1923), la concentración de libido sobre el objeto (parte del cuerpo) es casi indiferenciable de la incorporación en esta etapa.

Quien realiza aportes teóricos fundamentales en términos del desarrollo y en particular de esta fase, será Karl Abraham, psicoanalista alemán, colaborador cercano de Freud y fundador de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. A él se le ha conocido como el “Padre del estadismo”, puesto que concibe una noción de evolutividad sucesiva y madurativa, diferenciada en estadios o fases, que tienen un punto final que tomará la característica de lo *normal*. Sus ideas son detalladas en varios artículos, y los trabajados en la presente investigación son los siguientes: “*Breve estudio del desarrollo de la libido a la luz de los trastornos mentales*”(1924/1944) y “*Sobre la exploración y el tratamiento psicoanalítico de la psicosis maníaco depresiva y estados análogos*”(Abraham, 1912).

¹¹ Cabe destacar que esta es una adición de 1915 al texto original.

Freud consideró este primer estudio para varios escritos, entre los que se encuentran *Duelo y Melancolía*, y *Tres ensayos de teoría sexual*, cuando destaca el modelo canibalístico de incorporación.

Abraham tomó como base la teoría freudiana y vinculó las organizaciones pregenitales (a las que llama etapas) a diferentes modalidades de relación y pérdida del objeto, poniendo especial acento en la sucesión y evolutividad de éstas. Cabe destacar que para Abraham, la propiedad erógena no tenía que ver directamente con la seducción, por ejemplo sino que es innata en el ser humano, genéticamente programado, algo que lo diferencia de la mirada freudiana, quien da a los factores psíquicos la más amplia valencia en el desarrollo “normal” y en el enfermar (Korman, 2017).

La etapa oral, inicia por un momento *oral precoz*, anobjetal, el autoerotismo (concepción en la que se bifurca de la concepción freudiana donde sí habría objeto, no obstante, no exterior), cuya actividad es la succión.

Le sigue una etapa *oral tardía*, o canibalística en la cual prima la ambivalencia en la forma de relación al objeto; el bebé lo ama, no obstante, simultáneamente desea devorarlo canibalísticamente, desarrollándose fantasías en esta línea:

Es ésta la etapa en la cual los impulsos canibalísticos predominan. Tan pronto como el niño es atraído por un objeto, éste se halla realmente expuesto a sus intentos de destrucción. En esta etapa comienza a surgir la actitud ambivalente del yo hacia el objeto. Podemos decir que en el desarrollo libidinoso del niño, la segunda etapa de la fase oral sádica marca el comienzo de sus conflictos de ambivalencia, mientras que la primera etapa, la de succión, debe ser considerada todavía como pre ambivalente. (Abraham, 1944 p.303)

En esta etapa aparece el narcisismo como un efecto de la incorporación total del objeto. Para él, la melancolía se edifica sobre la base de impulsos orales canibalísticos y el duelo normal traía consigo aspectos de destrucción canibalística del objeto (Korman, 2017).

Esta fase canibalística, corresponde en lo concreto a la aparición de los dientes, expresado en la mordedura que implicaría una destrucción del objeto, apreciándose conjuntamente la fantasía de ser comido por la madre (Laplanche & Pontalis, 1999) .

Freud le otorga suma importancia a la organización oral, de hecho en la Conferencia 20 (1917) refiere:

Si el lactante pudiera hablar, sin duda reconocería que el acto de mamar del pecho materno es de lejos el más importante en su vida. Y no andaría errado, pues con él satisface al mismo tiempo las dos grandes necesidades vitales. (Freud, 1917/2008^a p.287)

Sobre esta etapa habrá de operar un proceso de represión (primordial, señalarán algunos autores como Bleichmar (2012) en pos de dar cabida a la siguiente actividad pulsional, dinámica entre lo activo (retentivo) y lo pasivo (expulsivo), la obtención de nuevas modalidades de placer en ella, así como la tramitación de una nueva pérdida, en este caso, la de las heces.

Freud indica que si se permanece en el valor erógeno de los labios, se tendrá tendencia a gustar del beso, y si son hombres, tendrán gusto por beber y fumar. No obstante, si sobreviene la represión y se torna patológica, Freud señala en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) que se sentirá asco (en tanto dique de la represión) frente a la

comida y pueden producirse vómitos histéricos. Primera ligazón a la contracción de la neurosis relacionada a una problemática en la tramitación de la fase oral.

La fase anal

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud señala el importante valor erógeno que tiene la fase anal para el individuo, cuya zona erógena es la zona anal y la mucosa del intestino, procurando así intensas sensaciones en su cuerpo. Bernard Aucouturier (2005) refiere a su vez, que las zonas anal y genital del bebé son aquellos lugares del cuerpo particularmente sensibles a las acciones de quien lo cuida. Implica así toda una puesta en movimiento y activación de distintas partes de cuerpo, que aprenderá a perder una parte desprendible de él:

Lors de l'expulsion des fèces, tout le corps participe, les membres et les pieds se raidissent, les mains se crispent, le visage rougit, les dents sont serrées, l'abdomen contracté, tout cet effort est dirigé vers les zones pubienne et anale et il est scandé par des libérations respiratoires bruyantes, cette tension, qui semble pénible pour l'enfant, en fait lui procure du plaisir d'autant plus que la mère accompagne et encourage l'expulsion. [Durante la expulsión de las heces, participa todo el cuerpo, los miembros y los pies se ponen rígidos, las manos se ponen tensas, la cara se enrojece, los dientes se aprietan, el abdomen se contrae, todo este esfuerzo se dirige hacia las zonas púbica y anal y es entonado con ruidosas descargas respiratorias. Esta tensión, que parece dolorosa para el niño, de hecho le da placer tanto más cuanto que la madre acompaña y anima la expulsión] (Aucouturier, 2005 p.88)

A través de la excreción, se va construyendo una relación fundamental del niño con su ambiente y con los poderes de inhibición que éste ejerce sobre él, ya que es

demandado a expulsar el contenido del intestino en un momento particular y no cuando él pueda desearlo.

Es importante señalar que Freud va a utilizar el calificativo sádico (a diferencia de canibálica, siguiendo a Abraham) para la organización pregenital anal. De esta manera, en “*Tres ensayos de teoría sexual*” (1905) se refiere a la fase “*sádico anal*”, en la cual la oposición que predomina sería activo y pasivo.

En su escrito “*La predisposición a la neurosis obsesiva*” (1913) Freud señala, que la actividad anal tiene que ver con la pulsión ordinaria de apoderamiento o sadismo. A su vez, la corriente pasiva se alimenta por el erotismo anal, en la cual la zona erógena será la cloaca indiferenciada.

Para puntualizar sobre esto, Freud incorpora también los aportes de Karl Abraham -para dar cuenta de un modo más detallado de esta fase – quien a partir de 1924, la divide en dos; una primera fase con carácter *expulsivo y sádico*, y una segunda fase *anal retentiva*, donde surge una tendencia a conservar el objeto parcial. (Abraham, 1926)

En la primera de éstas, van a gobernar los impulsos por destruir, aniquilar y perder, y en la segunda, las de retener, poseer, guardar (Freud, 1913/2008d).

Un punto interesante a destacar, radica en el valor simbólico que en esta relación se le da al excremento, al ser ofrecido como regalo/don a los padres o cuidadores, les da una parte de su propio cuerpo, lo que pondría en evidencia el amor y a su vez el control (en la retención) y tendría efectos en la vida posterior; particularmente en el aprecio por el oro y el dinero, así como también contribución a la investidura del hijo y el pene en

base a la influencia de la teoría de la cloaca, donde la defecación sería el arquetipo del acto del nacimiento (Freud, 1913/2008d).

Otro punto importante tiene que ver con el carácter masturbatorio que conlleva la retención y la expulsión, lo que a juicio de Freud, sería una de las causas del estreñimiento en niños neuróticos (Freud, 1905/2010f).

Sin duda, es cardinal para pensar la relación a la castración como unificador de pérdidas, la lectura freudiana respecto de la columna de heces que llena y estimula el intestino, puesto que ésta sería a su juicio un precursor del pene, pudiendo establecerse una ecuación: heces=pene=hijo. Razón por la cual, cuando el niño nota que hay quienes no poseen el miembro viril, lo sitúa equívocamente en una analogía con ésta, debido a su carácter separable al cual debió renunciar (Freud, 2001/1933).

Acorde a los mecanismos de abyección, Freud relaciona directamente en “*La predisposición a la neurosis obsesiva*” (1913) una fijación al odio y el erotismo anal en la contracción de esta neurosis, lo que implicaría una falla en la represión, que ha de circunscribir y dejar en un lugar puntual y no predominante esta modalidad de goce.

Lo anterior a diferencia de la neurosis histérica, que tendría su fijación en un estadio más alto de organización de la libido.

Llama la atención la ligazón que establece en este mismo escrito entre lo anal y la homosexualidad, tema que no desarrolla mayormente, pero que deja abierto como una interrogante:

Un acusado relieve de este erotismo anal en el estadio de la organización pregenital deja en el varón, cuando se alcanza el estadio siguiente de la función sexual, la del primado de los genitales, una sustantiva predisposición a la

homosexualidad. La edificación de esta última fase sobre la anterior, y la refundición de las investiduras libidinales que de ella se siguen, ofrece a la investigación analítica las más interesantes tareas. (Freud, 1913/2008c p.342)

Ahora bien, la polaridad activo/pasivo ha de ser reprimida para abrir paso a otra dinámica, marcante en lo que respecta a la presente investigación, a saber la oposición fálico/castrado, que corre en un período particular de amor, narcisismo y pérdida, ahí donde se ubicará uno de los universales freudianos, el Complejo de Edipo.

La fase fálica y el Complejo de Edipo

La fase fálica corresponde a uno de los puntos cardinales de la estructuración psíquica y la diferencia de los sexos. En “*La Organización genital infantil*” (1923), Freud refiere que lo fundamental de ésta, es su diferencia respecto a la organización genital definitiva del adulto. Así, indica: “Para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino, por lo tanto no hay un primado genital, sino un primado del Falo” (Freud, 1923/2010f p.146).

Esta fase se inscribe entre los tres y los cinco años de edad, momento en que se estaría inaugurando la pulsión de saber, y que en este momento se dirige directamente a la investigación sobre el origen, siendo la pregunta central: *¿De dónde vienen los niños?*

Esta pregunta y sus derivadas, ponen al niño en la posición de investigador, que construye, produce mitos y teorías: las *Teorías sexuales infantiles* (1908), a saber:

1.- Teoría de la universalidad del pene (primado universal): El niño y la niña conciben que los dos sexos son sólo uno; opera bajo una premisa universal de la atribución a todos del genital que sus cuerpos conocen: el masculino (pene, en el caso del niño, y clítoris,

en el de la niña). En este mito sobre el pene omnipresente, niños y niñas “no conciben, aparentemente, una vagina, aunque existe la afirmativa urgencia de introducir y penetrar algo. Pero la necesidad de un receptáculo sólo hace que la criatura produzca la segunda teoría: Un bebé es un bulto de excrementos...” (Mitchell, 1982 p.40).

2.- Teoría de la cloaca: Se presenta como otra construcción mítica que anula también la diferencia al afirmar que los niños nacen por el ano, ergo, <<mamá y papá pueden parir un hijo>>. “No obstante la visión posible recordada o la visión imaginada del intercambio sexual y las urgencias agresivas básicas, también sugieren la tercera teoría del bebé” (Ibíd. P. 41).

3.- Teoría sádica del coito: que correspondería a una construcción hipotética que también anula la diferencia, puesto que la relación sexual es significada como violencia, donde “el macho fuerte hiere a la hembra, más débil”(Ibíd. P.42).

Teniendo esto a la vista, se puede señalar que al comienzo de esta fase, el niño funciona con la teoría de la universalidad del pene, y el par que opera dentro de los opuestos ya no es activo-pasivo sino que fálico- castrado.

Este primado fálico, como ya se mencionó en el capítulo sobre *Tres ensayos de teoría sexual*, se relaciona con el concepto de *bisexualidad constitutiva* propuesto por Freud, concepto que tendría un correlato psíquico y anatómico. Esta bisexualidad originaria resaltaría más claramente en la niña, al contar ella con dos zonas genésicas rectoras (Freud, 1905/2010f).

El pene y el clítoris representarán el órgano donde se concentra la actividad autoerótica del niño, sin distinción con la niña, puesto que en este momento actuaría como un varoncito.

Será el tiempo de la fase fálica en el que se desplegará aquella tragedia que implica los dos tabúes que organizan la vida social e individual, a saber, la prohibición del incesto y el parricidio. La tragedia de Edipo.

El Complejo de Edipo

Edipo es un extranjero en su propia Tebas. Sus pies jamás se han desatado. Está, sin saberlo, ligado sexual y angustiosamente al enigma de sus orígenes. Se descubrirá ahí, preso de presencias que ha intentado evitar. La duda pulsa y se aloja en el seno de la tragedia, ¿es él quien ha forjado su destino? ¿O el destino le ha arrebatado sin permiso alguno toda posibilidad de dominio sobre sus acciones? El capricho de los dioses, es ahora su problema. La tragedia es un enigma que narra el desgarró. (Fossatti, 2020)

La primera vez que Freud hace referencia a la dinámica edípica es en su intercambio epistolar con W. Fliess, en particular en la carta 71, en la cual, al relatarle noticias de su autoanálisis, escribe:

Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, si bien no siempre ocurre a edad tan temprana como en los niños hechos histéricos. (...) Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de Edipo rey, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente. (Freud, 1897 p. 307)

Es posible apreciar cómo desde un inicio, Freud le otorga una “validez universalidad” a la dinámica edípica, lo que se mantiene durante todo el desarrollo de su obra y posteriormente, incluso hasta nuestros días.

Ahora bien, en la literatura freudiana, es posible encontrar distintos escritos que versan sobre el Edipo sin nominarlo explícitamente. En primer lugar, en la *Interpretación de los sueños* (1900), hace referencia a la tragedia edípica, al trabajar los sueños típicos de muerte de seres queridos, donde analiza en particular aquellos que remiten a la muerte de los hermanos y en particular al progenitor del mismo sexo. En virtud de lo anterior, señala: “Las cosas se presentan como si desde muy temprano se abriera paso una preferencia sexual, como si el varón viera en el padre y la niña en la madre, competidores en el amor, cuya desaparición no le reportaría sino ventajas” (Freud, 1900/2008, p. 265).

En esta misma obra, realiza un análisis de la tragedia de Edipo Rey, haciendo clara alusión a lo que en el futuro sería el Complejo, refiriendo que el destino de Edipo nos conmueve, ya que éste podría haber sido el nuestro: “Quizá a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello” (Freud, 1900/2008 p.271).

Sus desarrollos acerca del Edipo continúan en el “*Fragmento del análisis de un caso de histeria (caso “Dora”)*”(2008d), construyendo una hipótesis acerca del padecer de su paciente, en el contexto de la relación de ésta con su padre, relación que se fortalece además , por el lugar de cuidadora que ésta tomó con él ante su enfermedad, ubicándose en un lugar contrario a la relación de éste con la Sra. K.

En el año 1908, en el artículo “*Sobre las teorías sexuales infantiles*”, Freud, además de introducir el *Complejo de Castración*, se refiere al “*Complejo nuclear de las neurosis*”, sin rotularlo aún bajo el nombre de “Complejo de Edipo”, rótulo que aparece en la escena freudiana en el “*Análisis de una fobia de un niño de cinco años*”(Freud, 1909/2008c) al mencionar al niño como un *pequeño Edipo*.

Dicho complejo se desarrolla teóricamente en el relato e historial del “Hombre de las ratas” (1909), texto en el cual, en una nota al pie, vincula la investigación infantil y el deseo de saber, que se manifestaría en el niño luego del nacimiento de un nuevo hermanito. Deseo que pone en marcha las teorías sexuales infantiles y la producción de sentimientos ambivalentes hacia padres y hermanos.

La expresión “Complejo de Edipo” es utilizada por primera vez, en el artículo “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*”(1910). Éste, viene a representar el complejo nuclear previamente mencionado y permite explicar distintas modalidades de elección de objeto en los hombres. A partir de este lugar, puede comprenderse el complejo de Edipo en términos de la activación de huellas mnémicas de la primera infancia, que producirá el anhelo por la propia madre y el odio orientado al padre en tanto competidor (Freud, 1910/2001d).

En “*Tótem y Tabú*” (1912), Freud hace aparecer la figura del animal totémico ligado al Padre, para trabajarlo en torno al mito de la “*Horda primordial*” y la conciencia de culpa que se produce posterior a la incorporación del Padre muerto. En este lugar señala que a partir de la conciencia de culpa del hijo varón, se crearán los dos tabúes

fundamentales de la sociedad (incesto y parricidio) coincidiendo así con los dos deseos primordiales del *Complejo de Edipo* (Freud, 1912/2010l).

En el año 1923, en el escrito “*El yo y el ello*”, Freud se refiere a la génesis del Complejo de Edipo. Así, en los primeros años de vida se desarrollaría una investidura de objeto hacia la figura de la madre, iniciada por apuntalamiento, y al mismo tiempo se desarrolla también una identificación hacia el Padre. No obstante, con el paso del tiempo, se fortalecen los deseos hacia la madre y emergerá el padre como un problema para la realización de sus deseos incestuosos. Así, se describe una relación de ambivalencia respecto de éste.

Cabe destacar que en este artículo, Freud mencionará la existencia de *formas del complejo de Edipo*, a saber, el *complejo de Edipo positivo* (ambivalencia respecto del padre, deseos (aspiraciones) tiernos hacia la madre), el *complejo de Edipo negativo* (ambivalencia respecto de la madre, deseos (aspiraciones) tiernas hacia el padre) y el *complejo de Edipo completo* (se presentan sentimientos amorosos y hostiles hacia ambos padres).

En consonancia con lo anterior, en el año , en “*El Sepultamiento del complejo de Edipo*”(1924), Freud indica que éste complejo, si bien es individual, a la vez es determinado por la herencia y representa un fenómeno central de la primera infancia. Posterior a éste, la autoridad de padre y madre es introyectada en el yo, formándose de esa manera la instancia superyoica (absorbiendo el ideal del yo), centrada sobre todo en la autoridad paterna en relación a la prohibición del incesto.

Este es el momento en que el Complejo de Edipo es sepultado y sucumbe a la represión, siendo seguido por la fase de latencia, que en sus palabras, *viene a interrumpir el desarrollo del niño*. Sólo luego de ésta, como ya se ha mencionado, el trayecto continúa hacia la síntesis pulsional en el marco de la genitalidad definitiva.

En el artículo *“Algunas consecuencias psíquicas sobre la diferencia anatómica entre los sexos”* (1925) Freud trabaja el complejo de Edipo, dando cuenta del enfrentamiento de niño y niña a la diferencia sexual anatómica. Existiría una prehistoria del Complejo, donde (niño y niña) tendría (n) como objeto de amor a la madre y se presenta un quehacer masturbatorio con respecto a su pene o al órgano que desempeña dicho papel (onanismo infantil).

Debido a la preeminencia de su órgano en la fase fálica, el despliegue Edípico sería más fácilmente discernible en el varoncito. En la niña, si bien se realizan hipótesis sobre este proceso, existe un elemento que se resta a la comprensibilidad de Freud, que él explicita justamente un año después cuando en *“¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis?”* indica:

Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un dark continent {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferior por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas. (Freud, 1926/2001 p.199)

Teniendo esto a la vista, se procederá a explicar el **Edipo masculino** haciendo énfasis en el rol de la operación de la castración. Para fines de la investigación, el Complejo de Edipo femenino será trabajado en la siguiente sección, cuando se haga mención al *cuerpo de la diferencia sexual y su abyecto*.

Freud hace alusión en varias ocasiones (1924/1925/1931/1933) al hecho que en la prehistoria edípica del varoncito, existiría una identificación de naturaleza tierna con el padre, dirigiendo su amor a la madre, sin producirse aún rivalidad alguna.

Es en el marco de la fase fálica, (donde su quehacer masturbatorio está ligado en su pene, con fantasías vinculadas a su madre [Freud, 1940]) que su mirada va a descubrir la realidad de un ser cercano (madre, hermanita, etc.) que no tiene este supuesto atributo universal. Lo anterior, haría aparecer el prejuicio ya mencionado respecto de las teorías sexuales infantiles, a la vez hace temblar su creencia universal y dará un potencial camino a la angustia de no poseerlo él de igual manera.

En *Cinco conferencias sobre Psicoanálisis* (1909/1910), Freud ilustra claramente este proceso y señala que como el niño no tiene la posibilidad de comprender que exista un genital diferente tan valioso, recurre a la hipótesis de que todos los seres humanos, incluso las niñas, poseen un pene como el de él. En relación a esto, señala:

Que pueda faltar el miembro, he ahí una representación ominosa {unheimlich}, insoportable; por eso ensaya una decisión mediadora: el miembro está presente en la niña, pero es aún muy pequeño; después crecerá. Si esta expectativa no parece cumplirse en posteriores observaciones, se le ofrece otro subterfugio. El miembro también estuvo ahí en la niña, pero fue cortado, en su lugar ha quedado una herida.(Freud, 1917/2008d p. 88)

Posteriormente, refiere que el niño ya ha escuchado a estas alturas, amenazas de que se le despojará de su pene si se interesa demasiado nítidamente por él. En este momento, bajo el influjo de esta *amenaza de castración*, el niño va a reinterpretar su concepción de los genitales femeninos y temerá por su virilidad, “pero al mismo tiempo despreciará a las desdichadas criaturas en quienes, en su opinión, ya se ha consumado ese cruel castigo” (Íbid p. 99).

Una reinterpretación que pone sobre sus hombros la tragedia, la posibilidad misma del incesto o en su defecto, de la muerte propia. Una reinterpretación que pasa necesariamente por el desprecio a la mujer.

¿Cuál es el destino que le espera a Edipo? La diferencia sexual anatómica, ominosa escena para el niño varón, como ya se mencionó, lo conduce retroactivamente a significar las amenazas proferidas por el padre u autoridad en torno a su propia masturbación, como una *amenaza de castración*, con la angustia inmensa concomitante al encontrarse entre la espada y la pared frente a su destino (Freud, 1925/2010a) .

Posteriormente, cuando descubra que las mujeres pueden parir, concluirá que su madre tampoco posee el pene, surgiendo definitivamente la angustia de castración. Es entonces la castración materna (y su vehiculización), la que será decisiva para que el niño pueda transitar en su camino Edípico, sin mayores dificultades que la que éste le impone.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/2010e) Freud refiere que el momento en el cual el yo del sujeto va a advertir el peligro de castración, se va a generar una señal de angustia frente al peligro de la potencial pérdida del pene. Este sentimiento, pone al niño en una encrucijada que tiene por resultado una solución narcisista y una

incorporación: acepta la ley de la interdicción, renunciando a la investidura materna y eligiendo salvar su tanpreciado pene. De esta manera, renuncia a la madre como objeto de amor. Además, el falo como referencia permite focalizar e integrar retroactivamente el conjunto de simbolizaciones y pérdidas pregenitales.

Este el momento en que el Complejo de Edipo se va al fundamento, y su sepultamiento viene así a darle las bases a su vida psíquica en tanto sujeto de deseo, incorporando la figura de los padres e instalándose la ley, el superyó.

Freud subraya que el Complejo de Edipo sería -en la mayor parte de las veces- completo, es decir, con una vertiente positiva y negativa, puesto que depende la bisexualidad constitutiva. En lo que atañe entonces al niño pequeño, explica:

Es decir que el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones {proporciones} de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas, y todavía más difícil describirlas en una sinopsis.
(Freud, 1923/2008f p.35)

Sucintamente, puesto que luego se desarrollará, se puede afirmar que la niña, al encontrarse con la diferencia en el otro cuerpo que sí posee un pene, cae presa inmediatamente de la envidia del pene, ingresando al Edipo, sin sepultarlo nunca, sino que llegando a él como a un puerto. En este contexto, tiene caminos posibles. El primero, *la Inhibición de toda sexualidad*, el segundo *El complejo de masculinidad*, y el tercero *el devenir normal de la feminidad*.

La castración viene entonces a abyectar la historia de multiplicidad de goces corporales anteriores, viene a preparar al cuerpo para la elección de objeto y se constituye en una operación que instalará el orden y la ley acerca de qué se puede gozar y con quién. Marta Segarra (2014) en su obra “*Teoría de los cuerpos agujereados*”, se refiere al papel prevalente de los agujeros respecto de la organización pregenital y la castración. De este modo, indica:

Es bien conocida la teoría del padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, sobre las etapas infantiles en relación con los orificios corporales: pasamos de una primera etapa “oral” (o “caníbal”), en la que el placer se sitúa casi exclusivamente en la boca, en relación con la nutrición, a una segunda “anal”, cuando las heces son percibidas por el bebé como un “regalo” que hace a su madre; más tarde, la atención del niño o la niña se focalizará en las zonas genitales y, según Freud, se organizará en torno a la “castración”, es decir, al agujero *natural* en las mujeres que caracteriza la diferencia sexual. (Segarra, 2014 p.29)

Ha de conceptualizarse entonces esta magna operación en términos de los agujeros con efectos diferentes pero, en particular, organizadores. Los intercambios y la descendencia habrán quedado organizados por ésta, la materia corporal misma ha tomado otro color. El niño ha elegido narcisísticamente su pene, ha pasado a otro tipo de mecanismo de relación con el otro, dirá Lacan, del *ser* al *tener*.

Sin embargo, ni siquiera en el hombre la castración es algo resoluble totalmente. Como ya se señaló anteriormente, Freud enuncia, en 1937, un límite para la castración respecto a la interminabilidad del análisis, al contrastar con la posición de Ferenczi, quien señala que el proceso analítico finaliza con el dominio de la envidia del pene y la protesta

masculina, cosa que para el padre del Psicoanálisis, correspondería a ser demasiado exigente.

En este momento, se desarrollará brevemente el argumento sobre los tiempos del Complejo Edipo propuestos por Jacques Lacan, puesto que ayudará a pensar luego, el estatuto del cuerpo de la genitalidad, la castración, la abyección y su relación con la represión originaria, la identificación y el *yo corporal unificado*.

El Edipo, sus tiempos lógicos y la significación del falo en el paso del *ser al tener*

El psicoanalista francés Jacques Lacan se referirá al Complejo de Edipo en su estatuto de escenario de estructuración del deseo y durante la enseñanza de su seminario entre los años 1957 y 1958, realizará una distinción de tiempos lógicos en éste. Que sean lógicos quiere decir que cada uno de los acontecimientos presupone al anterior y permite pasar al siguiente tiempo de un modo *necesario y suficiente*. En este sentido, no es una forma cualquiera de estadismo o de periodización (Thibaut & Hidalgo, 2004).

Ahora, *¿Cuál es la importancia de traer a esta investigación esta lectura lacaniana?*

Esta pregunta admite al menos dos respuestas. En primer lugar, es fundamental para poder complementar el análisis que se realizó en torno al *yo corporal unificado*, donde se hizo mención a la identificación primaria, que era aquella que tenía relación con el ser, a diferencia de las identificaciones secundarias y melancólicas que tienen relación con el tener. Lacan aporta en esta propuesta un recorrido y una explicación del paso de la

dimensión del ser al tener, que implica necesariamente aquel *alejamiento del narcisismo primario* al que se refiere Freud en *Introducción del narcisismo*.

En segundo lugar, permite ligar lo anterior con la puesta en marcha de la castración y su potencial unificante y totalizante en esta dinámica de satisfacción y renuncias a la que se ha llamado *Complejo de Edipo*, permitiendo problematizar el estatuto del falo como diferente del pene, para de este modo, desplazarse desde el plano de la anatomía hacia el significante.

Primer tiempo del Edipo: La dialéctica del ser

Luego de la fase de identificación en el Estadio del espejo; el niño tiene una posición donde aquello que busca es un deseo de deseo, intentando de esta manera satisfacer el deseo de su madre y posicionarse como objeto del deseo de ésta (identificación primaria). Esto se ve facilitado por la relación de inmediatez entre madre e hijo, así como los intercambios propios de los cuidados maternos en relación a la satisfacción de las necesidades del niño.

En este momento, la cercanía de los intercambios auxiliador (madre)- niño, pone al infante en el lugar de *hacerse* objeto de aquello que le falta a su madre. Este objeto que es susceptible de satisfacer la falta es precisamente el falo (Lacan, 1957/2008).

De esta manera, el niño en este primer tiempo se situará en la *dialéctica de ser el falo de la madre*. Este lugar provendría de la ecuación simbólica prefigurada pene=hijo materna, en la cual, el escenario edípico de la madre habría elegido algún destino.

Como se puede apreciar, la frase anterior viene a complementar lo señalado en términos de la identificación primaria, respecto al lugar donde el niño se situaría en la relación al padre de la prehistoria personal, al padre muerto, el de la madre, el de la humanidad.

Este primer tiempo supone dos condiciones, en primer lugar, una diada sujeto-objeto (madre-hijo); y, en segundo lugar, el lugar paterno, el que sería externo a esta diada y se encontraría presidiendo el orden simbólico del mundo (Thibaut e Hidalgo, 2004)

Por esta razón se dice que el niño se encuentra en una posición rudimentaria respecto a su deseo, siendo su deseo único el que la madre lo desee, acto que dará y fundará la existencia al niño, al menos en términos de objeto.

En relación con la castración, en este momento no se encuentra operando, puesto que la madre no estaría (al menos no sería considerada) castrada, en tanto él o la niña son el falo de la madre.

“Es la etapa fálica primitiva, cuando la metáfora paterna actúa en sí, al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley. Pero el niño, por su parte, sólo capta el resultado. Para gustarle a la madre (...) basta y es suficiente con ser el falo” (Lacan, 1957/2008 p. 198)

En este momento el narcisismo ligado a ser el falo de la madre por parte del niño, se relaciona directamente al narcisismo materno, que lo ubica, lo sostiene y lo posee. Tendrán que ocurrir cambios para que la madre pueda salir de dicha cápsula narcisista para poder abrir la puerta a la existencia subjetiva de su bebé.

Segundo tiempo del Edipo: de la dialéctica del ser a la dialéctica del tener.

Al ingresar de algún modo la dimensión paterna en la triada madre-niño-falo, la certeza de la dinámica del ser/no ser, empieza a ser cuestionada.

La mediación paterna va a comportar un papel relevante en esta relación, al intervenir en calidad de privación (Lacan, 1956/2008b). De este modo, el padre va a ser visto como quien priva a la madre del objeto de su deseo. Desde el punto de vista del niño, y de acuerdo a las dimensiones de la falta de objeto, él vivencia esta mediación (intrusión) paterna, como una privación y una frustración.

El padre empieza entonces a perfilarse como un rival frente al deseo de la madre. La rivalidad imaginaria consiste así en un desplazamiento del objeto fálico que va a llevar al niño a encontrarse posteriormente con la ley del padre.

El niño se va a enfrentar con esta ley en tanto descubra que la madre también depende de ésta; ligada al problema de que la satisfacción que ésta puede darle al niño está mediada por lo que permite el padre.

Así, la dirección del deseo del niño remite inmediatamente a la ley del Otro a través de la madre. En este momento el niño va a descubrir la dimensión esencial de estructuración del deseo, es decir, aquello que somete el deseo de cada uno a la ley del deseo del otro (Dor, 1997).

Que el deseo de la madre esté sometido al deseo del otro, va a implicar que a la vez su deseo depende de un objeto que el otro (padre) tiene o no. De esta manera la dialéctica del tener, será la que va a polarizar la dinámica del deseo de la madre.

Este segundo momento del Edipo es fundamental para acceder a la dimensión y simbolización posterior de la ley. Joel Dor (1997) refiere que:

“Este segundo tiempo tiene como eje el momento en que el padre se hace notar como interdictor. Se manifiesta mediado en el discurso de la madre. Hace un momento, en la primera etapa del complejo de Edipo, el discurso de la madre era captado en estado bruto. Decir ahora que el discurso del padre está mediado, no significa que hagamos intervenir de nuevo lo que la madre haga de la palabra del padre, sino que en la palabra del padre interviene efectivamente sobre el discurso de la madre” (Dor, 1997 p.99)

Lacan señala que en esta etapa el padre intervendría en calidad de mensaje para la madre, el que no sería simplemente “*No te acostarás con tu madre*”, que ya estaría dirigido al niño, sino que es un mensaje dirigido a la madre que prescribe: “*No reintegrarás tu producto*” (Lacan 1957-58)

Lo anterior reenvía a la dimensión de la privación, es por esto que Lacan llama a este momento el *momento privativo del complejo de Edipo*. En relación a esto, indica:

“El padre todopoderoso es el que priva. Éste es el segundo tiempo. En este estadio se detenían los análisis del complejo de Edipo cuando se pensaba que todos los estragos del complejo dependían de la omnipotencia del padre. Sólo se pensaba en este segundo tiempo, pero no se destacaba que la castración ejercida era la privación de la madre y no la del niño” (Lacan, 1957/2008 p. 200)

El momento privativo en tanto momento de transición del ser al tener, es cardinal, puesto que activa el complejo de castración freudiano y comienza a forzar al pequeño Edipo a hacer frente a las elecciones y renunciaciones que forjarán su destino. Sólo si éste es capaz de significar la castración materna, por lo tanto salirse de esa identificación narcisista donde él en su totalidad *era* el falo de la madre, podrá avanzar en su propio recorrido a la genitalidad y a las elecciones de objeto en la adultez. Se recuerda no

obstante que este no es un asunto de “voluntad propia” del niño, sino que, como ya se mencionó, depende del hecho de que la madre pase de su ley, caprichosa, a ser una mensajera de la voz y la ley del padre.

Tercer tiempo del Edipo: declinación del complejo de Edipo y significación de la función fálica del padre.

En este tercer tiempo, el padre interviene como real y potente, como el representante de la ley, siendo investido con una nueva significación y elevado a la categoría de padre simbólico.

La madre, suscribe entonces la enunciación de la ley al reconocer la palabra del padre como aquella única capaz de movilizar su deseo. Desde aquí aparece el Nombre-del-Padre como la función significante del padre, aquel lugar que funciona metafóricamente como significante del deseo de la madre (Lacan 1957/2008).

Es en este tiempo donde empieza a operar propiamente la castración, puesto que el niño además de verse obligado a aceptar que no es el falo, debe también aceptar que no lo tiene, a semejanza de la madre que lo desea en el lugar donde debe estar y donde se vuelve posible tenerlo (Dor, 1997).

Este momento, de difícil aceptación, correspondería precisamente a la *declinación del complejo de Edipo*, en el cual se pone término a la rivalidad imaginaria con el padre. Su madre se ha ubicado al lado de éste, el cual está investido del atributo fálico y, como ya se mencionó con relación a la castración, se ve obligado a demostrarlo.

El hecho de que el niño simbolice la ley, demuestra que ha comprendido y aceptado la castración como una posibilidad, al padre como agente de esta operación, dejando de lado la problemática del ser y negociando por otra parte la problemática del tener.

Según el sexo de cada niño, la dialéctica del tener lo introducirá en un juego de identificaciones. El niño, con la renuncia a ser el falo de la madre, se introduce en la dialéctica del tener, identificándose al padre que supuestamente tiene el falo.

La niña, por otra parte, en la renuncia a ser el falo materno, puede encontrar en la dialéctica del tener, la modalidad del no tener y encontrar, de ese modo, una identificación posible a su madre, con relación al conocimiento de quien tiene el falo y donde ir a buscarlo, para, por el lado del padre, devenir una.

Se reitera el hecho de que la castración es una operación clave para el desarrollo de la vida y la constitución de los cuerpos. En primer lugar, la castración materna, permitirá al niño separar su cuerpo del materno. O, en palabras de Kristeva (2006) *abjectarse de la madre*. Luego permitirá establecer la distancia entre el soporte imaginario del falo (pene) y el falo simbólico, que ha venido a situarlo en una configuración donde ha de salir a buscar, para no tomar en su trayecto el mismo destino trágico que condujo a Edipo a su propia muerte.

Para Lacan, la castración o, más bien, el complejo de castración inconsciente, tiene una función de nudo. Por una parte, en relación con la estructuración dinámica de los síntomas; y, por otra, con respecto a la diferencia sexual y la posición inconsciente para identificarse con el tipo ideal del sexo.

En su escrito, “La significación del falo” (1958), tomando como premisa el Complejo de Edipo y en base a hechos clínicos, se interroga acerca de la relación del sujeto con el falo, relación que se establece independiente de la diferencia anatómica de los sexos. Allí señala que ésta es más “espinosa” en la mujer respecto a cuatro puntos:

1.- Respecto a por qué la niña se considera a sí misma como castrada (aunque fuese por un momento), en relación a lo que este término quiere decir, esto es: privada de falo; primero por parte de la madre, luego por parte del padre.

2.- En referencia a por qué, más primordialmente en los dos sexos, la madre es considerada como madre fálica.

3.- En tercer lugar, en relación a por qué correlativamente, la significación de la castración no toma de hecho su alcance, sino a partir de su descubrimiento como castración de la madre.

4.- Respecto a la razón de la fase fálica, en términos freudianos.

Respecto a los cuatro puntos anteriores, Lacan se refiere a la concepción freudiana, a los desarrollos de Jones y otros autores y los pone una discusión crítica en relación al concepto de falo (en tanto significante articulador, a partir de una mirada estructural):

El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etc....) en la medida que es término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza. (Lacan, 1958/2002, p. 669)

El falo, signa la falta y es una condición universal de existencia, puesto que todos los niños han ocupado primero el lugar del falo. Desde aquí se sostiene la creencia en un momento temprano de la vida en la existencia de la madre fálica. Si no se creyera aquello desde un inicio, implicaría de alguna manera negar su propia existencia, de este modo, castración y muerte tendrían alguna relación, al menos, en el pensamiento del niño, no obstante, el estatuto de fálica de la madre debe dar paso a su castración.

En relación con esta condición universal y a la constatación de la falta de pene por parte de la niña, se puede señalar que el falo es anterior al pene, lo que influye en los modos de enfrentar la castración de parte de ella.

El pene no podría considerarse como faltante, si no se le compara con el símbolo fálico, el que se hará presente en la niña en relación con su ausencia (de un modo simbólico).

Desde aquí se releva la importancia de la asunción del falo como significante y la relación de cada sexo al significante, que como ya se señaló, entra en un juego de identificaciones, que le van a permitir situarse en relación con la diferencia sexual. Esto puede verse ilustrado, con sus consecuencias para el devenir femenina, en la explicación que realiza Lacan respecto de los esquemas de la sexuación.

Ahora bien, volviendo a Freud y, en consecuencia, habiendo señalado el recorrido edípico que el varón realiza, se aprecia que el horror a la Medusa, es decir, a la castración materna, condiciona en él que la operación de la castración tenga además de la potencia unificadora, totalizante, ya discutida respecto al cuerpo de la genitalidad. De este modo, en una elección y movimiento narcisista, se erige el cuerpo masculino como un prototipo,

un patrón respecto del cual los cuerpos sexuados podrán situarse. El significante fálico, en su dimensión presente o ausente, se presenta como punto de fuga y llegada de todas las miradas que intentan superar el hecho de que a un cuerpo le falte algo que ahí debiese haber estado.

No obstante, una vez establecido este punto, ha de oscurecerse cualquier erotismo de la vida sexual en el infante, deteniéndose su desarrollo hasta el momento de la pubertad. Una pausa que se convierte en un terreno preparatorio para la síntesis que en la adultez ha de advenir, síntesis que se acompaña a cambios de la arquitectura corporal, somáticos y de fluidos. Una pausa que Freud llama, Período de latencia, al cual se hará referencia en el siguiente apartado.

Período de latencia

Freud refiere que es a partir del quinto o sexto año donde sobreviene la detención del desarrollo de la sexualidad antes mencionada, lo que ocurriría hasta el momento de la pubertad. Este momento está marcado por la importante disminución de las actividades sexuales de los niños.

En particular, esta no es una organización pulsional puesto que no se aprecia ningún nuevo tipo de configuración de las pulsiones, zonas erógenas y actividad. Mas bien, en este período es posible encontrar la represión de los primeros objetos sexuales elegidos en los primeros años de vida por parte del niño. En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), Freud señala que las metas sexuales han experimentado una disminución y constituyen una corriente de ternura en la vida sexual. Enfatiza luego que únicamente el

psicoanálisis estará en condiciones de enseñar que detrás de dicha ternura, se esconden las antiguas tendencias sexuales que fueron engendradas por pulsiones parciales que se volvieron inutilizables (Freud, 1905).

La declinación del Complejo de Edipo es la que da inicio al período de latencia, y es un período preparatorio, necesario para poder construir otras inhibiciones sexuales junto con la ya instalada barrera del incesto. En este período, Freud indica que ingresan preceptos morales que van a excluir expresamente de la elección de objeto a las personas amadas en la infancia, que comparten un lazo sanguíneo con el niño (Freud, 1905/2001f).

Será también en el transcurso de este período que se va a fortalecer la elaboración de los diques de la pulsión sexual, y se agregarán aspiraciones morales y estéticas. Se vuelve a reiterar el hecho que Freud señala en la nota al pie en *Tres ensayos de teoría sexual*, que estos diques si bien están íntimamente ligados a la educación, podrían desarrollarse sin alguna relación a ésta, lo que muestra una característica clave frente a la abyección de aquello que no está en línea con el desarrollo *normal* de la pulsión. Al parecer la represión no necesitaría este aliciente externo para poder concurrir a la abyección de la parcialidad y el domeñamiento de la pulsión.

Es en el período de latencia donde las fuerzas sexuales experimentan transformaciones en la meta, estableciéndose el mecanismo de la *sublimación*, que le permite al niño utilizar fuerzas sexuales antiguas en objetivos nuevos, desviándolas hacia otros fines. En este contexto, la sublimación de la pulsión sexual será definida en términos de una “formación reactiva”. No obstante, aclara Freud que deben ser comprendidas como dos procesos distintos.

Laplanche y Pontalis (1999) señalan que será el *empuje puberal* el que llevará a salir del período de latencia, llevando al florecimiento de la pulsión sexual, la que a partir de la pubertad se llevará a cabo bajo la lógica de la síntesis a la que aspira la tendencia freudiana respecto del cuerpo y su habilitación: la síntesis proveniente del primado genital.

La organización genital de la sexualidad: triunfo de la síntesis pulsional

Ya se ha señalado en innumerables ocasiones en el desarrollo del presente escrito, que Freud, a partir de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), indica que el desarrollo de la libido y las transformaciones de la pubertad han de llevar la vida sexual del niño a su forma normal y definitiva.

¿Qué es lo que ocurre? En la pubertad, se manifiesta una nueva meta sexual hacia la que todas las pulsiones parciales provenientes de las organizaciones anteriores se van a orientar, además de que las zonas erógenas van a someterse al primado de la zona genital.

Se apreció como durante las fases anteriores, las metas sexuales eran parciales, y en esta fase el joven deberá pasar desde un funcionamiento autoerótico a una elección de objeto. Además el placer preliminar ha de ceder terreno al goce de la relación sexual en el encuentro genital con el otro sexo.

Como se ha mencionado previamente, para Freud, la pulsión sexual en el contexto de las organizaciones genitales, brota de diversas fuentes. Desde el inicio es, independiente de las funciones de la reproducción y brinda al niño todo tipo de

sensaciones agradables (placer sexual). No obstante, no es hasta la pubertad que el placer sexual se desplazará del órgano (narcisista) a la función (de la reproducción).

Luego de la latencia, con el florecimiento de la libido en la pubertad, surgen tendencias nuevas, dirigidas a objetivos sexuales directos, conjugándose así la ternura y la sensualidad (Freud, 1905/2001f).

En el hombre, aparece el objetivo sexual de la emisión y descarga de productos genitales, lo que permitirá a Freud re-analizar la noción de placer sexual. A partir de este momento, la vida sexual entrará al servicio de la reproducción, mientras la satisfacción de las primeras tendencias no tendrá una importancia tan grande puesto que solamente preparan el verdadero acto sexual. Si esto no ocurre, se recuerda lo ya dicho, se aprecia la compulsión refractaria respecto del placer de órgano, el cual es distinto al placer *terminal*, que es aquel que corresponde a la eyaculación de los productos genésicos (Freud, 1905/2001).

Es sobre todo a partir de aquí, desde donde podrá comprenderse luego la perversión, principal destino de lo abyecto (parcialidad) del cuerpo de la genitalidad.

Destinos de lo abyecto de la parcialidad, la síntesis y la multiplicidad.

El abyecto que se ha constituido para el cuerpo de la genitalidad es la parcialidad de la pulsión. *¿Qué es lo que esto implica?*

Necesariamente la parcialidad se imbrica con la problemática del objeto. Se aprecia entonces cómo el objeto parcial, se vuelve para el psicoanálisis necesario, pero no suficiente para la conformación definitiva de la personalidad y el establecimiento de

relaciones *normales* con los otros. Si se permanece en la parcialidad, se quedará el sujeto a un costado de la normalidad prefijada por la totalidad.

Se ha hablado de “permanecer” y de “regresar”; dos formas de nombrar dos conceptos psicoanalíticos que se explicarán a continuación.

La *permanencia* alude al problema de la **fijación libidinal**, así como el regresar alude a su acción, **la regresión libidinal**. Al respecto, Kilborne (1998) explica que durante el desarrollo de su teoría, Freud cambió su orientación conceptual en varias ocasiones, pero que, no obstante, en las *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis* (1916-1917), se presentará más claramente la definición de éstas. En el contexto de las organizaciones pregenitales, la **fijación** alude a aquel proceso que genera que la libido se adhiera fuertemente a un fin, un objeto libidinal parcial o a la estructura de la actividad característica de una determinada fase (Laplanche & Pontalis, 1999). En relación a ésta, Freud señala:

Juzgamos posible, respecto de cada aspiración sexual separada, que partes de ella queden retrasadas en estadios anteriores del desarrollo, por más que otras puedan haber alcanzado la meta última. Advierten ustedes que nos representamos a cada una de estas aspiraciones como una corriente continuada desde el comienzo de la vida, que descomponemos, en oleadas separadas y sucesivas. Es justa la impresión de ustedes en cuanto a que estas representaciones han menester de ulterior aclaración. Pero este intento nos llevaría demasiado lejos. Permítanme añadir todavía que una demora así de una aspiración parcial en una etapa anterior debe llamarse *fijación* (a saber, de la pulsión). (Freud, 1916-7/2008d)

También en el contexto de las *Conferencias*, Freud advierte la existencia del mecanismo de la **regresión**, y la describe como otro peligro para el desarrollo, y dice

relación con el hecho de que en el contexto del desarrollo de la libido: “(...) fácilmente las partes que ya han avanzado pueden revertir, en un movimiento de retroceso, hasta una de esas etapas anteriores; a esto lo llamamos *regresión*” (Freud, 1917/2008d p.310)

La regresión tendrá lugar cuando la pulsión, en el ejercicio de su función, tropiece con obstáculos externos importantes en la forma más tardía o de nivel evolutivo superior. (Freud, 1917/2008d). Esto plantea el problema de la interdependencia entre los procesos de fijación y regresión. Así, mientras más fuerte sean las fijaciones en el desarrollo, más la función va a esquivar las dificultades externas por medio de una regresión hasta dichas fijaciones. Se distinguen dos tipos de regresión, aquellas que suponen un retroceso a los primeros objetos investidos por la libido (de naturaleza incestuosa), y las que suponen un retroceso de toda la organización sexual a estados anteriores. Como un punto adicional, Freud refiere que no hay que considerar que la regresión sea un proceso exclusivamente psíquico, puesto que el factor orgánico es el que más destaca en ella. No obstante, no aclara particularmente la naturaleza de este tipo de proceso.

Fijación y regresión serán fundamentales para comprender la producción de síntomas neuróticos. Freud señala: “Ello les proporcionará un apoyo seguro en el problema de la causación de las neurosis, en el problema de la etiología de las neurosis (...)” (Freud, 1917/2008a, p. 311).

En este apartado se hará referencia al problema de las neurosis de transferencia, que conllevan sobre todo el segundo tipo de regresión.

En la **histeria**, como se ha mencionado, una regresión tendría lugar respecto del primado genital. No obstante, Freud refiere que lo que se pone en juego en esta neurosis,

no es una regresión como la descrita en el segundo tipo, sino que tiene directa relación con la **represión**, desde un punto de vista tópico y dinámico. Así, Freud indica:

La unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales se ha cumplido, pero sus resultados chocan con la resistencia del sistema preconciente enlazado con la conciencia. La organización genital rige entonces para el inconciente, mas no de igual modo para el preconciente; y esta repulsa de parte del preconciente produce un cuadro que presenta ciertas analogías con el estadio anterior al del primado genital. (Freud, 1923/2010g p.313)

Dicho lo anterior, Freud recalca que, si bien la regresión a un estadio anterior falta en la histeria, es lo más llamativo para la **neurosis obsesiva**. En ésta la regresión sería hacia la organización pregenital **anal**, respecto de su componente sádico, tan propio de la clínica del obsesivo. En la producción de esta enfermedad, no obstante, participa también la represión, con respecto a lo que Freud refiere que no hay posibilidad de neurosis sin la conjugación entre represión y regresión. Aclara entonces, que si la represión falta, se está en el campo de la **perversión**.

De este modo se aprecia que la neurosis obsesiva no sería propiamente tal una falla en las operaciones de abyección, sino más bien una concentración libidinal por regresión en un estadio que no implica la totalización genital. En este sentido, es fundamental recordar la lógica de la unificación y la parcialidad, puesto que la neurosis implica un retorno a lo parcial que mantiene al sujeto en un padecer conflictivo, susceptible sin embargo al trabajo analítico, puesto que la regresión no sería previa a la dinámica del establecimiento de lo sexual, y además porque se conjuga con la represión, la que ha de ser trabajada en este escenario de encuentro entre analista y analizante.

No obstante, en este sitio, hay que despejar niveles. Aquello que vienen a abyectar la represiones primordiales que sucede con la economía de cada una de las organizaciones pregenitales **no corresponde a las modalidades de goce**. No significa que lo oral sea un abyecto, que lo anal o lo fálico sean abyectos, aquello que se abyecta es el **régimen parcial exclusivo y autoerótico de la pulsión**. En este sentido, al final de esta investigación se hará una reflexión acerca de la complejidad para Freud de concebir un cuerpo múltiple.

El cuerpo de Freud respecto de lo genital, se asemeja a un cuerpo que ha sufrido un proceso de “alisado” de material. No ha de quedar resto de parcialidad que no pueda ser reintegrada, puesto que caerá bajo la categoría de *perversión*, la que en la obra freudiana se vincula una particular condición de la libido, su “viscosidad”, su capacidad de adherencia a los goces parciales, los que se autonomizan y se rebelan respecto de la totalización del cuerpo de la genitalidad. Asimismo, la perversión implica una relación particular a la ley que implica el mecanismo de la desmentida de la castración (1927), operación que abyecta por excelencia. El modelo de funcionamiento del fetiche, excluye cualquier posibilidad de un encuentro *normal* con la alteridad, es decir, impide el sometimiento a los fines reproductivos que, desde el siglo XIX hasta nuestros días, suele exigirse a los cuerpos.

La perversión es un concepto que se toma desde las clasificaciones psicopatológicas de la época, particularmente de Krafft- Ebing, quien en su obra “Psychopathia sexualis” ofrecerá un abanico de conductas perversas que se incorporan en el terreno de los problemas psicopatológicos y sexológicos de la época. En la primera

versión *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), existiría una concepción de pulsión a la base que no la orientaría a fines y que logra sacar a la perversión de una categoría identitaria como lo era en la psiquiatría de la época (Van Haute, 2017). Sin embargo, posteriormente se reproduce una lógica evolutiva y normativa (más bien, normalizadora) que ha de signar campos que necesariamente quedarán fuera del cuadro sexual normal, acabado y completo al que se aspira.

Señala Van Haute (2017) que en las ediciones posteriores de los *Tres ensayos de teoría sexual*, la sexualidad comienza a comprenderse de otra forma, y declara que los placeres parciales son sometidos a una *norma heterosexual* que determinará su significación y agrega una dimensión de valor en ella.

La introducción del Complejo de Edipo en los *Tres ensayos*, a juicio de este autor, incorpora las perversiones nuevamente en un cuadro casi identitario de una síntesis inacabada en el terreno de una genitalidad propiamente heterosexual. Indica también que la incorporación, en 1927, del mecanismo de la desmentida y la lógica del fetiche, viene a oscurecer más el panorama, orientando hacia el destino de la **patologización**: “Las perversiones se convierten de nuevo en identidades específicas, tal como lo eran en la psiquiatría y la sexología clásica” (Van Haute, 2017 p. 64)

Una lógica de síntesis se impone paradójicamente en el discurso que promueve la ruptura, la lisis. Una unificación del placer, un refinamiento de los goces, una circunscripción corporal que finalmente se pierde buscando siempre un fin funcional y coherente a la evolución de la especie. Tendencia conservadora del lugar de enunciación freudiana.

Sin embargo, la castración en tanto operación unificadora, tiene también un límite, declarado por Freud en “*Análisis terminable e interminable*” (1937) al que se hará mención en el trabajo del “*cuerpo de la diferencia sexual*”.

No obstante, la castración goza de un lugar privilegiado en la obra freudiana como una operación clave y necesaria para unificar no solamente goces, sino que para ordenar cuerpos, binarios, que se sostienen sobre una estructura universal, el Edipo, que inaugura el tercer cuerpo a discutir, a saber el cuerpo de la diferencia sexual.

Cuerpo de la diferencia sexual

Ordenamiento de los cuerpos. ¿Dos cuerpos?

Como ya se señaló, niño y niña transitan de manera diferente por el Edipo. El niño al encontrarse con la diferencia sexual, echa a andar una maquinaria de prejuicios y atribuciones. Se horroriza, luego piensa: “A ella le va a crecer”; “A ella se lo cortaron”. Por el contrario, la niña, envidia en el acto y quiere tenerlo. Cuando Freud alude a lo femenino, se evidencia que no logra ser inteligible para él, puesto que la mujer, como se verá más adelante al hacer referencia al trabajo de Luce Irigaray: “*No tiene nada que (dar a) ver*”. Permanece entonces el hombre situado en el lado de la claridad, la posesión, la erección y la verticalidad. El cuerpo femenino resulta ser aquel que produce terror y que tanto a nivel de la posición freudiana, como respecto al contenido de su teorización, ha de ser alejado de las explicaciones científicas. Lo femenino es expulsado de la matriz de inteligibilidad sexual, puesto que los agujeros no pueden ser codificables.

Ahora bien, en el presente capítulo, se homologará “*cuerpo de la diferencia sexual*” a “*cuerpo masculino*”. Éste es el cuerpo ideal de la diferencia, al cual (imaginariamente) no le falta nada. Es el cuerpo que encarna el asidero fálico, parámetro desde donde ha de medirse el otro cuerpo. Abyecto que es expulsado del discurso de la unificación, ahí donde el punto de fuga fálico define original y falla, no obstante, abyecto necesario, puesto que si no existiese la ausencia de pene en la mujer, el hombre no podría realizar su virilidad (Guyomard, 2009).

A diferencia de los destinos anteriores de lo abyecto, que amenazaban la estructura yoica- genital en su aparición, lo femenino representa para el cuerpo masculino, en primer lugar, un horror, en segundo lugar, paradójicamente la prueba de su angustia y la vez el aseguramiento de su virilidad, y en tercer lugar, un enigma que incluso se repite sintomáticamente en la teoría freudiana, siendo la mujer desterrada al *continente negro* o enviada a ser comprendida por los poetas o por analistas mujeres.

Lo femenino queda en el lugar de lo abyecto en la obra freudiana, puesto que horroriza y angustia, porque queda fuera del plano de la simbolización y se le sitúa en el lugar de enigma, desde donde su existencia se reduce a ser el negativo de un cuerpo masculino completo que sí tiene una cartografía corporal definida.

Para poder reflexionar sobre el cuerpo de la diferencia sexual, en el presente capítulo se realizará el recorrido a partir de lo abyecto, lo femenino, iniciando en la fase fálica, para luego continuar con el Complejo de Edipo y la feminidad; haciendo énfasis en la operación principal de abyección: la castración y operaciones secundarias de abyección (a nivel teórico), a las que se denominará en esta investigación: “oscurecimiento”, “mistificación” y “normalización”.

La fase fálica, la prehistoria del Edipo femenino y la castración consumada

En ella también ha de desplegarse el universal Edípico con tal potencia que nunca se le abandona. La configuración pulsional que sostiene este escenario es la fase fálica, donde la oposición que se conoce es fálico/castrado, estableciéndose en base a la visibilidad un primado del falo, convertido en un punto cardinal donde se concentra el

goce masturbatorio, cumpliendo en la niña el clítoris dicha función, operando como un pequeño pene (Freud, 1925/2010a).

La primacía de lo fálico remite directamente a las *Teorías sexuales infantiles*, especialmente a la *Teoría de la atribución universal* ya explicada previamente.

Cabe destacar que la hipótesis freudiana señala en primer lugar que la libido es idéntica en los dos sexos, masculina. El ingreso a la fase fálica sitúa a la niña en un lugar masculino, afirmando Freud *que la niña es como un pequeño varón*. Luce Irigaray (1974/2007), comenta sobre las implicancias de esta afirmación:

“Luego debemos admitir que, EN ESE MOMENTO, LA NIÑA ES UN HOMBRECITO. ¡Un hombrecito que deberá sufrir una evolución más penosa y más complicada que la del niño para convertirse en una mujer normal!...Un hombrecito con un pene más pequeño. Un hombrecito en desventaja (...) Un hombrecito más narcisista en virtud de la mediocridad de sus órganos genitales (?) Más pudoroso, pues se avergüenza de esta comparación desfavorable. Más envidioso y celoso, pues peor dotado” (Irigaray, 2007 p.25)

Un pene pequeño que intenta devenir en pequeña potencia. Mas ella está igualmente en desventaja y su sexualidad se elabora en función de referentes fálicos, puesto que ella desconoce la vagina y además deberá reconocer que el poder fálico del otro mayor y mejor que el propio.

La opacidad y desconocimiento temprano de la vagina, ingresa pronto al debate psicoanalítico, ya que se pone en cuestión por parte de diversos analistas, en su mayoría, mujeres, como Karen Horney, Melanie Klein y Ernest Jones, entre otros, quienes argumentan que en la mujer sí habría sensaciones vaginales tempranas, existiendo para

ellos entonces, una feminidad primaria, lo que traerá consigo importantes diferencias a la hora de escuchar el padecer femenino y sus procesos de sexuación.

Una pregunta transversal en el debate analítico de la época, refiere al problema de la castración en la mujer, operación (de abyección) ubicada en un tiempo distinto al del varón. Ella ingresa al Edipo por castración consumada y él sepulta el Edipo en base a la angustia de castración.

Para poder comprender el estatuto de la castración en la mujer, se vuelve necesario revisar el *Complejo de Edipo femenino*.

En “*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*”(1925), Freud manifiesta que el Edipo sería discernible con seguridad en el varón, razón por la cual inicia la presentación con éste. Alude así a la prehistoria común entre niña y niño en la que existe un quehacer masturbatorio (pene, clítoris) y además se tendría a la madre como objeto de amor. El resto del proceso masculino ya ha sido descrito, por este motivo en este momento se realizará el recorrido por las hipótesis freudianas en torno a la mujer.

La relación a la madre en la prehistoria del Edipo es fundamental y ha sido trabajada tanto por Freud y postfreudianos. Tal es su significación, que en “*Sobre la sexualidad femenina*” (1931), Freud compara la intelección de ésta al descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega.

Este lazo tendría las características de las organizaciones pregenitales ya mencionadas (oral, anal y fálica) y corresponde a un terreno donde se edificará la subjetividad humana, puesto que organiza la primera relación de alteridad encarnada en

la madre, pasional e intensa. Respecto a mujer, este vínculo será fundamental para una transmisión que le permita encontrar los bordes de su cuerpo, para luego poder prepararse para el Edipo, separarse de la madre e ir al encuentro y relación deseante con el otro (sexo) (Mitchell, 1982, p. 109)

La ligazón- madre es la que debe “irse al fundamento” para poder dar paso a lo que Freud llamará la *feminidad normal*. Es en este escenario donde entra en juego un mecanismo crucial para el devenir de la feminidad en Freud: la “*envidia del pene*”

Este *sentimiento*, hito y reacción crucial para el devenir de la feminidad en Freud, ha sido fruto de amplia discordia al interior del mismo psicoanálisis y también para otras posiciones o discursos, como el feminista, y hoy en día las teorizaciones de género y queer.

Freud menciona la “*envidia del pene*” por primera vez en “*Tres ensayos de Teoría sexual*” (Freud, 1933/2010) y en el artículo “*Teorías sexuales infantiles*” (1908), pareciendo ser admitido como tal en la mención que hace Freud de él en “*Introducción del Narcisismo*”(1914) para dar cuenta del la manifestación del complejo de castración en la niña.

Será entonces en 1925 cuando comienza a desglosar el Complejo de Edipo femenino. De esta manera, indicará el trazado de un camino que inicia cuando ella, al ver el órgano de otro niño, lo piensa como el correspondiente superior del órgano propio y cae víctima de esta envidia: “En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso sabe que no lo tiene y quiere tenerlo” (Freud, 1925/2010a p.271)

Luego, la niña culpa a la madre por no haberla traído dotada de pene. Al respecto, Juliette Mitchell (1974) comenta:

El ingreso de la niña en su ‘destino’ femenino se caracterizará por la hostilidad hacia la madre, en base a su fracaso en hacer de ella un niño. Se trata de un ingreso marcado por la envidia del pene que a su vez debe ser reprimida o transformada. (p.109)

La envidia del pene dejará huellas imborrables en el desarrollo y carácter de la niña. En el caso más favorable, no se superará sin un serio gasto psíquico (Freud, 1933/2010).

La Real Academia Española define el verbo ‘superar’ como “*Vencer obstáculos o dificultades*” (Real Academia Española, 2020 def. 2), en este caso estos escollos son los que acarrea el Complejo de Castración en la mujer. Ella, además de reconocer su castración en tanto premisa, tendrá al mismo tiempo otra reacción, se *resuelve* contra dicha situación desagradable. A partir de este lugar, se esbozan tres orientaciones, destinos:

1) Inhibición de la sexualidad: ella se horroriza por su minusvalía anatómica y se aleja de toda sexualidad en general. Niega entrar así en cualquier tipo de rivalidad con el varón, y no anidará en ella la envidia del pene. Una catástrofe de la vida erótica.

Gerard Pommier (1993) señala en su libro “*La excepción femenina*” que la asociación correspondiente a esta orientación es que ha de eliminarse toda relación al goce fálico en la ecuación, no tengo pene, luego, no tengo falo. (No pene= No falo)

- 2) **Complejo de Masculinidad:** El cual Freud menciona como una bifurcación que viene directamente de la envidia del pene; y en el caso que la niña no logre superarlo, le acarrearán obstáculos en el desarrollo normal hacia la femineidad (Freud, 1933/2010b). Esta reacción consiste en obstinarse a creer que un día ella podría poseer un pene tan grande como el del varón y ser semejante a los hombres. Esto implicaría el mantenimiento de una masculinidad donde el falo es confundido con la presencia de pene en la ecuación Falo= Pene (Pommier, 1986).
- 3) **Devenir normal de la femineidad:** Esta es la reacción que Freud va a calificar como “normal” y en una actitud femenina, y va a caracterizarse por cambios importantes, que van a dar cuenta que ella ha logrado establecer una diferencia entre pene y falo (Pene ≠ Falo). Esto conlleva tres movimientos cardinales.
- a) **Cambio de objeto de amor:** Ella va a alejarse de la madre con desprecio. Y se dirigirá al padre, quien podría potencialmente responder a su deseo de tenerlo. Se inicia de este modo el Complejo de Edipo en la mujer, que persistirá a lo largo de toda su vida (Freud, 1933/2010b).
- b) **Cambio de la zona erógena rectora:** Tarea que ya había sido descrita por Freud al referirse a la diferencia sexual en la Carta 74 (1897/2001b) cuando señala que la diferencia rectora se instala en la pubertad, donde la mujer ha de sepultar la zona que en el varón subsiste.
- En 1925, Freud refiere que el descubrimiento de la inferioridad del clítoris es el más importante de todos. No obstante, se debe mencionar que hasta el descubrimiento de la castración materna, éste mantiene su supremacía

erógena. No obstante, luego de esta el clítoris cede su lugar a la vagina, en tanto zona que ha de descubrirse e irse invistiendo progresivamente, a fin de apartarse de la masculinidad.

- c) **Desplazamiento de la libido a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo:** En este momento la niña “resigna el deseo de pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor” (Freud, 1925/2010e, pp. 274).

Es en este tiempo en el que la madre pasará a ser objeto de celos y entonces la niña *devendrá pequeña mujer* (Íbid. P. 274) .

Ha ingresado la niña al Edipo femenino. Al respecto, Freud menciona ciertas particularidades de éste, siendo la primera el hecho de que la mujer *no sale del Edipo*, sino que llega a él como a un puerto, en palabras de Freud:

El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo del complejo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. (Freud, 1933/2010a p.120)

Cabe destacar además que Freud va a señalar que el superyó femenino, debido a que la mujer no sepulta el Edipo, será más laxo que el del varón.

A partir de lo anterior, puede pensarse cómo la niña va a quedar sometida al imperio de la mirada de los genitales del otro sexo para poder descubrir que ella no posee un atributo tan valorado. Ella no podrá conocer el interior de sus cavidades y por lo tanto quedará definida y situada como un abyecto negativo respecto de la plenitud corporal imaginaria masculina y la potencia simbólica de la cual goza. Debido a que esto será uno de los ejes de la reflexión posterior sobre la abyección de lo femenino, parece

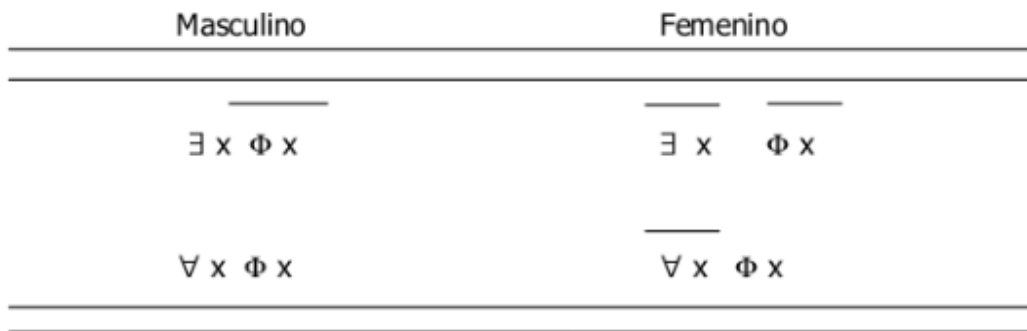
fundamental señalar un complemento teórico a la teoría del Edipo freudiano, que pretendiendo desnaturalizar la diferencia sexual, acerca aún más a la problemática de la abyección. Hablamos de los *Esquemas de la sexuación*.

Los esquemas de la sexuación y el lugar de la mujer como posibilidad de realización del fantasma masculino

A fin de poder abordar la cuestión de la diferencia sexual como un posicionamiento no complementario entre ambos sexos, y dirigida por la relación al significante fálico, Lacan va a proponer las “fórmulas de las sexuación”, donde se parte de la premisa que “el falo señala lo que falta, aquello que funda la deuda primordial del neurótico, que castrado, se ve impulsado a la búsqueda del otro, objeto imposible” (Fliman & Ortúzar, 1995 p.61).

De este modo, Lacan va a explicar este proceso a través del recurso a la lógica de conjuntos donde se daría cuenta del proceso de adquirir una posición sexuada.

En el siguiente gráfico, es posible apreciar la parte superior de los esquemas:



Por parte del lado masculino, la proposición particular negativa (superior izquierda), viene a dar cuenta de que existe al menos uno que va a escapar de la función fálica, es decir, que no está castrado. Éste, el *Urvater*, puede gozar de todas las mujeres y nadie puede tener sus privilegios, lo que determinará entonces un rasgo común entre los hombres. *No existe ninguno que no escape a la castración.*

Así, se instituye la proposición universal afirmativa, que sostiene que todos los hombres están sometidos a la función fálica, universalidad fundada sobre un límite que será su excepción.

Dicha proposición universal afirmativa (inferior izquierda) refiere entonces que, para todo hombre, operará la castración, estando todos los hombres en potencia de ésta o igualmente castrados (Tendlarz, 2002).

Respecto al órgano masculino, es posible señalar que el hombre vive su órgano como si fuese un don, un símbolo de virilidad, que adquiere vida propia, y aunque le fue permitido tenerlo, no le fue permitido su control, ya que éste depende de otro lugar, al cual de alguna manera se paga a través de esta devoción. Así, el en posición masculina, podrá heredar la potencia paterna en tanto limite su deseo incestuoso. No obstante, esto va a significar, la simbolización de su referente y perder la relación directa con su propio cuerpo (Fliman & Ortúzar, 1995).

En el plano de la imagen corporal, él afirma que es no faltante, esto es, que no está castrado, poseyendo además la potencia. “Esta afirmación se revela en su discurso como un engaño, pues un hombre desea; y si desea, es faltante, pues perdió su cuerpo al intentar

escapar imaginariamente de la castración simbólica, apostando su pene como su valor” (Lacan, 1972, en Fliman et al. 1995).

Lo anterior viene a quedar inscrito como una deuda en lo simbólico, que deja al hombre desprovisto del completo dominio de su cuerpo, el cual finalmente no le pertenece, entonces, buscará un cuerpo que le devuelva el propio, el cual podrá tomar y hacer gozar en virtud de su propio deseo, búsqueda en la que se sitúa su encuentro con el otro sexo.

Ahora bien, respecto a la identidad sexual femenina, las fórmulas que la representan son las que se encuentran a la derecha del gráfico precedente. En estas ninguna expresa universalidad, sino que más bien imposibilidad.

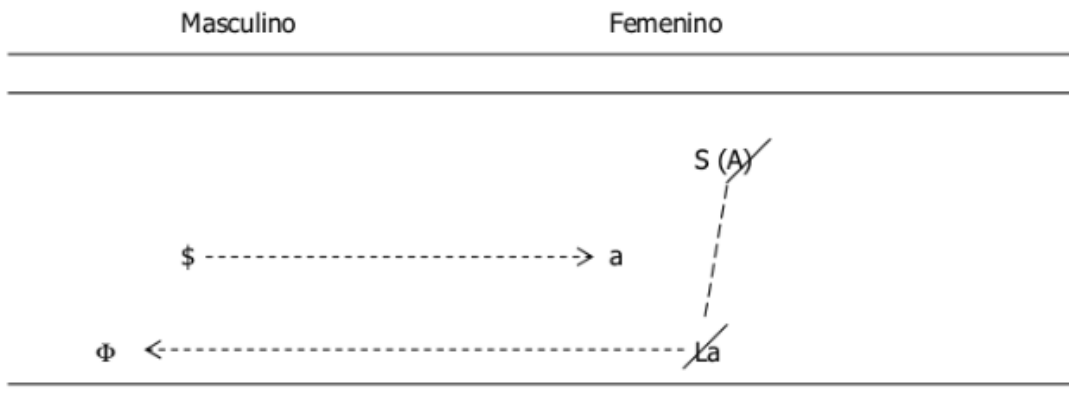
La proposición particular negativa señala “no hay una que escape a la castración”, porque si la mujer ya fue castrada, entonces todos (incluido el Padre) son castrados. De este modo, se puede señalar que desde la lógica de conjuntos éste, el de las mujeres, no se constituye como tal, porque no hay excepción que lo funde, quedando ella no-toda en función fálica, no toda castrada: “La falta de uno que diga que no a la función fálica produce el no todo de la mujer en relación a la función fálica, sin que por ello lo niegue” (Tendlarz, 2002, p. 133).

Puesto que no se puede configurar como conjunto, **no existe una expresión significativa para designar a las mujeres.**

En este escenario, la mujer con relación al falo, observa que en ella hay una privación, que pasa directamente por su cuerpo, existiendo un orificio que no puede hacer imagen de falo.

Bajo esta lógica, es posible afirmar que la castración femenina viene a tener un efecto privativo, en el marco de lo real del cuerpo, el que no podrá ser cubierto ni nombrado en su totalidad por ningún referente simbólico. Ella entonces, carece de todo referente fálico, no obstante, posee un referente de su falta que no puede simbolizarse, falla y abyección respecto del discurso que universalmente nombraría todas las cosas y abarcaría los goces.

Ahora bien, en referencia a la parte inferior de las fórmulas, que Lacan nombra como “Las identificaciones sexuales”, el siguiente gráfico ilustra lo que será desarrollado después:



Respecto a la forma de posicionarse como sujeto (\$) deseante, se puede decir lo siguiente: aquel imperativo paterno “*Así como el padre debes ser, así como el padre no te es licito ser*”, va a definir por una parte la prohibición del incesto, vale decir, la renuncia de tomar a la madre como objeto para tomar un sustituto representado en el esquema como *a*. En relación con este (objeto *a*), es el objeto causa del deseo y se constituye en la promesa del reencuentro.

Para el hombre, el imperativo del goce va a imponerle un límite e instala una orden, sustentar la potencia fálica, el derecho a desear. De esta manera, ubicado como como \$ (sujeto), va a intentar ser como el Padre, que desea a una mujer en el lugar de objeto a, perdido, que va a ser buscado por el hombre en lo imaginario, en relación al cuerpo ubicado del lado de la mujer.

“Para la feminidad, no tenerlo no está referido a lo que Freud llama “penisneid” o falta de pene; no está referido a la falta de órgano en realidad, que por lo demás puede ser caracterizado como teniendo valor simbólico fálico” (Lacôte, 1992, en Fliman y Ortúzar, 1995)

La desilusión de no tenerlo, así como de la castración materna, puede ser al mismo tiempo la causa de su deseo, ya que por el enfrentamiento con la falta, ella será como el hombre, sujeta a las leyes del deseo.

No obstante la mujer, en lugar de aferrarse a esta posición, afirmará la capacidad de realizar el fantasma masculino. De este modo, sabrá que su propia subjetividad tiene que ver con el cuerpo, con el objeto a, causa del deseo y será en ese lugar donde ella va a situarse.

La afirmación en relación con la no existencia de un significante para designar al conjunto de las mujeres (\mathcal{L}_a), implica la renuncia no-toda a la referencia fálica, quedando ella situada en un lugar donde no se haría posible un discurso femenino, que provenga de ella y pueda entonces decirla, no obstante el no-toda refiere a que ella debe en algún punto asirse al lugar fálico, haciendo imagen a su encarnación en su cuerpo.

En relación a este punto, Lacan señala:

Cuando escribo $\forall x \Phi x$, esta función inédita en que la negación afecta al cuantor que ha de leerse no- todo, quiere decir que cuando se funda por ello

como no-todo, al ubicarse en la función fálica. Eso define a la... ¿a la qué? – a la mujer justamente, con tal de no olvidar que La mujer sólo puede escribirse tachando La. No hay La mujer puesto que- ya antes me permití el término, por qué tener reparos ahora- por esencia ella no toda es (Lacan, 1972/1990 p.89)

Bajo esta forma lógica de escritura de las leyes del lenguaje, no se concibe identificación sexual (que implique el destino anatómico) sin una dependencia al Otro, el cual es designado en los esquemas como A.

Este lugar (\bar{A}) , se designa con una barra en tanto que el lenguaje instaura precisamente aquella dimensión que no puede ser simbolizada, que se escapa, lo que decanta en que el Otro no está del todo referido al campo de la palabra, fundándose un resto del cual no puede decirse nada, que está más allá de la palabra ($S(\bar{A})$).

El situarse como a, es una posición que esconde el deseo de una mujer para dejar al hombre su derecho deseante. Por el hecho de referirse a Φ , una mujer, desea, pero desea ser deseada, ser causa del deseo, apare-ser Φ , esto es lo que se llama la función de *la mascarada femenina*, entendida en el sentido de un velamiento. Ella se recubre, se viste de lo que no puede ser dicho y se hace brillar para alcanzar aquellos atributos fálicos que podrán seducir al hombre. En relación con esto, Mariana Fagalde señala:

“Los signos de la femineidad ocupan el lugar de una ausencia de rasgos de identificación, y bajo su máscara, nada es identificado. Se trata de ropajes inesenciales que bordean un agujero.” (Fagalde, 2000 p.80)

El velo de la mascarada en su quehacer tendrá un carácter de vaivén en eterna renovación, en una posición que denota una relación entre ser y no ser el objeto en tanto ilusión- en su referencia fálica. El vínculo del velo con la castración es cardinal, puesto que el velamiento implica hacer ilusión de completud en el lugar de la falta; entonces, el

arte femenino consiste en aquel juego de “lograr ser elegida”, de capturar la mirada masculina, que la hace su objeto de deseo.

El vaivén antes mencionado, se relaciona en el no toda fálica planteado por Lacan, con la posibilidad que tiene la mujer de tener un goce no referido al falo, un goce otro, femenino y enigmático, incluso a veces para la misma mujer:

“Hay un goce de ella, de esa ella que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre, no les ocurre a todas.” (Lacan, 1972/1990 p.90)

De este modo, la mujer tendría dos modalidades de goce, el goce fálico y el goce femenino- Otro, goce que finalmente, en este caso más en Lacan que en Freud (aunque este último envíe a la comprensión de las mujeres a los poetas), opera en el sentido de la **mistificación de lo abyecto** frente a la lógica masculina del logos y la comprensibilidad.

En relación con lo anteriormente planteado, se puede apreciar que los esquemas de la sexuación permiten pensar el devenir femenina en una lógica que si bien otorga un lugar a la anatomía, destaca la primacía del significante en el posicionamiento femenino. No obstante, nuevamente queda ella situada a fuerza del *no*, en este caso del *no-toda*, sin posibilidad de nombrarla, de nombrarse.

En las páginas anteriores se ha apreciado que del lado del hombre, un cuerpo sexuado, total y completo se re-funda en la teoría freudiana a partir de una de sus partes. No ha de olvidarse que la niña siempre fue un varón. En relación a esto Monique Schneider (2011) comenta que la mujer no se define por privilegio corporal, sino que por aquello que, en la comparación con el cuerpo masculino, falta: el pene.

El cuerpo masculino en la diferencia de los sexos aparece como referente, paradigma de lo visible, de la erección y de la representación en el lenguaje. La certeza del varón post sepultamiento del Edipo es que se tiene un pene, lo que implicó sacrificar el amor por la madre. El cuerpo masculino está dotado de un órgano que podrá utilizar en el encuentro (hetero)sexual y gozar de y con él.

Sin acusar a Freud de misógino, sí puede señalarse que en la teoría freudiana sobre la diferencia sexual existe un sesgo. Se caería en el misma imaginarización que se denuncia, si se señalase que el sesgo corresponde al género del escritor, más aún cuando Freud estimuló el trabajo de analistas mujeres y su entrada al círculo psicoanalítico.

Bajo el alero de la hipótesis de investigación, se puede señalar que es el sesgo de la unificación, el orden y la jerarquía, que pudiese pensarse como un síntoma de la modernidad (*res cogitans* y *res extensa*, por ejemplo), y que permanece aún en varios de los desarrollos psicoanalíticos conservadores.

El cuerpo masculino, aunque Freud indique en su obra que siempre ha existido, es un neo producto luego de la amenaza y angustia de castración; es un modo de concebir al cuerpo más tranquilo porque su decisión narcisista le permitió al hombre las virtudes de gozar de las propiedades de su potencia y de la diferencia. El problema no es que exista diferencia sexual, sino que los usos binarios que de ésta pueden derivarse, donde el cuerpo masculino tiene la posibilidad de hacer el conjunto justo ahí donde - en términos lacanianos – hubo uno que no fue sometido a la lógica de la castración. Ahí donde todos tienen algo que podrían perder (o conservar), siendo necesariamente abyectada quien no

comparte la posibilidad del don, es decir, aquel cuerpo que encuentra en sí tardíamente un orificio.

Ahora, lo que es importante para la presente investigación es la lógica de producción de este cuerpo, que ya se ha apreciado en el apartado del Edipo del varón. El dispositivo o máquina edípica recibe una materia prima previa a la mirada del otro sexo, que se pensará en tanto materia corporal inscrita en un mundo de similitudes y atribuciones. Es un cuerpo que goza autoeróticamente de distintas formas de parcialidad, sin embargo, la parcialidad del falo – amenazada ya sin saberlo- es la que sucumbe a la vista de los genitales del otro. *¿Qué se produce aquí desde el lado del hombre?*

Se imaginará una secuencia temporal. La vista de la no posesión de pene produce en primer lugar un proceso de pensamiento y la apelación a un fantasma de atribución universal (Irigaray, 2007). El cuerpo previo a la máquina edípica es un cuerpo que sostiene la creencia de que todos poseen falo, pero por sobre todo, la creencia de una madre fálica. Su capacidad de pensamiento y reflexividad lo lleva retroactivamente a imaginar en el cuerpo de la mujer, el efecto de un castigo que él mismo podría virtualmente sufrir. La mujer siempre estará en falta, ya que “se lo cortaron y no va a crecer”. Ella está desprovista de pene y eso es para el hombre una consecuencia de la castración.

Aceptando la castración materna y eligiendo su pene, el cuerpo masculino queda situado a salvo desde la potencia, que será un prisma para la búsqueda de sustitutos de la madre que ha de buscar en quien lo desee. Se admite por el momento entonces que el

cuerpo masculino es un cuerpo con posibilidades y derecho a elegir. Que su elección sea narcisista es otra cosa.

El cuerpo femenino, como ya se ha mencionado, es un cuerpo abyectado por la máquina edípica y la operación de la castración, la misma máquina que habilitó a un hombre con potencia y derecho a elección, ahora habilita a un cuerpo femenino que vino castrado desde siempre y que quedaría destinada a envidiarlo. Desde aquí parten premisas que otorgan ciertas funciones a este abyecto como un constitutivo permanente de la seguridad e integridad imaginaria del cuerpo masculino. A esto se hará mención en el siguiente apartado, en el que se trabajará el Edipo femenino y el cuerpo abyecto de mujer.

Lo abyecto del cuerpo femenino que asegura al hombre su posesión narcisista.

Ya habiendo realizado un recorrido por los planteamientos freudianos y lacanianos acerca de la diferencia sexual y el Complejo de Edipo femenino, se ha afirmado que el cuerpo de la mujer sería un producto abyecto del dispositivo edípico en términos del ordenamiento de los cuerpos. *¿Por qué ha de nombrársele como un abyecto?*

Para Kristeva lo abyecto implica el rechazo y una acción de exclusión radical, donde lo excluido tiene una fuerza tremenda de atracción (Kristeva, 2006). En esta línea, es posible señalar que la comprensión freudiana de lo femenino como un continente negro, como oscuridad y la puesta en relieve de la dimensión de la visión, situará al ojo como aquello que decide lo que es cierto claramente y lo que no lo es.

Esta idea aparece con fuerza en la teorización de la psicoanalista Luce Irigaray, quien toma la metáfora del espejo, nombre con el que titula su tesis doctoral, la cual

publica, para ilustrar -con la figura de este instrumento con que el ginecólogo puede ver el interior de la mujer- cómo la mirada (falocéntrica) va a ser la que ingresará a las cavidades uterinas (femeninas) para dar cuenta de lo que (no) ve en una abyección que la sostiene fuera de su propio centro (Irigaray, 1997).

Se ha escogido trabajar la posición de Irigaray, puesto que ella ha denunciado la tendencia freudiana a concebir el cuerpo femenino bajo la lógica de la mimesis (o lógica de lo mismo, en palabras de Irigaray), en la cual, la mujer sería una especie de hombre que deviene ‘hombre sin algunos atributos’ y sin la posibilidad de (re)presentarse. Eterno abyecto de la economía de la representación. Eterno residuo que no puede abarcarse y que sin embargo existe, pulsa y hace temblar con su ausencia, la certeza de quien sí lo posee.

Irigaray (1974) pondrá en tensión la fase fálica freudiana respecto a la lógica de lo idéntico, y señala que ésta sería una pretensión de modelo normal del desarrollo femenino en torno al falo, significante masculino por excelencia, estableciendo la pregunta (ya planteada por coetáneas a Freud como Karen Horney, por ejemplo, o coetáneas a Lacan, como F. Doltó) acerca de por qué no se habla de una fase del desarrollo libidinal vulvar, vaginal o uterina referida a la sexualidad femenina.

Como ya se ha mencionado, según Freud, en la fase fálica la niña buscaría un equivalente del pene, y lo encuentra en el clítoris, zona erógena principal, mientras la vagina permanece desconocida. Irigaray pone en jaque esta hipótesis a través de las siguientes preguntas:

¿Por qué quiere Freud, contra toda verosimilitud, que la masturbación de la niña se centre exclusivamente en el clítoris? (...)¿Por qué llamar estadio ‘fálico’ en la niña a un momento en el que el descubrimiento de su sensibilidad erógena es, o sería, tan parcial, tan pobre? ¿Por qué hay que amputar ciertas partes y no forzosamente las menos erotizables, de los órganos genitales femeninos y no retener sino aquellas que tienen, o tendrían, su correlato, su razón de ser en el sexo masculino o, mejor aún, aquellas que correspondan a la representación que el hombre tenga del deseo sexual? (Irigaray, 2007 p.160)

Esta pregunta de orden reivindicativa lo que realiza es denunciar el primer nivel de abyección ya planteado: **la mujer ha sido descentrada**, para ser mirada por un lente que no le es propio y que más encima le exige ser una copia con “amputaciones” de un cuerpo ideal- masculino, siendo el **cuerpo femenino falicizado por el discurso analítico**: ella debe seguirse a la norma del falo y obtener su placer y goce en relación a éste. La envidia del pene responde a esta lógica. Su envidia la excluye del sistema de representación.

Es este concepto de envidia del pene, bajo el cual Freud afirma la dialéctica del devenir femenina y desde donde esta investigación se afirma justamente su abyección. Tanto Michelle Montrelay (1980) como Irigaray (1974) señalan que la envidia del pene procedería de la omnipotencia de la mirada falocéntrica. En relación a lo anterior , Irigaray (1974/2007) comenta:

“¿Procederá de aquí la envidia de la omnipotencia de esta mirada, de este saber? Omnipotencia sobre el sexo. ¿Envidia, celos del ojo-pene, de la mirada fálica? La que puede ver que yo no lo tengo, decidirlo en un abrir y cerrar de ojos. Yo, sin embargo, no veré si lo tiene. ¿Tiene algo más que yo? Pero él se encargará de hacérmelo saber. ¿Castración desplazada? Lo que está en juego sería, desde el primer momento, la mirada” (p. 267)

La niña entonces, no tendría nada que dar a ver, exponiendo así la posibilidad de un *nada que ver*, esto al menos referido al pene o a algún sustituto posible de éste. “Nada” donde la mirada fálica hegemoniza el campo de la diferencia, “nada” que en otras condiciones podría haber invitado a una nueva posibilidad de economía libidinal diferente y desconocida en la práctica y discurso sobre la libido.

De este modo, la castración consiste en la mujer en un “nada” que ofrecer a la vista, en no tener “nada de pene” en el cuerpo y ver que (no) tiene nada, en la lógica de lo mismo, “nada” que sea lo mismo que el hombre, y de esta manera, nada que le asegure su realidad y la reproducción de su verdad.

Desde aquí, la humillación sufrida no puede llevarla si no, en la dialéctica de la comparación imaginaria, a la envidia del pene, la que refiere la autora, según Freud, sería indispensable para convertirse en una mujer normal.

A la mujer no le sería fácil el hecho de su nada... ella esperaría encontrarse algún día provista de un pene. Desde la crítica de Irigaray (1974/2007), esto significaría que la niña no intentará simbolizar lo relacionado con esa “nada” que ver:

Tampoco en este caso existiría ninguna economía de la representación de su realidad sexual para/por la mujer. Queda ésta, por tanto, en el desamparo de su falta de, defecto de, envidia de, que la conducen a someterse, a dejarse prescribir unívocamente por el deseo, el discurso, la ley sexuales del hombre.

Del padre en un primer momento” (p. 51)

Se insistirá en el problema de la visibilidad y la importancia de ésta en la lógica freudiana. En este marco, la visión de los genitales del otro sexo, es fundamental, para el complejo de castración en niño y niña. De esta manera, Freud establecería ciertos tiempos

en el mirar y sus reacciones. En el niño, el complejo de castración aparece luego del horror que le produce la constatación, ante la visión de los genitales femeninos, que el pene no forma necesariamente parte del cuerpo, entonces retroactivamente significa las amenazas proferidas durante su período de masturbación y viene el temor o angustia de que éstas se cumplan, angustia de castración.

En la niña en cambio, el complejo de castración también nace de la visión de los genitales masculinos, donde ha sido necesario que ella tenga el “mismo apetito de ver”, y que su despecho por carecer venga después del asombro y horror que provoca en el niño la extrañeza de aquello que es no-idéntico, de lo que no es identificable:

La ‘realidad’ de su castración significaría, en suma, para la niña, lo siguiente: vosotros, hombres, no veis en mí nada, ni sabéis nada, ni os encontráis a vosotros mismos en mí, no os reconocéis en mí. Y esto no podéis soportarlo. Luego, sencillamente, tal cosa no existe. Solo os falta que yo (ellas) acepte (mos) este hecho (Irigaray, 2007 p.52)

La niña ingresaría en el terreno del complejo de castración siendo un niño, y saldría abyectada con un cuerpo femenino. Si bien, ella daba la posibilidad ante la mirada masculina; en la intersección con su propia mirada, ella devuelve al hombre su imagen invertida, en el sentido de un reflejo como si fuese dado desde un espejo, invertida también en relación al revés del hombre. La posibilidad de tal nada que ver, es incontrolable para mirada y para la especula(riza)ción e intolerable para el hombre, ya que amenaza lo que él habría sublimado respecto a la masturbación y el autoerotismo, sublimación que la nada podría poner en peligro, amenazando su sistema y economía de representación y sentido, dominada por el falo.

La autora emprende una fuerte crítica a Freud y su implicancia en la teoría de la envidia del pene, señalando y explicitando el falocentrismo presente en el contexto de enunciación de ésta y en quien la enuncia.:

Cuando Freud resuelve este problema afirmando que la niña siempre fue un muchacho y que su feminidad se caracteriza por la 'envidia del pene', no cabe duda de que defiende su punto de vista de hombre y su deseo de perpetuar la homogeneidad sexual; pues la existencia de un no- sexo, de un sexo 'castrado' o la 'envidia del pene' no constituyen en modo alguno una heterogeneidad sexual, sino la representación de un tipo de negatividad que sostiene y confirma la homogeneidad del deseo masculino (Irigaray, 2007, p 67)

Ella en su cuerpo envidioso, calma, puesto que conseguiría disminuir la angustia de castración del hombre. Puesto que si el deseo de ella puede consignarse como envidia del pene, eso le asegura y aclara al hombre que en su cuerpo él lo tiene. Le reafirma su condición de molde, desde la visión desde aquel punto de fuga y de llegada. Esto da cuenta de la segunda propiedad de lo abyecto, es necesario para que el cuerpo (masculino en este caso) que se produce se afirme y persista en la existencia.

El cuerpo femenino entonces denota la carencia de falo y se sitúa como lo negativo en una dialéctica falocéntrica, más bien, falotrópica. Su cuerpo que no puede representarse, le devuelve al hombre su imagen potente, repitiéndolo. Señalará Irigaray que la mujer queda al margen de participar en la elaboración ni de su simbolización ni de sus intercambios.

A partir de lo anterior, se puede llevar a cabo una lectura más exhaustiva bajo las claves de la abyección en lo femenino, distinguiendo dos niveles de abyección, en primer

lugar, la abyección en la construcción teórica respecto de lo femenino y la abyección en el contenido de la teoría freudiana respecto de este modo de conceptualización de cuerpo.

La teoría freudiana ha enviado a la mujer a ser explicada por mujeres. De este modo, una perspectiva de género podría solucionar el asunto. ¿Qué significa este gesto? En primer lugar, y apelando a lo más concreto, la teoría freudiana señala que en su corpus no existen claves para poder incorporar el cuerpo femenino de una forma estructural, lo que significa un destino complejo para el lugar de la mujer en psicoanálisis, que ha sido blanco de críticas, a saber **la opacidad de lo femenino**. Lo femenino ha sido confinado al margen de la explicación, de la posibilidad de explicar la relación a sus orígenes y su propio destino.

La mujer de la tragedia, la mujer que recorrería el Edipo, no sería para Freud sino una mujer más cercana a la cabeza de Medusa, que paraliza al escritor, que horroriza su creatividad y que redobla un gesto patriarcal al situarla como un personaje teórico de segunda clase. Pilar Errázuriz (2012) refiere:

De manera que podemos asociar el pensamiento freudiano con la influencia de la época, en la elección del mito griego para ilustrarlo que, posiblemente, constituya una suerte de elección sexual de objeto en el varón. El carácter ahistórico y acrítico que envuelve la teoría hace de esta estructura deseante una consideración universal.(Errázuriz, 2012 p.128)

En este sentido la mujer, queda, igual que a nivel de los esquemas de la sexuación, fuera del universal y situada más del lado de lo imposible.

A nivel del contenido teórico, ¿Qué viene a hacer la mujer? Viene a ocupar el lugar que le corresponde. El mismo que le da a la mujer Freud en Tótem y Tabú, el lugar

de la hembra. Que la relega a un registro más animal y menos humanizante en términos pulsionales, perdiendo su derecho pleno a desear y en base a un paradigma de la visibilidad, permanece sin posibilidad de constituir un cuerpo, no quedando otra posibilidad que la eterna pregunta histórica *¿Qué es ser una mujer?* Aquella que además es leída como una imposibilidad insatisfecha de asirse adecuadamente al fantasma masculino, que ha de situarla como el objeto de su deseo y como aquella futura madre, que para compensar su carencia, ha de recibir el material genésico del hombre para poder preservar la especie. En relación a este tópico, también es posible tomar la crítica realizada por Pilar Errázuriz:

La maternidad, tan encomiada durante el siglo XIX como propia de la naturaleza de las mujeres —a ojos de los análisis decimonónicos, «la mujer antes que nada es madre», señala Christine Bard—, es interpretada por el psicoanálisis como consecuencia de la frustración femenina por ser mujer, carecer de pene y necesitar de la naturaleza una compensación por semejante inferioridad frente al varón. De modo que la maternidad no se considerará como deseo espontáneo de la mujer, sino desde una lectura de género, es decir, la maternidad como un valor frente a la jerarquía existente en el sistema sexo-género y un modo de colocarse en el lugar de sujeto activo de deseo. (Errázuriz, 2012p. 173)

La mujer queda, teóricamente también, del lado de la Medusa, quien va a perder la cabeza por ejercer su sexualidad, lo que por Freud es simbolizado como una castración. El derecho a lo sexual por parte de la mujer y la posibilidad de la pérdida representa para el hombre un horror, a lo que Pilar Errázuriz agrega, una eterna atracción por la belleza femenina. Para Kristeva, el revés de la abyección es precisamente la fascinación.

En la hipótesis de la envidia del pene, como ya lo señaló Irigaray, él se contempla bajo su imagen invertida.

Si bien, desde la presente investigación se afirma lo anteriormente señalado, a la vez se aclara que esto no tiene un *culpable*. No es culpa de Freud esta abyección, sino que responde a una época donde en cada uno de los que teorizan se pone de manifiesto un fragmento de la episteme que habitan.

Si bien no alude directamente al mismo tema, Michel Tort (2017) al hacer referencia a la crítica al modelo del padre, señala que el Discurso del Padre no vendría en ningún modo desde el psicoanálisis sino que se sostiene desde los orígenes del patriarcado hasta su versión actual. En este sentido, el patriarcado ha sido transversal en la definición y regulación de hombres y mujeres hasta nuestros días, tomando distintas figuras históricas. Bajo esta lógica, se puede afirmar que si se critica a la persona de Freud se cae en una *falacia ad-hominem*, en vez de poder rastrear las raíces socio-históricas de las relaciones que generaron las condiciones de producción del discurso, en este caso de la diferencia sexual.

Algo similar señala la feminista Gayle Rubin (1986), quien desde los estudios de género se sitúa desde un punto de vista crítico al psicoanálisis, refiere que éste ha realizado un aporte enorme en la identificación de formas de opresión sexual. Ella convoca al psicoanálisis actual a incorporarse en la reflexión y en la lucha contra la dominación respecto del género.

De este modo, finalmente, podría señalarse que es un hecho objetivo el hecho de que la mujer ha sido abyectada del campo del logos psicoanalítico en su escritura y

cuando se le escribe, se le otorga un lugar secundario que la situará en tanto negativo (casi fotográfico) imperfecto de un cuerpo masculino que logra figurar la unidad del cuerpo humano por completo. La complejidad de esta manera de concebir al cuerpo femenino, pero más ampliamente la diferencia sexual, es que viene a reproducir un sistema binario, donde no caben más que dos, lo que trae consigo relaciones de poder abusivas, desigualdad, entre otros. El binarismo de género introduce una postura dicotómica frente a los cuerpos que además de generar el abyecto femenino, no codificable bajo los parámetros fálicos, produce otro abyecto que es expulsado por completo del mapa de la sexuación. Hablamos de los géneros no inteligibles, que se adelanta, se postula serán el gran abyecto para el psicoanálisis.

Conclusiones

¿Tres cuerpos o un solo cuerpo?

Se ha trabajado en base a la propuesta de tres cuerpos que siguen el patrón del *cuerpo unificado* en la obra freudiana. No obstante, es posible señalar que estos tres cuerpos están signados por la marca de la gran operación de abyección: la *castración*, ergo, tal y como menciona Zizek (2006), están marcados por el falo en sus dos dimensiones (de coordinación y castración). El escenario es el siguiente:

- Un *Yo corporal unificado*, el producto que ha generado una historia de trayectos pulsionales que ha pasado desde la **fragmentación anárquica** a la **unidad**. La adecuada operación (padecimiento) de la represión primordial va a funcionar junto a un gran acto de reunión, la identificación primaria, en una matriz que va a producir dicho cuerpo. No obstante, represión primordial e identificación por sí solas dejarían al cuerpo en un estado cerrado. Sin agujero aparente, sometido al narcisismo de los padres y del cual no podría salirse sin un alejamiento.
- Hubo de agregársele otra arista a la construcción del *Yo corporal unificado*: había que desembocar en la elección de objeto (según el ideal del yo) para que el desarrollo de esta unidad pudiera consumarse. A nivel transgeneracional e individual.

Transgeneracional en el sentido del lugar simbólico que se le otorga al niño como diferente de la madre, lugar que sólo es posible si ésta vehiculiza la ley que viene estructurada desde el padre (su propio padre y el padre del niño), justamente por la

operación de la castración. Entonces, en este escenario, al yo corporal de la identificación narcisista podría llamársele, en vez de unificado, *yo pleno*.

De este modo, hablar de unificación en el plano del yo, no remite necesariamente a cierre, sino que a un *orden*, el que sólo es posible gracias al sometimiento a una legalidad que trasciende. Legalidad producto de la significación de la castración en el contexto del Complejo de Edipo; el cual (por parte del hombre), al sepultarse e implicar la aceptación de la ley de interdicción, pone fin en forma radical al narcisismo primario y genera una apertura al encuentro futuro con el otro.

- El ***cuerpo de la genitalidad*** se produce a partir de la síntesis, en este caso, de las pulsiones parciales para ponerlas bajo el primado genital, lo que previamente ha debido pasar por un gran filtro de abyección, al instalarse el primado fálico. *¿Qué es lo que consolida esta síntesis?* Esta síntesis fija la construcción de una adultez que ha sofocado el imperio irrestricto del principio del placer y en la que opera correctamente la represión primordial, así como las represiones secundarias posteriores. Así como el yo corporal unificado significaba la superación de lo anárquico, el cuerpo de la genitalidad implica alejar al cuerpo del lado de lo monstruoso y otorgarle un grado de inteligibilidad que le permite situarse en la dinámica pulsional y relacional. En esta línea, Torrano (2015), tomando la definición de monstruosidad del *Tratado de Teratología de Isidore Geoffroy Saint-Hilare*, señala:

La anomalía compleja, o monstruosidad, es aquella que hace difícil o imposible el cumplimiento de una o más funciones vitales y produce en los

individuos afectados una conformación viciosa muy diferente de la que presenta ordinariamente en su especie. (Torrano, 2015 p.90)

Esta definición es del todo pertinente si se piensa en un cuerpo que no ha logrado las abyecciones referentes en relación al primado la genitalidad. Un cuerpo no habilitado, monstruo cruzado por el goce perverso, por el polimorfismo. Finalmente, Freud (1905) lo declara, la síntesis pulsional en la genitalidad tiene una finalidad para la especie.

Cuando lo abyecto traspasa las fronteras de la ley en las dos modalidades de cuerpo anterior, es decir, cuando las fijaciones han sido tan intensas que no han permitido poner en marcha adecuadamente los procesos primarios de abyección, o cuando finalmente existen factores que no permiten la significación de la castración (por ejemplo, una fallida relación de la madre con su propia dinámica edípica), el destino de este abyecto, es necesariamente orientado hacia la exclusión y la patologización: la *psicosis*, desde el primer día y hasta hoy considerada una patología y la *perversión*, que adquirió el estatuto de patológico en psicoanálisis sobre todo a partir de 1915.

Finalmente, se pensó que el cuerpo femenino presentaba otra modalidad de abyección, donde la lógica no era la reunión de elementos heterogéneos en uno. Sin embargo, la dinámica de la unidad y la síntesis prevalecen, y también es la castración la que viene a distribuir y ordenar esta materia corporal que al inicio tenía un funcionamiento masculino. En este sentido, la castración consumada da por inaugurado un cuerpo faltante, que se erige en un paradigma que genera un espacio en su cuerpo, frente a la verticalidad del cuerpo masculino, en un terreno donde no se conciben más que dos y donde el cuerpo prototipo de la diferencia sexual, es el cuerpo que tiene “todas sus partes”, referente desde donde la falta ha de conocerse y medirse.

La operación de la castración entonces toma un lugar preponderante en la conformación del cuerpo. Será aquella que permitirá a una madre brindar a su hijo y límites yicos lo suficientemente claros, de modo que le permitan en un futuro la separación, será también aquella operación que posibilitará que los goces puedan unificarse y también aquella que viene a colonizar los cuerpos y a semejanza de Dios, los hace “hombre y mujer”.

Imaginando una figura algo caricaturesca, podría señalarse que, tomando como premisa un proceso de abyección exitoso del pasado heterogéneo y múltiple por parte de la castración; el cuerpo inteligible del psicoanálisis vendría siendo algo así como un cuerpo masculino, en una relación armoniosa consigo mismo (identidad lograda) y los otros y preparado pulsionalmente en base a la unificación, para el encuentro heterosexual genital.

La construcción de un ideal tan fuerte de inteligibilidad asociado al fantasma de unificación en Freud, no habría de provocar sorpresa, puesto que asienta sobre un fondo de funcionamiento histórico-político propio del contexto de la modernidad. En este sentido, la pretensión a la unificación podría pensarse como una herencia de una tradición liberal/contractualista que, desde Hobbes hasta nuestros días, ha concebido la organización como el resultado de una renuncia a un estado de naturaleza pre-social (De la Fabián, 2014).

De esta manera, la operación de la castración es aquella que promete asegurar, de algún modo, la fundación de una gran unificación como la columna vertebral de la vida anímica y sexual de todo ser humano. El cuerpo se ve colonizado por una lógica fálica

que ha de poner fin al narcisismo primario (dimensión del ser) en pos de poder virtualizar y aceptar la posibilidad de la tragedia en la pérdida y en la ausencia para todo sujeto, del dominio absoluto sobre sí mismo.

La problemática de la multiplicidad frente al fantasma de unificación freudiano

Freud tropieza con lo múltiple, lo descubre y no sabe qué hacer. Ha de situarlo en circunscripciones, organizaciones y neutralizarlo bajo operaciones primordiales, enterrarlo o cubrirlo. Lo múltiple en psicoanálisis: la proliferación de todo aquello que excede la posibilidad de homogeneidad, abyecto incansable que no duerme y esconde en sí la posibilidad de un movimiento impredecible.

Deleuze y Guattari (1980) realizan una crítica al tratamiento que le brinda el Psicoanálisis a la multiplicidad, crítica a la cual se adscribe el presente escrito, en términos de la conceptualización que pueden tener los abyectos trabajados respecto a cada uno de los modos de comprensión de cuerpo en Freud, en los cuales se pone de manifiesto el fantasma de la unificación ya mencionado en el apartado anterior.

Para Deleuze, la multiplicidad va más allá del registro de lo Uno y lo Múltiple. No estará definida por sus elementos o algún centro de unificación o comprensión (Deleuze & Guattari, 2015). La multiplicidad es: “(...) cualitativa o intensiva, heterogénea o continua, virtual y formada de singularidades y cambia de naturaleza cada vez que se divide” (Sasso & Villani, 2003 p.262).

En este sentido, la multiplicidad tendría la función de escapar a la oposición abstracta entre los dos supuestos polos anteriores: “(...) para llegar a pensar lo múltiple

al estado puro, para dejar de considerarlo como el fragmento numérico de una Unidad o Totalidad perdidas, o, al contrario, como elemento orgánico de una Unidad o Totalidad futuras” (Deleuze & Guattari, 2015, p. 39)

La siguiente cita es bastante ilustrativa respecto de la crítica hacia el tratamiento de las multiplicidades en psicoanálisis, con relación al fantasma de la unificación, y surge en el contexto del análisis deleuziano acerca del trabajo de Freud en el caso del “Hombre de los lobos”:

A punto de descubrir el gran arte del inconsciente, el arte de las multiplicidades moleculares, Freud no cesa de volver a las unidades molares, y de reencontrarse con sus temas familiares, el padre, el pene, la vagina, la castración..., etc. (A punto de descubrir un rizoma, Freud siempre vuelve a las mismas raíces). (Deleuze & Guattari, 2015, p. 34)

Esto pondría sobre la mesa una pretensión identitaria en la lógica freudiana en general, la que se hace extensiva a la cuestión de la producción del cuerpo unificado. Pretensión que ignora la imposibilidad de esta unificación total, que no ve, siguiendo la misma línea crítica, que los lobos van en manada.

Freud, refieren los autores, vuelve a la unidad de la persona o del objeto supuestamente perdido, esfumándose la posibilidad de lo múltiple, trocándose por un destino predefinido que no deja otra posibilidad de configuración que el terreno del Edipo y la operación ya mencionada de la castración en una pretensión universalizante: “¿A quién quieren tomar el pelo? Los lobos no tenían ninguna posibilidad de salir bien parados; de salvar su manada (...) Freud sólo conoce el lobo o el perro edípico, el lobo-

papá castrato castrador, el perro atado, el Si...Si... del psicoanalista” (Deleuze & Guattari, 2015, p. 35)

Un *yo corporal unificado*, un autoerotismo abyecto al que es posible acceder durante la vida (placer preliminar), pero al que hay que controlar, educar y luego ha de ser apenas nombrado y experimentado si se piensa en una experiencia unificada de la vida sexual del sujeto. Una fragmentación peligrosa, una psicosis inminente. Hoy en día, por ejemplo, un *estado límite*. Un *yo corporal unificado* remite a una fantasía donde el resto puede negarse siendo que cualquier tipo de resto, en psicoanálisis, como se ha apreciado, es irreductible en términos de un movimiento que agrupa, reúne, organiza.

Deleuze y Guattari (2015) indican:

Una multiplicidad de poros, de puntos negros, de pequeñas cicatrices o de mallas. De senos, de bebés y de barras. Una multiplicidad de abejas, de futbolistas o de tuaregs. Una multiplicidad de lobos, de chacales... Ninguna de estas cosas se deja reducir, sino que más bien nos remite a un cierto estatuto de las formaciones del inconsciente (p. 41)

Los poros, puntos negros, senos, bebés, etc. figuran los fragmentos que se intentan reducir casi matemáticamente en la obra freudiana, no hay lugar para el fragmento más que la paradójica inclusión. El fragmento por sí mismo en su reaparición en tanto abyecto es una bomba de tiempo.

Un *cuerpo de la genitalidad*, que ha pasado el filtro edípico y de la castración para organizar. Para crear más bien un *organismo*, en términos de la crítica llevada a cabo por Deleuze. Un organismo donde todo tiene sentido, donde cada pequeña pérdida tiene que circunscribirse a la gran pérdida, a la castración. Un Edipo que define goces y separa

cuerpos, un cuerpo *masculino* que se instituye como paradigma de la síntesis en el campo de la sexuación:

Edipo, nada más que Edipo, puesto que el psicoanálisis no escucha nada ni nadie. Lo elimina todo, masas y manadas, máquinas molares y moleculares, todo tipo de multiplicidades (Deleuze & Guattari, 2015, p. 37)

La lógica de la unificación, no permite la heterogeneidad colindante a la organización, no permite tampoco otras modalidades ficcionales de existencia de cuerpos en psicoanálisis. Ficcional un cuerpo es lo que realizan Deleuze y Guattari cuando se refieren al *Cuerpo sin órganos*¹²(CsO), distinto al organismo jerarquizado. Es un cuerpo que aloja la multiplicidad:

Un cuerpo sin órganos no es un cuerpo vacío y desprovisto de órganos, sino un cuerpo en el que lo que hace de órganos (¿lobos, ojos de lobos, mandíbulas de lobos?) se distribuye según fenómenos de masa, siguiendo movimientos brownianos, bajo la forma de multiplicidades moleculares” (Deleuze & Guattari, 2015, p. 43)

Multiplicidades moleculares, a diferencia de las molares a las que Freud retorna. El clímax de lo molar radica en la unificación que brinda la castración al cuerpo de un sujeto. En este contexto el CsO, no se opone a los órganos, sino que a su organización. Corresponde asimismo a lo improductivo, a lo estéril, a diferencia de los cuerpos unificados freudianos que serían concebibles bajo una finalidad. Para los autores el CsO

¹² En el Vocabulaire de Gilles Deleuze (2003), se define “Cuerpo sin órganos” (CsO) como: Límite de desterritorialización del cuerpo esquizofrénico, concebido para hacer frente al cuerpo fragmentado y a los objetos parciales malos. Funciona más generalmente como superficie virtual y lisa, indisociable de los flujos que la rodean e intersectan. (Sasso & Villani, 2003, p. 62) Asimismo, correspondería al plano de immanencia bajo el ángulo de la organicidad, la forma inorgánica de lo *chaoïde*. En este sentido, se enfatiza la idea de la superficie que se ha vuelto calma, y que permite que ahí coexistan (floten) elementos no ligados, miembros esparcidos, entre otros elementos. (Sasso & Villani, 2003)

se *hace* y tiene que ver con una cantidad de procesos que vienen a vaciar de sentido, pero a poblar de conexiones (no necesariamente ligadas) al sujeto (Sasso & Villani, 2003).

Es importante aclarar que al traer la crítica deleuziana respecto a la multiplicidad, no se pretende ni negar, ni disolver, ni anular la unidad de los cuerpos freudianos, de hecho sí así fuera, tampoco estaríamos siguiendo al autor. Al respecto, Mengue (2008) refiere:

No vale la pena insistir en saltarse lo Uno, el Todo, lo Mismo, etc.; Deleuze no pretendió jamás, como algunos un poco inocentes creen, saltarse lo Uno, el Todo, lo Mismo, etc. El problema jamás estuvo allí. Estaba en otra parte: en el modo mismo de esta unificación (y no en su existencia). Y este modo constituye el centro vivo, el corazón de su cuestionamiento, el único objeto de su búsqueda, y de esta forma también constituye la apuesta y el alcance, considerable para la modernidad, de toda su obra. (p.46)

La investigación, entonces, permitió cuestionar la síntesis, la unificación, pensar la posibilidad y la ficción de nuevas modalidades de relación a lo abyecto. Intentar ponerse en pie para pensar dimensiones de dicho abyecto, por ejemplo, sin patologizarlas ni psiquiatrizarlas. Poner incluso a operar esos abyectos conceptualmente para poder dar paso a movimientos clínicos y éticos que no pretendan circunscribir al sujeto en ningún tipo de organismo ideal, que finalmente termina siendo el ideal del analista.

Al psicoanálisis freudiano le cuesta en demasía pensar un cuerpo sin totalización.

Deleuze y Guattari (2015), al respecto, indican:

¿Pero entiende el psicoanálisis algo de la multiplicación? Esa hora del desierto en la que el dromedario deviene mil dromedarios que ríen burlescamente en el cielo. Esa hora de la noche en la que mil agujeros se abren en la superficie de la tierra. Castración, castración, grita el espantajo psicoanalítico que siempre ha

visto un agujero, un padre, un perro donde hay lobos, un individuo domesticado donde hay multiplicidades salvajes p.43

Freud ha pensado el cuerpo unificado bajo las claves de su época; y junto con ese movimiento ha traído consigo la herencia que ya se señaló del contractualismo, no obstante, la unificación es una herencia que, sin duda, también es posible apreciarla en la religión cristiana. El cuerpo de Cristo es uno, en muchos sentidos, en el sentido de la Iglesia, donde por ejemplo, Pablo escribe a los corintios:

Porque así como siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único. Así también es Cristo. (Nácar & Colunga, 1944, Corintios 1:10)

No obstante, lo más importante del cuerpo de Cristo es que es absolutamente indivisible y tomado bajo el milagro de la *transubstanciación*, su materialización en pan o en vino, aunque fuese partida en mil fragmentos o partículas, cada una de ellas es lo Uno. Uno que no permite visualizar la molécula.

Ahora bien, los cuerpos freudianos ideales en sí no son problema, puesto que los destinos de lo abyecto, en particular, la exclusión, la patologización o la mistificación no podían ser otros. Sin embargo, la significación negativa que se le ha dado a cada uno de estos abyectos por confrontar al psicoanálisis con lo múltiple y no simbolizable, no ha permitido un ejercicio adecuado de pensamiento clínico respecto a lo fragmentario.

Problematizar las operaciones de abyección y las figuras de lo abyecto podría dar lugar a considerar una posición ética cuyo horizonte nos permita repensar la dimensión irreductible de la sexualidad y su potencia inmanente para reformular la unidad y los procesos de unificación, reconociendo que yo corporal unificado es herencia de la matriz

de producción de subjetividad que Jacques Derrida nombró como falo-logo-centrismo y analizando aquello que de esa herencia condena al estatuto de fragmento expresiones que pueden dar cuenta de nuevos conjuntos, de nuevas modalidades de organización y producción de lo corporal.

Se aprecia cómo la tendencia freudiana a manipular el fragmento en su totalización con el Uno, no le permite bajo ningún escenario, autonomizar el fragmento o darle existencia como fragmento en sí, sin mencionarlo como una parte resistente al todo. En el siguiente punto se hará alusión a esta cuestión, a la reciclabilidad del resto.

La eterna reciclabilidad del resto

Un punto que llamó la atención del análisis de la construcción de cuerpos y el tratamiento de sus abyectos en Freud, es la imposibilidad de imaginar un proceso de totalización donde el resto se pierda o se autonomice.

El *autoerotismo* no tiene una posibilidad de representación por sí misma, si no es en relación al todo, al *yo corporal unificado*. Lo mismo ocurre con la *parcialidad*, que ha de quedar subsumida ante la genitalidad. La mujer, no puede ser vista si no es en relación al hombre.

El paradigma de la sustentabilidad, propia de la racionalización de los recursos, imperante en el sistema capitalista, concibe el tratamiento de los desechos bajo una lógica del *reciclaje*, el que “(...) supone una resintetización de los materiales que tras el procedimiento específico de reciclaje vuelve a ser un material nuevo” (Lillo, 2010 p.341)

Tomando como base la primera conclusión, donde se señalaba que finalmente los cuerpos freudianos podían concebirse bajo la lógica de un cuerpo, donde la operación de abyección sería la castración, es posible afirmar que en la lógica freudiana la abyección implica necesariamente un control de lo abyecto, un poder sobre el resto, el que es incorporado a la estructura de cualquier neo-producto, neutralizado, sin toxinas.

De esta manera, si se recorre cuerpo por cuerpo:

Para el *yo corporal unificado*, el autoerotismo es el terreno de los fragmentos, que por sí mismos no son “sustentables”, ergo, operaciones unificantes (represión primordial, identificación primaria) pueden ser concebidas como mecanismos de reciclaje, de *purificación de la toxicidad* para salvaguardar la vida del sujeto. Mantención de un nivel visible de higiene que no perturbe el sistema, formación reactiva respecto del resto abyecto que no tiene forma, que no es maleable ni controlable por el control y la jerarquización.

Por otro lado, para el *cuerpo de la genitalidad*, la parcialidad, señala Freud tiene componentes que han de quedar *inutilizables* (Freud, 1905), no obstante, eso no quiere decir que no se las incluya en este cuerpo colonizado por operaciones de totalización. Todos aquellos rastros de parcialidad han de circunscribirse y si no tienen cabida en la orientación final a la genitalidad, han de estar reprimidos para que no aparezcan intempestivamente, poniendo en jaque la estabilidad (finalmente, de la especie).

El yo corporal unificado y el cuerpo de la genitalidad son el producto que ha ordenado los recursos que habrían estado destinados a un lugar desconocido.

Por su parte el *cuerpo masculino* implica la reaseguración de la completud, donde su abyecto, *el cuerpo femenino* , ha de ser incluido en un juego dinámico de miradas, envidias y tranquilidad que no le permiten una existencia si no es respecto del significante fálico, quedando sus cavidades en un lugar enigmático, codificable bajo la lógica de lo negativo.

He ahí el problema, puesto que es lo desconocido, al igual que lo múltiple, lo que no se soporta en el fantasma de la unificación freudiano. Ha de imponerse entonces una lógica retentiva, anal, respecto de aquello que no se conoce o que se multiplica, respecto incluso de lo pulsional. Incluso aquello que ha de ser desechado ha de quedar incluido en la producción de un nuevo cuerpo. Sin embargo, Rodrigo de la Fabián (2020) plantea una postura disidente que rescata el potencial de la pulsión en esta lógica:

Por otra parte, desde Freud, el psicoanálisis ha cuestionado la fantasía de la erradicación o el rechazo del resto como una forma de proteger la integridad del cuerpo; así como la idea de un cuerpo orgánico que no produce resto. Por el contrario, la pulsión siempre es parcial y resistente a cualquier tipo de jerarquía. (R. de la Fabián, comunicación personal, 20 de Julio de 2020)

¿Es posible conjugar la visión de De la Fabián con la posición de esta discusión?

A partir de lo recorrido en la investigación, se considera que lo planteado por De la Fabián es correcto si se considera la naturaleza de la pulsión, no obstante, en el tratamiento de lo abyecto en tanto residuo, al imponerse una tendencia a la unificación, la lógica freudiana tiene una pretensión de neutralización del componente parcial de la pulsión. Es más, tal y como ya se señaló en relación al cuerpo de la genitalidad, aquello que se reprime es la *parcialidad* , no la oralidad, o lo anal, o lo fálico, sino que una

modalidad de satisfacción. Si Freud imagina la existencia de un primado genital, y si habla del domeñamiento de la pulsión, la concibe por supuesto en términos de posibilidad de ser sometida a una jerarquización. No obstante, en este mismo movimiento, se pierde su componente más subversivo.

Dicho componente subversivo es destacado también por Judith Butler, siendo justamente uno de los tópicos en que ella encuentra un potencial para el psicoanálisis, ahí justamente donde la pulsión no significa una construcción, ni posee una naturaleza “pre-ontológica”. La fuerza de la pulsión, al no ser ni biológica ni cultural, establece una posibilidad de imaginar caminos que escapen a las leyes preformadas y otorga una cualidad performativa a lo que ésta puede hacer, en términos de ligar y desligar.

De este modo, es posible señalar que la tendencia freudiana a la unificación que se inaugura en 1905 es a la vez al mismo tiempo lo que da pie a su propia subversión. Aquella lógica que tiene dificultades para concebir la pérdida de un resto, imagina una economía que se abre a aquello que no puede ser ni abarcado ni satisfecho. Paradoja relevante a la hora de llevar a cabo una crítica a Freud y a los usos que de éste se ha dado. Paradoja que puede ser pie para otra investigación.

Finalmente, en este apartado se agrega una pequeña digresión, que también se abre como pregunta para futuras búsquedas e investigaciones, y tiene relación con la conceptualización de la pulsión de muerte en este sistema del recorrido pulsional y la producción de abyectos, puesto que, si se toma la característica conservadora de la pulsión de muerte, los abyectos caben dentro de estas instancias conservadoras, siendo movidos entonces para un retorno a lo inorgánico. No obstante, las operaciones mismas signarían

ya un recorrido por el cual la pulsión habría de transitar, lo que al final, termina siendo de igual modo pura compulsión a la repetición; y así, cuando se avanza, finalmente se retrocede y se conserva. Siguiendo la lógica retentiva respecto del resto, la concepción de la pulsión de muerte, que finalmente Freud reconoce como la única, podría entonces dejar a lo abyecto dentro de un marco que no fuese necesariamente de exclusión. Representa entonces un gran desafío interrogar esta investigación bajo esta perspectiva y considerar el potencial desorganizativo del sujeto en términos de imaginar corporalidades y de pensar las exigencias de inteligibilidad y posibilidades virtuales que se puede otorgar a los cuerpos y sus abyectos.

Normatividad. Los abyectos y el margen, posibilidades de transformación. El gran abyecto del psicoanálisis

La realización de la presente tesis tiene consecuencias clínicas, éticas y políticas relevantes. Como bien se ha señalado, la investigación no tuvo por fin en ningún sentido pensar en la posibilidad de disolver o licuar los cuerpos freudianos; así tampoco acusar a Freud en términos falaces o querer incluso, reemplazar estos conceptos en la teoría. La realización de la investigación criticó la puesta en ideal de modos de comprensión del cuerpo en Freud, padre del Psicoanálisis, que sin duda es en quien se apoya la modalidad de trabajo con el registro de la Otra escena, vale decir, el inconsciente, y el encuentro del sujeto en su padecer, frente a su propio destino.

Recordar que existe una tendencia a la unificación en el proyecto freudiano sobre los cuerpos implica un ejercicio que ha de realizarse constantemente, puesto que hoy en

día se está frente a maneras de habitar las corporalidades que no calzan con los tipos de comprensión unificante propia del psicoanálisis. El gran ejemplo de estas corporalidades lo conforman las disidencias, particularmente las subjetividades y cuerpo trans. Más adelante se ilustrará las consecuencias nefastas que ha traído la adhesión a veces fanática al paradigma de la unificación freudiana, que se transmite como herencia a postulados posteriores en psicoanálisis.

En este sentido, en el ámbito clínico, la relación transferencial deviene escenario de palabra, de definición e indefinición de sí, del cuerpo, sus límites. Ahí donde **se supone**, entra en el relato aquello que cabe en las matrices freudianas, así como aquello que no encaja. Se destaca **se supone**, puesto que la ética analítica tiene como base fundamental el hecho de que el analista no imponga nunca sus ideales al paciente (Freud, 1912).

¿Cómo se lleva a cabo dicho ejercicio si es que se opera con concepciones ideales de cuerpo basadas en una pretensión de unificación? ¿Cómo no se transforma el psicoanalista en un agente que redobla la abyección freudiana de lo múltiple? Una reflexión que involucre estas dimensiones ha de situarse delante de la pregunta por el padecer, por el lugar y por la dirección de la cura, que, recuérdese, no significa de ninguna manera dirigir al paciente.

Cambio la escritura a primera persona en esta parte de la discusión, puesto que es el espacio donde las consecuencias de la investigación me interpelan directamente en mi posición de investigadora y en mi oficio: *¿Cómo nos situamos como psicoanalistas ante*

modalidades diferentes en la composición de cuerpo? ¿Qué le exigimos los psicoanalistas a los cuerpos?

Desde este lugar es posible concebir la tendencia a la unificación freudiana como un apriori que se pone muchas veces en juego en el trabajo con el paciente en análisis, cuando se le invita a hablar, ofreciendo a su vez un espacio para esa escucha, lo que implica en términos de Judith Butler, invitar al otro a que *dé cuenta de sí mismo*. Butler trabaja esta problemática en términos éticos y políticos frente al problema de la interpelación, no obstante, aquello que se expondrá aquí dice relación a lo que ocurre con ese *“dar cuenta de mí mismo”* en relación al cuerpo, donde la reflexión de la autora le otorga relevancia al ejercicio brindado en este escrito.

En esta línea, Butler (2009) señala que siempre hay una parte de la experiencia corporal que no podrá ser narrable ni a uno mismo ni a otro: “Ser un cuerpo es, en cierto sentido, estar privado de un recuerdo completo de la propia vida” (Butler, 2009 p. 59)

Ante esta situación, la autora declara que es esta una de las dimensiones que representa molestia al momento de tener que *dar cuenta de sí mismo*:

Hay (1) una exposición no narrativizable que establece mi singularidad, y (2) relaciones primarias, irrecuperables, que forman impresiones duraderas y recurrentes en la historia de mi vida, y, por lo tanto, (3) una historia que establece mi opacidad parcial para mí misma. Para terminar, hay (4) normas que facilitan mi relato de mí misma pero cuya autora no soy yo, y que me erigen en sustituible en el momento mismo en que procuro establecer la historia de mi singularidad. Esta última desposesión en el lenguaje se intensifica por el hecho de que doy cuenta de mí misma a alguien, de modo que la estructura narrativa de ese dar cuenta es sustituida por (5) la estructura de interpelación en la cual se produce. (Butler, 2009, p. 59)

Uno de los aspectos relevantes de la cita anterior a considerar en esta discusión radica en la idea de que existen normas que van a facilitar el relato de mí misma respecto de mi cuerpo y mi vida, no obstante, sin ser yo la autora de ellas. En este sentido, se dirige directamente luego al psicoanálisis y señala que una de las pretensiones que se concibe en éste sería permitir al paciente la construcción de un relato sobre sí en la interacción con el analista en transferencia, lo que implica una dialéctica donde el relato del paciente afecta e interpela a analista y analizante. No obstante, refiere que hay quienes critican al psicoanálisis refiriendo que su *meta* normativa sería la de:

(...) permitir al paciente contar una historia única y coherente sobre sí mismo, que satisfaga el deseo de conocerse, y, más aún, de conocerse en parte por medio de una reconstrucción narrativa en la cual las intervenciones del analista o terapeuta contribuyan en muchos aspectos a rehacer y volver tramar la historia. (Butler, 2009, p. 75)

Considerando entonces que existe una parte de nosotros, en particular, de nuestros orígenes, que no es cognoscible y que no depende de nosotros, la autora se pregunta qué es lo que va a ocurrir con la construcción narrativa en el contexto analítico, la cual finalmente tendría limitaciones que hay que aceptar. En este sentido, si una narración toma un carácter evolutivo, puede tender al error si considera que el narrador puede estar presente en los orígenes de su historia.

Esta es una primera idea a tener presente en relación al cuerpo. No se es parte del proceso de constitución corporal, sólo se conocen ciertas coordenadas en términos de lugares y hechos que han sido transmitidos pero no vivenciados. No hay por qué apuntar ni diagnosticar inmediatamente alguien que no puede dar cuenta de la historia de su

cuerpo, pues nadie puede hacerlo: “La norma de salud mental que nos dice que hacer un relato coherente de uno mismo es parte de la labor ética del psicoanálisis, interpreta erróneamente lo que este puede y debe hacer”(Butler, 2009, p. 77)

La autora va a señalar que la transferencia es una escena cargada de la emoción de la interpelación, que viene a recordar al otro su dimensión abrumadora, reencauzando el inconsciente a través de una externalidad de la cual en cierto modo, es devuelto (Butler, 2009)

En este sentido, la transferencia y la contratransferencia vienen a pretender incorporarse en la construcción o reconstrucción de un relato de la historia de vida, y a la vez a indicar y estatuir aquello que no es narrable. La transferencia va a implicar una interpelación doble, el paciente se ve interpelado y el analista mismo también, donde quien habla no es finalmente discriminable de un modo fácil:

Si en un principio soy interpelada y luego mi interpelación surge como consecuencia, animada por una interpelación primaria y portadora del enigma de esta, te hablo, entonces, pero tú también eres lo que es opaco en el acto de mi hablar. Quienquiera que seas, me constituyes fundamentalmente y te conviertes en el nombre de una impresionabilidad primaria, de la incierta frontera entre una impresión exterior que yo registro y alguna percepción correspondiente de «mí» que es el ámbito de ese registro. Dentro de esta escena fundante, la gramática misma del yo todavía no se ha afianzado. Por tanto, una podría decir, de manera reflexiva y con cierto sentido de la humildad, que en el comienzo *soy mi relación contigo*, ambiguamente interpelada e interpelante, entregada a un «tú» sin el cual no puedo ser y del cual dependo para sobrevivir. (Butler, 2009, p. 113)

Este modo de relación analítica se instala como un escenario de sumo cuidado en términos de la interpelación que puede llevarse a cabo en términos de la constitución del

cuerpo del otro. Más allá de lo concreto señalado arriba, en términos de los hechos no vivenciados por quien construye una narrativa, es cardinal no olvidar la normatividad que construye los cuerpos, que nos constituye antes de cualquier tipo de relato. Normatividad que se establece para *materializar* los cuerpos, y desde la posición de Butler, esto se llevará a cabo en el marco de una matriz heterosexual, que finaliza siendo una matriz de inteligibilidad de cuerpos, donde existen algunos cuerpos que se ajustan a la coherencia y a lo inteligible (en particular y sobre todo en la cuestión del género) y otros cuerpos expulsados de la matriz sin volverse codificables o integligibles. Dichos cuerpos tienen aún mayor complejidad a la hora de ser interpelados.

Estos son los cuerpos abyectos para Butler, aquellos que están en el terreno de lo deshumanizado, de lo inhabitable, lo invivible, confinados a una precariedad existencial que implica el que sean menos *importantes*, que incluso sean indignos de ser cuidados o salvados.

Es importante señalar que tanto sujeto (inteligible) como abyecto se constituyen simultáneamente. En este sentido un cuerpo “inteligible” es excluyente de otro “abyecto”. El abyecto es necesario para mantener en marcha el proceso de materialización de los cuerpos, sin embargo, difiere de la lógica que se ha señalado en el sentido que un cuerpo inteligible no incluirá un cuerpo abyecto dentro de sí. No obstante, para el presente análisis se toma de esta teorización, la exclusión violenta hacia zonas marginadas, de aquellos que no encajan con la norma de inteligibilidad.

Si nos situamos desde la vereda del psicoanálisis, el gran ejemplo de este proceso de violenta abyección radica en el *cuerpo trans*, que, tanto en el mundo socio-político

como clínico permanece en los márgenes e interpela a la disciplina. Thamy Ayouch (2016), tomando la expresión de “*la inversión de la cuestión homosexual*” de Éric Fassin, plantea: *la inversión de la cuestión transexual*, donde lo trans cuestiona directamente la matriz conceptual, de inteligibilidad y transferencial del psicoanálisis, tomando en cuenta la implicación política que implica el acto de saber o conocimiento respecto de las subjetividades trans.

Freud no desarrolla la cuestión transexual. La única mención dice relación al contenido del delirio en el caso Schreber. No así Lacan, quien presupone y explica el “transexualismo” como un error de tomar el órgano por el significante (Lacan, 1971/2012). El mecanismo que aquí se impone es el de la forclusión, y su destino es el que se puede apreciar en sus presentaciones de enfermos, cuando señala que hay que esperar en estos casos (haciendo referencia a lo trans) y que nada puede hacerse ni trabajarse. Marcel Czermak (1980), discípulo directo de Lacan, sitúa también a lo trans desde el campo del delirio en un empuje hacia “La” mujer, y lo trabaja con una pretensión psicopatológica y no en términos de escucha.

Para Ayouch (2016), posiciones como éstas han sido un maltrato violento y no reconocido por parte del psicoanálisis hacia aquellos sujetos que con sus cuerpos interpelan su matriz de coherencia e inteligibilidad. De este modo, refiere, que la inversión de la cuestión trans no implica necesariamente producir nuevos saberes sino que “analizar la hostilidad teórica, clínica, contratransferencial provocada por dichas identificaciones” (Ayouch, 2016 p. 4)

Esta posición ética es aplicable a los objetivos de la presente reflexión, y no sólo en relación al género. Situarnos hoy frente a una multiplicidad de maneras de habitar los cuerpos, significa, para los psicoanalistas, reconocer los propios supuestos teóricos que puedan estar actuando en términos de prejuicio frente a la posibilidad de un sujeto de hablar libremente sobre su vida, lo que desee incorporar de su historia, sus repeticiones y su destino.

Respecto del *yo corporal unificado*, significa por ejemplo, abrirse a la aparición de lo múltiple con la dificultad que impone el *no nombrar inmediatamente*, supone no olvidar que lo fragmentario es constitutivo del sujeto, y que la psicosis es solamente uno de los destinos cognoscibles del abyecto autoerótico. Hoy, existe una gran teorización acerca de lo que se llamó lo fronterizo y en la actualidad se llama “estados límite”, donde el *yo corporal unificado*, perdería coherencia e introduciría al paciente inmediatamente a una categoría psicopatológica, ergo, una nueva identificación (ahí donde las identificaciones serían fallidas), donde se supone existirían reacciones “esperables” o “autorizables” en el contexto de la reaparición de los llamados “autoerotismos” en la vida y las reacciones con el otro, sin que sea bajo la forma del replegamiento exclusivo de la libido (Roussillon, 2014). Se considera ésta como una repetición de la patologización de lo abyecto, puesto que existen quienes han interrogado lo anterior y han realizado nuevas propuestas. Por ejemplo, Sylvie Le Poulichet (2013), ha intentado ubicar lo abyecto en una pretensión no normativa que permita la presencia y la insistencia de lo informe en la transferencia y la aparición de formas quiméricas de cuerpo que no sean enviadas inmediatamente al cedazo normativo y permitan construir un relato fantasmático y

ficcional respecto a distintas modalidades vacilaciones identificatorias y sus consecuencias en las formas de habitar el cuerpo (Le Poulichet, 2013)

Efectivamente la perversión puede ser una de las aristas de la parcialidad cuando se fija exclusivamente en el goce corporal. Cuando la transgresión en la perversión no considera el respeto por el otro y su identidad, claro está que se impone una perspectiva que atraviesa la legalidad y la perspectiva de derechos humanos. No obstante, parece importante recordar la reflexión que lleva a cabo Van Haute (2017) respecto a la primera versión de *Tres ensayos de teoría sexual*, donde aún no se imponía un fin normativo a la pulsión, ergo, se estaba más libre de la dinámica de la patologización. En el escenario actual es relevante considerar una máxima: *Patologizar es despolitizar*. Ha de ser un ejercicio constante del psicoanálisis evitar la patologización de lo que no cabe en sus esquemas. Esto no significa eliminar las categorías asociadas a patologización, como lo perverso, por ejemplo. Significa, más bien, abrir la reflexión y la escucha analizando los filtros normativos que se le imponen o exigen a un sujeto y su cuerpo en análisis.

Respecto al cuerpo masculino, esto tiene implicancias directas en la problemática del género. En un primer nivel, al evidenciar las consecuencias de dominación que tiene el patriarcado sobre el cuerpo femenino y su despliegue en el mundo de las relaciones, del trabajo y de los goces. Esto es lo que ha trabajado arduamente el movimiento feminista. No obstante, como ya se indicó, quienes han sido mayormente afectados por la primacía de lo genital, más bien, de lo fálico, son aquellos cuerpos que representan una disidencia.

En este sentido, Butler (2008) otorga un potencial a lo abyecto que no está presente en Kristeva. Lo abyecto tiene el potencial de la subversión, en lo local, de las normas impuestas, y es a quien la autora, en su pretensión política, pretende dar voz y espacios de ciudadanía (en términos políticos) a lo abyecto. Esta investigación, en su interrogación hacia modelos unificatorios y totalizadores, puede sentar las bases para futuras investigaciones o actos que den posibilidad de voz a lo abyecto que no implique necesariamente escuchar psicoanalíticamente en términos de lo patológico.

De este modo, implica necesariamente recordar el padecer mismo del sujeto ligado a su existencia en un contexto normativo, ahí donde existen subjetividades no reconocidas. Todo sujeto padece de la historia de su coacción.

Vladimir Safatle (2016) en su libro “O circuito dos afeitos”, realiza una reflexión y un cuestionamiento a la concepción del cuerpo político. Sin embargo, esta concepción es transferible a la dimensión de lo que podría llamarse “el cuerpo individual” (pensando que siempre tiene además una dimensión política”. En este contexto, invita a pensar al cuerpo desde la lógica de los afectos, y señala que un cuerpo no es sólo el espacio en el cual los afectos se producen, sino es también producto de afectos, los cuales construyen el cuerpo y su geografía, en sus regiones de intensidad, en su responsabilidad (Safatle, 2016).

Pensar otros modos de articulación corporal distintos a los freudianos tradicionales, significa adoptar una posición que reconozca el avance del tiempo y la limitación de la producción en una época como en la que se gestó el psicoanálisis, así como otras generaciones denunciarán las limitaciones de la nuestra. Pensar modos de

articulación distinta, implica imaginar que no existen modos únicos de encarnar un cuerpo, implica situar al psicoanálisis en un lugar que opere en contra de la dominación hacia el que pudiese ser excluido.

Para finalizar, la presente investigación invita a rescatar aquella dimensión que se ha señalado es la más grande invención del psicoanálisis, la principal artífice de su disidencia y de su subversión, a la pulsión, que instituye como aquella fuerza que no duerme, como aquella fuerza que se suma a lo impredecible, cuya cualidad es multívoca y en consecuencia, excede a cualquier tipo de lógica. Pulsión, sede de lo múltiple, que en su riqueza potencial se ve teóricamente aplacada por la tendencia a la unificación freudiana, como un valor heredado de la razón y finalmente casi como un modelo civilizatorio. No es casual, que en la siguiente carta de Freud al psiquiatra Psicoanalista Istvan Hollos¹³ - publicada por J. A. Miller en el número 32 de la Revista *Ornicar?* Y luego analizada en su curso, “Cosas de Finura en Psicoanálisis” (2008)- Freud se pregunte acerca de su posible desprecio ante el ello (figura máxima de lo múltiple) y de su propia admiración por el intelecto:

Estimado doctor.

Habiendo advertido que olvidé agradecerle su último libro, espero que no sea demasiado tarde para reparar este descuido. Éste no proviene de una falta de interés por el contenido o por el autor, cuya filantropía, por otra parte, he aprendido a estimar. Éste fue mas bien provocado por reflexiones inconclusas

¹³ Psiquiatra y Psicoanalista húngaro. En la carta expuesta se hace referencia a una pequeña novela de su autoría llamado “*Souvenirs de la Maison-Jeune*”, en la que se expone su experiencia e interrogantes con pacientes en su mayoría psicóticos. La carta está datada en octubre de 1928.

que me siguieron preocupando mucho tiempo después de concluir la lectura del libro, lectura de carácter esencialmente subjetivo.

Mientras valoraba infinitamente su cálido tono, su comprensión y su modo de abordaje, me encontraba sin embargo en una especie de oposición que no era fácil de comprender. Finalmente tuve que confesarme que la razón era que no me gustan esos enfermos; en efecto, me enojan, me irritan sentirlos tan lejos de mí y de todo lo que es humano. Una intolerancia sorprendente que hace de mí mas bien un mal psiquiatra.

Con el tiempo, dejé de considerarme un sujeto interesante para analizar, mientras que me doy cuenta de que no es un argumento analíticamente válido. Por eso, sin embargo, no pude ir más lejos en la explicación de este movimiento de detención. ¿Me comprende mejor? ¿No estoy conduciéndome como los médicos de antaño con respecto a las histéricas ? ¿Mi actitud sería la consecuencia de una toma de posición cada vez más clara en el sentido de la primacía del intelecto, la expresión de mi hostilidad hacia el ello?

¿o más bien qué?

Reciba -retroactivamente-, mis excusas, mis agradecimientos y un cordial saludo

Suyo, Freud.

Bibliografía

- Abraham, K. (n.d.). Sobre la exploración y el tratamiento psicoanalítico de la psicosis maníaco depresiva y estados análogos. *Revista de Psicoanálisis*, 3(2).
- Abraham, K. (1944). Breve estudio del desarrollo de la libido a la luz de los trastornos mentales. *Revista de Psicoanálisis*, 2(2), 274–349.
- Alvarez, J. M. (1995). Paranoia y homosexualidad. *Revista de La Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 15(54), 485–488.
- Assoun, P.-L. (1997). *Leçons Psychanalytiques sur Corps et Symptôme. Vol 1.* Anthropos.
- Aucouturier, B. (2005). *La méthode Aucouturier*. De Boeck Supérieur.
<https://doi.org/10.3917/dbu.aucou.2005.01>
- Ayouch, T. (2016). Quem tem medo dos saberes T.? Psicanálise, estudos transgêneros, saberes situados. *Periódicus*, 5, 3–6.
- Balestriere, L. (2008). *Freud et la question des origines* (3^a). Éditions de Boeck Université.
- Banerjee, D. (2011). Introduction: Conceptions of the “Normal” Body. *Social Research*, 78(2), 301–306.
<http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=65165298&language=es&site=ehost-live>
- Bataille, G. (1970). L’abjection et les formes misérables. In *Œuvres complètes* (1985th ed., pp. 217–221). Gallimard.
- Beardsworth, S. (2004). *Julia Kristeva, Psychoanalysis and modernity*. State University

- of New York Press.
- Birman, J. (2006). Corps et formes de subjectivation en Psychanalyse. In P. et. al Landman (Ed.), *Les limites du corps, le corps comme limite* (Hors Collection, pp. 203–238). Éres.
- Bleichmar, S. (2008). *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*. Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2012). *La fundación de lo inconciente: destinos de pulsión, destinos del sujeto* (2nd ed.). Amorrortu.
- Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo.”* Paidós.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Amorrortu.
- Cantarero, C. M. (2005). Autoerotismo, narcisismo y sus destinos en la adolescencia. *Rev. Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid*, 46, 195–200.
- Chauvel, P. (2002). L’identification dans l’oeuvre de Freud. In *Identifications*. Presses Universitaires de France.
- Chervet, B. (2009). L’après-coup. La tentative d’inscrire ce qui tend à disparaître¹. *Revue Française de Psychanalyse*, 73(5), 1361–1441.
<https://doi.org/10.3917/rfp.735.1361>
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.
- Coulombe, M. (2012). *Petite philosophie du zombie: ou comment penser par l’horreur*. Presses Universitaires de Franc.

- Czermak, M. (1980). *Pasiones del objeto. Estudios psicoanalíticos de las Psicosis*. Nueva Visión.
- David-Ménard, M. (2014). *Corps et langage en psychanalyse. L'hystérique entre Freud et Lacan*. CampagnePremière.
- David-Ménard, Monique. (2009). *Sexualités, genres et mélancolie*. Éditions CampagnePremière. <http://files/1772/David-Ménard - 2009 - Sexualités, genres et mélancolie.pdf>
- Davidson, A. I. (2004). *La aparición de la sexualidad* (1st ed.). Alpha Decay S.A.
- De la Fabián, R. (2014). De la irreductible presencia del salvaje hobbesiano en la obra de Sigmund Freud. *Revista de Filosofía Aurora*, 26(38), 16–37. <https://doi.org/10.7213/aurora.26.038.DS.01>
- Dejours, C. (2007). Le travail entre corps et âme. *Libres Cahiers Pour La Psychanalyse*, 15(1), 115–127.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2015). *Mil mesetas*. Pre-textos.
- Delgado, O. (2016). *Lecturas freudianas I*. UNSAM EDITA.
- Dor, J. (1997). *Introducción a la lectura de Lacan*. Gedisa.
- Dunker, C. (2010). Os 27 + 1 Erros mais Comuns de quem quer escrever uma Tese em Psicanálise. *Revista Da Associação Psicanalítica de Curitiba*.
- Durieux, M., & Janin, C. (2002). *Le narcissisme (version kindle)*. Press Universitaires de France.
- Duverger, S., & Hoquet, T. (2011). Judith Butler. “Le corps est hors de lui.” *Critique*, 1(764–765), 73–86.

- Elliot, A. (1995). *Teoría social y Psicoanálisis en transición: sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Amorrortu.
- Errázuriz, P. (2012). *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Espinoza, A., Levi Hembra, A., & Capetillo, J. (2014). A cien años de “Introducción del narcisismo” (1914-2014). In *Universidad Veracruzana (Primera)*. Universidad Veracruzana.
- Fagalde, M. (2000). *Adolescencia femenina. Referencias, discusiones y propuesta psicoanalítica*. U. Diego Portales.
- Federn, P. (1952). *Ego Psychology and the psychoses*. Basic Books .
- Fernandes, M. H. (2011). *Corpo*. Casa do Psicologo.
- Fliman, V. (Universidad D. P., & Ortúzar, P. (Universidad D. Po. (1995). *Aportes de la reflexión de Jacques Lacan a la relación de la mujer y lo femenino en Freud*. Diego Portales.
- Florence, J. (1984). *L'identification dans la théorie freudienne*. Presses de l'Université de Saint-Louis. <https://doi.org/doi:10.4000/books.pu1.428>
- Fortich, N. (2013). Revisión sistemática o revisión narrativa. *Ciencia y Salud Virtual*, 5(1), 1–4. <https://doi.org/https://doi.org/10.22519/21455333.372>
- Fossatti, M. de los Á. (2020). Palabra y Deseo: algunas puntualizaciones sobre la clínica psicoanalítica. *Conversatorio Psicología UNAB*.
- Freud. (2010a). Conferencia XXXIII: “La feminidad.” In *Obras completas vol 22*. Amorrortu.

- Freud. (2010b). *Conferencia XXXIII: "La feminidad."* Amorrortu.
- Freud, S. (1897). *Carta 71.* Amorrortu.
- Freud, S. (1894). Las neuropsicosis de defensa. (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). In *Obras Completas: Vol. III.* Amorrortu.
- Freud, S. (1991). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (1896). In *Obras completas volumen 3.* Amorrortu.
- Freud, S. (2001a). *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas (1893 [1888-1893]): Vol. I.* Amorrortu.
- Freud, S. (2001b). Histeria. In *Obras Completas: Vol. I.* Amorrortu.
- Freud, S. (2008a). La interpretación de los sueños. In *Obras Completas: Vol. IV.* Amorrortu.
- Freud, S. (2008b). La moral sexual y la nerviosidad moderna. In *Obras Completas: Vol. IX NV-X.* Amorrortu.
- Freud, S. (2010a). Un caso de curación por hipnosis (1892-3) Con algunas puntualizaciones sobre la génesis de síntomas histéricos por obra de la <<voluntad contraria>> (1892-3). In *Obras Completas (Vol. 1, Issue 24).* Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1924). El sepultamiento del Complejo de Edipo. In *Obras completas vol 19.* Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1926). *¿Pueden los legos ejercer el Psicoanálisis? .* Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1991a). La etiología de la histeria. In *Obras completas volumen 3.* Amorrortu.

- Freud, Sigmund. (1991b). Manuscrito E. In *Obras completas vol. 1*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2001a). A propósito de las críticas a la <<neurosis de angustia>>. In *Obras completas volumen 3*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2001b). Duelo y Melancolía. In *Obras Completas*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2001c). *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia."* Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2001d). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. In *Obras completas vol 11*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008a). 20ª conferencia: La vida sexual de los seres humanos. In *Obras completas, vol. XVI*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008b). 21ª conferencia: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. In *Obras completas, vol. XVI*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008c). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. In *Obras completas, vol. X*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008d). Cinco conferencias sobre Psicoanálisis. In *Obras Completas*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008e). El yo y el ello. In *Obras completas, vol. XIX*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008f). *El yo y el ello*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008g). *La predisposición a la neurosis obsesiva*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008h). La represión. In *Obras Completas. Volumen XIV*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2008i). Más allá del principio del placer. In *Obras completas, vol. XVIII*. Amorrortu.

- Freud, Sigmund. (2010b). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. In *Obras completas vol 19*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010c). Análisis terminable e interminable. In *Obras completas vol. 23*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010d). Conferencia 32: Angustia y vida Pulsional. In *Obras Completas: Vol. XXII*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010e). El yo y el ello (1923). In *Obras completas, vol. XIX2*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010f). Fragmento de análisis de un caso de histeria. In *Obras completas, vol. VII*. Paidós.
- Freud, Sigmund. (2010g). Inhibición, síntoma y angustia. In *Obras completas, vol XX*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010h). Introducción del Narcisismo. In *Obras completas, tomo XIV*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010i). La organización genital infantil. In *Obras completas, vol. XIX*. Paidós.
- Freud, Sigmund. (2010j). Manuscrito G: La Melancolía. In *Obras completas vol. 1*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010k). Manuscrito K. In *Obras completas vol. 1*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010l). Proyecto de Psicología. In *Obras completas vol. 1*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010m). Psicología de las masas y análisis del yo. In *Obras*

- completas vol 18*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010n). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010o). Tótem y Tabú. In *Obras completas, vol. XIII*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (2010p). Tres ensayos de teoría sexual. In *Obras completas, vol. VII*. Amorrortu.
- Freud, Sigmund, & Breuer, J. (2010). Estudios sobre la histeria. In *Obras completas, volumen 2*. Paidós.
- Fuentes, A. (2016). *El misterio del cuerpo hablante*. Gedisa.
- Gadamer. (1984). *Verdad y Método*. Sígueme.
- Gerez, M. (2014). Cien años de Narcisismo: Antecedentes y Consecuencias. In *A cien años de "Introducción del Narcisismo"* (pp. 17–37). Universidad Veracruzana.
- Green, A. (2006). *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu.
- Grimal, P. (1989). *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Paidós.
- Guimaraes, M. (1995). Os três ensaios sobre a teoria da sexualidade: um texto perdido em suas sucessivas edições? *Psicologia USP, Sao Paulo*, 6(2), 63–84.
- Gutierrez, J. (2005). La edición de 1915 de los “Tres ensayos de Teoría sexual.” *Alter. Revista de Psicoanálisis*, 1, 1–15.
- Guyomard, D. (2009). *L’effet-mère*. Presses Universitaires de France.
<https://doi.org/doi:10.3917/puf.pella.2009.01>.
- Hogle, L. (2011). Enhancement Technologies and the body. *The Annual Review of Anthropology*, 78(2). <https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.33.070203.144020>

- Huenún, J. (2008). *Relatos Mapuche*. Ministerio de Agricultura, CONADI.
- Iribarry, I. (2003). O que é pesquisa psicanalítica? *Ágora: Estudos Em Teoria Psicanalítica*, 6(1), 115–138. [https://doi.org/https://doi.org/10.1590/S1516-14982003000100007](https://doi.org/10.1590/S1516-14982003000100007)
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Akal.
- Kilborne, B. (1998). Regresión y Transferencia. *Rev. Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid*.
- Korman, V. (2017). *La identificación en las teorías psicoanalíticas*. Universidad Complutense de Madrid.
- Kristeva, J. (1995). *Las nuevas enfermedades del alma*. Cátedra.
- Kristeva, Julia. (1974). *La révolution du langage poétique*. Éditions du Seuil.
- Kristeva, Julia. (1986). *Al comienzo era amor. Psicoanálisis y fe*. Gedisa.
- Kristeva, Julia. (1999). *Sentido y sinsentido de la rebeldía. Literatura y Psicoanálisis*. Cuarto propio.
- Kristeva, Julia. (2006). *Podere de la perversión. Ensayos sobre la abyección*. Siglo XXI.
- Lacan, J. (1990). *El seminario. Libro 20. Aún*. Paidós.
- Lacan, J. (2002). La significación del falo. In *Escritos, vol.2*. S. XXI.
- Lacan, J. (2008a). *El Seminario, Libro 5 (1957-1958)*. Paidós.
- Lacan, J. (2008b). *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*. Paidós.
- Lacan, J. (2012). *El seminario. Libro XIX. ...O peor*. Paidós.
- Langenscheidt. (2002). *Langenscheidt. Diccionario Universal Alemán* (B. Epple (ed.)). Langenscheidt.

- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Amorrortu.
- Laplanche, J. (1993). *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud* (Primera). Amorrortu.
- Laplanche, J. (2001a). *Nuevos fundamentos para el Psicoanálisis. La seducción originaria*. Amorrortu.
- Laplanche, J. (2001b). *Vida y Muerte en Psicoanálisis*. Amorrortu.
- Laplanche, J. (2012). *Problemáticas I. La angustia*. Amorrortu.
- Laplanche, J., & Pontalis, J. (1999). *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós.
- Le Corre, L. (2017). *L'homosexualité de Freud* (1st ed.). Presses Universitaires de France.
- Le Poulichet, S. (2013). *Les chimères du corps*. Aubier.
- Lechte, J. (2013). *Julia Kristeva*. Routledge.
- Leibson, L. (2018). *La máquina imperfecta*. Letra Viva.
- Leuzinger-Bohleber, M., & Fischmann, T. (2006). What is conceptual research in psychoanalysis? *International Journal of Psycho-Analysis*, 87(5), 1355–1386.
<http://dx.doi.org/10.1516/73MU-E53N-D1EE-1Q8L>
- Lillo, M. (2010). Reciclaje de infraestructuras obsoletas. *Arché*.
- Littré, É. (n.d.). *Dictionnaire de la langue française*. L. Hachette.
- Lombardi, G., & Alomo, M. (2012). Puntualizaciones sobre las estructuras lógicas y la elección de la paranoia en la obra de Sigmund Freud. *Anuario de Investigaciones. UBA, XIX*, 91–98.
- Mazeran, S., & Mazeran, V. (2014). *Les Déclinaisons du corps*. Champ Social.

<https://doi.org/doi:10.3917/chaso.mazer.2014.0>

- Mazzuca, R. (2001). *Las Psicosis*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- McAfee, N. (2004). *Julia Kristeva*. Routledge.
- Mengue, P. (2008). *Deleuze o el sistema de lo múltiple* (Primera). Las cuarenta.
- Mijolla-Mellor, S. (2019). *La Paranoïa*. Presses Universitaires de France.
- Miller, J. (2008). *Cosas de finura en Psicoanálisis III*.
- Missenard, A. (compilador). (1991). *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Amorrortu.
- Mitchell, J. (1982). *Psicoanálisis y feminismo*. Anagrama.
- Moi, T. (1988). *Teoría literaria feminista*. Cátedra.
- Monnier, D. (2017). *Histoire du traitement des psychoses par la psychanalyse*. Champ Social.
- Montrelay, M. (1977). *L'ombre et le nom*. Les Éditions du Minuit .
- Nácar, E., & Colunga, A. (1944). *Sagrada Biblia*. Aldus.
- Orozco, M. (2012). Una crónica freudiana del cuerpo. *Pensamiento Psicológico*, 10(1), 145–163.
- Penot, B. (2009). De l'idée freudienne de narcissisme primaire à celle de subjectivation, deux approches complémentaires en psychanalyse. *Revue Française de Psychanalyse*, 73(2), 487. <https://doi.org/10.3917/rfp.732.0487>
- Pizarro, F. (2014). The incidence of Freudian self-analysis in the construction of the psychoanalytic theory of anxiety. *The International Journal of Psychoanalysis*, 95. <https://doi.org/doi:10.1111/1745-8315.12114>
- Pommier, G. (1993). *La excepción femenina. Ensayo sobre los impasses del goce*.

- Alianza.
- Porchat, P. (2007). *Gênero, Psicanálise e Judith Butler - Do transexualismo à política*.
Universidade de Sao Paulo.
- Quinodoz, J.-M. (2004). *Lire Freud* (Tercera). Presses Universitaires de France.
- Real Academia Española. (2020). *Diccionario de la Lengua española*.
<https://dle.rae.es/somático>
- Rechter, E. (2012). *La Represión Primordial. Consideraciones sobre el origen de lo psíquico en el corpus freudiano*. Universidad de Chile.
- Retana, C. (2011). Performatividad, precariedad y método. Una conversación con Judith Butler. *Revista Filosofía Univ. Costa Rica*, LVI, 297–301.
- Rizzuto, A. (2016). Lo arcaico, reflexiones sobre los comienzos de la vida psíquica y su impacto en la organización de la vida personal. *Ev. Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid*, 76, 267–296.
- Rojas, H. (2008). *Las concepciones psicopatológicas de Sigmund Freud*. Ediciones ICHPA.
- Roussillon, R. (2014). *Paradoxes et situations limites de la psychanalyse*. PUF.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política del sexo.” *Nueva Antropología*, 8, 95–145.
- Safatle, V. (2016). *O circuito dos afeitos. Corpos políticos. Desamparo e fim do individuo*. Autentica.
- Sales, L. (2006). Freud, desde la paranoia al reconocimiento de la esquizofrenia. *Intercanvis*, 17, 55–68. <http://intercanvis.eu/pdf/17/Intercanvis-Intercambios-1707->

Luis-Sales.pdf

Sasso, R., & Villani, A. (2003). *Le Vocabulaire de Gilles Deleuze*. Centre de Recherche d'histoire des Idées.

Segarra, M. (2014). *Teoría de los cuerpos agujereados*. Melusina.

Shilling, C. (2005). *The body in culture, Technology & Society* (First). Sage Publications.

Tendlarz, S. (2002). *Las mujeres y sus goces*. Editorial Colección Diva.

Thibaut, M., & Hidalgo, G. (2004). *Trayecto del Psicoanálisis de Freud a Lacan*. Ediciones Universidad Diego Portales.

Todesqui, L., & Hashimoto, F. (2013). A pesquisa teórica em psicanálise: das suas condições e possibilidades. *Geraiis. Revista Interinstitucional de Psicologia*, 6(2), 166–178.

Torrano, A. (2015). LA MONSTRUOSIDAD EN G. CANGUILHEM Y M. FOUCAULT. UNA APROXIMACIÓN AL MONSTRUO BIOPOLÍTICO. *Agora*, 34, 87–109.

Tort, M. (2017). *Las subjetividades patriarcales. Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas*. (Ebook). Topia.

Ugarte, S. (2003). La sexualidad infantil en la teoría y en la clínica psicoanalítica. *Rev.Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid*, 39, 21–50. <http://www.pep-web.org.rproxy.sc.univ-paris-diderot.fr/document.php?id=apm.039.0021a&type=hitlist&num=1&query=fulltext1%2Cautoerotismo+bleichmar%7Czone1%2Cparagraphs%7Czone2%2Cparagrap>

hs%7Csort%2Cauthor%2Ca#hit1

- Ugarte, S. (2005). Destinos del autoerotismo en la adolescencia. *Rev. Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid*, 46, 173–181. <http://www.pep-web.org.rproxy.sc.univ-paris-diderot.fr/document.php?id=apm.046.0173a&type=hitlist&num=2&query=fulltext1%2C%22psicosis%22+%22autoerotismo%22%7Czone1%2Cparagraphs%7Czone2%2Cparagraphs%7Cviewperiod%2Cweek%7Csort%2Cyear%2Ca#hit1>
- Van Haute, P. (2005). Psychoanalysis and/as Philosophy? The Anthropological Significance of Pathology in Freud's Three Essays on the Theory of Sexuality and in the Psychoanalytic Tradition. *Natureza Humana*, 2(7).
- Van Haute, Phillippe. (2017). Lacan héritier de Freud? Quelques réflexions sur la perversion chez Freud et Lacan. *Eres: Clinique Méditerranéennes*, 95(1), 59–71.
- Vernant, J.-P. (2000). *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. Anagrama.
- Villa, F. (2006). Le corps sans organe et l'organe hypocondriaque. *Champ Psychosomatique*, 44(4), 33–46.
- Vincent, T. (2009). *La psychose freudienne. L'invention psychanalytique de la psychose*. ERES.
- West-Pavlov, R. (2009). *Space in theory*. Rodopi.
- Zizek, S. (2006). *Órganos sin cuerpo: Sobre Deleuze y consecuencias*. Pre-textos.